

CRAIG A. FALCONER

CRÓNICA DEL CATACLISMO

EL ÚLTIMO
SUPERVIVIENTE

LIBRO 1



EL ÚLTIMO SUPERVIVIENTE

CRÓNICA DEL CATACLISMO: LIBRO 1

© 2024

CRAIG A. FALCONER

Título original: *Last Man Standing*

© 2022 Craig A. Falconer

© De la traducción: Alba M. Vila

© De la corrección: L. M. Mateo

Editado por Alba M. Vila y L. M. Mateo

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas —vivas o muertas— o hechos reales es pura coincidencia.

Para Sarah.

Nueve minutos.

Después de todo lo que he hecho para llegar hasta aquí, todo se reduce a esto.

No puedo apartar la vista de la bola de acero que hay en la cámara de pruebas. Lo que haga cuando termine el temporizador podría cambiar el mundo para siempre.

Parece que el tiempo pasa a cámara lenta desde hace una hora, desde que he comenzado el último, y decisivo, experimento de enriquecimiento de combustible. Y, créeme, con lo lentas que parecen pasar las horas aquí arriba, en el mejor de los casos, es mucho decir.

La vida en una estación espacial, incluso en el Faro, no es tan glamurosa como me imaginaba de niño. Cuando le decía a mi orientador en el instituto que haría lo que fuera para subir aquí algún día, no tuve en cuenta ninguna de las desventajas.

No me malinterpretes, sé lo afortunado que soy de estar aquí, pero los dos últimos meses me han enseñado que no estoy hecho para la soledad.

Supongo que la mayor diferencia entre el Ray de quince años y el de treinta y cinco es que él tenía una familia de la que quería alejarse y yo tengo una con la que deseo volver.

Lo único que me mantiene cuerdo es saber que regresaré a casa con Eva y Joe cuando termine mi contrato, dentro de unos días, pase lo que pase con este experimento. Aun así, desde que pisé el Faro, me he dejado la piel para aprovechar cada segundo aquí.

Oportunidades como esta no se presentan dos veces. Ni siquiera mi desmesurado optimismo adolescente me hizo creer que alguna vez tendría la ocasión de hacer algo tan importante como lo que estoy haciendo ahora. Porque, si la reacción de mi cámara de pruebas se desarrolla como debería, estaremos ante el mayor avance científico de la última década.

Muy poca gente sabe lo que hago, incluso entre mis compañeros de la estación. Llamarlos colegas sería un poco exagerado, ya que para ellos soy un extraño, técnicamente designado como «investigador invitado» en prácticas de mi universidad.

Casi todos los que trabajan en el Faro lo hacen directamente para ZolaCore, la empresa que lo construyó.

Por lo que tengo entendido, los derechos y los futuros beneficios de mi trabajo se repartirán entre tres partes, como suele ocurrir entre un investigador y su contratante.

ZolaCore me ofreció acceso ilimitado al laboratorio después de que los organismos oficiales consideraran mi propuesta de investigación «Demasiado peligrosa para la Tierra», así que no les guardo rencor por sacar tajada.

Aunque peligro, lo que se dice peligro...

Vale, lo admito. Un pequeño descuido por mi parte podría, en teoría, provocar la explosión más poderosa de la historia de la humanidad.

Y, sí, estoy trabajando con un mineral recién descubierto a temperaturas que nadie ha probado nunca y lo estoy mezclando con BioZol, un biocombustible de próxima generación cuyo valor reside en su alta combustibilidad.

Eso es indiscutible.

Pero el objetivo de mi investigación es aprovechar las propiedades naturales únicas de la teocita para sacar lo mejor de nuestro nuevo combustible, rápido de sintetizar. Lo que significa aumentar su potencia y estabilizarlo al mismo tiempo.

Menudo giro de los acontecimientos: introducir la concentración adecuada de teocita a la temperatura adecuada puede hacer que BioZol sea más estable, no menos.

La cuestión es que no estaría aquí si no estuviera convencido de que mi trabajo es del todo seguro. Tengo demasiado por lo que vivir como para hacer algo imprudente en nombre del progreso, y eso no cambiaría ni por el alucinante nivel de progreso que este trabajo puede conllevar.

¿Es mi experimento intrínsecamente peligroso? Claro. Pero ¿es temerario? En absoluto. Y lo demostraré en unos minutos, en los que ampliaré mi tesis, en cuanto la teocita ultracalentada entre en el BioZol y se produzca la explosión controlada.

Como estoy trabajando en uno de los cuatro laboratorios externos de la estación, aislado del cuerpo principal, nadie más verá mi avance en tiempo real.

Mi supervisor es un veterano de ZolaCore llamado Justin, que se ha encariñado conmigo. De hecho, se rio cuando me explicó por qué estoy tan aislado aquí:

—Los jefes de la Tierra creen que esto es demasiado peligroso para la superficie, ¡y los jefes de ZolaCore creen que es demasiado peligroso para la estación principal!

Y por eso estoy en una isla en este momento.

Cada uno de nuestros cuatro laboratorios está separado del resto de la estación por una larga pasarela, como las que conectan un avión con la terminal de un aeropuerto.

Así que sí..., si te imaginas el Faro como una península en medio del hostil océano sin vida que es el espacio, yo soy el tío que habla con cangrejos y cocos en el islote que hay aún más allá.

A la hora de la verdad, Justin confía tanto como yo en el proceso que he ideado. Incluso quiso acompañarme para ver la reacción final. No se lo permitieron, sin embargo, por lo que no sabrá que funciona hasta que yo no vuelva a la estación principal y se lo diga.

Supongo que, si no funciona, se enterará antes.

Después de todo, los dos posibles resultados son el éxito o la muerte. Justin sabe muy bien cuándo voy a alimentar la teocita y verá que mi laboratorio no ha explotado.

En el Faro se llevan a cabo muchas investigaciones de vanguardia. Por eso ZolaCore la construyó y por eso atrae a lo mejor de lo mejor. Pero estos laboratorios aislados están diseñados específicamente para investigaciones muy peligrosas, hasta el punto de que se separan de la estación principal si algún sensor detecta cualquier indicio de que algo va mal.

Si eso ocurriese, que no ocurrirá, la gruesa pasarela se desconectaría de la entrada reforzada de mi laboratorio y se transformaría de inmediato en una línea de defensa adicional que blindaría el cuerpo de la estación contra cualquier tipo de daño, así que es comprensible que los investigadores a jornada completo de la estación estén resentidos con tipos como yo, que vienen unos meses para realizar peligrosos experimentos a sus puertas.

Tal vez yo sentiría lo mismo en su lugar. Pero, al fin y al cabo, todos trabajan para Ignacio Zola, el hombre que firma personalmente cada proyecto de investigación, al igual que sus nóminas.

Nunca he conocido a Zola. Sin embargo, la dirección de la universidad me ha dicho que se ha

mostrado muy complaciente e interesado en mi trabajo, así que estoy seguro de que estará encantado de ver mis resultados cuando Justin envíe la noticia a la Tierra.

Justin es la única persona aquí arriba a la que estoy deseando contárselo, y será el primero en saberlo. Pero, sobre todo, estoy deseando llamar a Joe.

Cuando yo era niño, pensaba que lo mío era el espacio, pero Joe lo lleva a otro nivel. Tiene siete años y aún recuerdo lo orgulloso que estaba de que yo fuera a ser astronauta.

Dejarlos a Eva y a él en la Tierra ha sido lo más difícil que he tenido que hacer, incluso por una oportunidad única en la vida como esta.

Si mi destino me hubiera llamado a tener una oportunidad para ganar gloria personal o reconocimiento, ahora mismo seguiría sentado en casa, en Salt Lake City, con ellos. Pero no es el aso. Esta es una oportunidad para marcar una diferencia positiva en el tipo de mundo en el que Joe crecerá.

Las propiedades sinérgicas del BioZol enriquecido con teocita podrían revolucionar los viajes espaciales. A plazo más corto, podría funcionar junto con el incipiente programa de minería de asteroides de ZolaCore para solucionar la falta de recursos de la Tierra.

Cuando tenga la prueba de su viabilidad, dentro de unos minutos, a nuestra familia nunca le faltará nada. Pero esto va mucho más allá. Esto de verdad podría ayudar a toda la humanidad.

No estoy aquí para atribuirme nada y, desde luego, no puedo atribuírmelo todo.

Yo no desarrollé por mi cuenta el proceso de síntesis del combustible en mi equipo universitario, y mucho menos lo llevé tan lejos como para desarrollar BioZol. Eso fue cosa de ZolaCore.

Tampoco participé en el descubrimiento por parte de ZolaCore de los yacimientos submarinos de teocita que han hecho posible mi avance definitivo.

Yo solo vi la manera de unir dos descubrimientos: el nuestro y el suyo.

Podría decirse que la suerte favorece a los preparados. Sea como sea, les estoy agradecido a todos los que han contribuido a traerme hasta aquí y me aseguraré de que reciban el reconocimiento que se merecen.

En cuanto a Joe, supongo que pronto sabremos si un chaval puede sentirse más orgulloso aún.

Eva y yo no le dijimos que no soy un astronauta a efectos técnicos, aunque la extensa documentación del seguro de ZolaCore deja muy claro que solo soy un civil.

Solía soñar con ser un astronauta de verdad. El accidente acabó con eso, debido a las secuelas físicas, pero me alegro de que mi trabajo de investigación me haya llevado al espacio.

Ah, y hablando de seguridad, un pequeño consejo: en caso de que necesites calmar las comprensibles preocupaciones de tu pareja sobre algo muy peligroso que estás a punto de hacer, no menciones una y otra vez el generoso pago que recibirá si mueres mientras tanto.

Créeme, puede que no funcione en el sentido que esperas.

Yo aprendí por las malas para que tú no tengas que hacerlo. ¡De nada!

Cuando recibí la invitación para venir aquí, estábamos a tres semanas de viajar a Hawái. Lo habíamos planeado hacía, ya que queríamos celebrar los cinco años que habían pasado desde que Eva y yo nos conocimos.

El anillo de compromiso que iba a darle en la playa está ahora mismo en mi bolsillo. En cuanto la vuelva a ver, lo llevará en el dedo.

Me he cansado de esperar el momento perfecto.

Dos meses de aislamiento casi total me han enseñado que el presente es lo único que cuenta, y no voy a dejar que se me escape ninguno más.

El momento presente en el que me encuentro es, sin duda, el más tenso de mi vida. Todo depende de lo que ocurra a continuación. Miro la cuenta atrás y trago saliva. Allá vamos...

Siempre he soñado con el día en que la humanidad pueda alcanzar un nuevo mundo. Joder, incluso explorar más allá de este sería un gran comienzo.

Cuando era niño, mi abuelo me dijo que quizá viviera para ver a los humanos colonizar otro planeta, pero que era posible mi pelo fuera tan gris como el suyo antes de que ocurriera.

Pienso mucho en esas palabras. He pasado toda mi carrera trabajando en una fuente de combustible que podría hacerlo posible y nunca me he retocado el pelo con ninguno de los productos para prevenir las canas que los anuncios siempre ofrecen a los hombres de mi edad.

Llámame supersticioso, pero, si el Viejo tenía razón sobre la línea temporal, no quiero que la vanidad se interponga en mi camino.

Ahora en serio... La idea de que mi trabajo pueda desempeñar un papel importante en el futuro de la humanidad es alucinante en el mejor de los sentidos. He hecho un buen trabajo distrayéndome con todos estos pensamientos durante la cuenta atrás de los últimos nueve minutos, pero no hay más tiempo que matar.

No hay más tiempo para explorar otras posibilidades. No hay tiempo para suplicar.

No hay tiempo para rezar. Ya no hay vuelta atrás.

Cierro los ojos unos segundos e intento controlar mi respiración agitada. Creía que sabía lo que era estar tenso, pero, maldita sea, esto es mucho peor.

Si funciona, todo cambiará a mejor. El mundo necesita buenas noticias y lo único que me importa es crearlas. No me importa nada ser el tío que las da.

No estoy aquí para ser un héroe. Un héroe para Joe, claro. Un padrastro del que pueda estar orgulloso, que le dé un mejor comienzo del que yo tuve. Pero estaré feliz de llegar a casa y vivir al margen mientras los resultados del experimento hablan por sí mismos.

Va a ser un avance explosivo, de una forma u otra.

Hasta ahora no he pensado mucho en lo mal que podría salir esto. Todo ha sido comprobado una y otra vez por mí, por Justin y por los chicos de la universidad. Hemos casi descartado la explosión que me devoraría por completo y estamos casi seguros de que tendré el estallido perfecto correcta.

Sin embargo, «casi descartar» y estar «casi seguros» parecen de repente calificativos bastante grandes. Ya no hay un «nosotros».

Soy el único en este laboratorio aislado, y estoy a escasos centímetros de la cámara de prueba.

Por improbable que me parezca un error de cálculo desastroso, lo que está en juego hace que mi corazón lata más rápido que nunca.

Quiero ver cómo la bola de acero de la cámara sale propulsada hacia arriba desde su cilindro

de soporte volcánico hasta una altura exacta de dos metros. Eso demostrará que mi reacción a la teocita ha mejorado de una forma controlada, predecible y reproducible el BioZol que hay debajo

Pero, a falta de unos segundos, estoy tan nervioso que casi me conformo con que no se produzca ninguna explosión.

Si la reacción falla y la bola no se mueve, al menos no hay riesgo. Al menos...

No.

No.

No he venido aquí a fracasar, con seguridad o no. Es fácil olvidarlo desde aquí arriba, pero, de verdad, el mundo necesita tener buenas noticias.

Miro el reloj. Nueve minutos se han convertido en nueve segundos.

Vuelvo a mirar la valiosísima bola de acero.

«Vamos —insisto cuando la teocita ultracaliente está a punto de entrar—. No me falles».

Llevo gafas, protectores de oídos, todo el tinglado.

Todo esto es una tontería. Sé que estas cosas no marcarán ninguna diferencia tangible.

Si las cosas van bien, la explosión será controlada y el aislamiento de la cámara la soportará sin problemas.

Si las cosas van mal, estaré muerto antes de darme cuenta.

Sigo adelante con la inútil lista de comprobación de seguridad porque llevar equipo de protección es una condición de la cobertura de mi seguro. Si algo sale mal, lo único que me importa es que Eva y Joe estén bien.

Con los protectores de oídos, lo único que oigo es mi corazón.

Dado lo rápido que late, creo que lo oiría de todos modos.

Queda un segundo.

Mis ojos quieren cerrarse, pero no lo permito. Tengo que verlo.

¡Y qué espectáculo!

La bola de acero sale disparada hacia arriba, hasta la línea de los dos metros, antes de que la gravedad artificial del Faro tome el control y la devuelva sana y salva a su punto de partida.

Oh. Dios. Mío. ¡Ha funcionado!

¡Lo hemos conseguido!

Me quito los protectores auditivos y me oigo gritar de alegría. Cualquiera que no conociera el contexto pensaría que estoy loco, celebrando un resultado tan poco espectacular. Pero yo sé por qué se ha movido esa esfera y sé lo que significa.

Justin también lo sabe, así que me dispongo a decírselo de inmediato.

¿Qué le voy a decir? No sé qué palabras saldrán primero.

No es que importe, me lo verá en la cara.

Es posible que me abraze y me dé más mérito del que merezco.

Pero lo que cuenta son todas las cosas que esto hará posible. No solo hemos aprovechado la teocita, un material extraordinario que sabíamos que podría cambiar los viajes espaciales incluso antes de saber cómo, sino que lo hemos combinado con un combustible ya optimizado para crear una reacción sinérgica.

Claro que tendremos que esperar a la revisión por nuestros pares, pero esto estará listo para rodar en poco tiempo.

Por fin vamos a conseguir los tentadores recursos de los asteroides que no hemos podido explotar durante tanto tiempo. Y las ganancias en eficiencia son tan grandes que, al final, podríamos estar marcando el comienzo de una era de viajes espaciales de ultralarga distancia.

—¡Justin! —grito mientras abro la gruesa puerta de mi laboratorio.

Supongo que es muy probable que esté esperando al otro lado. Es lo más cerca que puede estar, y sé que estará deseando brindar lo antes posible. Lo único que sabrá a estas alturas es que no he volado por los aires, pero siempre ha tenido más fe que yo en que obtendríamos un resultado inequívocamente satisfactorio.

Me muero de ganas de ver su sonrisa.

Durante medio segundo pienso en intentar poner una expresión triste, fingir que no ha funcionado, para que se emocione aún más cuando mi sonrisa se quiebre y se dé cuenta de que bromeaba.

Pero no puedo engañarme: no hay forma de que pueda ocultar esta sonrisa aunque quiera.

Empujo la puerta para abrirla.

—Vaya —murmuro, sorprendido. Justin no está.

¿Quizá ha reunido a otros investigadores para recibirme en la zona central de la estación base? Tendría sentido.

¿Quizá quería darme algo de espacio por si las noticias no eran buenas? Eso también lo tendría.

¿O tal vez dudaba, legítimamente, después de todo, y quería estar a salvo, lejos de la pasarela, en caso de que yo volara mi laboratorio en pedazos? No se lo puedo reprochar.

En los instantes en que mi ansiosa mente baraja estas posibilidades, mis ojos recorren el resto de la pasarela y luego miran al suelo, frente a mí.

Al instante, se me revuelve el estómago.

—No —balbuceo—. ¡No!

Porque Justin está ahí.

Tirado en el suelo, a centímetros de mi puerta, Justin está ahí.

Muerto.

—¡Justin! —grito.

El instinto hace que mi cuerpo retroceda contra la gruesa puerta.

El cuerpo sin vida de Justin me trae al instante una imagen que he pasado toda mi vida adulta intentando borrar de la memoria, pero, por una vez, ese horrible recuerdo no es lo peor con lo que tengo que lidiar.

No hay ejercicios de respiración ni técnicas de *mindfulness* que puedan alejar la realidad presente como a veces consiguen detener los *flashbacks*.

No hay nada que pueda hacer para calmarme en el aquí y ahora. Peor aún, no puedo hacer nada por ayudar a Justin.

A menos que no sea demasiado tarde...

Me arrodillo y le busco desesperadamente el pulso. Pero, en cuanto toco su piel, mi duda sobre el pulso desaparece.

Se ha ido.

Su piel está tan fría... Si no lo sabía ya con certeza, ahora lo sé.

Mi mejor amigo de la estación está muerto.

El tiempo ya no se mueve a cámara lenta. Parece que el tiempo ni siquiera existe.

Me pongo de pie y me quedo mudo sobre mi supervisor. Justin está tan cerca de la puerta de seguridad de mi laboratorio que es como si fuera a entrar, pero su piel está demasiado helada para que haya ocurrido esto... Sea lo que sea «esto».

¿Un ataque al corazón?

Todo es posible, y sé que las apariencias mienten, pero Justin era, con toda probabilidad, la persona más saludable aquí. Me cuesta admitir que haya pasado algo así.

Y justo ahora...

Vale, las coincidencias existen, pero, vamos, ¿que un investigador sano muera literalmente y por pura casualidad mientras yo estaba probando nuestra teoría al otro lado de la puerta?

No me lo creo.

Pero ¿qué otra cosa podría ser?

Mi mente va a mil por hora.

Lo único que sé con certeza es que algo no va bien. Que Justin esté aquí tumbado solo me hace pensar en que nadie más sabe que ha muerto, lo que plantea más preguntas.

El cuerpo principal de la estación está a solo a un minuto a pie de aquí, a lo largo de la pasarela que mantiene mi aislamiento a una distancia supuestamente segura.

Supongo que cualquiera que haya visto a Justin entrar en la pasarela se habrá imaginado que iba a verme, así que el hecho de que no haya vuelto no tendría por qué preocuparles.

De todas formas, el Faro es una estación lo bastante grande como para que pasen muchas cosas sin que nadie las vea. Nadie se queda mucho tiempo en las zonas centrales y, por lo que sé, Justin podría haber venido en mitad de la noche, cuando no hay nadie en ningún sitio.

Intento no sacar conclusiones precipitadas. Pero, haga lo que haga, todo tipo de pensamientos intrusivos y remordimientos se arremolinan en mi cerebro.

Llevo dos días y medio en el laboratorio.

¿Y si ayer le hubiera pasado algo a Justin y hubiera podido conseguirle atención médica, llegar a tiempo para ayudarlo, si hubiera estado menos obsesionado con el experimento?

Anoche incluso dormí allí unas horas en lugar de ir a mi dormitorio, todo porque no quería hablar con nadie más —ni siquiera con Justin— hasta que tuviera buenas noticias.

Nada era demasiado para él si se trataba de equipar mi laboratorio. Me rompe el corazón que nunca sabrá que lo hemos conseguido. Nunca sabrá que hice el avance replicable que ambos habíamos anhelado durante tanto tiempo.

Ahora que tengo otro tipo de noticias desagradables para compartir con todos los demás, de repente, ese avance pasa a un segundo plano. Porque sea lo que sea lo que ha pasado aquí, estoy seguro de que no puedo manejar esto yo solo.

Inspiro hondo y salgo a la pasarela.

—¡Que alguien me ayude! —grito mientras corro.

Llamo a Yannick por instinto, un técnico informático que acaba de convertirse en mi mejor amigo en la estación.

Debido a mi trabajo en la periferia, no se me ocurre el nombre de nadie más. Conozco muchas caras y, en circunstancias normales, también habría sabido algunos nombres, pero el estrés está haciendo que incluso las conexiones neuronales más simples parezcan imposibles.

Casi todo el mundo aquí es trabajador a jornada completa de ZolaCore. Son un grupo bastante unido y no se han esforzado precisamente por integrarme. Sin embargo, ahora mismo no me importa nada de eso y, para cuando llego a la zona principal de la estación, ya estoy pidiendo ayuda a cualquiera que pueda oírme.

—¡Justin ha muerto! —grito—. ¡Ayuda!

Solo oigo silencio.

«Es el área central —me digo—. Nadie se entretiene mucho aquí y es probable que el sonido no se transmita al resto de la estación».

Decido dirigirme a la entrada de los dormitorios, pero no doy ni diez pasos antes de que la visión más espantosa de mi vida me detenga en seco.

Justo delante de mí, junto a la esclusa que conduce al muelle de evacuación de emergencia, hay nada menos que otros doce investigadores en el suelo, desplomados sin vida.

Mierda.

No es solo Justin, son todos. Todos...

Todos están muertos.

He visto algunas cosas terribles en mi vida.

Pero, sin lugar a dudas, lo que tengo ante mis ojos es, con diferencia, lo peor que he visto nunca.

Aunque siento que no puedo soportarlo, toda la escena es tan perturbadora e incongruente que no puedo apartar la mirada.

Esta gente...

Esta pobre, pobre gente...

Intentaban abrir la esclusa.

Solo se abre desde el exterior para permitir evacuaciones desde el muelle de emergencia, pero veo, por algunas de sus posiciones, que estaban intentando salir. Pasara lo que pasara aquí dentro, estos hombres y mujeres amantes de la ciencia preferían escapar al vacío del espacio.

Al final aparto la mirada tras contar al menos catorce cadáveres. No quiero adelantarme y suponer que las cosas están aún peor de lo que podrían estar. Pero, tanto si se trata de una catástrofe como de un atentado, lo que está claro es que ha ocurrido a una escala que no podía imaginar hace tan solo unos minutos.

¿Hay alguien más vivo en la estación? ¿Y por qué yo estoy vivo?

Claro, mi laboratorio es independiente. Qué ironía, se suponía que eso debía proteger al resto de la estación de mis peligrosos experimentos, y al final parece que me ha protegido de lo que sea que haya pasado aquí.

Hasta ahí lo entiendo.

Pero parece que ha ocurrido algo con el suministro de aire, ya sea por la cantidad de oxígeno o los niveles de toxicidad del aire.

El gran problema con esa reflexión es que, obviamente, ahora mismo estoy respirando el aire sin ningún problema.

Pero ¿debería?

Vuelvo a echar un vistazo a mis compañeros.

No soy detective, pero me parece que han muerto bastante rápido y que sus últimos momentos han sido frenéticos.

Eso no me parece que se produzca por una exposición prolongada a un aire subóptimo. Es como si supieran que algo no iba bien e hicieran todo lo posible por alejarse de allí.

Mis ojos escrutan las paredes y el resto del suelo, buscando cualquier indicio sobre en qué me he metido. No hay nadie cerca de ninguna de las otras puertas a la vista, que se cierran por motivos básicos de seguridad más que para actuar como precintos.

Solo los cuatro laboratorios exteriores de la estación tienen sellados de aire de alta seguridad,

y, tan pronto como tengo este pensamiento, siento un poco de esperanza.

¿Quizás algunas personas lograron entrar en alguno de los otros laboratorios?

¿Quizás Justin tuvo la idea correcta al intentar llegar al mío, ya que sabía que era estanco?

El pobre... estuvo tan cerca.

Y, por mucho que quiera adentrarme en la estación para encontrar a otros supervivientes, o al menos pedir ayuda a la Tierra, pensar en la seguridad de los laboratorios independientes me hace pensar en un «Quizás» más:

¿Quizás refugiarme en mi laboratorio sea lo más idóneo?

No tengo ni idea de lo que ha pasado aquí, pero ¿y si vuelve a pasar?

Estoy vivo porque estaba en mi laboratorio. ¿De verdad quiero acabar muerto porque estoy fuera?

El corazón me late como nunca. El espeluznante y absoluto silencio que me rodea no ayuda. Los complejos sistemas de soporte vital de la estación ni siquiera emiten el suave zumbido que deberían, así que, cuando digo silencio, quiero decir silencio de verdad.

Mi cuerpo quiere correr hasta el laboratorio y esconderse. Mi mente no lo tiene tan claro.

No puedo racionalizar la espera, ya que no sé qué ha pasado ni si es algo que pueda entender.

Existe la posibilidad de que mis habilidades de detective aficionado me estén fallando y haya habido un simple fallo del sistema —uno que haya hecho que el aire sea irrespirable de una manera que mi exposición a corto plazo no lo haya sufrido todavía. Si ese es el caso, esperar no es una opción.

Y, aunque mi laboratorio sea independiente, no es autosuficiente. Mantiene unos días el suministro de emergencia de todo lo que necesite: aire, agua, energía, lo que sea. Pero, después, tiene que volver a la estación principal.

Otro gran problema es que no hay forma de contactar con la Tierra desde allí ni tampoco con el resto de la estación. Eso se debe a que, aunque mi peligroso trabajo tenía que mantenerse aislado de todo lo demás, se rumorea que otros laboratorios se utilizaban para investigaciones que ZolaCore quería mantener en secreto.

Resumiendo: si vuelvo al laboratorio para acurrucarme y esconderme, nadie más sabrá que estoy vivo.

El *shock* me está haciendo difícil lidiar con lo que sé, y mucho menos pensar en lo que alguien más podría saber, pero tengo que tomar la decisión que me ofrezca la mejor oportunidad de volver a casa con Joe y Eva.

Por un lado, si hay un grupo de sobrevivientes en el otro extremo de la estación... trabajando en un plan de huida, o esperando a salvo una nave de rescate de la Tierra, ¿puedo contar con que llamarán a cada puerta?

Creo que no.

Y en la otra cara de la moneda, ¿qué pasa si no hay más supervivientes aquí arriba?

Si nadie pide ayuda a la Tierra, nadie de la Tierra vendrá a ayudar. Al final vendrán para averiguar qué ha pasado, limpiar la carnicería y salvar todas las investigaciones que puedan, pero ¿cuándo?

¿Por qué ZolaCore o cualquier agencia pública se arriesgaría a enviar gente a una estación donde parece que todo el mundo ha sido asesinado por una fuerza invisible?

—No lo harían —digo en voz alta.

El sonido de mi voz agudiza mi mente. Claro que no lo harían, me imagino... Al menos no hasta que sea demasiado tarde.

Esto ya será una gran noticia en la Tierra, tanto si alguien de la estación ha conseguido

comunicarse con ellos como si no.

La pérdida de contacto es una noticia en sí misma, por supuesto, y me rompe el corazón pensar en lo preocupada que debe estar Eva debe. Sé que hará todo lo posible para proteger a Joe de esto, pero ¿qué puede hacer en realidad?

Me vuelvo hacia el m principal de la estación. Sé lo que tengo que hacer.

—Por ellos —me digo.

El sonido de mi voz aguza mi cerebro otra vez. No sé si es porque los humanos no estamos hechos para este tipo de silencio antinatural, pero empiezo a entender por qué algunas personas hablan solas.

Cuando no estaba concentrado en el laboratorio, siempre tenía música para mantenerme cuerdo. Ahora mismo lo daría todo por oír un acorde, una voz o incluso el ruido de una pisada que no fuera la mía.

Casi cualquier sonido sería mejor que nada. O eso creo.

La sincronización de una alarma atronadora, que rompe el silencio justo cuando reflexiono sobre él, resulta tan extraña que por un momento me pregunto si me lo estoy imaginando.

En cuanto veo una luz roja que empieza a parpadear, sé que no.

Mi voz no ha aguzado mi mente ni la mitad de lo que lo hace esto.

Las palabras del mensaje automatizado empiezan a repetirse y un sentimiento abrumador de «Ten cuidado con lo que deseas» me abofetea.

PELIGRO: FUGA CRÍTICA.

PELIGRO: FUGA CRÍTICA.

PELIGRO...

¿Es eso?

¿Algún tipo de fuga crítica ha matado a todas estas personas? ¿Está ocurriendo de nuevo?

¿Otro superviviente lo ha arreglado de forma temporal? ¿O el propio sistema?

Las preguntas sin respuestas son como los coches sin ruedas, y estas no me están llevando a ninguna parte.

No sé si es la primera vez que suena la alarma.

Ahora mismo supongo que es irrelevante.

Lo que está más claro que nunca es la inutilidad de intentar refugiarse en el laboratorio. Porque, si hay un escape de aire en la estación y nadie cerca para arreglarlo, cada minuto que retraso mi esfuerzo se convierte en una menor posibilidad de sobrevivir.

Sé que hay un centro de emergencias al otro lado del centro de la estación, cerca del comedor. Es el único lugar que se me ocurre en el que podría hacer algo. También está el centro de control, pero no tengo las credenciales biométricas de seguridad para entrar.

Nunca he utilizado el sistema del centro de emergencias, así que no sé qué hay ahí. Sin embargo, ahora que lo pienso, no creo que sea demasiado optimista pensar que pueda haber alguna forma de contactar con la Tierra.

Siempre puedo coger mi propio móvil del dormitorio y tratar de ponerme en contacto si —y es un «si» enorme— el Internet de la estación sigue activo. No sería de locos pensarlo, ya que las luces y todo lo demás todavía parecen funcionar.

Muchas cosas siguen funcionando.

Y sí, el hecho de que me enfrente a una fuga crítica es peor que una mala noticia. Es un problema urgente que no sé con qué eficacia puedo abordar por mi cuenta. Pero si busco un resquicio de esperanza, al menos los sistemas de la estación siguen activos el suficiente tiempo como para advertirme de ello.

Salgo corriendo hacia el módulo central. Siento el peso de cada paso mucho más de lo habitual gracias al elevado ritmo cardíaco que tengo desde que he salido de mi laboratorio y, casi literalmente, he tropezado con Justin.

El Faro suele parecer espacioso y abierto, con una suave iluminación cenital y amplios pasillos que no son claustrofóbicos ni industriales como los de las estaciones espaciales de las películas de ciencia ficción que veía cuando era niño. Nunca me ha parecido un lugar en el que, tarde o temprano, fuera a ocurrir algo malo.

Ni que decir tiene que hoy el ambiente es distinto.

Al llegar al centro, me sorprende al instante no ver demasiados cadáveres en el suelo.

Hay unos cinco o seis en toda la zona. Una vez que se me pasa la sorpresa inicial de que no

sean cincuenta o sesenta, reconozco lo morboso que es que la visión de estas pobres almas no registre el tipo de conmoción y dolor visceral que ha registrado hace tan solo unos minutos.

El instinto de supervivencia es muy poderoso.

Nuestros cerebros se adaptan y pueden concentrarse selectivamente hasta un punto que solo aprecio ahora. El mío está trabajando horas extras, haciendo todo lo posible para filtrar todo lo que no es útil y hacer frente al problema inmediato y urgente que tenemos entre manos.

Mientras me acerco al pilar que contiene el centro de control de emergencias y un tablón de anuncios público, paso por delante de la entrada abierta de la cantina.

Vale, el sistema de filtrado y enfoque de mi cerebro es fuerte, pero nada me podría haber preparado para esto.

¿Todos los cuerpos que no he encontrado aquí? Sí. Están ahí dentro.

Mis pies se detienen solos y echo un vistazo al comedor.

Los cuerpos desparramados dan una imagen más que sombría.

Mi línea de visión también revela una segunda escena contra la otra esclusa de aire, en la pared del fondo, en otro lugar donde una nave de evacuación podría atracar en caso de emergencia. Al igual que en la esclusa más cercana a los dormitorios, estas personas intentaban salir.

No puedo ni imaginar lo que ha debido pasar por sus mentes aterrorizadas y sus cuerpos sin aliento. Las únicas imágenes que se me ocurren son las de personas que saltan al vacío desde edificios en llamas o que caen al agua helada de barcos que se hunden.

Supongo que, cuando la muerte es segura, lo rápido vence a lo lento.

Me pregunto por un segundo si ha ocurrido algo más en las esclusas. Un intento de evacuación, tal vez, o algún tipo de avería que esta gente trataba de arreglar. Sin embargo, este segundo pensamiento no tiene sentido. Está claro que funcionan —mis pulmones están seguros— y solo se pueden accionar desde el exterior.

Una vez acoplada la nave de rescate, se formaría un sello alrededor del marco de metal. La tripulación abriría entonces la esclusa desde fuera para acceder a la estación. En una emergencia real, en la que hubiera una avería que les impidiera a los rescatadores abrirla desde el exterior, estoy seguro de que la volarían sin más.

Así que haya pasado lo que haya pasado, no ha sido eso.

Con la alarma aún sonando, me alejo del comedor y de su esclusa de aire atestada de gente. Vuelvo a enfocarme en el centro de control.

Apenas puedo creer lo rápido que el subidón que he sentido por el mayor éxito de mi vida, y uno de los mayores avances científicos en décadas, haya dado paso a estas mórbidas imágenes y decadente realidad.

Pero estoy donde estoy. Y al menos ahora, que estoy frente al centro de control, quizá pueda hacer algo.

El sistema y su pantalla son nuevos para mí, como he dicho, pero no me resultan extraños. La pantalla de resumen de estado, que aparece cuando llego, parpadea con las mismas tres inquietantes palabras que se repiten en mis oídos.

A estas alturas ya me siento advertido de más sobre esta maldita fuga crítica.

Lo que necesito es que me echen una mano para hacer algo al respecto. Mis ojos recorren el resto de la pantalla.

No me gusta el aspecto del símbolo rojo del wifi en la esquina.

Por instinto, alargó la mano y lo tocó.

En casa sé que el wifi puede fallar por dos motivos: un fallo local del router o un fallo de la

señal entrante. También sé que una es mucho más fácil de solucionar que la otra.

Por desgracia, las palabras «NO HAY SEÑAL DE ENTRADA» me aseguran que hay un fallo mayor que cualquier cosa solucionable con un reinicio. Eso incluso sabiendo que a lo mejor ni siquiera puedo reiniciarlo desde aquí.

Es un duro golpe saber que mi teléfono tampoco va a funcionar, ya que su wifi proviene de la misma señal que la del sistema principal. Mi móvil queda descartado, así que la mejor esperanza para establecer contacto es acceder a las comunicaciones de radio de la estación.

Espero, más allá de la esperanza, que haya un control de radio integrado en la pantalla. De lo contrario, tendré que encontrar una forma de entrar en la cubierta de observación o en el Centro de Control de Alta Seguridad, que es probable que sea el único lugar desde el que podría intentar reiniciar la señal de datos entrante.

Cierro la ventana emergente de información y busco otro icono. Me conformaría con una radio, una antena parabólica, un auricular de teléfono... Cualquiera que indique un sistema de comunicaciones.

Parece que es demasiado esperar, y la alarma a todo volumen es un recordatorio constante de que no me sobra el tiempo. Toco el enorme mensaje de advertencia en la pantalla de inicio, esperando que ocurra algo.

Y algo ocurre: aparece un rudimentario diagrama bidimensional de la estación. Por suerte, una pequeña sección de tuberías externas está coloreada en rojo y parpadea.

Toco esta sección del mapa para localizarla.

Bien... Ahí estamos. Aparece un diagrama mucho más claro y detallado de las tuberías. Incluso hay una imagen fotográfica real.

Hay un brazo robótico en la imagen, que parece que golpeó la tubería y la ha sacado de su sitio. Esa cosa tiene que ser controlada desde dentro de la estación, pero, por más que busco, me cuesta encontrarle sentido.

¿O a lo mejor lo estoy mirando del revés?

Después de echar otro vistazo, creo que el brazo sostenía la tubería. ¿Tal vez alguien controlaba el brazo para reemplazarla en mantenimiento de rutina, pero algo lo interrumpió?

Es una posibilidad.

Pero, si alguien estaba cambiando un tramo de tubería cuando todo se desmoronó, parece otro caso de sospechosa mala sincronización.

«Todo eso es para más tarde», me digo. No puedo permitirme perderme en las preguntas de por qué ha ocurrido esto o quién puede saber más. Ahora mismo, tengo que centrarme en lo único que está bajo mi control: lo que puedo hacer a continuación.

¿Puedo arreglarlo?

¿Puedo llegar hasta donde se controla el sistema robótico de reparación, esperar que siga funcionando y tomar el relevo del pobre empleado que podría haber muerto a mitad del trabajo?

Bueno, puedo intentarlo.

En un sentido estrictamente técnico, me parece una solución muy fácil. Controlar el brazo robótico tal vez no lo sea, pero es un tubo muy pequeño que debería volver a su lugar.

No soy ingeniero mecánico, pero, si se tratara de una tubería interna, no tendría ningún problema en engancharla en su sitio. Eso es lo que quiero decir con que parece fácil en el sentido técnico. No es como si fuera a usar un brazo robótico para enhebrar el ojo de una aguja.

Si hubiera alguien más vivo aquí con entrenamiento EVA, creo que podría salir y arreglar la tubería casi con tanta facilidad como yo podría hacerlo aquí. Es sobre todo un problema de acceso.

Siempre he pensado que referirse a los paseos espaciales como «actividad extravehicular», con sus siglas en inglés, es un eufemismo enorme. Suena demasiado fácil.

Y, aunque desde luego que no soy el tipo con el entrenamiento EVA adecuado, tampoco soy el que pierde la esperanza de que pueda haber más supervivientes.

El suelo salpicado de cadáveres del comedor es lo peor que he visto nunca y sugiere que al menos casi todo el mundo está muerto, pero no he podido hacer un recuento. Además, si hay al menos otro superviviente, apuesto a que ahora mismo no tiene ni idea de que estoy vivo.

Es un pensamiento al que quiero aferrarme: soy la prueba de que hay una oportunidad.

Donde hay vida, hay esperanza, y puede que alguien más haya tenido suerte.

Cierro el diagrama de la estación para ver qué más puedo encontrar en este sistema. Es público, aunque no espero tener acceso a todo, espero encontrar algo con lo que trabajar. Toco un icono en forma de campana, como el de las notificaciones de mi teléfono, lo que me da la opción de anular el sistema de alerta y silenciar la estridente alarma.

Lo hago.

Créeme: si hay alguien vivo fuera de los laboratorios, ya la ha oído.

En cuanto cesa el sonido, mi cerebro se siente más libre.

Al igual que yo nunca había entendido la opresión del verdadero silencio hasta que he salido de mi laboratorio hace unos minutos, me he dado cuenta de que nunca había apreciado lo abrumador que puede ser el ruido hasta que ha sonado la maldita alarma.

El único icono que aún no he pulsado tiene forma de signo de interrogación.

Supongo que será mejor pulsarlo.

Se abre una pantalla de menú con opciones que suenan aburridas, como «Licencia del sistema operativo, Estado del sistema y Calibración de la pantalla táctil».

Siento una creciente decepción hasta que veo dos nuevos iconos en la parte inferior de esa pantalla, que sustituyen a los que había en la de inicio. Primero toco uno con forma de engranaje. Aparecen opciones para cambiar el brillo y el contraste. No es lo que necesito.

El otro icono, que parece mi última esperanza, tiene la forma de la silueta de la parte superior del cuerpo de una persona. Este tipo de icono suele llevar a una pantalla de selección de usuario o de inicio de sesión, pero lo pulso de todos modos. No creo que me diga nada nuevo, pero no está de más comprobarlo.

De inmediato, veo que mi curiosidad estaba bien fundada. No es que me alegre...

Lo que estoy viendo no es una pantalla de selección de usuario, y sí me dice algo nuevo sobre mi situación.

La pantalla muestra un diagrama del interior de la estación.

Hay un punto verde visible en el centro, en el lugar exacto en el que me encuentro. A la derecha del diagrama, hay un único título: «PERSONAL».

Las malas noticias están debajo de este. Trago saliva.

No puedo apartar los ojos del nombre —mi nombre—, porque es la gran incógnita resuelta.

Un nombre solitario para el único que queda en pie.

La pantalla no miente. No queda nadie más vivo aquí arriba.

Ray Barclay...

El último superviviente.

Como científico, sé que la claridad tiene su valor y que hacer distinciones, aunque sean inoportunas, puede ayudar a resolver problemas.

Pero ¿esto?

Esta no es la claridad que quería. No es una distinción que me sirva.

Todos los demás están muertos. No hay nadie para hacer un EVA y arreglar la tubería; no hay nadie que pueda acceder a las zonas seguras a las que necesito llegar para contactar con la Tierra.

Estoy solo en esta isla espacial, enfrentándome a un tipo de soledad que nadie debería conocer jamás.

Inspiro hondo.

Al menos aún puedo hacerlo, me digo. Sigo respirando y el aire sabe y huele relativamente bien, lo que considero una pequeña bendición. Puede que se lo deba a las minúsculas cantidades de aditivos químicos que contiene nuestro suministro de aire. Porque, sin ánimo de parecer insensible, el estado de mis compañeros me causaría más problemas si estuviera rodeado de tantos de sus cadáveres en la Tierra.

Si vuelvo a jugar a los detectives por un segundo, no creo que el problema con las tuberías sea lo que los mató. Creo que se ha convertido en un problema porque todos están muertos.

Vuelvo a salir de la pantalla de personal y me dirijo a Estado del sistema. Toco más con la esperanza que con la expectativa de encontrar algo útil.

La palabra «Estado» suena a que presentará información, así que no espero controlar ningún cierre desde aquí, ni nada tan útil. De hecho, al ser un sistema de acceso público, estoy seguro de que no podré hacerlo. Eso no tendría sentido.

Una opción de menú como «Control del sistema» habría estado bien, pero no es mi día de suerte.

Averiguar cómo entrar en el Centro de Control de Alta Seguridad es, probablemente, la única manera de obtener el tipo de control que necesito.

La pantalla de Estado del sistema parece una larga lista de comprobación, en la que todo, excepto «Transferencia de datos», tiene una feliz marca de verificación verde al lado. Una solitaria equis roja reafirma lo que ya sé: Internet no funciona. Aparte de eso, el resto del mar verde es una vista bienvenida.

Ya sabía que la electricidad estaba bien, pero es una buena noticia que el módulo de «Cápsula de escape» siga aquí y en línea.

Permíteme decirlo de otra manera: no es una mala noticia.

Hay una gran advertencia, sin embargo, porque no es una cápsula de retorno de emergencia.

No puede volver a la Tierra, solo puede despegar de la estación para ser interceptada por una nave de rescate. Aunque ofrece una forma de salir de este lugar, no ofrece una forma de volver a casa.

Aun así, es mejor que nada y significa que tengo una salida teórica si consigo comunicarme con alguien en la Tierra. Una cápsula de escape en funcionamiento elimina la necesidad de que envíen una nave acoplable, lo que podría ser crucial para mi intento de salir antes de que esta fuga crítica acabe con lo mejor de mí.

Pasemos por alto el hecho de que contactar sea muy poco probable. Es una pizca de esperanza a la que no voy a renunciar sin luchar.

Por la misma razón, tampoco voy a insistir en que no sé casi nada sobre el funcionamiento de la cápsula. Tiene que estar diseñada para ser fácil de lanzar, me imagino, y me gusta pensar que soy un tipo bastante listo.

La presión no suele ser mi amiga y estar solo al timón de un vehículo desconocido me trae recuerdos paralizantes de los que puedo prescindir, pero no quiero pensar en nada de eso ahora mismo.

Huelga decir que la evacuación para ser interceptado por otra nave depende de conseguir contacto con una en primer lugar... y eso implica acceder a zonas que están específicamente diseñadas para ser inaccesibles a los forasteros de bajo rango como yo.

No va a ser fácil.

Algo más tarde, me doy cuenta de que hay un pequeño asterisco junto a la marca verde que indica que los sistemas de soporte vital funcionan.

Dado que sé que hay una fuga, me sorprende que no haya una equis roja gigante como en el caso la transferencia de datos.

Toco el asterisco, esperando que aparezcan más detalles. Y así es.

Se me cierran los ojos casi al instante. No es lo que quería ver.

A estas alturas también debería haber esperado que más noticias fueran malas noticias, y, Dios mío, esta vez lo son de verdad.

La marca de verificación verde de repente parece fuera de lugar, precisa solo en el sentido muy estricto de que los sistemas de soporte vital funcionan. Sin embargo, el tamaño del asterisco no tiene nada que ver con el tamaño del problema, porque las cosas, definitivamente, no van bien.

Las palabras «Fuga detectada; aislada» podrían haber parecido bastante prometedoras por sí solas. Al fin y al cabo, si ya sabes que hay escape, detectar y aislar son palabras bastante buenas.

Pero «Copia de seguridad de emergencia operativa» es menos prometedor, sobre todo cuando mis ojos llegan a la tercera línea de texto: «Estimación del tiempo de evacuación» y los números que siguen.

La vida útil de la reserva de emergencia que me suministra oxígeno se muestra en forma de temporizador de seis dígitos.

Una cuenta atrás.

Tengo once horas.

Piensa, Ray.

Piensa.

Todo lo que he descubierto en los últimos minutos ha empeorado aún más las cosas, no tiene sentido tratar de endulzar la verdad.

Estos son los hechos: estoy solo. La estación está funcionando con reservas de emergencia. Me quedan once horas para salir de aquí. No puedo entrar en ninguna de las salas que me permitan contactar con la Tierra.

No se trata solo del suministro de aire, que, por supuesto, durará más, ya que estoy solo.

No... Se trata de todo el sistema.

Ahora mismo es posible que le deba la vida a un suministro de energía de reserva más que a un suministro de oxígeno. No lo sé. Desde aquí, es imposible saberlo. Todo lo que sé es que la estación es un sistema holístico autosuficiente. Cuando una tubería está fuera de lugar y la fuga es tan mala como esta, todo se desmorona.

Tengo que arreglarlo.

Lo que parecían enormes problemas cuando he dejado el laboratorio —cosas como averiguar qué demonios ha pasado aquí y preocuparme por si pudiera volver a suceder— ya ni siquiera figuran en mi lista.

Ahora mismo no queda espacio para pensar qué ha causado esto. No hay espacio para alarmarme por un problema futuro. No cuando las consecuencias me van a matar a menos que haga algo para solucionarlo.

Un pensamiento inútil que no deja de rondar por mi cabeza es que tenía que irme a casa dentro de unos días. Si mi estancia hubiera sido una semana más corta, ya estaría allí con Eva y Joe.

Claro que, si me hubiera ido a casa antes, no habría hecho el avance tan importante en el que hemos estado trabajando durante tanto tiempo. Pero ahora mismo ni siquiera sé si el mundo se enterará.

Es posible que todo lo bueno que trajera este avance nunca llegue a materializarse. Viajes de larga distancia, energía limpia, minería de asteroides... Todo. O debería decir, nada.

Cuanto más vueltas les doy a estos pensamientos intrusivos, y más pienso en cómo mis resultados cambiarán el mundo si alguna vez soy capaz de compartirlos, más seguro estoy de que nada de esto es una coincidencia.

Es cierto que éramos un blanco fácil en el hostil vacío del espacio. Y, vale, los accidentes ocurren.

Pero ¿de verdad todos en una estación espacial de ZolaCore han muerto morir justo cuando

estábamos a punto de realizar nuestro mayor avance?

No me lo creo.

Que todo esto se supusiera secreto no significa mucho. No a este nivel de trabajo.

Hay algunos intereses muy poderosos que no querrían que mi trabajo se hiciera realidad. Y, quizás igual de importante, hay mucha gente poderosa que no querría que ZolaCore se beneficiara de nada de esto.

Ignacio Zola se ha ganado muchos enemigos, no solo en los negocios, también en la política. Es lo bastante rico como para ser capaz de desestabilizar las economías nacionales cuando quiere presionar a los líderes para que aprueben alguna legislación, y ya lo ha hecho antes.

Quizá haya tentado demasiado a la suerte.

Siempre he apreciado las montañas de dinero que Zola ha invertido en la investigación espacial. A diferencia de otros que han ido y venido, él financia incluso proyectos poco glamurosos que no tienen ninguna perspectiva real de rentabilidad financiera. Pero eso no significa que piense que es un buen tipo.

Lláname cínico, pero no consigues llegar a ese estatus de poder en el mundo siendo un buen tipo.

Con Zola en mi cerebro, no puedo ni imaginar lo que está pasando en la Tierra.

Si esto no es un accidente, no se lo va a tomar a guasa. Zola es conocido por ser imprudente. Dispara primero y pregunta después. Se va a armar la de Dios por lo que ha pasado aquí y, por lo que sé, las cosas ya podrían estar empezando.

Solo espero y rezo para que Eva y Joe estén bien. Deseo más que nada poder hablar con ellos. Haré lo que sea necesario para volver a verlos.

Todo esto me lleva de nuevo a lo único que necesito por encima de todo: contactar con la Tierra.

Ya que todos los demás están muertos, obviamente, no ha comunicación con la Tierra mientras he estado en el laboratorio. Nadie allí tiene razones para pensar que hay un superviviente aquí arriba, lo que significa que no habrá misión de rescate a menos que consiga encontrar una manera de comunicarme.

Claro, al final vendrán a averiguar qué ha pasado. Ya lo había pensado... antes de saber que me quedan, literalmente, unas cuantas horas de vida aquí arriba.

En una situación de estrés sin precedentes como esta, es muy difícil distinguir lo que es más importante y lo que es más urgente.

Llamar a la Tierra es lo más importante, sin duda. Pero arreglar la tubería exterior desprendida es claramente lo más urgente. Tengo once horas de soporte vital de emergencia. Sin arreglar la tubería, podría ser todo el tiempo que tenga, sin más.

Pero no puedo hacer nada con la tubería hasta que entre en el área de mantenimiento. E incluso entonces, daría palos de ciego sin ninguna experiencia robótica a la que recurrir.

Tiempo, ayuda, una escapatoria... Todo lo que necesito es lo que no tengo.

Una escapatoria sería genial, pero ahora mismo estoy luchando por encontrar cómo avanzar. ¿Cuál es el siguiente paso? ¿Dónde está el camino?

El mayor obstáculo es la configuración de seguridad básica del Faro, que se basa en credenciales biométricas que desbloquean varias puertas. Eso es lo que me impide entrar en la zona de mantenimiento. También me impide entrar en el Centro de Control, y creo que es ahí donde debería ir primero.

Cuanto antes pida ayuda, antes se pondría en marcha una misión de rescate. Pero, además, como mínimo, alguien en la Tierra podría guiarme en el proceso de reparación de las tuberías.

Joder, incluso tal vez consigan reparar la tubería a distancia desde la Tierra una vez que establezcamos un enlace abierto con el brazo robótico. Los cirujanos de un continente pueden controlar robots en otro para realizar operaciones que requieren mucha más precisión de la que necesitamos aquí. ¿Es mucho esperar algo así? Yo creo que no.

Me parece poco realista pensar que alguien pueda llegar hasta mí en un plazo de once horas sin previo aviso, pero la ayuda para arreglar la tubería cambiaría mi situación en un abrir y cerrar de ojos.

Una vez que tenga los sistemas de soporte vital de nuevo en línea, solo tendré que esperar un poco más a que lleguen.

Tengo comida, agua...; joder, incluso tengo un montón de datos que documentar y cotejar. Esperar un poco no sería el fin del mundo.

Deslizo el dedo por todas las opciones de la pantalla del Centro de Control mientras intento ordenar mis pensamientos. Estoy siendo lo más exhaustivo posible con mis manos, al igual que con mi cerebro, pero hasta ahora no he encontrado nada más que valga la pena saber.

Me vienen a la mente un par de pensamientos un tanto tranquilizadores mientras vuelvo a mirar el diagrama digital de la estación y toqueteo todo con la esperanza de que aparezca algún dato nuevo. No aparece. Cuando se desveló por primera vez el diseño del Faro, algunos periodistas empezaron a llamarlo el Escarabajo por su forma rudimentaria. El diagrama 2D me recuerda por qué.

Su forma es de un óvalo horizontal, con la zona de acoplamiento que sobresale hacia lo que diríamos que es el norte y la cubierta de observación hacia el sur, tal y como nos enseñaban los mapas producidos por ZolaCore.

Zola no quería que la gente considerara el Faro como un barco, sino como un lugar, y manifestó su preferencia por los puntos cardinales en lugar de la terminología habitual de babor y estribor. Como regalaba mapas murales a todas las escuelas del país, cualquier niño interesado en la ciencia podía señalar nuestro invernadero o la zona de mantenimiento en un mapa con la misma facilidad que Georgia o Alabama.

El apodo de Escarabajo se debe a la forma en que los largos pasillos que conducen a los cuatro laboratorios derivados, como el mío, sobresalen en diagonal. Si entrecierras los ojos lo suficiente, parece un insecto de seis patas, aunque las dos centrales son mucho más cortas y gruesas.

El área de descanso está cerca del Centro de Control, hacia el este, en el mismo centro de la estación. Esa zona circular está dividida en cuatro secciones principales y una entrada más pequeña a la zona de mantenimiento. Los investigadores estacionados permanentemente trabajan en laboratorios al este y al oeste, con sus dormitorios en el extremo este y el Centro de Control en el extremo oeste.

Mirar el diagrama puede que no me haya aportado ningún dato nuevo, pero ver mi laboratorio y el área de acoplamiento sí que me hace darme cuenta de algo: si puedo contactar con la Tierra, pero por alguna razón no pueden ayudar con la tubería, todavía podría sobrevivir unos días.

Mi laboratorio tiene su propio sistema de reserva de emergencia de veinticuatro horas que se activaría si el suministro de la estación principal dejara de alimentarlo. Y, sin querer suponer demasiado, que no recibiera ningún aviso mientras estuve allí me hace pensar que la cuenta atrás de emergencia de la estación principal probablemente acaba de empezar. En teoría, podría refugiarme en el laboratorio hasta que alguien pudiera llegar desde la Tierra.

También hay trajes EVA y tanques de oxígeno en varias partes accesibles de la estación.

Utilizarlos podría darme horas extra, aunque, al pensarlo, siento que sería como ponerse unas alas de agua para saltar a aguas infestadas de tiburones. Lo que de verdad necesito es un bote salvavidas.

La cápsula de escape es más un bote hinchable, más parecido a esas alas acuáticas que a un bote salvavidas. No puede llevarme a ninguna parte, excepto lejos de este lugar. Si me desespero lo suficiente como para lanzarme en esa cosa, sería como un superviviente de un naufragio esperando a que un barco más grande viniera a recogerme. Pero, ahora que lo pienso, la cápsula debe tener una radio propia. No sé si será de largo alcance, pero podría ser útil.

Es otro posible lugar desde el que contactar con la Tierra. Lástima que me lleve de vuelta al punto de partida: no tener ninguna manera de abrir las cerraduras de seguridad. El muelle también está cerrado.

Si conociera a alguno de los técnicos que trabajaban allí o en mantenimiento, podría buscarlo y esperar que las huellas dactilares de los muertos aún funcionen en los escáneres.

Es un pensamiento morboso, lo sé. Pero ¿qué otras opciones tengo?

El problema es que no sé quién es quién por aquí. He sido un extraño desde el día en que llegué. Las únicas personas de cuyo trabajo realmente sé mucho son Justin y...

Eso es: ¡Yannick!

Mi amigo Yannick es..., bueno, era... técnico informático. Era el técnico informático. Cuando algo iba mal, él lo arreglaba.

La puerta de mantenimiento está justo al otro lado del comedor, y sé que he visto a Yannick desbloquearla con el dedo.

Si puedo encontrarlo, ¡tendré una buena oportunidad de entrar ahí!

Está bien, es solo el Área de Mantenimiento. Y, vale, incluso arreglar la tubería con éxito sería como poner una tirita en una herida de bala cuando lo que necesito es llamar a una ambulancia. Pero el importante trabajo de Yannick y su el tiempo que lleva en ZolaCore tal vez le dieran autorización de seguridad para acceder a otras salas cerradas..., como la que tiene una radio que puedo usar para llamar a la Tierra.

Inspiro hondo.

El camino ante mí sigue plagado de enormes obstáculos, pero, al menos, he dado un primer paso.

En la forma de la huella dactilar de mi pobre amigo Yannick, creo que por fin tengo una pista real.

No creo que quede ni un solo icono u opción en este sistema de pantalla táctil que no haya tocado ya.

Pero, antes de ir a buscar a Yannick, hay una cosa que quiero comprobar. Si mi corazonada es cierta, podría ayudarme mucho.

Vuelvo al mapa que me ha confirmado de forma deprimente que soy el último hombre que queda en el Faro, gracias al solitario punto verde que aparece justo donde estoy.

Mi nombre es el único que aparece en la pantalla.

Solo es una corazonada, pero siento el impulso repentino de comprobar si el mapa tiene un interruptor que se me haya pasado. ¿Quizá haya alguna forma de que me muestre también la ubicación de quienes no hayan tenido tanta suerte?

Como no tengo ni idea de cómo funciona este sistema de seguimiento, no sé si es una esperanza razonable. ¿Se basa en el reconocimiento facial? Y, en cualquier caso, ¿cómo sabe quién está muerto? ¿Tal vez con imágenes térmicas avanzadas?

Quién sabe.

«Más bien a quién le importa, Ray», me regaño a mí mismo.

La curiosidad por cosas como esta no me beneficia ahora mismo. Necesito controlar mis pensamientos. Necesito centrarme en lo que cuenta. Necesito centrarme en lo que puede ayudar.

Merece la pena buscar ese interruptor de «Muertos incluidos» porque saber dónde ha acabado Yannick me ahorraría mucho tiempo de búsqueda. Pero, por más que busco, no encuentro otras opciones. Cada segundo que pasa mella mis esperanzas.

Suspiro.

Nop... No hay forma de localizarlo de forma sencilla.

Pero intento ser positivo, al menos tengo algo en lo que basarme. Para empezar, creo que Yannick puede llevarme a mantenimiento y también a otras zonas cerradas.

Regreso a la pantalla del menú predeterminado y echo un vistazo a la izquierda del Centro de Control principal.

Hay un tablón de anuncios con unos cuantos trozos de papel. La mayoría son notas garabateadas sobre objetos perdidos y encontrados esparcidas en torno a un folleto impreso sobre una noche de póquer.

Miro otra hoja grande en la que ya me había fijado antes, sobre todo porque lleva aquí más tiempo que yo. Recoge las puntuaciones de un increíble desafío de ajedrez rápido entre los investigadores norteamericanos y europeos. Siempre anotan los resultados de tres partidas individuales al día, una al final de cada turno de ocho horas.

Sé por las anécdotas de Yannick que todos los jugadores se toman muy en serio sus récords

acumulados.

Me inclino para mirar más de cerca, y me doy cuenta de repente de que este marcador podría revelarme algo muy importante.

Echo un vistazo a mi reloj para asegurarme de que la hora y la fecha están claras, y luego miro la última puntuación registrada.

Faltan cinco partidas.

El último resultado corresponde a una partida que tuvo lugar hace cuarenta y dos horas, en la que Yannick jugó y ganó. Después, no hay nada. Este único marcador se remonta varias semanas atrás y no hay ni un solo hueco hasta estas cinco partidas.

—Vale... —digo pensando en voz alta—. Así que jugaron la partida programada hace cuarenta y dos horas, pero algo pasó entre esa y la siguiente. Así que todo se desmoronó entre hace treinta y cuatro y cuarenta y dos horas

Eh, algo es algo.

Me llevo la mano a la barbilla mientras intento crear una línea temporal para hacerme una idea más clara.

He estado dos días y medio en mi laboratorio estanco y no he salido ni un segundo.

Cuando entré, Justin sabía lo cerca que estaba de confirmar el avance con un experimento replicable, lo que significa que a quienquiera que informara también lo habría sabido, pero yo aún no había obtenido los resultados.

¿Alguien estaba tratando de impedir que lo hiciera?

Y, veamos, once horas de soporte vital de reserva.

Así que si tengo en cuenta las once horas que le quedan a la estación principal y que las cosas se fueron a la mierda hace entre treinta y cuatro y cuarenta y dos horas...

Supongo que ocurrió hace treinta y siete, que sería cuando el suministro de reserva de dos días se puso en marcha.

Cuarenta y ocho horas parece una suposición razonable para un suministro de emergencia; teniendo en cuenta que mi laboratorio tiene veinticuatro, todo cuadra.

Esto no es una ciencia exacta, pero al menos me da una idea de con qué trabajar.

Una cosa que no puedo averiguar es por qué la alarma de fuga crítica solo se ha iniciado cuando lo ha hecho.

Lo único que se me ocurre es que, hasta que he salido de mi laboratorio, el sistema sabía que no había nadie vivo en el cuerpo principal de la estación. ¿Quizás no quería gastar la energía restante en un mensaje que nadie oiría?

Pero, espera...

¿Eso significa que no sabía que yo estaba vivo? ¿Por eso no me ha avisado?

¿Y eso significa que, después de todo, podría haber gente viva en los otros laboratorios estancos, y que esta pantalla no los muestra como puntos verdes porque no sabe que están allí?

Llamaría a las puertas si sirviera de algo, pero no lo hará. A través de dos gruesas puertas y a lo largo de un extenso pasillo, nadie oiría nada aunque se hubieran refugiado en los otros laboratorios.

Todo lo que puedo hacer es vivir con la débil esperanza de que alguien se esté escondiendo y de que aparezca antes de que sea demasiado tarde.

Pero no me engaño: es una esperanza débil. No sé por qué el mapa muestra los laboratorios independientes sombreados en blanco como el resto de la estación si no puede detectar personas vivas en su interior.

Tampoco sé por qué alguien seguiría escondido en uno después de treinta y siete horas;

seguramente también estarían aquí intentando conseguir a una radio. Sé que yo lo haría.

No tengo buenas respuestas para nada ni tiempo de esperar. Ha sido un pensamiento positivo mientras ha durado, pero ya me he persuadido a mí mismo de que no debo esperar encontrarme a alguien más vivo.

Y lo que es más importante, sé que Yannick no va a encontrarse a sí mismo.

Si mi razonamiento deductivo es correcto, creo que terminó un turno unas cinco horas antes de que ocurriera todo, así que es muy probable que estuviera descansando en los dormitorios. Como parece que todo el mundo murió, hay muchas posibilidades de que esté en esa zona.

Tiene sentido que Internet muriera al mismo tiempo que mis compañeros, hace unas treinta y siete horas. Pensar en los dormitorios me da la idea de que debería coger mi móvil de su cargador para ver si recibí alguna notificación de emergencia antes de que ocurriera.

También podría ser útil ver las últimas notificaciones o mensajes que recibí de la Tierra, en caso de que esto haya sido causado por algún tipo de desastre natural celeste que ellos vieran venir.

No sé.

Lo diré otra vez: no lo sé, y no pretendo saberlo.

Intento pensar en todas las posibilidades mientras tomo decisiones para avanzar.

He agotado por completo la información que este Centro de Control de emergencia y el tablón de anuncios pueden darme. Gracias a lo que he encontrado, sé que soy la única alma viva que queda en El Faro y estoy casi seguro de que los demás murieron hace unas treinta y siete horas.

Lo más importante que sé sigue siendo lo más urgente: me quedan menos de once horas de aire respirable.

La mayor esperanza que he ganado es que encontrar a Yannick podría ser un gran primer paso para volver a casa con Eva y Joe.

—Vamos, Yannick —suplico de camino a los dormitorios—, ayúdame una última vez...

Mis pies me llevan a los dormitorios tan rápido como pueden, que no es tan rápido como me gustaría.

Me siento mareado y acalorado. La preocupación me domina en cuanto noto el calor en la frente. ¿Tendrá algo que ver con el aire?

¿No funciona bien el suministro de reserva? ¿Me va a pillar a mí también? ¿Después de todo, los demás murieron lentamente?

Quizás los que parecen haber muerto de pánico cerca de las esclusas son los que vieron caer a los demás, y entonces empezaron a correr y a hacer lo que fuera para intentar escapar del mismo destino.

—Basta —me imploro. El catastrofismo no sirve de nada.

Tengo calor y pánico porque tengo muchos motivos por los que tener calor y pánico. Y, ahora que lo pienso, no sé cuándo fue la última vez que ingerí nutrientes o bebí agua. Cogeré una botella en cuanto vea una.

El final de mi experimento de enriquecimiento de combustible se suponía que iba a ser un gran momento de exhalación. Se suponía que por fin podría relajarme. Se suponía que estos dos meses de intensa concentración darían paso a unos días de celebración, hasta que mi asignación terminara oficialmente y pudiera volver a casa con Eva y Joe.

Pero, en lugar de relajarme, justo cuando estoy más cansado de mi concentración en el trabajo resulta ser el momento en el que necesito tener la mente más clara que nunca. Todo lo que pienso mientras me acerco a los dormitorios es que la supervivencia depende de superar un reto como nunca he enfrentado.

Bien... Aquí estoy.

Es extraño, la entrada a los dormitorios está del todo a oscuras. Pulsar el interruptor de la luz no tiene ningún efecto. No sé lo que está pasando aquí, pero parece un apagón localizado.

Sin embargo, sé cómo llegar a mi dormitorio con los ojos cerrados, lo que me resulta muy útil mientras navego por la oscuridad.

Llegar hasta mi teléfono y su linterna iluminará mi camino hacia Yannick. Sé dónde está su puerta en relación con la mía, pero no tengo tanta memoria muscular y no me atrevo a encontrarla en la oscuridad.

En mi dormitorio, cojo el teléfono de la base de carga.

—Mierda —maldigo en voz baja.

En cuanto toco la pantalla, aparece un aviso de batería crítica.

«1 %».

Supongo que hace unas treinta y siete horas que se ha ido la luz y mi teléfono se ha estado

descargando desde entonces.

El de Joe es más nuevo que el mío y tiene siete años. Supongo que ahora estoy pagando mi exceso de apego a esta cosa vieja. Lo cierto es que odio la obsolescencia programada y el ciclo de actualización anual que todos los demás parecen felices de aceptar, así que he exprimido a este teléfono toda la vida que he podido. Pero, de nuevo, maldita sea si no lo estoy pagando ahora.

—Botiquín de primeros auxilios. —Chasqueo los dedos en un momento Eureka.

Así es: hay una pequeña linterna en el botiquín estándar que hay debajo de mi cama, así que no necesito el teléfono para encontrar a Yannick. Como lo tengo en la mano, me tomo un segundo y compruebo si hay notificaciones y mensajes antes de que se agote la batería, porque quién sabe lo que podría ver.

Mi laboratorio aún tiene corriente, así que sé que podré cargarlo allí en cuanto encuentre a Yannick. Nunca llevo el móvil allí porque el blindaje no deja pasar la señal, y me alegro de haberlo dejado aquí.

No sé qué ayuda aportará, pero cualquier notificación o mensaje que haya recibido mi teléfono en los últimos dos días y medio no habría llegado si lo hubiera tenido en el laboratorio.

Veamos ...

Desbloqueo el teléfono y de inmediato compruebo que no hay avisos ni ninguna otra notificación *push* de la aplicación centralizada de El Faro, que nos informa de todo.

No me sorprende demasiado. Al fin y al cabo, mi pensamiento, desde que he visto el caos en las zonas centrales, es que la mierda salpicó muy rápido y no dejó tiempo para advertencias.

Como era de esperar después de unos días, tengo un montón de mensajes de texto, llamadas perdidas y un buzón de voz lleno. Con tan poca batería, decido mirar primero la mensajería, ya que me parece la forma más eficaz de obtener información.

Tengo cuatro mensajes, todos con imágenes y todos de Eva. Solo uno contiene texto: «Alguien está emocionado... XOXO».

La primera imagen muestra al pequeño Joe confeccionando una pancarta de «Bienvenido a casa», con pegatinas de astronautas y un impresionante intento de dibujar El Faro. Es un niño tan bueno...

Tengo que parpadear varias veces para volver a concentrarme y mantener a raya las lágrimas. Unos segundos después, paso a las otras tres imágenes que Eva ha enviado. A primera vista, todas parecen cuadrados vacíos, negrura sólida y nada más.

Y en un segundo vistazo... No, siguen vacío.

Hmmm. Debe haber habido algún tipo de fallo, imagino.

Miro las marcas de tiempo. La foto de Joe llegó justo después de que dejara mi habitación para ir al laboratorio.

Pero las imágenes con fallos son más recientes. Hace cuarenta y una horas, treinta y nueve, treinta y ocho.

Justo antes de que todo sucediera. Entonces, ¿por qué no tienen nada?

¿Podría tener que ver con la duración de la batería? ¿Quizás llegaron, pero tienen demasiada resolución para que las muestre en modo de batería baja? ¿Quizá sean GIF animados que no se reproducen por el mismo motivo?

Puede que me esté agarrando a un clavo ardiendo, pero es posible.

Por lo que sé, las imágenes que no se cargan podrían ser fotos más cotidianas de Eva y Joe. Pero también podrían ser otra cosa.

Para que ella envíe tres en tan poco tiempo, y tan cerca de la marca de treinta y siete horas

que he señalado como el probable comienzo del caos mortal de la estación, parece que tienen que ser algo más.

A continuación, compruebo mi buzón de voz. Solo hay un mensaje, descargado automáticamente al almacenamiento local del teléfono, y una vez más es de Eva. No está transcrito a texto —de verdad, estoy pagando por tener este viejo teléfono—, pero veo cuándo llegó.

Hace cuarenta y dos horas, justo antes de que enviara la primera de las extrañas imágenes vacías.

No es propio de ella dejar un mensaje de voz. En el tiempo que hemos estado juntos, las únicas veces que lo ha hecho ha sido cuando se ha encontrado con otro amigo que quería saludarme y yo no podía coger una llamada. Como casi todo el mundo, suele enviar mensajes.

Ahora que lo pienso, es más que extraño aún que haya enviado tres imágenes sin ningún comentario, ni siquiera su habitual «XOXO».

Le doy a reproducir en el buzón de voz.

—¡Pedazo de mierda! —rujo mientras la batería se queda a cero y la pantalla se pone negra.

Es todo lo que puedo hacer para no tirar el maldito aparato contra la pared.

Respiro tranquilamente, o al menos lo intento, y me guardo el teléfono en el bolsillo. Agarro un cable de carga y busco el botiquín debajo de la cama.

Linterna en mano, me dirijo al dormitorio de Yannick.

Paso por delante de otras puertas y, bueno, no puedo dejar de mirar.

No sé lo que espero encontrar, pero mantengo la mente abierta a la posibilidad de que encuentre pistas, respuestas o incluso supervivientes donde menos me lo espero.

Por unos segundos, creo que sería irresponsable no mirar donde pueda.

Utilizo el hombro para forzar la primera puerta, que no está señalada como los laboratorios secundarios y otras habitaciones de alta seguridad, y entro enseguida en el dormitorio.

Hay una mujer tumbada en la cama, tan tranquila que tengo que comprobar si tiene pulso para asegurarme de que está muerta y no solo dormida. Obtengo la confirmación que no deseaba pero que esperaba, y le cubro la cara con la parte superior de la sábana. Mis colegas se merecen ese respeto, al menos.

El mismo proceso se repite en otras dos habitaciones. Cada vez, alumbro la habitación con la linterna en busca de algo que me llame la atención. No hay nada. Cada vez, cubro el rostro de una víctima inocente de lo que sea que haya ocurrido aquí.

Me detengo ante la puerta de Yannick.

Ninguna de las tres personas que he encontrado hasta ahora mostraba signos de encontrarse mal, pero, de todas formas, todas están muertas. No lo entiendo, no encaja con las escenas caóticas de las zonas más céntricas y occidentales de la estación.

Es imposible no emocionarse al encontrarlos así, y no voy a mentir: no creo que sea malo en sí mismo.

No quiero perder aquí mi sentido de humanidad. Cada una de estas personas es una víctima individual de lo que sea que haya ocurrido, con seres queridos en la Tierra que estarán muy preocupados, igual que Eva y Joe deben estarlo por mí.

No soy insensible a nada de esto y no quiero serlo, solo tengo que enfrentarme con ello. No superarlo, aceptarlo.

Bajaré la temperatura tanto como sea posible cuando llegue al Centro de Control. Me aseguraré de que todo el mundo tenga una despedida digna, tan pronto como consiga llegar a la Tierra para asegurar mi propio futuro inmediato.

La única forma de asegurar que estas víctimas tengan dignidad en la muerte es que yo siga vivo.

Si yo fuera uno de ellos y no lograra salir de la estación, sé que querría que el superviviente lo hiciera. Cada vez más, esto no parece un accidente. Y, cada vez más, sé que depende de mí que se corra la voz.

Solo he reconocido vagamente los tres rostros serenos que he encontrado hasta ahora, pero sé que no será el caso de Yannick. Será más difícil de tratar. Y encontrarlo será solo el principio de la incomodidad que me espera.

Intento no adelantarme ni pensar demasiado en los desafiantes minutos que vendrán a continuación, e irrumpo.

Un lento suspiro escapa de mis labios. Yannick no está.

Su cama está deshecha, así que estoy casi seguro de que vino después de terminar su turno y de ganar la partida de ajedrez.

Esta podría ser una simple suposición para cualquiera que no conozca a Yannick, pero lo conozco demasiado bien como para pensar otra cosa. Es un tipo organizado. Era un tipo organizado —es un tiempo al que cuesta acostumbrarse— y no hay forma de que se dispusiera a pasar el día sin hacer la cama.

Miro a un lateral y veo que tiene el uniforme doblado en la silla y la placa con su nombre a la vista. Vale, definitivamente, vino aquí después de su turno.

También veo un montón de bolsas de refresco vacías en la mesilla de noche. Rara vez veía a Yannick sin una. Intento reconstruirlo: lo más lógico es que se levantara por la noche a buscar otro refresco en la máquina expendedora del comedor.

Desde el principio, los dos lugares en los que he pensado que podría estar eran... aquí o en el comedor. Intento apartar mi decepción al considerar que he descartado una de las dos opciones probables.

Eso significa que debería tener más confianza en que lo encontraré en el comedor, no menos. Aun así, es difícil mantenerse positivo.

Iré a mi laboratorio primero para empezar a recargar mi teléfono y conseguir hidratarme un poco, aunque sea con retraso, y luego me dedicaré a la sombría empresa de encontrar Yannick en el comedor.

Apenas he soportado asomarme al interior cuando he visto cuánta gente había allí, pero no voy a entrar por gusto. Voy a entrar porque lo necesito.

Esto es más grande que yo.

Estoy luchando, sobre todo, por volver a casa con Eva y Joe, pero también quiero asegurarme de que no se olvida a toda esta gente inocente.

No he pedido nada de esto, pero ha pasado y soy el único que puede hacer algo al respecto. Sea lo que sea lo que ocurrió en esta estación hace treinta y siete horas, solo yo puedo sacarlo a la luz.

Cada segundo que pasa me hace estar más seguro de que alguien provocó esto, y cada segundo que pasa estoy más decidido a que pague por ello.

Desde los oscuros dormitorios hay un corto paseo hasta mi laboratorio. Pero, a cada paso que doy, me encuentro casi deseando que las luces también estuvieran apagadas en el cuerpo principal de la estación.

Al menos así no tendría un recuerdo visual del elevado número de cadáveres.

No tengo nada a mano para cubrir los rostros de estas víctimas. Al pasar, les juro en silencio que los trataré con dignidad. Me encargaré de que así sea, igual que con las personas de los dormitorios y las muchas más a las que pronto tendré que enfrentarme en el comedor.

Enseguida llego a mi tranquilo, y libre de muerte, laboratorio. Es un santuario acogedor, pero no como antes, cuando he pensado en encerrarme aquí hasta que las cosas se calmaran y se resolvieran por sí solas. Ahora sé que eso no va a pasar. Esta vez, sé que mi respiro es temporal.

Enchufo el cargador de mi teléfono. Tardará al menos unos minutos en encenderse de nuevo, como siempre, y son minutos que no puedo perder ahora mismo.

Cojo una botella de agua del carrito con ruedas que hay junto a mi mesa y me la acabo en un santiamén.

Solo cuando el agua llega a mi boca me doy cuenta de lo reseca que tengo la lengua.

También cojo una bolsita de pipas de girasol que hay al lado del agua. No me las como de inmediato, aunque pronto necesitaré ingerir calorías. Ahora que sé lo que tengo que hacer, todo está listo. He reconstruido lo que he podido, y he hecho todo lo que podía hacer sin atravesar las puertas cerradas que Yannick, con suerte, me abrirá.

Empieza la segunda fase.

Antes de salir de nuevo, miro a mi alrededor en busca de cualquier otra cosa que sea útil. Tengo una caja de herramientas, algunos extintores y demás pertrechos que deberían estar en un sitio como este. No es que vaya a salir del laboratorio para siempre, así que no le veo sentido a coger nada que no necesite de inmediato. Eso solo me retrasaría.

Lo único que me da que pensar es el propio carrito. Es bastante grande, y mis circunstancias actuales son lo bastante macabras como para pararme a pensar que las ruedas son, probablemente, lo bastante fuertes como para soportar el peso de un hombre.

Yannick siempre ha sido un tipo grande, por decirlo de alguna forma. Aunque me mantengo en forma y no tendría demasiados problemas para levantarlo, llevarlo de un escáner de huellas dactilares a otro sería un serio desafío.

Decido no llevarme el carrito. De todos modos, sé que hay un montón en el comedor, que es adonde me dirijo.

Ni que decir tiene que todo lo que viene a continuación depende de que las credenciales biométricas de Yannick funcionen tan bien como espero.

Echo un vistazo al móvil antes de salir, por si acaso. Aún no hay ningún progreso, solo el símbolo rojo de la batería. Me obligo a apartarme de él, porque «un minuto más» podría convertirse en cinco antes de que se encienda.

En cuanto contacte con la Tierra y podamos hacer algo sobre la inminente caducidad del sistema de soporte vital de reserva, tendré los minutos que quiera.

Pero ahora no. No puedo permitirme el lujo de perder el tiempo.

Me apresuro a volver por el pasillo y entro en la estación principal. Echo un breve vistazo al laboratorio más cercano, uno de los tres que hay, y algo hace que me detenga en seco.

No puedo culparme por no haberme dado cuenta antes.

Lo que veo ahora solo resulta evidente desde este ángulo. Al salir antes del laboratorio, no lo he visto. El pobre Justin era lo único en lo que podía fijarme.

A poca distancia de los tres compañeros caídos, veo a un hombre tendido en el suelo entre la esclusa que intentaban abrir y la pasarela hacia el otro laboratorio anexo.

Y, lo que es aún más revelador, veo que lleva una placa azul, como la mía, con su nombre, lo que lo identifica como investigador visitante.

—Ese es su laboratorio —me digo voz alta.

«Lo que significa que puede ayudarme a entrar...».

Vale, esto no era parte del plan. Pero el plan no es rígido. Tiene que ser flexible, es la única opción que tengo. Solo tardaré unos minutos en ver lo que hay dentro del laboratorio estanco de este tipo.

Por lo que sé, los rumores podrían ser ciertos y tanta él como los otros visitantes, podrían estar llevando a cabo investigaciones demasiado secretas como para hacerlas en el cuerpo principal de la estación, en lugar de ser peligrosas como la mía.

Incluso si todo acaba siendo bastante común ahí dentro, mi compañero podría tener herramientas que me permitieran abrirme paso a través de las puertas del Centro de Control o de la Cubierta de Observación. La verdad es que no tengo ninguna razón de peso para pensar que la huella de Yannick vaya a funcionar.

Mi mente se concentra: tengo que mirar.

—Perdona por esto, tío —le digo al tipo mientras me agacho y le muevo el brazo para leer la placa con su nombre.

«L. Barnet».

No me suena de nada, pero no sé por qué iba a hacerlo.

En El Faro se hacen todo tipo de experimentos, así que no es que deba esperar que cualquiera que me encuentre me resulte familiar en mi campo.

A diferencia de Yannick, Barnet es un tipo menudo, enjuto y mayor que yo. Imagino que regresar a por el carrito me costaría más esfuerzo que levantarlo, sobre todo cuando ya estamos tan cerca de la puerta.

Puede que lo más normal del mundo decir «No me gustan los cadáveres», pero la verdad es que no me gustan en absoluto los cadáveres. No puedo ver programas policíacos ni nada por el estilo: me traen demasiados recuerdos del día que llevo veinte años intentando olvidar.

La razón por la que pienso en ese tipo de cosas es que no tengo ni idea de cuánto tiempo lleva Barnet muerto. Alguien que vea esos programas podría saber más sobre el *rigor mortis* y las otras fases, lo que le daría capacidad detectivesca para calcular cuándo murió la víctima. No es mi caso.

Recuerdo vagamente haber oído que el *rigor mortis* suele producirse en el primer día y luego desaparece, pero no estoy seguro. Todo lo que sé es que el brazo de Barnet no está demasiado rígido.

Tal vez podría inferir algo de esto... como que a lo mejor ha estado muerto durante más de un día, supongo.

Otro factor que considerar es que no estamos en la Tierra. Estamos muy lejos de casa. Y, por mucho que el aire sepa y se sienta como al que estamos acostumbrados, está muy lejos de ser el

mismo.

Hay minúsculas cantidades de agentes químicos en el suministro de aire de la estación para garantizar que la gente pueda vivir aquí durante meses y años. Esos aditivos podrían ser la razón por la que el aire no parece tan enrarecido como lo estaría un espacio cerrado en la Tierra si hubiera tanta gente tristemente fallecida en su interior.

El suministro de aire «reforzado» podría tener un impacto en la descomposición orgánica natural. Sé que nuestra comida no se pudre tan rápido aquí, así que no es descabellado.

Todo esto se suma a que todavía no sé con certeza cuando murieron Barnet y los otros.

Lo poco que creo saber sobre el *rigor mortis* aún encaja con la línea temporal de treinta y siete horas; sin embargo, la diferencia en nuestro aire explicaría por qué la gente no está en tan mal estado como lo estarían en la Tierra después de tanto tiempo.

Al ver al pobre Barnet, y sobre todo al comprobar que no está muy rígido, sé que puedo levantarlo. Eso es lo que cuenta ahora.

Me disculpo de nuevo, contengo la respiración y lo levanto. O, más bien, trato de hacerlo.

No es el peso. Como he dicho, Barnet no es un gigante.

Veinte años de entrenamiento constante me han convertido en un tipo bastante fuerte, incluso con el nervio dañado en la mano derecha que me dificulta el agarre normal.

No, mi problema no es físico.

En cuanto intento levantar a Barnet, mis brazos retroceden antes incluso de haber empezado. Mi respiración se acelera, lo que mi ritmo cardíaco parece tomar como un desafío para ir aún más rápido.

Hacía años que mis ojos no palpitaban así, y mi entorno da paso a una visión inquietante del peor día de mi vida, tan clara como cuando ocurrió. Me siento paralizado por un doloroso recuerdo del accidente de mi adolescencia, el mismo que me causó daño nervioso la mano para empezar, y un montón de problemas más graves.

Retrocedo hasta la pared más cercana y cierro los ojos.

«Tienes tiempo para respirar —me digo—. Trata de tranquilizarte».

Me tapo la boca con las manos y respiro tan lentamente como puedo.

Cuando empecé a sentirme así, unas semanas después del accidente, el terapeuta al que tuve que acudir me dijo que, aunque sintiera que lo demás estaba fuera de mi control, siempre podía controlar mi respiración.

Eso no siempre me pareció cierto, sobre todo al principio, pero los ejercicios que me enseñó me ayudan cuando las cosas vuelven a mi cabeza. Por desgracia, la situación en la que me encuentro ahora no es una de la que pueda salir con una respiración regular. El tener que levantar un cadáver es un recordatorio directo del accidente, tan palpable como podría serlo cualquier otro objeto.

Vuelvo a abrir los ojos muy despacio y recuerdo otro comentario del terapeuta. Fue lo último que me dijo y me he apoyado en él más de una vez. Ahora me parece más aplicable que nunca: «Recuerda siempre una cosa, Ray: no sobreviviste aquel día para dejar que otra cosa te venciera».

Inspiro con fuerza y miro a Barnet.

Puedo hacerlo. Esto no me vencerá. Soy capaz de cargarlo hasta la puerta y entrar en su laboratorio. No es grande, no está lejos de donde tengo que llevarlo y su vida no está en mis manos. Esas son tres diferencias con mi accidente que hacen que sea más fácil hacer lo que debo.

Ahora que vuelvo a controlar mis pensamientos, sé que puedo cargar a Barnet hasta la primera puerta. Si paso, valdrá la pena buscar un carrito para transportarlo el resto del camino

hasta la puerta interior. Sé lo largos que son los pasillos de seguridad, así que no tiene sentido cargarlo tan lejos y, posible o no, tampoco arrastrarlo, así que necesitaré un carrito.

Si su huella abre la puerta.

«Lo hará».

Tiene que ser su laboratorio filial: su placa azul, su dirección de movimiento y su proximidad a la puerta se combinan para convencerme de ello.

Vuelvo a levantar a Barnet y esta vez lo consigo. Lo cargo hasta la puerta.

Con torpeza, y aun disculpándome, levanto su mano derecha hacia el escáner de huellas dactilares y rezo para que funcione.

¡Funciona!

Un chasquido de bienvenida al abrirse la puerta me llena de alivio. Aún no tengo nada por lo que sonreír, pero, por primera vez desde el final de mi experimento, siento que he conseguido algo tangible.

Bajo con delicadeza a Barnet y lo siento contra la pared.

—Gracias —le digo.

Podría parecer y sonar como un demente si alguien más presenciara esto, pero es importante para mí. Él no es solo un cadáver, es mi hermano. Vivir en el espacio no es un paseo y no hay mucha gente que comparta ese vínculo.

Aunque no sé a quién ha dejado Barnet en la Tierra, sé el tipo de sacrificios de toda una vida que hacen falta para llegar hasta aquí. No es fascinante y no suele pagar ni de lejos lo que la mayoría de la gente esperaría, pero no lo hacemos por eso.

Si Barnet es como yo, dejó la Tierra provisionalmente para intentar hacer de ella un lugar mejor durante mucho más tiempo.

Me rompe el corazón que él y los demás nunca volverán a casa.

Apenado, pero animado por el gran avance que ha supuesto Barnet, me apresuro a regresar a mi laboratorio a por el carro. Solo me detengo un segundo para comprobar mi teléfono.

Todavía no se ha encendido.

Menos mal que no he esperado. En su lugar, he hecho un avance potencialmente importante en lo que de otro modo habría sido tiempo perdido.

Me apresuro de nuevo hacia Barnet y lo coloco en el carrito. Es más que suficiente para soportar su peso, lo que significa que también debería servir para Yannick. Otra buena señal.

Llevo el carrito hasta el final de la pasarela y bajo a Barnet. Me detengo un momento, casi dudando de mí mismo, pero me sobrepongo a la duda.

No tengo elección. Tengo que entrar.

Mi vacilación se debe a una preocupación momentánea por lo que pueda haber en su laboratorio, pero todo parece indicar que quería volver a entrar antes de morir, sin equipo de protección ni nada que yo no tenga.

No tengo ninguna razón para pensar que haya algo peligroso dentro.

En el punto de no retorno, sostengo el dedo de Barnet contra el escáner de huellas dactilares de la puerta interior y espero el clic.

Lo oigo.

Lanzo otro suspiro de alivio. Aunque no había motivo para pensar que no se desbloquearía, ya he aprendido a no confiarme demasiado.

Pero, en cuanto el clic da paso a otro sonido, me parizo al instante.

Ojalá Barnet estuviera vivo por muchas razones.

¿La primera de la lista? Para preguntarle si me estoy volviendo loco o si de verdad he oído lo

que me ha parecido oír.

Un inconfundible sonido de movimiento viene a continuación.

Se me eriza el vello de la nuca justo antes de que se repita el primer sonido.

No estoy loco. Hay una voz.

Solo dice una palabra, en un tono bastante alto, pero la oigo.

El sonido del movimiento aumenta, como si se acercara cada vez más a la puerta.

Y entonces la voz suena más fuerte que nunca:

—¿Hola?

—Pero ¿qué...?

Me caigo literalmente del susto cuando llega a la puerta y esa cosa sale disparada hacia mí.

Así es: ni él, ni ella... Esa cosa.

La voz, el movimiento: un loro. Y grande.

Azul y amarillo y bien cuidado, vuela por el pasillo como un genio que ha escapado de una lámpara.

Barnet ha caído conmigo y le pido disculpas. Estoy seguro de que me habría advertido sobre el enorme pájaro si hubiera tenido la oportunidad. Vuelvo a subirlo en el carrito y permanezco en silencio en la puerta durante unos segundos. Toso, intentando que salga cualquier otra cosa que pueda haber ahí dentro.

No se escucha nada durante varios segundos. Cuando estoy seguro de que no se oye nada más, entro.

Me quedo boquiabierto ante la magnitud de la sala.

El laboratorio tiene el mismo tamaño que el mío, pero parece mucho más grande. Supongo que se debe a que una gran parte del mío está ocupada por la cámara de pruebas, que, según me han dicho, es la más grande jamás construida en el espacio.

Pero no es solo la escala de este lugar lo que me ha pillado desprevenido. También su contenido: múltiples cajas acristaladas llenan las dos largas paredes, la mayoría de ellas ocupadas por animales. A diferencia del loro, ninguno se mueve.

Su jaula está tumbada de lado en medio del suelo, con la puerta abierta por la caída. Me parece que el pobre lo volcó en un arrebato, tal vez después de estar tanto tiempo solo.

«Al menos ha tenido la oportunidad de salir», suspiro. Miro la disposición en cuadrícula de los sujetos de prueba que no han tenido tanta suerte.

Sin embargo, cuando llego al escritorio de Barnet, veo que la pantalla de su ordenador muestra constantes vitales del «Lirón 002».

No soy médico y mucho menos veterinario, pero una de las líneas se mueve como un latido muy lento. No solo lento para un lirón: va muy muy lento.

Resulta un poco irónico que, con toda la parafernalia futurista, haya un ordenador de tubo de los noventa junto al teclado. Muevo el ratón y clico con el botón izquierdo —hacía tiempo que no lo hacía— para seleccionar una flecha orientada hacia atrás. La pantalla cambia.

El lirón 001 también parece estar vivo.

Sigo clicando y parece que todos los animales siguen vivos. Solo miro cinco o seis ejemplares más; entre ellos una cobra y un coatí.

Echo un vistazo a mi alrededor y me pregunto si el segundo nombre de Barnet es Noé.

Camino a lo largo de una pared para ver si mis ojos captan algún signo de vida. No sé por qué no me fío de lo que me dice el ordenador, pero no está de más mirar. Mi vista es bastante buena siempre que lleve las únicas lentillas del espacio, lo que es una historia para otro día, pero me cuesta distinguir la respiración de los animales.

La mayoría son bastante pequeños. No hay simios, ni grandes felinos, ni ninguno de los animales que yo buscaría si esto fuera un zoo. Me doy cuenta de que algunos son diminutos, como algunas ranas venenosas y arañas. También hay cucarachas.

Todos estos pequeños tienen pantallas de cristal móviles delante de sus tanques. Las pantallas son como paneles y parecen tener diferentes niveles de aumento. Me recuerdan a la colección de mariposas del museo de nuestra ciudad que tanto adora Joe. Esa exposición tiene un panel transparente que se puede mover hasta la línea de visión y que funciona como una lupa.

Sigo más allá de los bichos y no me detengo hasta que llego al coati. Es el animal más grande que he visto hasta ahora y parece muy tranquilo. Demasiado tranquilo. Empiezo a preocuparme, hasta que veo una respiración lenta tras unos segundos de mirada fija.

Cuando digo lenta, supongo que quiero decir infrecuente. No sé lo rápida o profunda que debe ser la respiración de un coati, solo sé que suelen ser mucho más frecuentes que esta.

Vuelvo a mirar a mi alrededor, asimilando la inmensidad de la habitación.

—Cápsulas de suspensión... —pienso en voz alta.

Tiene que ser eso. Barnet estaba probando algún tipo de tecnología de animación suspendida.

La experimentación animal no es el tipo de ensayos que yo esperarí que Ignacio Zola aprobara en su estación, sobre todo en uno de los cuatro laboratorios independientes. Estos son universalmente considerados como los espacios científicos más privilegiados de la humanidad.

Vuelvo al escritorio de Barnet y echo un vistazo a los papeles que tiene esparcidos. Algunos también están en el suelo, pero creo que el frenético loro es más responsable de este desorden que el propio Barnet.

Si Barnet hubiera encontrado mis notas manuscritas sobre mi propio trabajo, habrían tenido tanto sentido para él como las suyas para mí: ninguno.

Por una combinación de escritura apresurada y algún tipo de sistema de taquigrafía, todo esto es ininteligible. Es irónico, creo que podría obtener más respuestas del loro que de estas notas, por lo poco que puedo entender.

Y pensando en el loro...

Admito que ignoro totalmente su sistema de habla. ¿Saben lo que dicen o es todo mímica? ¿Aprenden solos o hay que enseñarles con mucha paciencia? No lo sé.

«Joder, Ray —pienso—. Sí que debes estar desesperado cuando esperas que un pájaro rellene los huecos en blanco».

Sí. No debería contar con eso.

No quiero tocar nada más en el ordenador de Barnet por si interrumpo alguna variable que pueda estar manteniendo vivos a sus animales.

Ya estaba tan motivado para volver a casa como puede estarlo un hombre con Joe y Eva, y con asegurarme de que mis compañeros tengan algo de dignidad en la muerte. Es lo que me empuja hacia adelante.

Pero, en una situación es tan macabra como esta, estoy encantado de encontrar motivación extra donde pueda. Y acabo de conseguirla en este laboratorio. Hacer lo posible para que estos inocentes animales vuelvan a despertarse es otra cosa que estoy decidido a conseguir.

Vuelvo hacia el pequeño coati, que está tumbado tranquilamente sin goteo intravenoso ni nada que pueda ver. ¿Hay algo especial en el suministro de aire del tanque?

Un pensamiento repentino golpea mi mente, y me hace pensar que Ignacio Zola podría haber estado trabajando en algo mucho más grande de lo que pensaba. La tecnología que se está probando aquí, esta técnica de animación suspendida, podría combinarse muy bien con mi avance en combustible para hacer viables los viajes espaciales de larga distancia.

Tiene sentido, dado que la riqueza de Zola le permite elegir proyectos de investigación y personal de cualquier parte de la Tierra, pero nunca había pensado en sus planes. Es tan reservado que especular sus intenciones siempre me ha parecido inútil.

Ahora tengo más curiosidad que nunca por saber lo que hay en los otros dos laboratorios, pero, con el reloj avanzando implacablemente, sé que ya he pasado demasiado tiempo en este.

He venido porque pensaba que podría encontrar algo tangible, útil, y, en ese sentido, la imprevista excursión ha sido un fracaso.

Pero he encontrado un loro... ¿Yupi?

—Volveré —le digo al coatí inconsciente—. Espero que con alguien que sepa lo que hace.

Antes de irme, le doy la vuelta a la jaula del loro y decido dejar también abiertas las puertas del laboratorio. Así podrá volver a por su comida desparramada y su bebedero de agua. Decido llevar a Barnet hasta el laboratorio para dejarlo donde pasaba la mayor parte del tiempo.

—Volveré a por ti también, tío —le susurro—. Te lo juro.

Lo que digo va en serio. Pero, para que esta promesa signifique algo, debo ponerme en marcha y encontrar a Yannick lo antes posible.

Tenemos que abrir las puertas de las radios. ¿Y después?

Directo a la Tierra.

De camino al comedor, pienso en Barnet y en la placa azul que me decía que era otro investigador visitante.

Mi insignia es azul, como la suya, para distinguirnos de los investigadores residentes, cuyas insignias son blancas. Mi supervisor, Justin, lleva una blanca estándar. Bueno, llevaba.

En algún momento me acostumbraré al que los demás están muertos y usaré el pasado, lo juro.

De todos modos, no creo que Justin o los otros con tarjeta blanca tuvieran privilegios de acceso que yo no tengo. Cada uno de nosotros puede entrar en sus propios laboratorios sellados, así como en todas las zonas públicas, pero nada más. Lo que sí sé es que Yannick tenía mayor acceso de seguridad.

Y aquí está el punto esperanzador del que me doy cuenta ahora: él no era el único.

Yannick era la única persona con mayor nivel de seguridad a la que conocía personalmente, pero hay otras. Su placa es amarilla y las de ellos también, así que tengo algo nuevo en lo que basarme cuando llegue al comedor.

Si no encuentro a Yannick, puedo comprobar las placas de los demás y buscar otra amarilla.

Por supuesto, espero que lleven sus uniformes... Yannick no lo llevaba al morir. Lo vi doblado en su sillón, con placa y todo. Eso significa que, si me tropezara con él sin conocerlo, no tendría forma de saber que tenía acceso de alto nivel.

Por suerte, cuando llegué se tomó la molestia de presentarse, a diferencia de la mayoría de los demás. Nadie dijo nada abiertamente hostil, pero no hacía falta. Percibí resentimiento en no pocos de los investigadores residentes y Yannick me dijo que era bastante normal. A diferencia de mí y de los demás visitantes, ellos estaban aquí para quedarse.

También trabajaban en laboratorios mucho más pequeños que el mío y tenían que tramitar sus solicitudes de equipamiento con un equipo de supervisión financiera, en lugar de beneficiarse de los cheques en blanco de Ignacio Zola como un servidor.

Lo entiendo. También tengo que asumir mi parte de responsabilidad por no haberle estrechado la mano al resto de investigadores residentes o a mis compañeros visitantes.

Llegué de la Tierra por mi cuenta con nada más que una bolsa y un equipo de suministros como compañía. Seré el primero en admitir que mi concentración en el trabajo que vine a hacer era bastante obsesiva desde el principio.

Apenas he levantado la vista de mi propio ombligo en los últimos dos meses. Supongo que no veía mucho sentido a acercarme demasiado a los residentes cuando la fecha de mi viaje de regreso siempre ha estado grabada en piedra.

La única razón por la que mi aislamiento autoimpuesto es una fuente de arrepentimiento es

que ahora no sé a qué se dedicaba cada uno. Dependeré de las tarjetas de identificación de colores para encontrar pistas.

Pero reconoceré a Yannick en cuanto lo vea, lo recuerdo, y es un hombre difícil de pasar por alto.

Acelero el paso. La entrada del comedor ya está a la vista.

Al acercarme, un garrido que viene de más adelante me sobresalta.

No hay palabras para describir el silencio en el que me encuentro, así que la llamada del loro me sobresalta, aunque habría sido mucho más sorprendente si no hubiera visto y oído ya al pájaro. Imagino que la pobre criatura tiene que estar al menos tan asustada como yo.

Vivía en una jaula bastante grande y era claramente más una mascota para Barnet que el resto de los animales al otro lado de esas extrañas pantallas de cristal, pero es bastante obvio que solo ha conocido el cautiverio.

Estar suelto en un lugar extraño como este debe ser desorientador. Tal vez sea afortunado, sin embargo, al estar libre de una comprensión real de lo peligrosa que es la situación.

Nuestra situación.

Sí, somos el pájaro y yo.

Por un momento fugaz me pregunto si podría serme útil.

Si esto fuera una película, idearía algún plan para que se metiera en un conducto de ventilación, volara por el interior de la estación y desbloqueara todas las puertas desde dentro.

Si esto fuera una película, también adelantaría la parte en la que estoy a punto de entrar en el comedor de la muerte, pero, por desgracia, no tengo un mando a distancia mágico en la mano. Trabajo en el mundo real, con todas sus dificultades.

De pie, en el umbral de la puerta abierta, me fuerzo a entrar e inspiro hondo.

Miro alrededor.

A primera vista diría que hay treinta o cuarenta personas. Ni que decir tiene que soy el único vivo. Soy el último hombre, pero me quedo más que un poco sorprendido al ver que algunos de estos hombres y mujeres murieron sentados.

No murieron desesperados por abrir las esclusas. Al menos no la mayoría. Algunos no muestran signos de pánico en absoluto. Hay un grupo en el rincón más alejado, reunido alrededor de una mesa, que parece no haberse movido ni un centímetro.

Los que yacen en el suelo debían estar de pie cuando ocurrió. Unos pocos de los que estaban sentados se han caído con sus sillas, pero todos están en grupo.

Un patrón es inconfundible.

Desde mi posición cerca de la puerta, veo la diferencia a medida que mis ojos se mueven por el comedor. Fuera lo que fuera lo que pasó, parece que mató al instante a la gente de la esquina más alejada y se extendió por la sala como una ola para acabar con los demás.

Nadie llegó lejos, lo que me dice que veo una línea temporal de segundos en lugar de minutos.

Para los de la esquina, sin embargo, creo que fue instantáneo.

La diferencia entre estos grupos no es tan marcada como el contraste entre las personas que murieron durmiendo en sus dormitorios y los que arañaban las esclusas. Pero ver la variación de una sola vez lo hace más evidente. Aunque no quiero sacar conclusiones precipitadas, cada vez creo más que el suministro de aire se vio comprometido de algún modo, tal vez una toxina de acción rápida. Me imagino que los tipos de la esquina estaban más cerca de un conducto de ventilación.

Después de un primer vistazo, no he localizado a Yannick. Sin embargo, veo comida en las

mesas.

Hay un plátano pelado a medio comer y solo está un poco oxidado. En casa ya estaría negro, lo que es una clara señal de la diferencia con nuestro aire.

Eso ha debido mantener el aire relativamente fresco, porque no creo que en la Tierra hubiera podido estar ni un minuto en una habitación con tantos cadáveres que llevan pudriéndose treinta y siete horas como única compañía.

Me dirijo al rincón más alejado para inspeccionarlos más de cerca. A los pocos pasos, me doy cuenta de que hay un tablero de ajedrez sobre la mesa en torno a la que se agolpaba el grupo. Conociendo el interés de Yannick por el interminable torneo intercontinental, me atrevo a esperar, con razón, que se acudiera a echar un vistazo.

Las noticias mejoran a medida que me acerco: a quienes veo alrededor de la mesa llevan uniforme. Es una gran diferencia con el resto de la sala, donde dos tercios de los presentes visten de civil.

Esa diferencia entre los ajedrecistas y los demás tiene sentido, ya que suelen jugar justo después de terminar sus turnos de ocho horas. Esa rutina implica que es posible que vea algún distintivo amarillo entre ellos.

Una tarjeta amarilla no es un billete dorado, pero podría abrirme algunas puertas.

La mala noticia es que Yannick no está con el grupo. Tras varias comprobaciones, estoy seguro. Suspiro. No debería haber esperado que fuera tan fácil, pero aferrarme a la esperanza es lo único que puedo hacer.

Las tres personas que siguen sentadas a la mesa llevan placas blancas con sus nombres, al igual que la mujer cuya silla se ha volcado.

Los demás están boca abajo.

—Lo siento —susurro con malestar mientras le doy la vuelta a la primera persona.

Veo otra placa blanca. También lo siento por eso.

Cinco cadáveres más y cinco disculpas más tarde, no avanzo. Todos los ajedrecistas y espectadores eran investigadores residentes, sin mayor acceso de seguridad que el que tengo yo.

Aunque aún queda mucha gente por comprobar, sin Yannick y sin distintivos amarillos que compensen mis esfuerzos, cada vez es más difícil mantener el ánimo.

—Tiene que estar en alguna parte —me digo.

Y tiene que estar. Aunque no sea aquí y aunque nadie más pueda ayudar, Yannick tiene que estar en alguna parte.

Esto no es una búsqueda inútil. Busco a un tipo que definitivamente está aquí, no algo que no se puede encontrar.

Entonces me asalta un terrible pensamiento: ¿y si es así?

¿Y si estoy buscando algo que no se puede encontrar? ¿Y si Yannick ya estaba en una de las habitaciones selladas cuando murió? ¿Y si está en algún lugar al que no puedo llegar?

¿Qué hago entonces? ¿Examinar las docenas de personas que no llevan placa, cargándolas de una en una a las puertas por las que tengo que pasar y esperar a que la huella dactilar de alguien las desbloquee?

No tengo tiempo para eso. No tendría tiempo ni aunque hubiera una razón para estar seguro de que uno de ellos tiene acceso de alto nivel, y eso, en sí mismo, es una suposición ciega.

Se me encoge el pecho.

«Mierda».

Una tarea que parecía pesimista pero eminentemente factible hace un momento ahora parece mucho menos segura de acabar en un gran avance.

—Sigue adelante —digo en voz alta para tratar de serenarme—. Es el único camino.

Este imperativo de dos palabras, lo más parecido a un mantra, ha marcado una diferencia positiva en mi vida desde que un terapeuta me lo enseñó hace veintitantos años.

Dejar el accidente atrás no fue fácil y necesité toda la ayuda posible. Desde entonces he superado otros momentos difíciles recordándome a mí mismo que había superado las secuelas de todo aquello, pero nada ha sido tan duro como esto. Ni por asomo.

Incluso en aquel terrible día, todo sucedió muy rápido. No me aferraba desesperadamente a la vida en una estación espacial agonizante, ni me topaba con un muro tras otro como ahora.

Me alejo del tablero de ajedrez y de los investigadores que lo rodean.

Uno a uno, tendré comprobar todos los uniformes que veo. Espero que alguno lleve una insignia amarilla.

Ojalá fuera una tarea menor de lo que va a ser. Ojalá todos los que están aquí llevaran uniforme, y no solo un tercio. Pero, si los deseos significaran algo, yo ya estaría de vuelta en la Tierra, así que no tiene sentido regodearse en mi mala suerte.

El siguiente grupo de víctimas, cinco vestidos de civil y dos de uniforme, no arrojan ningún avance.

No diría que la esperanza se desvanece, pero tengo que aferrarme más fuerte a ella para mantenerla.

Miro a mi alrededor, tengo que elegir mi próxima área de investigación.

Dos grupos más y algunas personas más tarde, sigo sin avanzar.

Todas las placas que he encontrado hasta ahora son blancas, blancas, blancas. Me estoy quedando sin lugares donde buscar. También estoy luchando por mantener mis pensamientos lejos de la siniestra imagen que tengo delante.

Estoy literalmente rodeado de muerte a cada paso, en una estación espacial que se supone que es el epicentro de los avances científicos que dirigen a la humanidad hacia un futuro mejor.

Esa era la idea de Zola y por eso la llamó El Faro.

Pero ¿qué es ahora? ¿El Tanatorio?

Mi malestar mantiene mis ojos en movimiento, al menos casi todo el tiempo. De vez en cuando se detienen en algo.

Un momento...

Esta vez, mis ojos se detienen por completo al toparse con algo nuevo: unos extraños restos en la pared, en la esquina cercana a la izquierda, que no podía ver desde la puerta.

La pared blanca está parcialmente cubierta de un polvo negro que casi parece hollín. La marca es estrecha en la parte inferior y se ensancha, con menor densidad, hasta detenerse a un metro y medio del suelo.

Mis ojos siguen a lo largo de esa pared, hacia los cubos de basura y las máquinas expendedoras.

Solo ahora veo que la máquina de refrescos ha volcado. Hay otra zona de residuos negros detrás de donde estaba. Si tuviera que intuir lo que es, concluiría que se debe a algún tipo de explosión controlada, pero lo que hace que mi corazón se encoja es lo que hay debajo de la máquina.

El único hombre al quería encontrar, en el último lugar en el que quería encontrarlo.

Atrapado bajo una máquina de cuatrocientos kilos que necesita varios brazos para ser levantada se encuentra...

Yannick.

Creo que fue Arquímedes quien dijo: «Dame una palanca lo bastante larga y un punto de apoyo para colocarla, y moveré el mundo».

Me pregunto qué podría hacer con una palanca de metro y medio.

Porque es todo a lo que tengo acceso.

Los segundos parecen minutos mientras miro a mi pobre amigo y la pesada máquina expendedora que tiene encima. Un consuelo es que no lo ha aplastado en el sentido más burdo en el que podría haberlo hecho.

Las personas más cercanas a las marcas carbonizadas de la pared parecen haber muerto también al instante, lo que no solo refuerza mi teoría de que algo envenenó el aire con rapidez, sino que también me da esperanzas de que Yannick ya se hubiera ido cuando la máquina cayó sobre él.

Bueno, eso no marca ninguna diferencia material en su situación o la mía. Pero era mi amigo. Solo rezo para que no sufriera mucho tiempo.

Mi objetivo inicial era encontrar Yannick. Supongo que lo he hecho.

Al menos vuelvo a saber qué tengo que hacer, en lugar de preocuparme por no encontrarlo, como hace unos minutos. Pero, cuando lo que tengo que hacer es tan difícil como mover ese monstruo de metal yo solo, parece otro caso imposible.

Vuelvo a mirar la máquina. No creo ni que dos como yo pudieran levantar esa cosa.

No hay nada en mi laboratorio ni en mi dormitorio que pueda ayudarme con una tarea tan grande como esta y tampoco he visto nada útil entre la extraña colección de animales de Barnet.

Tal vez haya un gato hidráulico o algún otro equipo de elevación en Mantenimiento, pero eso nos devuelve al punto de partida. Porque ¿a quién necesito para abrir la puerta?

Sí, al mismo tipo que debo sacar de debajo de la máquina. En cuanto a círculos viciosos, este es se lleva la palma.

«Es una pena que Barnet no tuviera elefantes amaestrados en su laboratorio en lugar de un loro mascota», pienso. No hay nada de qué reírse, créeme, pero a veces no está de más intentarlo.

Me agacho junto a Yannick y evalúo la máquina.

Parece muy robusta, pero ¿cómo puedo estar seguro? Sé que contiene mucha agua y algunos agentes aromatizantes que se mezclan antes de suministrar un refresco aceptable a las bolsas reutilizables, pero la máquina en sí podría ser más ligera que una normal en la Tierra.

Aunque el dinero no es problema para un tipo como Zola, dudo que lo malgastara lanzando algo más pesado de lo necesario desde la Tierra.

Ya se ha filtrado mucha agua, me doy cuenta cuando mis rodillas se humedecen rápidamente. Quizá sea bueno. A lo mejor ahora no pesa tanto como pensaba.

No soy muy fuerte, pero me he entrenado. Empecé a levantar pesas en serio más por rebeldía que por otra cosa, en cuanto terminé la fisioterapia, tras el accidente. Al principio solucioné los problemas de agarre de mi mano derecha con unas muñequeras especiales. En cuanto tuve dinero, pasé a utilizar equipos más especializados y adaptados a mis necesidades.

Me traje mis viejas muñequeras para utilizarlas en el gimnasio, ya que no permitían un equipo más grande. Aunque no me sirven para esta tarea, ya que no es el tipo de movimiento de elevación que necesita un agarre concentrado, espero que me hayan ayudado a mantener la fuerza necesaria para conseguirlo.

Mi mano derecha es incapaz de sostener nada, pero, si me pones en una fila con otros nueve tíos, quizás pensarás que tengo más posibilidades que la mayoría de ellos de levantar esta máquina.

Y con esta fuga de agua, no tiene por qué ser imposible.

No diría que estoy seguro, pero tampoco puedo descartarlo.

Inspiro hondo y concentro toda mi fuerza y espíritu en darle impulso.

Nop..., no hay manera.

No sé cuánto pesa, solo que pesa demasiado. Es como intentar levantar un coche. Por mucho que me esfuerce, no se mueve en absoluto.

Sé por el accidente que demasiado peso es demasiado peso, incluso cuando solo parece demasiado peso. Pero esto pesa mucho más que «solo» demasiado.

Es humillante.

Literalmente, no hay forma de que mover esta máquina con las limitadas herramientas a las que tengo acceso, al igual que no hay forma de que pueda usarlas para saltarme toda esta mierda y abrirme paso a través de las puertas metálicas cerradas que se interponen entre mí y cualquier esperanza de supervivencia.

Estoy solo para solucionar esto y tengo las manos vacías.

Si lo sopeso, y no intento hacer ningún juego de palabras, creo que mi única esperanza es sacar como sea a Yannick de debajo de esta cosa.

Como he dicho, no lo ha aplastado ni está hecho un puré ni nada tan brutal. Solo está atrapado.

Ahí está esa palabra otra vez: solo.

Yannick solo está atrapado. Solo tengo que conseguir cruzar una puerta cerrada y llamar a la Tierra.

Solo, solo, solo.

Ahora mismo, la palabra se me antoja una burla de cuatro letras, así que voy a eliminarla de mi vocabulario mental.

—Vale. —Dejo salir el aire y me preparo para meter más la mano bajo la máquina y buscar un buen punto de agarre.

Mi mano izquierda es la que explora. Después de que el accidente me dañara la derecha, tuve que aprender a usarla para tareas cotidianas como escribir e incluso cepillarme los dientes. Fue más difícil de lo que parece.

Desde entonces, mi mano derecha ha recuperado fuerza y sus dedos, mucha destreza; pero sigo limitado por la incapacidad de mi pulgar para prensar con precisión incluso objetos ligeros.

Desengancho lo que está por encima del pecho de Yannick, junto con su brazo derecho y la parte superior de su pierna. Su ángulo en pie en el momento de la caída ha atrapado todo lo demás, pero me parece que podría a sacarlo si consigo agarrarlo por debajo del hombro izquierdo.

Imagino que antes de tirar de él debería conseguir algunos objetos para mantener la máquina a su altura actual, lo que evitaría que aplastara aún más la parte inferior de su cuerpo en cuanto la gravedad le dé la oportunidad.

De momento, tanteo en busca de un lugar al que agarrarme, quiero comprobar la viabilidad de esta idea.

Pero, en cuanto meto la mano izquierda más abajo y siento el agua fría mientras intento liberar el cuerpo sin vida de mi amigo, me desplomo hacia atrás y me encuentro en una batalla perdida con los recuerdos desgarradores.

«Respira, Ray», me imploro a mí mismo. Pero esta vez no funciona tan bien. Ni siquiera soy capaz de decirlo en voz alta.

Es excesivo. Todo se parece. Los recuerdos son demasiado reales.

Tratar de cargar a Barnet me los ha traído de vuelta, e incluso pensar en tratar de liberar a Yannick los ha avivado más, pero sentir el agua me supera.

Aún puedo ver el momento en que ocurrió.

Todavía veo su cara, grabada en mi mente, tan inexpresiva como la de Yannick. No pude salvarlo. No pude salvar a mi propio hermano.

Por mucho que me diga que las técnicas de *mindfulness* funcionan, y por mucho que me distraiga con el trabajo, esa imagen me persigue cada día.

Nunca lo he tenido tan claro como hasta después de sentir el frío del agua entre mis desesperados dedos, igual que entonces: no pude salvar a mi hermano mayor aquel día y no sé cómo demonios voy a recomponerme y hacer lo necesario para salvarme hoy.

Sé lo que me diría él: me daría un puñetazo en el hombro y me soltaría que fuera un hombre.

Solía funcionar cuando me asustaba y, si él siguiera por aquí, es posible que siguiera funcionando. Pero no está, porque no pude salvarlo. Está muerto porque fracasé, igual que moriré si vuelvo a fracasar aquí.

Si fracaso aquí nunca volveré a ver a Joe y Eva, igual que nunca veré a mi hermano. Y, al igual que entonces, será mi culpa.

Aguanto la respiración todo lo que puedo, luego la expulso bruscamente.

No.

Otra vez no. Hoy no.

—Sigue adelante, Ray —murmuro sin fuerzas—. Es la única manera.

Vuelvo a acercarme a la máquina y lo intento otra vez.

La gelidez del agua no me sorprende ya, y me concentro en el rostro de mi hermano, que se repite en mi cine mental, así que no retrocedo de inmediato.

Lo que sí sucede es que reconozco que no puedo hacerlo. La física está en mi contra y tengo tantas posibilidades de sacar a Yannick de la máquina como de quitársela de encima: la raíz cuadrada del cero absoluto.

Mi mano izquierda roza el costado de la cara de Yannick mientras me aparto para sentarme. Su piel está fría, pero no me sorprende, y no es lo que provoca que cambie de pronto mi pensamiento derrotista.

La idea que acabo de tener sí me hace cambiarlo y me abre un nuevo camino, pero es tan difícil de digerir que casi desearía que no se me hubiera ocurrido. Cierro los ojos y trago saliva, intentando no juzgar demasiado a mi desesperada mente por siquiera pensarlo.

El cuerpo de Yannick está completamente atascado bajo la máquina expendedora, lo que me impide llevarlo hasta las puertas que tengo que abrir.

Me fuerzo a abrir los ojos y miro la llave que he estado buscando.

Porque no necesito todo el cuerpo de Yannick.
Solo necesito su dedo.

No tengo que convencerme de hacerlo.

La idea es tan desagradable que el que me la haya planteado lo dice todo. Los momentos desesperados requieren medidas desesperadas, y eso nunca ha sido más cierto que ahora.

No he encontrado a nadie más con una insignia amarilla que indique que puede desbloquear las puertas, y llegar hasta aquí me ha llevado mucho más tiempo del que quería.

No hay tiempo para arrastrar a los demás hasta las puertas por si tuvieran las credenciales biométricas correctas. No mientras mis segundos de aire respirable se están acabando literalmente. Estoy arrodillado aquí, junto a Yannick, y la única oportunidad que tengo de seguir avanzando.

Me pongo en pie. Las piernas me flaquean, en parte por la toma de conciencia de lo que estoy a punto de hacer, en parte por las secuelas del *flashback* más intenso que he tenido en años.

Me estabilizo y miro al pobre Yannick. Era uno de los tíos más divertidos que he conocido. Si alguien hubiera podido distender el ambiente ahora mismo, habría sido él.

—Al menos es un lector de huellas dactilares —habría dicho—, y no un escáner de retina.

Me estremezco al pensarlo.

Gracias al señor por las pequeñas bendiciones, como suele decirse. Sé lo que tengo que hacer.

Sé que el cuándo es lo antes posible.

Y cuando esta historia se cuente —ya sea por mí o por las cámaras de seguridad o por cualquier otro medio—, espero que todo el mundo comprenda la fuerza de mi porqué.

La única pregunta sin respuesta es cómo.

Repaso mentalmente el contenido de la caja de herramientas que tengo debajo de la cama. Hay alicates, una pequeña sierra para metales y otros objetos que en teoría podrían hacer lo que hay que hacer, pero no de forma limpia y no de una manera que nos permita a ninguno de los dos conservar mucha dignidad.

Recorro la habitación con la mirada hasta que mis ojos se fijan en la puerta de la cocina.

La idea es obvia. Es todo lo contrario a elegante, pero es obvia.

No quiero darle más vueltas y no voy a hacerlo. Es lógico que lo más afilado que voy a encontrar esté en la cocina, así que me dirijo hacia allí.

La puerta se abre enseguida, algo que ni siquiera había pensado.

Supongo que no es necesario sellarla. Las puertas de la mayoría de las habitaciones están cerradas por motivos de seguridad razonables, y mi laboratorio y otros están totalmente sellados por motivos de seguridad más generales.

Resulta que la cocina no.

Nunca he entrado aquí. Solo he visto ha sido a algunos empleados retirando platos y cubiertos cuando estaba sentado en una mesa cerca de la puerta.

Ignacio Zola es partidario de que todo el mundo colabore, así que nunca ha habido empleados a jornada completa. Había dos cocineros, pero todos los investigadores residentes tenían que hacer uno o dos turnos al mes para limpiar y otras tareas similares.

Como investigador visitante al que se contrató para venir aquí por un tiempo limitado, yo no tenía ninguna obligación de ese tipo. Ahora que lo pienso, eso podría haber influido en la indiferente acogida que me mostraron los demás.

Entro en la cocina y tengo la sensación de que no es muy grande. Había muchas bocas que alimentar, supongo, y aun así es mucho más pequeña que la cocina del personal de mi campus universitario.

No sé dónde mirar primero ni qué es lo mejor que puedo buscar, pero enseguida mis ojos se posan en un bloque de cuchillos.

Como he dicho antes, no quiero pensarlo.

Le pido disculpas a Yannick, lo hago, luego me disculpo un poco más, y sigo adelante.

Ese es el plan.

Echo un vistazo a los cuchillos y cojo uno de aspecto excepcionalmente afilado. No conozco muy bien la terminología culinaria, pero parece más un cuchillo de carnicero que uno básico de cocina.

No quiero nada dentado, solo algo que haga el trabajo lo más rápido posible. Lo último que quiero hacer es alargar esto. Un movimiento hacia abajo es el objetivo, como una guillotina, lo más rápido y digno que pueda hacer este horrible proceso.

Hay unos colinabos en la encimera, crudos y recién sacados del invernadero, pero no necesito comprobar el filo del cuchillo.

Veo un guante de goma azul junto al fregadero y lo cojo. No diría que soy más aprensivo de lo normal, pero digamos que sentir la textura de un dedo amputado no está en mi lista.

La única otra cosa que quiero, antes de volver, es un poco de film transparente. Me servirá para mantener el resto de sus dedos hacia atrás y no hacer más daño del necesario. Me han servido fruta envuelta en este material, así que sé que hay.

Por suerte, la búsqueda es corta. Lo encuentro en el segundo cajón.

Sin perder ni un segundo, vuelvo a la máquina expendedora y me agacho junto a mi amigo fallecido.

«No lo retrases más», me imploro.

Intento dissociarme del proceso mientras aparto tres dedos y un pulgar y utilizo el film transparente alejarlos de su importantísimo dedo índice: el que necesita el lector biométrico.

«Pensarlo lo empeorará».

Si salgo vivo de aquí, necesitaré el perdón de la familia de Yannick más que nadie. Espero que sean capaces de entenderlo.

El nivel de desesperación y necesidad que me empuja a continuar es la única razón por la que creo que podría llegar a perdonarme. Y si solo estuviera tratando de salvar mi propia vida —no haciendo esto por mi familia y para asegurarme de que alguien rinda cuentas por toda esta carnicería— no creo que pudiera hacerlo.

La autoconservación es un impulso fuerte, pero me siento fatal por lo que estoy a punto de hacer. De verdad, tener una razón más grande que mi propia supervivencia es todo lo que consigue que parezca posible.

Ahora mismo siento todo tipo de cosas. La primera de ellas es una ira ardiente contra

quienquiera que haya participado en lo ocurrido aquí.

Desde que he visto las marcas sospechosas en las paredes y la forma incongruente en que la gente ha muerto en diferentes zonas de la estación, mi mente ha abandonado cualquier idea de que esto sea un accidente.

Alguien lo ha hecho, y por su culpa estoy a punto de hacer esto otro.

Alguien me ha arrinconado, inclinado sobre el cadáver de mi amigo, con un cuchillo de carnicero en la mano y lágrimas en los ojos.

Coloco el filo por encima del nudillo inferior y respiro hondo.

Ni siquiera puedo mirar.

Muevo el cuchillo hacia abajo una vez, con un movimiento firme pero controlado, y lo tiro con la misma rapidez.

Todavía sin mirar, tanteo con la mano. Es morboso, pero la sensación de un dedo cortado me provoca un suspiro de alivio.

Me ciño la mano enguantada y vuelvo a mirar a Yannick.

—Lo siento más de lo que nunca sabrás —digo en voz alta—. Es la única manera.

Con la horripilante llave en la mano, salgo del comedor con un solo pensamiento: «Más vale que esto funcione».

Sé a ciencia cierta que Yannick tenía acceso al Área de Mantenimiento, así que, como mínimo, debería poder entrar allí.

Aunque no espero encontrar una radio tras su puerta, entrar me abriría la posibilidad de intentar arreglar la tubería con el brazo robótico y permitirme reiniciar la energía en otras zonas.

Qué narices, incluso podría haber algo ahí dentro que me sirviera para forzar las puertas de alta seguridad.

Mi prioridad siempre ha sido ponerme en contacto con la Tierra lo antes posible. La mejor forma de hacerlo es entrando en una de las salas donde seguro que hay radios: la Cubierta de Observación y el Centro de Control.

Ataco primero a la yugular: el Centro de Control.

Como su nombre indica, es el verdadero corazón de la estación. Los comandantes de trabajan allí, asegurándose de que funcione sin problemas.

Me imagino que debe ser donde vigilan todo lo que captan las omnipresentes cámaras de seguridad. Así que, una vez que me haya puesto en contacto con la Tierra y alguien me ayude a estabilizar los sistemas de soporte vital, podría aprovechar las horas de espera de la nave de rescate para revisar las imágenes y comprobar qué ha pasado.

Vale, vale, lo sé. Estoy construyendo castillos en el aire. Estoy pensando en el éxito como algo asegurado, en lugar de algo que debo perseguir como un león cansado de la batalla que acecha a la única gacela a la vista.

El Centro de Control también es el lugar donde tengo más probabilidades de reiniciar el sistema eléctrico en las zonas donde se ha estropeado. Creo que los sistemas más importantes se controlarán desde allí, no desde el Área de Mantenimiento ni desde la Cubierta de Observación.

Lo mismo pienso del Sistema de Control de Temperatura, que es importante para preservar a los demás hasta que pueda devolverlos a la Tierra para que reciban la despedida que se merecen.

Tomo nota mentalmente de trasladarlos a todos al comedor y cerrar la puerta después, en cuanto consiga comunicarme con alguien en la Tierra y asegurar mi propia supervivencia más allá de las próximas... ¿cuántas me quedan, nueve horas y media?

Guau, ¿llegar hasta aquí me ha costado tanto tiempo? El tiempo vuela cuando luchas por tu vida. Trato de no fustigarme.

He llegado í, a pesar de todos los obstáculos. He avanzado paso a paso, a pesar de que esos pasos eran terriblemente difíciles. Si puedo seguir haciéndolo, puede que tenga media oportunidad.

Llego enseguida al Centro de Control.

Por desgracia, me doy cuenta aún más rápido de que llegaré más lejos.

Hay un escáner de huellas dactilares en la puerta reforzada, pero está al lado de un teclado numérico. Necesito un código.

Como la sala más importante de la estación, supongo que tiene sentido que haya una capa extra de seguridad aquí.

Espero que no ocurra lo mismo en la Cubierta de Observación. Sé que no hay teclado en mantenimiento, pero no habrá una radio allí.

Conseguir las credenciales biométricas de Yannick ha sido difícil de una forma que no podía imaginar. Si después de todo no consigo una radio en los próximos cinco minutos, esta montaña de desafíos podría parecerme una escalera interminable a ninguna parte.

No conozco tan bien la distribución de esta parte occidental de la estación como para saber cuáles son los caminos más eficaces entre cada habitación. Aparte de los laboratorios de investigación y los dormitorios, los pasillos son muy amplios, lo que significa que no tengo que girar en las esquinas para reorientarme. Me viene muy bien teniendo en cuenta lo sobrecargado que tengo el cerebro.

No me cruzo con muchas personas entre el Centro de Control y la Cubierta de Observación, lo que atribuyo a que esta sección del pasillo es poco transitada.

Por lo general, la mayoría de los investigadores solo se mueven entre sus dormitorios, sus laboratorios y el comedor. Justin y Yannick me dijeron que casi nadie utilizaba las instalaciones del área de ocio, como la biblioteca, el gimnasio y las zonas de descanso del invernadero, así que no le doy importancia.

En cuanto llego a la cubierta, mis ojos se posan en la puerta como un halcón en un prado: escáner de huellas dactilares: bien; teclado para introducir el código: no. ¡Por fin, buenas noticias!

Sigo con el guante de goma azul brillante y agarrando el dedo índice del pobre Yannick como si mi vida dependiera de ello, porque, francamente, creo que es así.

Esto tiene que funcionar.

Abro la mano y traspaso la horripilante llave desde la palma hacia mis propios dedos, luego la sostengo contra el escáner.

He esperado, suplicado y rezado por muchas cosas en mi vida, pero nunca tan desesperadamente como por esto.

Nunca he deseado nada tanto. Nunca he necesitado nada tanto.

El silencio que me rodea es sofocante, hasta que lo rompe el sonido más agradable que he oído nunca.

El clic es débil, pero bien podría ser una sinfonía de celebración.

¡Ha funcionado!

Miro el dedo de Yannick, menos aprensivo de lo que me había sentido hasta ahora.

—Gracias, hermano —susurro. Hemos superado el primer obstáculo. Pero, al empujar la puerta, siento que mi cuerpo se hunde de inmediato con un instintivo suspiro de decepción—. Mierda —maldigo en voz baja. Está oscuro. No hay electricidad.

Respiro hondo e intento mentalizarme. Como ya he pensado, hay una pequeña, pero no nula, posibilidad de que consiga reiniciar todo desde la sala mantenimiento, y tal vez todavía haya una radio que funcione en la cápsula de escape.

Joder, la radio aquí podría incluso estar con energía de reserva. De hecho, debería estarlo, ¿no?

Esta línea de pensamiento me tranquiliza un poco, y mis primeros pasos en la Cubierta de Observación se llenan de algo más algo más parecido a una expectativa esperanzada y tentativa

que a un temor absoluto.

En pocos pasos veo por primera vez al personal. Son cuatro. Los cuatro llevan placas de identificación amarillas y están tan muertos como todos los que he encontrado.

Lo que me llama la atención aquí, incluso más que en el comedor, es lo repentinamente que parece haber muerto esta gente: dos todavía tienen las manos en sus pantallas. Los otros dos están uno frente al otro como si estuvieran conversando. Sus cuerpos se han encorvado en las sillas, por supuesto, pero, aparte de eso, parecen figuras de cera congeladas en el tiempo.

Con la linterna en una mano y el dedo de Yannick en la otra, avanzo un poco más para ver bien la consola de control. Veo un montón de pantallas, todas oscuras. Solo me queda esperar que sea capaz de identificar el sistema de radio y que siga funcionando.

Estoy seguro de que podría averiguarlo si lo encuentro, y creo que tengo suficiente ingenio para conectarlo a un circuito de alimentación que funcione, aunque todo lo que hay aquí esté desconectado.

El tiempo es un lujo que no tengo, pero hay energía a lo largo de todo el pasillo al otro lado de la puerta por la que acabo de entrar. Eso me da un recurso, al menos. Significa que, si no encuentro una radio que funcione aquí o en la cápsula de escape, y si no puedo reiniciar todo desde el Área de Mantenimiento, todavía no estaré desesperado del todo.

Más allá de la consola de control, la enorme cristalera de la cubierta ofrece una ventana a la Tierra.

Echo un vistazo, por fin, a través de esa ventana, pensando en que me animará.

Nunca me he equivocado tanto.

En cuanto levanto la vista, se me cae todo.

Linterna, dedo..., incluso yo.

Tropiezo literalmente hacia delante y me agarro a una silla solo después de que mis rodillas se estrellen contra el duro suelo. Al menos no me aplasto la cabeza también, pero ¿qué más da ahora?

Porque al otro lado de la ventana no veo un planeta azul.

Veo la Tierra en llamas, llena de humo volcánico.

Y, lo que es peor, no veo ninguna de las luces eléctricas que suelen señalar la civilización humana desde arriba.

No hay nada.

Nada.

Como una escena de una pesadilla apocalíptica, la Tierra parece tan muerta como esta maldita estación.

Me golpea como un ladrillo en el cráneo: no estoy solo aquí arriba...

Creo que estoy solo, sin más.

No puedo creer lo que estoy viendo.

De verdad, completamente, literalmente, simplemente... mi cerebro no acepta las imágenes que mis ojos le envían.

No puede ser real. No puede ser verdad.

La Tierra no puede estar ardiendo. Podría haber humo sin fuego.

Toda la muerte y destrucción que ha ocurrido aquí arriba no puede ser una minúscula nota a pie de página comparada con lo que sea que haya asolado nuestro hermoso planeta.

No... Mis ojos me están engañando. Tienen que hacerlo. Ahora es cuando me despierto.

Tiene que ser ya.

—Despierta —me digo, con una voz tan débil y hueca que apenas la reconozco como mía.

Cierro los ojos y me masajeo las sienes. Me mentalizo para volver a mirar.

El trauma juega con mi mente. Los cadáveres, el dedo, todo eso..., debe haber alterado mi percepción.

Pero no es así.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, la vista parece aún peor.

¿A quién quiero engañar? No hay trucos.

He pasado por mucho y mi cerebro está agotado por todo lo que ha tenido que lidiar en las últimas horas, pero eso no cambia la realidad de lo que tengo delante.

La Tierra está destrozada.

Donde debería haber luces vespertinas concentradas en las ciudades y en casi todas las zonas de nuestras masas terrestres, no veo nada.

Nada bueno, al menos.

Veo lo que parece un humo espeso que sale de varias zonas.

¿Son volcanes?

¿Es la lluvia radioactiva de algún tipo de ataque? ¿Quizás la guerra nuclear que siempre nos ha preocupado, con un pulso electromagnético añadido para acabar del todo con la red eléctrica?

Mi corazón late con fuerza, pero ¿a quién le importa si estoy viendo lluvia radiactiva o volcánica? Sea lo que sea, ¡no hay nada!

Está claro que algo ha pasado ahí abajo que empequeñece las cosas horribles que he visto aquí arriba.

Ya he visto cosas que nadie debería ver jamás y he hecho algo que no sé si me perdonaré algún día, por muy necesario que me pareciera. Pero nada podría haberme preparado para esto.

La visión en sí es espeluznante de una manera que haría retroceder a cualquiera, como el equivalente visual de arrastrar clavos en una pizarra.

Excepto que esto es peor, con todo tipo de espantosas implicaciones que apelan a un estímulo innato y perturbador. Así que, si lo comparo con un sonido, no debería ser el de clavos en una pizarra, sino más bien una cacofonía de gritos agonizantes.

Sea lo que sea lo que ha ocurrido en la Tierra, no hay duda de lo que estoy viendo: muerte a una escala inimaginable. «Evento de extinción masiva» es un término que solo he oído en películas y noticias sensacionalistas. En este momento, sin embargo, mi instinto me dice que es la mejor frase para lo que estoy viendo.

Eva.

Joe.

Su desamparo allí abajo ha sido el primer pensamiento que he tenido al ver este terrible espectáculo. Es el pensamiento que me ha hecho caer de pie.

De todos los períodos de dos meses de nuestras vidas, ¿por qué ha tenido que ser este? ¿Por qué ha tenido que ser cuando yo estaba aquí, cuando los he dejado solos?

Y en todos los millones de años transcurridos desde la última catástrofe planetaria a una escala parecida a esta, ¿por qué ha tenido que ocurrir en su vida?

Ninguno de los dos ha hecho daño a nadie. No deberían haber tenido que vivir esto.

«Vivir esto».

Las palabras resuenan en mi cerebro, como si las hubieran enviado para atormentarme. La gran incógnita ahora mismo es si alguien ha sobrevivido.

Imaginarme a Joe y Eva enfrentándose a los momentos caóticos en los que todo se ha ido a la mierda me congela las venas.

A diferencia de mí, no estaban encerrados en un laboratorio aislado. No eran felizmente inconscientes del infierno que se desarrollaba fuera. Estaban allí.

Dependiendo de lo que ocurriera, podrían haber oído las sirenas de alerta, visto las noticias de última hora, observado, impotentes, cómo llegaban las oleadas o el humo.

Ahora mismo no puedo distinguir Norteamérica y, debido al apagón, no puedo acceder a ninguna imagen por satélite. Además, no sé lo suficiente sobre volcanes como para saber si alguna especie de efecto dominó entre erupciones es el origen de las distintas columnas de humo que se elevan de nuestro planeta hecho añicos.

Todo lo que sé es que nuestra casa en Salt Lake City está a cuatrocientos kilómetros de Yellowstone. Me imagino que cualquier cosa que haya podido desencadenar una catástrofe volcánica mundial colocaría a las dos personas que más me importan justo en primera línea de batalla. Está demasiado cerca para ser seguro.

Odio la idea de que hayan tenido que experimentar lo que sea que haya pasado, pero la idea de que de alguna manera luchen por supervivencia es mejor que la alternativa. Me niego en redondo a permitirme pensar que un final repentino pueda haber sido un destino más misericordioso.

No puedo empezar a pensar así.

Durante lo que podrían ser cinco segundos más, o un minuto entero, miro fijamente la Tierra.

Entra suficiente luz por la puerta abierta detrás de mí como para crear un ligero reflejo en la ventana. Ahora me doy cuenta de que me tapo la boca. Al ver mi silueta recortada contra el cristal, no puedo evitar pensar que parezco un granjero desconsolado que contempla un granero arrasado por un tornado.

«Ojalá —me lamento—. Ojalá fuera algo así..., algo que pudiéramos reconstruir».

Desde aquí, no tengo ninguna buena razón para pensar que quede nadie para reconstruir nada. Es difícil expresarlo con palabras. No puedo ver ríos de lava —no sin telescopios o

asistencia satelital— pero veo el humo.

Además de las enormes columnas de humo, una mirada más atenta revela zonas de tierra que arden a una escala mucho mayor que la de cualquier incendio forestal que haya visto.

No hay ninguna duda. La Tierra está en llamas.

Pero lo peor de todo, en términos de implicaciones, es lo que no consigo ver. Me he dado cuenta de que todo aquí arriba se fue al garete hace unas treinta y ocho horas, y las luces de la Tierra siguen apagadas.

Empiezo a asumir algunas cosas aquí, es bastante obvio que todo se fue a la mierda allí abajo primero.

Lo que ha pasado aquí es o bien un efecto secundario directo de lo que ha causado el desastre, o bien algún efecto secundario de nuestros sistemas de control dependientes de la Tierra, que enloquecieran de una manera que nadie podría haber visto venir.

Lo que digo es que todo aquí arriba debe haber ocurrido después de que empezara en la Tierra.

Las marcas extrañas que he visto en las paredes podrían ser algún tipo de escape incidental a través de las paredes o de retroceso de los respiraderos, supongo, porque no encuentro ninguna perspectiva en la que todavía tenga sentido pensar que alguien sabotó la estación.

Si sucedió, ¿cómo encaja con lo que ha pasado en la Tierra?

Hasta hace unos minutos, pensaba que nos habían atacado porque estábamos a punto de demostrar lo que la teocita puede hacer y alguien quería detenernos mientras pudiera.

El momento parecía demasiada coincidencia, pero eso ha sido antes de que supiera que había ocurrido algo en la Tierra, y más algo de esta escala tan terrible, espantosa y enfermiza.

La mejor palabra que tengo para la Tierra es devastada.

Si no la Tierra, al menos nuestro mundo humano, dada la oscuridad natural hasta donde alcanzan mis ojos.

Sí..., devastada.

Mi cabeza es un desastre. Si todos mis compañeros en esta estación han sido víctimas de un ataque, todos en la Tierra deben haberlo sido también. Pero ¿quién demonios lanzaría ataques que destruyen su propio planeta?

A menos que...

Oigo latir mi corazón, más rápido que nunca.

—No son extraterrestres, Ray —digo en voz alta, para quitarme esa idea de la cabeza.

Quizá he visto demasiadas películas, o quizá estoy viendo algo que tiene tan poco sentido que una respuesta sin sentido no parece peor que cualquier otra.

Entonces, ¿volcanes? Me pregunto de nuevo. ¿Causado por... el impacto de un cometa?

Casi deseo tener razón. Algo así, algo natural, podría ser superado por las personas lo bastante alejadas del lugar del impacto. Eso sería mejor que algún tipo de ataque extraterrestre...

—No puede ser —me digo, cortando un pensamiento absurdo que no cesa.

El esfuerzo dura dos segundos. Vuelve casi tan pronto como me lo sacudo de encima, porque dado lo que ven mis ojos, ¿de verdad es tan descabellado pensar que la Tierra podría haber sido atacada por...?

—¡No! —repito, esta vez más alto—. No son alienígenas.

Ahora mismo, mi mente se siente como una mano intentando controlar un yoyó nuclear.

Lo único que puedo hacer es intentar razonar para salir de la locura.

Si ha habido un ataque alienígena a la Tierra, ¿qué demonios ha pasado en la estación?

Claro... Incluso si «solo» ha habido algún tipo de desastre natural sin precedentes en la

Tierra, ¿qué demonios ha pasado aquí?

Algo como el impacto de un asteroide colosal podría hacerle eso a la Tierra, pero ¿cómo llevaría eso a la muerte y el caos que hay a mi alrededor en la estación?

—De la misma forma que un ataque alienígena a la Tierra podría hacerlo —digo.

La parte de mi mente que aún funciona sabe que es más que extraño considerar en silencio la mayor parte de un debate interno y decir el resto en voz alta, pero estoy donde estoy.

Aunque se supone que El Faro es una estación autosuficiente, está en contacto permanente con la civilización y desde tierra se pueden controlar todo tipo de operaciones. Por eso esperaba que pudieran ayudarme a distancia con la tubería rota.

Me imagino que sería teóricamente posible que algún tipo de sobretensión masiva, o alguna otra avería inesperada en los sistemas de control terrestres, pudiera haber desencadenado problemas en el soporte vital de la estación.

Lo que parece más probable, y cada vez lo es más a medida que me concentro en lo improbable que suena esta última idea, es que lo que ocurriera en la Tierra tuviera un efecto más directo aquí.

Llamaradas solares, restos de cometas; joder, incluso mi idea más loca de un ataque alienígena... Cualquiera de esas cosas podría haber causado daños colaterales a la estación. Después de todo, estamos tan cerca de casa... Apenas más lejos de lo que estaba la antigua Estación Espacial Internacional.

Vuelvo a enfocar una de las columnas de humo. Es tan ancha que no puedo evitar preguntarme qué aspecto debe tener el cielo desde tierra.

Un cosquilleo me recorre la espalda. Se me eriza el vello de la nuca.

El cielo desde el suelo.

De repente me doy cuenta de que, incluso si hay supervivientes en la Tierra, tal vez en búnkeres gubernamentales lo bastante alejados de la lluvia radioactiva, mirarán a esta estación y la descartarán.

Si todavía tienen energía para contactar con nosotros, sabrán que nos hemos quedado a oscuras. Verán que tenemos un escape de aire que nadie está arreglando. Ni por un segundo considerarán que estoy aquí, observándolos.

¿Por qué lo harían? ¿Por qué iban a pensar que un superviviente solitario había tenido la suerte de estar aislado en una cámara sellada cuando esto ocurrió?

Respiro hondo. Pero yo estaba en el laboratorio. Estoy aquí de pie.

Así que tal vez, solo tal vez, algunas personas lograron ponerse a salvo antes de que el misterioso caos los alcanzara.

Tal vez algunas personas fueron capaces de escapar de la muerte, al igual que yo he sido capaz.

Me queda un largo camino por recorrer. La fuga de aire está más cerca de convertirse en un problema mortal a cada segundo que pasa, y ahora no tengo ninguna posibilidad de contactar con nadie más para que me ayude a arreglarlo a tiempo.

Pero aquí está el titular: aún no estoy muerto.

Estoy abajo, pero no fuera..., y puede que ellos también.

Tengo que aferrarme a la esperanza. Mi propia vida no significa nada si no queda nadie más, así que tiene que haber alguien.

Tiene que quedar gente, y Joe y Eva deben ser dos de ellos.

Ningún otro pensamiento me hará ningún bien, así que voy a hacer todo lo posible para asegurarme de que no me asalte ningún otro pensamiento.

Desearía más que nada hablar con ellos, pero sin señal y sin...

Como una fiera liberada de su trampa, corro antes de que mis piernas se den cuenta.

¡Mi móvil!

Ya tiene que estar cargado. Al menos puedo escuchar el mensaje de Eva en mi buzón de voz y hacerme una idea de lo que está pasando. Sus mensajes y las imágenes vacías llegaron con unas horas de diferencia, así que tal vez quería advertirme de lo que iba a golpearlos. No llamaría optimismo a mi sentimiento actual, porque no lo es; pero no es la desesperanza abyecta de los últimos minutos tampoco.

Mientras corro hacia mi laboratorio, todo lo que puedo hacer es rogar por alguna noticia que no empeore las cosas.

«Dame algo a lo que aferrarme», suplico a quienquiera que me escuche.

Si hay alguna esperanza por la que merezca la pena vivir, aún puedo entrar en la zona de mantenimiento para intentar arreglar la fuga de aire. Después, todavía hay una posibilidad de que pueda restaurar la energía a la Cubierta de Observación con la esperanza de contactar con alguien.

Llego al laboratorio y cojo el teléfono. Por fin está encendido.

Mientras navego hasta el mensaje de Eva en el buzón de voz, solo busco una cosa.

Ahora mismo no tengo nada, pero sé lo que necesito.

—Solo una pizca de esperanza de que estén bien —digo en voz alta—. Por favor...

Tengo miedo de escuchar las grabaciones.

Estoy desesperado por saber qué puede revelar el mensaje de Eva. Estoy igual de desesperado por escuchar su voz, pero no puedo evitar la sensación de que este va a ser un momento que marcará un antes y un después.

Tal vez obtenga el mínimo de esperanza que estoy buscando, o tal vez sea una despedida final que me deje sin nada por lo que vivir.

Todo lo que he hecho desde que he encontrado muerto a Justin ha sido doloroso. Todo lo que he hecho ha sido horrible.

Pero lo más importante es que todo lo que he hecho solo ha sido posible porque tenía una razón: la esperanza de volver a ver a Joe y Eva, y el impulso de asegurarme de que, si alguien era responsable de esto, pagase por todo lo que ha hecho.

Arreglar la fuga de aire y sobrevivir más tiempo va a ser física y operativamente difícil, aunque estos mensajes me den una razón para seguir adelante.

Sin esa razón, ¿por qué seguir luchando y seguir sufriendo solo?

Sé que no puedo ganar en los próximos minutos, pero, definitivamente, puedo perder.

Sujeto mi móvil con fuerza. Está cargado y listo para revelar lo que sea, pero mi pulgar vacila al pulsar el botón de reproducción que aparece junto al mensaje de Eva.

Sé que, sea cual sea el camino que esto me lleve, no hay vuelta atrás.

Exhalo y me obligo a pulsar el botón, porque estoy seguro de que no voy a quedarme donde estoy.

La primera vez que miro el teléfono, veo la foto de Joe, tres imágenes vacías y un mensaje de voz.

El mensaje de voz llegó antes que las fotos, lo que podría ser importante. Al menos, me dice que Eva seguía intentando ponerse en contacto conmigo después de dejar el mensaje que estoy a punto de escuchar.

También me dice que la estación seguía recibiendo señal de la Tierra unas horas después de que ella grabara esto. Eso no significa mucho ahora, sin saber lo que va a decir, pero vale la pena recordármelo.

Mi teléfono muestra su mensaje como el único que tengo, entregado antes de que la estación perdiera todo contacto, y la grabación está solo a una pulsación más del pulgar.

Trago saliva y pulso el botón para reproducir el mensaje.

—Ray... —empieza ella.

De inmediato, siento que todo va a cámara lenta.

No solo escucho mi nombre, sino la forma en que lo dice, y todos los sonidos de fondo.

No hay sirenas ululantes, ni víctimas gritando, ni bocinazos.

Hasta ahora, al menos, no parece que esté en el escenario de una película postapocalíptica.

Hay una larga pausa después de su primera palabra; tan larga que sé que no es solo mi cerebro hiperfocalizado el que la hace parecer infinita. También es larga como para que identifique el sonido de fondo principal, que puedo identificar, con un noventa y nueve por ciento de seguridad, como unos zapatos en la secadora.

No es la primera vez que lo oigo. Eva siempre llama desde nuestro solárium, justo al lado del lavadero. Joe ha empezado a jugar mucho al fútbol y dice que sus botas acumulan barro como si no hubiera mañana.

La cotidianeidad del zumbido de la secadora y el golpeteo rítmico de las botas solo amplifica mi pena por lo que se ha perdido.

Porque, diga lo que diga Eva y sin importar cuánto se haya extendido este desastre, sé que no hay secadoras en las casas bajo el humo que he visto desde la ventana.

Sé que no hay familias sentadas a la mesa, hablando de cómo les ha ido en el entrenamiento de fútbol o de lo que más les ilusiona para mañana.

—Llámame en cuanto puedas —continúa Eva. Esta vez sus palabras salen rápido, más lanzadas que pronunciadas—. Por favor.

La oigo resoplar, ya sea luchando contra las lágrimas o reuniendo sus pensamientos en medio de una evidente tormenta de preocupación. Exhala muy fuerte varias veces, preparándose para lo que va a decir:

—Ray, en la televisión dicen que se ha perdido todo contacto con el Faro. El equipo de control en la Tierra ha perdido el acceso a los sistemas de monitorización y nadie responde a ninguna llamada. Las llamadas llegan, pero ninguno de los otros científicos contesta. Los periodistas empezaron a hablar de un escape de aire, pero ahora dicen que podría ser algo peor.

Pauso el mensaje.

Ya nada se mueve a cámara lenta y tengo que reflexionar.

¿La Tierra perdió contacto con el personal de la estación antes de que esta perdiera su señal de datos?

Maldita sea, eso lo cambia todo, ya que significa que lo que mató a todos aquí arriba no averió las comunicaciones de inmediato.

A su vez, tiene que significar que algo ocurrió dentro de la estación, no a la estación, tal y como he pensado al principio.

Si las muertes aquí fueran un efecto secundario de un incidente mayor, como que la estación hubiera sido golpeada físicamente por algo, todo habría caído a la vez. El Faro es una maravilla de la ingeniería humana, pero está tan expuesto como un kayak en el océano. Si algo nos golpeará, estaríamos acabados.

Mis ojos se abren de repente al darme cuenta de que los árboles no me han dejado ver el bosque.

Claro, es una confusa sorpresa que el enlace de datos de la estación siguiera funcionando después de que todos aquí dentro murieran. Habría apostado lo contrario, pero eso no es lo más importante.

La cuestión más importante, con implicaciones que apenas consigo empezar a entender, es que todo ocurrió aquí arriba antes de que ocurriera nada allí abajo.

Y no segundos o minutos antes. Horas.

Uno de los mensajes de texto vacíos de Eva llegó tres horas después del mensaje de voz. La Tierra todavía tenía energía y la estación, un enlace de datos tres horas después de que todos

murieran aquí.

Pero ¿cómo?

¿Cómo puede tener sentido?

El momento en que todos murieron aquí arriba, mientras yo trataba de probar que nuestro proceso de enriquecimiento de combustible cambiaría el mundo, ya era demasiado que comprender. No creo que sea una coincidencia.

Pero que la Tierra sea arrasada por... algo... ¿solo unas horas después?

No. Tampoco creo que sea una coincidencia.

Ahora mismo no sé lo que pienso o lo que creo que ha pasado, pero estoy seguro de lo que no creo.

Todo está conectado, y empieza a parecerse cada vez menos a un accidente.

Pulso *Play* y reanudo la reproducción.

—Dicen que podría ser un atentado —continúa Eva—. Creen que podrían haber saboteado la estación. No sabemos qué creer, pero una célula ecoterrorista se ha atribuido el atentado y dicen que es solo el principio. El presidente Williams nos ha pedido que mantengamos la calma pero que estemos alerta..., que no perdamos la esperanza por los valientes investigadores de El Faro, pero que no acudamos tampoco a grandes concentraciones ni viajemos a menos que sea necesario. Parece que se está tomando las amenazas en serio y sabe mucho más de lo que nos dice.

»Solo espero que estés en ese laboratorio ahora mismo, Ray... Es todo lo que puedo esperar. Si lo estás, y si escuchas este mensaje, no te rindas. Sé que encontrarás la forma de hacernos saber que sigues ahí, y sé que encontraremos la forma de bajarte.

Otra voz se escucha, y se hace más fuerte a medida que se acerca.

—¿Qué ha querido decir el presidente sobre la estación de papá? —pregunta Joe.

Se me hace un nudo en la garganta. Pobre chico. Siempre me ha llamado papá, soy lo único que ha conocido, pero nunca había sonado tan asustado como ahora.

—Te quiero —susurra Eva al teléfono—. Por favor: mantén la esperanza.

El mensaje se interrumpe bruscamente, sin duda mientras se giraba para convencer a Joe de que las cosas no eran tan malas como parecían.

En cuanto termina, navego hasta las imágenes vacías que he visto antes con la esperanza de que mi teléfono sea capaz de mostrarlas ahora que la batería está cargada.

Espero varios segundos, pero siguen igual. No estoy seguro de si el fallo ha sido de Eva o si mi móvil no ha podido descargarlas correctamente. En cualquier caso, sin señal de Internet en ninguna parte de la estación, no hay posibilidad de que aparezcan.

Aunque es una gran decepción, ya he aprendido mucho del mensaje de voz.

Mi mente se tambalea, pero he aprendido mucho. En realidad, mi mente se tambalea porque he aprendido mucho.

Hasta que he visto la Tierra, pensaba que mis colegas no solo habían muerto, sino que habían sido asesinados. Ahora que sé que el presidente Williams ha advertido a la gente de que esté alerta ante más ataques a la Tierra, las cosas empiezan a encajar de nuevo.

Estoy tan concienciado con el medio ambiente como el que más, pero las palabras «célula ecoterrorista» me producen escalofríos.

Hace unos minutos me preguntaba por qué alguien haría algo así a su propio planeta. Me lo estaba preguntando tanto, que había empezado a pensar en algún tipo de participación alienígena.

Pero ¿ahora? Bueno, puede que acabe de obtener mi respuesta no deseada.

Algunos de los grupos extremistas que han ido creciendo en los últimos años van más allá del

nihilismo y se adentran de lleno en el antihumanismo. Estamos hablando de inmolación pública masiva, promoción del suicidio en los campus universitarios, antinatalismo como principio básico..., todo desde una perspectiva que ve a la humanidad como una plaga.

Al margen, esos tipos piensan que tienen el deber con la Tierra y el resto del universo de acabar con nuestra civilización.

¿Es eso lo que estamos viendo? ¿Un suicidio masivo motivado ideológicamente a escala planetaria?

Todavía no lo sé. Sigo sin encontrarle sentido.

Quiero decir, ¿por qué un grupo como ese atacaría la estación primero? ¿Y por qué lo harían en el momento en que yo iba a cambiar el mundo con mi descubrimiento?

No sé por qué ha ocurrido y sigo sin saber qué ha pasado, pero hay una cosa de la que estoy seguro:

—Primero ocurrió aquí —reflexiono en voz alta—, y luego ocurrió en la Tierra.

Inspiro profundamente. Vale...

Ya sé lo que tengo que hacer.

Las palabras de Eva han cambiado mi forma de verlo todo.

Ha dicho muchas cosas. Una de las más importantes es que, a pesar de cómo se veían las cosas, ella seguía aferrándose a la esperanza de que yo estuviera a salvo en mi laboratorio.

Ni siquiera importa si de verdad lo creía o no podía siquiera soportar la alternativa, sin más. La cuestión es que tenía razón.

Cuando dejó ese mensaje, parece que en la Tierra asumió, como es lógico, que todo el mundo en la estación había muerto. Al igual que cualquiera que mire mi planeta desde aquí arriba concluiría que todos en la Tierra han muerto.

La devastación que he visto desde la ventana era así de grave. Pero, al menos, ahora sé que el Gobierno era consciente de una amenaza inminente.

No he llegado a una conclusión definitiva de que la Tierra haya sido golpeada por el mayor ataque terrorista jamás visto. Porque, aunque parece probable, dado lo que dijo el presidente Williams, no puedo permitirme estar demasiado seguro de nada.

En cualquier caso, lo que cuenta es que reflexionar sobre mi supervivencia contra todo pronóstico me da la esperanza de que Joe y Eva también hayan sobrevivido.

Me refugié en mi laboratorio por casualidad. Si alguien sabotó la estación, supongo que o no sabía que yo estaba allí o no sabía cuánta protección me daría.

Y, por supuesto, yo estaba allí para hacer mi trabajo, sin idea de que estaría protegido de nada. No me habían advertido de que algo iba a suceder. He tenido suerte.

¿En la Tierra, sin embargo? La supervivencia no sería por casualidad. No habrían necesitado suerte absurda.

Si el presidente Williams hubiera sabido que la estación había sido sabotada y hubiera tenido información de que se producirían más ataques, habría tomado medidas.

Que tenemos búnkeres nucleares es de dominio público. ¿Quién sabe qué instalaciones subterráneas aún mayores podrían existir, construidas para sobrevivir al impacto de cometas y otras potenciales amenazas?

Ni que decir tiene que no todo el mundo podría salvarse.

Ninguna instalación subterránea podría disponer de tanto espacio.

Pero Eva es una experta en desarrollo infantil que ha publicado artículos a nivel internacional. Si esto es como las películas en las que el Gobierno tiene listas de personas con trabajos que necesitaríamos para reconstruir la sociedad después de un gran desastre, no es imposible que pudiera haber entrado.

Ahora que lo pienso, he oído hablar de que Ignacio Zola también tiene sus propios búnkeres de emergencia.

Si es así, ¿es exagerado pensar que las familias de sus investigadores podrían conseguir una plaza?

Parece más probable que la primera idea sobre una lista del Gobierno.

En cuestión de segundos, he pasado de ninguna esperanza a dos. Por relativamente pequeñas que sean, son lo bastante grandes como para quebrar la nube fatalista que me ha estado envolviendo como el humo en la Tierra.

Agarro el teléfono con fuerza y siento por primera vez que esto no tiene por qué ser una causa perdida.

Soy el que menos probabilidades tiene de sobrevivir, y aquí estoy. Vivito y coleando.

Vale, la radio de la Cubierta de Observación no tiene energía y no hay señales visibles de vida en la Tierra.

Eva tiene razón, sin embargo: si puedo hacer mi parte y encontrar una manera de hacerles saber que estoy vivo, alguien podría —solo «podría»— ser capaz de venir a buscarme. Ahora que tengo en cuenta los búnkeres y los planes de contingencia que tanto el Gobierno como ZolaCore deben tener preparados, creo que aún podría haber una nave espacial utilizable ahí abajo.

Quizá pueda ayudar a los investigadores de la Tierra a aclarar todo esto, llevar ante la justicia a quien lo hizo y asegurarme de que las cosas no empeoren más.

Y, como he dicho, sé lo que tengo que hacer a continuación.

Hay energía que podría restaurar en la radio, y hay puertas que abrir para encontrar otras formas de alertar a la Tierra de que estoy aquí. Ambos son objetivos importantes, pero no puedo arriesgarme a retrasar el paso más urgente ni un minuto más.

Tengo comida para mucho más tiempo del que quiero pensar en necesitarla.

Tengo energía en casi todas las zonas y la recuperación de agua está vinculada al sistema de soporte vital básico.

El aire es el mayor problema que tengo, así que debo arreglar esa maldita tubería. Si no consigo solucionar el suministro de aire, nada más importará.

No sé exactamente lo que se necesita, pero sé lo que soy. Sé quién soy. Sé dónde estoy. Sobre todo, sé por qué estoy aquí.

Soy un científico, en el espacio, y me enviaron por una razón. Ver problemas y resolverlos es lo que mejor se me da.

No pierdo la esperanza de que mi familia esté viva y ni la de volver a verlos.

Ni siquiera pierdo la esperanza de que uno de mis antiguos profesores de Física vivo en algún lugar. Siempre ha sido la persona a la que quiero demostrar que se equivoca, como Eva y Joe siempre han sido los dos a los que quiero hacer sentir orgullosos.

Tal vez fui un sabelotodo, leyendo demasiado en los libros de texto y levantando demasiado la mano. Tal vez el señor Lindell me tuviera manía de verdad.

En cualquier caso, no creía que yo fuera capaz de ser un verdadero astronauta, como siempre había soñado. Incluso antes de que el accidente lo descartara, me dijo que bajara la cabeza de las nubes.

Mis otros profesores eran todo lo contrario. Su ayuda desempeñó un papel importante en mis estudios y mi carrera, pero el señor Lindell es el tipo que dijo las palabras que se me quedaron grabadas: «Ray tiende a desfallecer bajo presión», escribió en mi boletín de notas.

Eso ya lo veremos, Lindell.

Porque tengo una fuga de aire de la que ocuparme yo solito.

Como he dicho ya, vi a Yannick entrar en mantenimiento a través del escáner dactilar. Aunque mi confianza escasea, me parece seguro pensar que su dedo me ayudará a entrar.

No puedo contar con mucho más, pero el avance de mi camino hacia delante se va a iluminar bastante rápido.

La iluminación es importante en sí misma, en realidad, porque todo será mucho más fácil si todavía hay energía.

Hasta ahora, las zonas oscuras han sido la Cubierta de Observación, al sur de la estación, y los dormitorios, al este, ambos bastante alejados del centro. Si ha habido un fallo en algún punto del sistema, parece que se ha producido hacia los extremos.

Eso no ayuda con el Centro de Control del extremo oeste. Allí es donde encontraré otra radio y, con suerte, accederé a las grabaciones de las cámaras de seguridad si encuentro la forma de entrar..., si es que hay electricidad.

El Área de Mantenimiento, mi siguiente parada, es donde espero restablecer la energía en todas partes una vez que haya reparado la fuga. La falta de energía allí sería un gran obstáculo que no quiero plantearme. No tendría más remedio que conectarlo a uno de los circuitos que todavía funcionan, y no tengo ni idea de lo que la maquinaria y los ordenadores de ahí abajo necesitarían.

Sí, ahí abajo.

La entrada de mantenimiento está en el centro de la estación, justo al lado del comedor, pero conduce a los niveles inferiores, donde está todo el cableado, la fontanería y lo demás. Nunca he bajado y nunca he querido hacerlo, pero ahora mismo me alegro de que sea una opción.

Creo que es el único lugar donde tal vez consiga arreglar la fuga de aire. Estoy cruzando todos los dedos de las manos y los pies para que el brazo robótico teledirigido que he visto en las fotos se pueda arreglar por sí solo, porque la alternativa apenas merece la pena pensarla.

Pero, aunque incluso la terrible perspectiva de dar un paseo espacial improvisado y de último recurso depende también del acceso al Área de Mantenimiento, solo puedo preocuparme de un problema a la vez.

Aun así, me tenso cuando llego a la puerta. Espero que el dedo del pobre Yannick siga funcionando.

«Y por favor, Dios, que haya luz», rezo en silencio mientras me planto delante de la puerta cerrada.

Coloco la yema en el escáner, todavía odiando lo que he tenido que hacer para que sea posible, y espero a que haga clic.

No ocurre nada en el medio segundo habitual que tarda en registrarse una huella dactilar

aprobada. Mi ritmo cardíaco alcanza un nuevo pico.

Pasa un segundo, y luego otro.

Inquieto, empiezo a pensar en formas de romper la puerta. No parece tan reforzada como la de mi laboratorio, ni siquiera como la del Centro de Control. No se me ocurre nada que pueda usar para abrirme paso. Irónica y cruelmente, todas las herramientas que me serían de utilidad están tras esta misma puerta.

Vuelvo a colocar el dedo de Yannick, intentando tocarlo contra el escáner en un ángulo natural, como si fuera el mío. Es mucho más fácil decirlo que hacerlo.

Lo muevo muy despacio y presiono con diferentes intensidades. Pero, a cada segundo que pasa, me preocupa que haya algún tipo de componente térmico en la seguridad, además de la verificación de huellas dactilares, para defenderse de lo que estoy haciendo ahora.

Pero estaba frío cuando lo encontré y su dedo ha desbloqueado la Cubierta de Observación, pienso para mis adentros. No tiene sentido que...

Clic.

Se me cierran los ojos y me invade una oleada de alivio.

Estoy casi seguro de que el retraso en el desbloqueo se debe a un error del usuario, a que he sujetado el dedo de Yannick en el ángulo equivocado o a que he ejercido una presión incorrecta.

Sin embargo, tengo la sensación de haber hecho lo mismo que ha funcionado al instante en la cubierta, así que me cuesta quitarme de la cabeza la persistente idea de que la eficacia de la llave biológica de Yannick podría estar debilitándose con el tiempo.

Me detengo un segundo. No puedo controlar lo que pase, pero puedo reaccionar ante ello.

Tomo nota mental para dejar todas las puertas atrancadas en cuanto las desbloquee. Parece obvio en retrospectiva, pero no lo he hecho hace unos minutos. Supongo que no puedo culparme, teniendo en cuenta todo lo demás.

Tampoco voy a apresurarme a abrir la cubierta ahora mismo, porque estoy seguro de que habrá herramientas en el Área de Mantenimiento que podrían volver a abrirla si fuera necesario.

También debería atrancar las puertas desde dentro, por si me encuentro con algún sistema de seguridad inesperado. He estado en innumerables edificios de laboratorios muy seguros de la Tierra en los que se necesita un código para salir, y algo así me dejaría en la estacada.

Pero todo eso queda para más tarde, y el alivio de esta pequeña victoria aún me invade cuando me dispongo a empujar la puerta.

He superado un obstáculo. Ahora, toca ver qué hay dentro.

Y espero poder verlo, pienso, volviendo a mi plegaria por tener luz.

Inspiro profundamente y empujo la puerta sin perder ni un segundo más.

Las luces se encienden.

El silencio me dice que no hay nadie en casa, pero las luces están encendidas.

Segundo obstáculo superado.

Bien, veamos a qué nos enfrentamos.

A primera vista, parece una sala de control de tráfico aéreo, con un montón de asientos frente a pantallas a lo largo de las paredes. En la esquina trasera derecha veo la escalera que lleva al nivel inferior. Ni siquiera he pensado si tiene sus propias restricciones de acceso, pero más vale que la preocupación esté aquí ahora.

Me quito un zapato y lo encajo en la puerta. Sabiendo que puedo salir sin peligro, me dirijo hacia la escalera.

Está abierta.

Suspiro. Supongo que han decidido que una cerradura es suficiente, y no me quejo.

Es bueno saber que puedo bajar si lo necesito, pero no estoy aquí por eso. Me concentro en la razón por la que he venido y estudio las hileras de pantallas de ordenador.

Algunas de las sillas, aunque no todas, están ocupadas por seis trabajadores, tristemente fallecidos, de la estación. Nunca me acostumbraré a ver la muerte tan de cerca y, la verdad, no quiero hacerlo.

Ser capaz de desprenderme de mis emociones tal vez consiga que inclinarme sobre estas personas para leer sus pantallas sea un poco más fácil, pero ¿a qué precio? ¿Mi humanidad?

Los científicos aquí parecen haber muerto muy rápido, igual que en la Cubierta de Observación.

Al igual que ser indiferente a la muerte, hay otra cosa potencialmente útil que no quiero ser capaz de hacer con demasiada facilidad: entrar en la mentalidad del tío que haría algo como esto.

Pero ¿y si tuviera que hacerlo?

Desde luego, tendría alguna lógica perturbadora dar prioridad a la eliminación de las personas que estuvieran en posición de dar la alarma. Los científicos de aquí y de la cubierta son los que tienen una línea de radio directa con la Tierra. Si ha habido un ataque de toxinas o algo por el estilo, entiendo por qué se centraría en esas áreas. ¿Quizá por eso murieron tan rápido?

En el comedor y en los pasillos principales, la forma en que la gente estaba desperdigada e intentando abrir las esclusas es una señal inequívoca de que no corrieron la misma suerte instantánea.

Lo que no entiendo es por qué nadie se puso en contacto con sus seres queridos en la Tierra en los últimos momentos, como hace la gente durante los grandes secuestros o incendios.

Ahora sé que la señal de datos todavía funcionaba. La prueba es que tengo un mensaje de voz de Eva que llegó después de que se perdiera el contacto entre la estación y la Tierra.

Solo se me ocurre que emplearan alguna tecnología que interfiriera en la señal en el momento del ataque.

Sí..., eso podría ser. ¿Tal vez bloquearon la señal durante el ataque, mis mensajes llegaron cuando la interferencia se detuvo, y la señal de Internet se cayó más tarde, cuando la estación pasó a soporte vital de emergencia?

Tal vez.

Me parece que las comunicaciones deberían ser más prioritarias que la iluminación, así que soy escéptico. Es una teoría, sin embargo, y mi vida podría ser más fácil si fuera cierta. Después de todo, la idea de que pueda restablecer una conexión de datos como efecto secundario de arreglar el suministro de aire y devolver a la estación su funcionalidad normal es embriagadora. Y ahora, por fin, estoy en la sala adecuada para intentarlo.

Tampoco pierdo la esperanza de conseguir reiniciar otros sistemas desde aquí. Sin embargo, el aspecto general de la sala me dice que está enfocada al mantenimiento rutinario, y creo que será en el Centro de Control donde tenga más probabilidades de tener éxito.

Si pudiera entrar, claro.

Pero ahora mismo estoy aquí, y la potencia de estas pantallas de ordenador es un espectáculo para la vista.

Por supuesto, la primera la ocupa una enorme señal de advertencia sobre la fuga de aire. Por suerte, hay un icono en forma de equis que puedo tocar para cerrarla, al igual que en la gran pantalla táctil de fuera, donde he silenciado la alarma.

Por desgracia, al pulsarla se cierra el aviso, y en su lugar aparece algo igual de inútil.

Veo un cuadro de inicio de sesión, con espacios en blanco en los campos de nombre de

usuario y contraseña.

—Mierda... —murmuro.

Hace día y medio que no se utiliza ninguna de las máquinas. Habría algo muy mal en el protocolo informático si no estuvieran desconectadas, lo sé, pero eso no significa que mi exhausto cerebro por el estrés lo viera venir.

Me digo a mí mismo que debo mantener la calma y paso a la siguiente máquina. Ocurre lo mismo. Un escáner de huellas dactilares en cada teclado sería muy útil, con los usuarios que hay aquí sentados. Hoy parece que esa suerte no es para tipos como yo.

Sigo adelante.

Todos los ordenadores de la primera pared me llevan al mismo callejón sin salida, pero enseguida me doy cuenta de que en el primero de la izquierda no aparece el aviso. En su lugar, la pantalla muestra un diagrama de las tuberías y el problema en rojo. De nuevo, es como lo que he visto fuera.

Este operador es la única persona que sigue con la mano en el ratón, y por eso su sistema no ha cerrado la sesión. Podría equivocarme, pero es posible que un sensor de presión mantenga el ordenador encendido.

Me agacho.

—Lo siento, tío —digo apartando su mano.

Esa fría falta de vida... no se hace más fácil de manejar. El ratón tiene una forma desconocida y muy extraña, claramente para trabajo especializado. Solo es un ratón en el sentido de que al moverlo sobre el escritorio controlará algo en la pantalla, pero enseguida intuyo que hace mucho más que mover un cursor.

La extraña forma está diseñada para una mano derecha. Las ranuras para el pulgar y los dedos descartan el uso de la izquierda. Eso habría sido preferible, teniendo en cuenta los problemas que tengo para realizar tareas precisas con la derecha debido a la lesión nerviosa.

«Si no fuera así, lo habría hecho en un minuto», me digo, intentando no dejar que una pequeña decepción empañe lo que podría ser un gran avance.

No es que no pueda hacer nada con la mano derecha, es que esto será más difícil de lo que podría haber sido.

En la pantalla, veo unos cuantos iconos. Uno parece una cámara. Mi dedo se mueve automáticamente y lo pulsa antes de que me pregunte qué aparecerá a continuación.

Mis ojos se abren de par en par.

Veo una cámara del exterior de la estación, que enfoca la tubería rota. Incluso puedo ver el brazo robótico que la sujeta.

Un aviso emergente me pilla por sorpresa y se interpone en la transmisión en directo, pero estoy todo lo contrario de frustrado.

«¿REINICIAR CONTROL REMOTO?», me ofrece la ventana de diálogo.

Siento que una sonrisa cruza mi rostro por primera vez desde que mi experimento de enriquecimiento con BioZol alcanzó su clímax.

—¿Reiniciar el control? —musito en voz alta—. Bueno, si me lo pides así, cómo negarme...

Hace unas horas increíblemente largas, cuando ha terminado el experimento, me he alegrado de ver una bola de acero propulsada con el nivel preciso de fuerza que esperaba. Ahora mismo, casi me da vértigo la idea de controlar a distancia este brazo robótico y utilizarlo para colocar la tubería metálica donde debe estar.

Pulso el gran botón verde, «Sí», y vuelvo a colocar la mano derecha sobre el ratón multifunción. Estoy seguro de que este cacharro tiene todo tipo de sensores, pero empezaré despacio y con mucho cuidado de no hacer movimientos bruscos.

Incluso separar los dedos para encajarlos en las ranuras me produce una incómoda tensión en la base de la muñeca. No es ni mucho menos insoportable, pero sé que empeorará a medida que pase el tiempo y que aplicar mucha presión con el pulgar resultará muy difícil.

Esperemos que no me cueste.

Empiezo girando todo el ratón poco a poco hacia la derecha.

Al hacerlo, el brazo se mueve poco a poco en la pantalla.

—¿Va en serio?

Esto es en directo, desde una cámara real. Está sucediendo de verdad. Lo estoy controlando.

Hago una pausa para evaluar la situación.

La naturaleza del problema. Con la mano derecha en el ratón, uso la izquierda para tocar los controles de la pantalla y cambiar el enfoque de la cámara, lo que me permite ver exactamente dónde tengo que mover la tubería. Debo inclinarla más hacia la derecha, bajarla un poco y luego empujarla hacia dentro.

Inspiro hondo y giro el ratón más a la derecha.

Hasta aquí todo bien.

Lo siguiente es hacia abajo. Bien...

Y luego hacia dentro.

Hacia dentro.

—¡Adentro! —le imploro al brazo robótico—. ¡Métete!

En realidad, estoy frustrado conmigo mismo. ¿Cómo le digo a este ratón que quiero que el brazo meta la tubería?

Arriba y abajo, izquierda y derecha, eso puedo hacerlo. Pero un ratón tridimensional no es algo a lo que esté acostumbrado.

Y la tubería está tan cerca.

He dejado las otras pantallas a mi alrededor con la cuenta atrás del suministro de aire, y me dicen que aún no he arreglado nada.

La transmisión en vivo me muestra lo cerca que estoy. Tan cerca... Tan tentadoramente

cerca.

Está alineada a la perfección..., todo lo que necesita es un último empujoncito.

Busco en la pantalla un icono de ayuda, tal vez un signo de interrogación, pero no hay nada. ¿Por qué iba a haberlo? Obviamente, este tipo es un experto en su campo y no encontraría instrucciones en el volante de un coche de carreras.

Presiono el ratón con la palma de la mano, esperando que haga algo.

Pero no.

Después intento apretar los lados con el pulgar y el meñique.

Ojalá pudiera decir si funciona, pero no consigo apretar lo suficiente con el pulgar para realizar la tarea. No siento la misma reacción que siento en el meñique.

En la vida diaria he encontrado todo tipo de formas de solucionar el daño nervioso que limita mi mano derecha, desde mejorar la destreza de la izquierda hasta utilizar correas y otros dispositivos de asistencia.

Pero ¿para este ratón? Estoy perplejo.

Si al menos hubiera sido zurdo, las ranuras tendrían la forma adecuada para que pudiera hacerlo fácilmente.

De repente se me ocurre una idea. ¿Y si aquí puedo usar la mano izquierda...? No en lugar de la derecha, sino además.

Sin perder ni un segundo, utilizo el pulgar izquierdo para empujar el derecho con la suficiente firmeza como para aplicar la presión que no proporciona por sí solo. Al instante, siento una leve vibración que me indica que he presionado lo suficiente.

Por desgracia, las buenas noticias terminan ahí, porque no ocurre nada en la pantalla.

Suelto el agarre con lentitud y siento un alivio físico al liberarse la tensión de mi muñeca, pero experimento la sensación interna opuesta al aumentar la tensión en el aire.

«Debe haber instrucciones en alguna parte», pienso. Tal vez en una fase anterior del sistema de menús del ordenador, o incluso una guía impresa.

Suelto el ratón. Mis ojos ya están escudriñando la habitación en busca de cajones o un archivador mientras levanto las manos despacio, sin arriesgarme a hacer ningún movimiento accidental.

No hay nada a la vista.

Sin embargo, cuando vuelvo la vista a la pantalla, enseguida noto algo.

Algo que desearía no haber notado.

He tenido cuidado. He apartado las manos muy despacio. No he movido el ratón a ninguna parte. Pero nada de eso importa. No importa qué función he activado por accidente, porque el brazo robótico ha desaparecido.

Todo lo que puedo suponer es que mi apretón de pulgar y meñique ha hecho que sujetara la tubería con más fuerza, y que soltar el ratón ha hecho que el brazo suelte la tubería. Me apresuro a controlar la cámara a través de la pantalla táctil. Tardo unos segundos, pero localizo el brazo.

No se ha movido mucho, lo suficiente para encajar con seguridad en una ranura de almacenamiento junto a un segundo brazo idéntico.

Me imagino que debe ser posible controlar ambos brazos a la vez. O dos personas controlando uno cada una, o una persona muy hábil controlando dos. No lo sé. Y como no hay ningún ratón para zurdos ni ninguna guía de instrucciones, nada de esto me ayuda.

La imagen se corta de inmediato cuando el brazo vuelve a su sitio.

Intento que no me embargue el pánico ante mi fracaso.

Tengo el control. Puede que aún no sepa manejar todos los aspectos de los controles, pero no

hay duda de que estoy avanzando. Esa tubería estaba tan cerca de volver a su sitio...

En el menú que aparece en el lugar de la alimentación, pulso la opción obvia:

«¿INICIAR NUEVO PROCEDIMIENTO REMOTO?».

Parece ser lo que necesito. Me alegro de verlo.

Cuando aparece la siguiente pantalla, de repente estoy menos contento. Mucho menos contento.

«INTRODUZCA EL CÓDIGO DE AUTORIZACIÓN».

Siento que se me doblan las rodillas.

Como la vida no es una película de Hollywood, no podría adivinar el código de autorización incognoscible de este tipo aunque tuviera nueve años para hacerlo, y mucho menos en nueve horas.

El tubo está alineado. Todo lo que necesita es un firme empujón hacia adentro para que vuelva a su lugar. El suministro de aire volvería a estar operativo y la presión del tiempo que me impide centrarme en otra cosa ahora mismo desaparecería.

Si no arreglo esto, estoy acabado. Y tan cerca como estoy, sé que no puedo acercarme más con el ratón.

No puedo arreglarlo desde aquí.

Me vuelvo hacia la escalera, que no solo conduce al nivel de acceso a los servicios públicos, sino también a la escotilla de emergencia EVA. Alias, la puerta de salida para los paseos espaciales.

«Bueno, Ray, ya sabes lo que dicen: si quieres que algo se haga bien, tienes que hacerlo tú mismo».

Trago saliva con más fuerza que nunca, porque solo hay una cosa que pueda hacer y solo hay un lugar donde puedo hacerlo.

Sí.

Tengo que meter la tubería de nuevo en su lugar. Tengo que salir.

La posibilidad ha estado ahí desde que la primera vez que he visto la tubería. Es solo que no quería centrarme en eso.

Pero, ahora que mi callejón sin salida con el sistema de reparación a distancia ha hecho de un EVA la única otra manera de avanzar, no hay nada más en lo que pueda concentrarme.

Una cosa con la que no quiero obsesionarme es que nunca me he puesto un traje espacial completo fuera de un único escenario de entrenamiento de emergencia de tres horas en la Tierra. Aquello no fue más que un ejercicio para el seguro y entendí por qué ZolaCore no le dedicó más tiempo del necesario.

Acepté mi invitación a trabajar aquí con muy poca antelación y nadie esperaba que tuviera que hacer algo así. Después de todo, no todos los miembros de la tripulación de un avión pueden pilotar el avión o reparar los motores en caso de emergencia. Si las cosas van tan mal que todas las personas capacitadas mueren al mismo tiempo, se acabó, lo que tiene bastante sentido, ya que la mayoría de los incidentes capaces de acabar con casi toda la tripulación es probable que acabe con todos.

Como científico invitado, supongo que también soy una especie de artista en un crucero. Estoy aquí unos meses, y...

Y definitivamente no se espera que dirija la maldita nave si el capitán cae.

Siguiendo con la metáfora, es seguro decir que todas las expectativas cayeron por la borda cuando la estación fue golpeada por un iceberg que nadie vio venir.

Tuve una tarde de entrenamiento para familiarizarme con el traje y prepararme para una evacuación de emergencia en la que no se pudiera garantizar un procedimiento de acople.

En el exterior de las esclusas que la gente intentaba desesperadamente abrir en sus últimos momentos, una nave podría haberse acoplado. Si se hubiera producido algún contratiempo que impidiera un sellado completo, como si una nave de rescate de construcción pública no tuviera plena compatibilidad operativa con esta estación construida por ZolaCore, saber cómo ponerme el traje podría haberme salvado la vida.

Hasta ahí llego.

Básicamente, sé cómo ponerme el traje y caminar con él para no morir de inmediato. Sé cómo sobrevivir a unos segundos de exposición a la nada que podría haber entre la atmósfera de aquí y la seguridad de una nave de rescate.

He tenido un total de cero entrenamientos EVA. La actividad extravehicular no estaba en mi agenda. Al igual que la tripulación de cabina, que no debe intervenir para pilotar el avión, yo no soy el tipo que debe salir a arreglar una tubería.

Pero esa es la cuestión: aquí, ahora, en esta situación..., soy ese tipo, porque soy el único

tipo.

En mi vida normal, libre de catástrofes, trabajo con combustible.

Solía ser combustible para reactores de aviación, pero la mayor parte del trabajo se trasladó a la cohería hace un tiempo.

Mi trabajo tiene implicaciones importantes para los viajes espaciales —sobre todo ahora que el experimento ha demostrado la viabilidad estable de mi método con la teocita—, pero no me presentaría a nadie como un científico espacial.

No soy un científico espacial, soy un científico en el espacio.

Y, créeme, la inquietud que me recorre las venas es una señal inequívoca de que se trata de algo más que una distinción léxica.

Intento mentalizarme pensando que va a ser mucho más fácil manipular la tubería con mis propias manos que controlar la mano robótica con ese extraño ratón.

Quiero decir, controlar algo con mis propias manos es la raíz de la palabra manipular. ¿Qué tal un poco de lexicología?!

El problema es que ahora mismo no soy un hombre fácil de convencer. Claro, las circunstancias estaban en mi contra con el ratón y mis problemas de mano. Pero, al fin y al cabo, he fracasado con la reparación a distancia.

Si fallo con el paseo espacial, por la razón que sea, el resultado va a ser mucho peor.

Es decir, la muerte súbita.

Todo eso es lo que me juego.

A diferencia de todo lo que he hecho hasta ahora, un paso en falso significa el desastre, no solo la decepción.

Sé que hay un montón de trajes de emergencia en los pasillos.

No estoy del todo seguro de por qué la gente de ahí fuera no fue a por ellos antes de intentar abrir las esclusas. Yo habría supuesto que lo harían, de la misma manera inútil que la gente que tiene que saltar de edificios en llamas puede intentar hacer un paracaídas con una chaqueta. Supongo que la velocidad del caos tuvo algo que ver.

Cada vez que pienso en todos los científicos muertos, estoy más decidido a averiguar qué ocurrió exactamente.

Lo haré. Tan pronto como el sistema de soporte vital vuelva a funcionar, mi segunda prioridad será acceder a las grabaciones de las cámaras del Centro de Control después de alertar de alguna manera a los supervivientes de la Tierra de que estoy aquí.

«Vamos, un poco más, Ray», me digo.

Tengo que creer que hay supervivientes, igual que tengo que pensar en mi siguiente paso después de afrontar el paseo espacial. No se trata de adelantarme, se trata de tener una visión de futuro que pueda empujar de mí en el presente.

Y, créeme, cuando el presente es tan duro como este, necesitas todo el empuje que puedas conseguir.

Bueno, manos a la obra. Sé que hay trajes en el pasillo, pero me imagino que también tiene que haber algunos más cerca del punto EVA. Decido intentarlo allí, ya que tengo que bajar de todos modos.

Echo un último vistazo a la sala principal del Área de Mantenimiento, esta vez buscando un manual de instrucciones. Nada.

Adivinar el código de autorización para otro intento de reparación remota también está totalmente descartado, así que no me queda más remedio.

Me dirijo a las escaleras, pero me detengo a mitad de camino. Espera...

¿Y si también necesito un código para salir?

Se me hunden los hombros. Cada vez que creo que estoy llegando a alguna parte, algo nuevo se interpone en mi camino.

—Respira —me digo.

Aún no me he topado con ese escollo.

Puede que no haga falta un código de salida. Después de todo, ya estoy en mantenimiento y no voy a intentar acceder al sistema informático de una persona determinada. Trato de salir por una escotilla de emergencia para reparaciones exteriores, ¿y qué clase de salida de emergencia tiene contraseña?

Sí... Creo que me estoy preocupando por nada. Quiero decir, no es como si un saboteador pudiera hacer más daño desde el exterior que si ya estuvieran aquí dentro.

¿Quizás solo necesitaba un código para la reparación remota porque ese sistema estaba destinado para que lo utilizara una persona con un conjunto de habilidades muy específico y valioso?

¿Quizás su función le permitía controlar mucho más que ese brazo robótico que usaba cuando todos murieron?

Y, no lo sé, ¿quizás mucho más podría ir mal con eso que con un paseo espacial?

Ponerse un traje para arreglar algo en el exterior es muy arriesgado para la persona que lo hace, pero es distinto. Mis manos no tendrían la fuerza suficiente para arrancar tuberías como podrían hacer los robots.

Ahora que lo pienso, espero tener la fuerza necesaria para meter la tubería donde debe estar. Tiene que ser lo bastante ligera, pero el nivel de presión que necesitará me es totalmente desconocido hasta que esté ahí fuera.

Creo que solo tengo que encajarla en su sitio —apenas moverla— y espero que no ofrezca mucha resistencia. El tiempo lo dirá.

Sí... El tiempo.

El tiempo lo dirá, y no tengo demasiado.

Bajo escalón a escalón y piso por primera vez el nivel inferior de la estación.

Lo primero que pienso es que tiene un aspecto muy aséptico. Se parece más a los pasillos de una estación espacial que a los espacios ventilados del piso superior.

Sí, si tuviera que describirlo, diría que es un espacio dedicado a la limpieza industrial. También funciona.

Por suerte, el pasillo está lo bastante bien iluminado como para caminar sin problemas.

Sé a qué escotilla de emergencia me dirijo, ya que sé dónde está la tubería desprendida. Gracias al mapa de dos niveles que he visto en las pantallas, también sé que la salida está bastante cerca del problema. Todo es relativo.

Me gustaría que la puerta estuviera aún más cerca, lo que me daría un EVA más corto, pero, aun así, agradezco que no esté mucho más lejos. Al ver dónde estaba, me he sentido como si hubiera sacado un cinco en un dado. Seis habría sido mejor, pero aceptaré lo que tengo.

Me quedan horas de aire, no minutos, así que tiene sentido abrir algunas puertas a medida que las atravieso. No se sabe lo que puede haber dentro y me alegra comprobar que ninguna está cerrada con llave.

Encuentro montañas de suministros inocuos: paquetes de comida, material de limpieza. Nada de lo que hay en las primeras habitaciones y almacenes me parece útil para atravesar las puertas, diseñadas para que nadie las fuerce, pero eso ya lo veremos cuando llegue.

Una conduce a un gran taller con todo tipo de herramientas eléctricas: grandes sierras de

mesa, tornillos de banco y muchos otros equipos que ni siquiera puedo nombrar.

Lo que no veo es ninguna herramienta portátil que pueda usar para taladrar las puertas selladas del piso de arriba —otro posible método para abrirme paso—, pero me aseguraré de echar un vistazo más tarde. Ya sabes, una vez que me haya ocupado de todo este asunto de la fuga. Justo después del taller, hay un almacén lleno de material médico y de primeros auxilios. Las existencias van mucho más allá de lo que tengo en mi pequeño botiquín de arriba. Al igual que el taller, podría ser importante más tarde..., pero solo después de haber arreglado el suministro de aire...

Para asegurarme de tener, ya sabes, oxígeno.

Nada más me llama la atención mientras avanzo hacia la puerta de salida. Todavía me cuesta creer que tenga que hacer esto, pero estamos donde estamos.

Justo al lado de esa aterradora puerta final, veo tres trajes EVA.

No veo ningún teclado para meter un código. Por fin, un alivio bienvenido.

También me alegro de ver un aviso impreso en la pared. Detalla la información básica de seguridad para los procedimientos de emergencia, que es el tipo de cosas que necesito saber.

Leo cada palabra.

La letra es pequeña, por lo que agradezco mis lentillas. En realidad, ni siquiera podría leer los títulos sin ellas.

Los encabezamientos introducen temas como «MÓDULO AUTÓNOMO DE RETORNO DE EMERGENCIAS». A juzgar por las descripciones y los diagramas, podría titularse también «CONTROLES DEL *JETPACK*».

Nunca he llevado un traje equipado con uno de estos *jetpacks*, pero sé que no han cambiado mucho desde que aparecieron los de la NASA a mediados de los noventa.

Son, básicamente, un chaleco salvavidas motorizado. Y créeme cuando te digo que en realidad no quieres necesitarlo.

Los controles manuales de los propulsores y la dirección parecen más sencillos que el ratón de arriba. Dedico uno o dos minutos a asimilarlo todo, por si acaso.

Aunque solo unos minutos, porque tengo la gran suerte de que el lugar del incidente está lo bastante cerca como para llegar sin tener que desatarme. Siempre estaré unido a la estación. Teniendo eso en cuenta, paso la mayor parte del tiempo en las demás secciones.

El final del aviso remite a una segunda página, que encuentro detrás de la primera. Al principio pensaba que estaba plastificado en la pared, pero, en realidad se encuentra dentro de una bolsa y hay nueve páginas de información donde yo pensaba que solo había una.

Esto es bueno.

Cuando estoy haciendo algo tan nuevo y tan intrínsecamente peligroso —una combinación infernal—, un resumen completo como este es lo que necesito.

Aunque solo me quedara una hora de aire, le prestaría atención antes de salir a solucionar el problema.

Me viene a la mente una vieja cita de Lincoln: «Dame seis horas para talar un árbol y me pasará las cuatro primeras afilando el hacha».

Vale, no voy a emplear dos tercios del tiempo que me queda preparándome para el EVA. Pero, aun así, estoy siendo bastante minucioso. Me siento, leo cada sección al menos dos veces y me reto a recordar textualmente las partes más importantes.

Llevaré un traje ZolaCore de diseño bastante nuevo. Parece muy intuitivo y no tardo en aprender a utilizar el panel de control táctil de mi muñeca izquierda para controlar las opciones del visor.

Esta pantalla no está muy lejos de la tecnología que muestra las flechas de dirección en el parabrisas del coche, sincronizada con el sistema de navegación para que no tengas que apartar la vista de la carretera.

Me fijo sobre todo en cómo volver al interior, por supuesto.

El segundo lugar lo ocupa lo que debo hacer si me encuentro con algún tipo de dificultad durante mis maniobras.

Antes de volver al interior, obviamente, tengo que salir al espacio exterior y por suerte el aviso me confirma que puedo abrir tanto la puerta de seguridad como la escotilla final de emergencia sin necesidad de código.

Una de las opciones que veo en la interfaz se titula «REPOSICIÓN DE EMERGENCIA». Por lo que se ve, esa me devolvería adentro tan pronto como sea seguro hacerlo. No pienso recurrir a ningún procedimiento con la palabra «emergencia» en su nombre, pero siempre es mejor estar preparado.

Una vez que lo he digerido todo, me trago mis últimas dudas y cojo un traje.

Para mi paseo. En el espacio.

No me sorprende que el traje pese bastante en la gravedad artificial de la estación, con su mochila propulsora cargada y todo, pero es manejable.

De niño me habría encantado la idea de dar un paseo espacial como este, y no puedo evitar pensar que tal vez no fui lo bastante cuidadoso con lo que deseaba. Me pongo el traje, respiro con la mayor regularidad posible y me esfuerzo por visualizar el éxito.

«Volveré enseguida —me digo—, y me quitaré esto en cuanto acabe el trabajo».

Una pantalla de información cerca de la puerta muestra la cuenta atrás del suministro de aire. Quedan poco menos de siete horas. Supongo que he estado afilando el hacha más tiempo del que pretendía, pero a estas alturas ya no importa.

Siento que esta es mi única oportunidad.

No puedo dejar ninguna carta al azar y, si tuviera alguna ventaja pasar más tiempo leyendo, lo habría hecho con mucho gusto. Lo he dejado en cuanto he creído que había interiorizado todo lo posible de esas instrucciones escritas, y que darle más vueltas podría ser más perjudicial que beneficioso.

Parálisis por análisis... No es un muro contra el que quiera darme.

Me acerco a la pantalla táctil que hay junto a la escotilla y toco un icono para deshacer algo que he hecho antes.

Parece que haga toda una vida que he silenciado la alarma para darme la oportunidad de pensar. Ahora que me dirijo al exterior, es hora de volver a oír el estruendo de la sirena.

Cuando vuelva a entrar, querré saber que lo he conseguido. La ausencia de esta alarma me lo dirá.

Vaya.

Me estremezco en cuanto vuelve a sonar.

Casi suena más fuerte aquí abajo que en el pasillo de arriba.

Me pongo los guantes del traje con la mano izquierda, que hace la mayor parte del trabajo, y sonrío al oír el chasquido que hacen cuando se cierran herméticamente.

Suena como un siseo hidráulico, sin duda genial. Sé que a Ray, el niño, le habría encantado, porque incluso yo puedo apreciarlo durante unos segundos en medio de toda esta tensión.

Soy capaz de oír el silbido por encima de la alarma solo porque mis oídos han hecho todo lo posible para adaptarse al ruido. En serio, el estruendo es terrible.

Incluso cuando me pongo el casco, oigo débilmente la sirena.

El sonido desaparece por completo en cuanto la junta del casco encaja.

Silencio.

Estar delante de esta puerta es el momento más aterrador de mi vida. Intento concentrarme en

la serie de pasos ordenados que tengo que completar de forma muy disciplinada, porque sé que la estructura aporta seguridad.

Cierro los ojos y los repaso.

Entrar en la sala. Atarme. Ir hasta el exterior. Maniobrar hasta la tubería. Meter la tubería en su lugar. Maniobrar hacia atrás. Entrar. Desatarme. Volver al Faro.

Siento que lo tengo controlado, pero, cuando vuelvo a abrir los ojos, siento de verdad la cercanía del visor.

Respiro despacio y pienso en mis pocas horas de entrenamiento con el traje. Recuerdo a la instructora explicándome técnicas para calmarme y evitar la sensación de claustrofobia, a la que, al parecer, soy más propenso que la mayoría.

Esas horas valieron la pena solo por eso, pienso mientras las palabras de la mujer resuenan en mi mente. Me ayudan a apartar los pensamientos negativos.

Dentro de unos momentos me enfrentaré a la inmensidad del espacio, e imagino que sentiré agorafobia por eso en lugar de claustrofobia por el traje.

No tendré una forma bien ensayada de afrontarlo, pero estoy trabajando en un plan del estilo «No mires hacia abajo» para no apartar la vista de la estación y, sobre todo, no mirar hacia la silueta de la Tierra, que me aplasta el alma.

Las dudas de última hora hacen que el traje me resulte mucho más pesado.

Cierro los ojos y pienso en cuando estaba a la entrada de mi laboratorio, debatiéndome entre refugiarme dentro o salir a mirar a la muerte a la cara. He hecho lo correcto, por duro que me pareciera.

Ahora que refugiarme en cualquier sitio ya no es una opción, tengo que dar un paso más. Parece más un salto de gigante que un pequeño paso, pero soy el único hombre que puede darlo.

—Puedes hacerlo —digo. Y tengo razón.

Con la respiración tan controlada como puedo, abro la primera puerta.

Es un cierre completo, por supuesto, y la escotilla exterior no se abrirá hasta que vuelva a cerrarla.

Entro en un pequeño compartimento donde encuentro mi cable de seguridad. Vuelvo a cerrar la puerta interior y me ato a la estación.

Después de eso, solo queda una cosa por hacer.

Sin opciones, y rezando para tener algo de buena suerte, abro la escotilla exterior y salgo al espacio.

Entrar en la sala, hecho. Amarrarme, hecho.

Abrir la escotilla hasta el exterior, comprobado.

Me encantaría engañarme a mí mismo diciendo que ya he recorrido un tercio del camino hacia el éxito. En realidad, estos tres pasos, y los tres opuestos al final, son los más fáciles con diferencia.

La colocación de las tuberías y las maniobras a ambos lados son mis escollos. Ahí es donde las cosas pueden salir mal. Salir era un reto importante que había que superar, pero los posibles errores en esa fase no estaban tan en juego como ahora.

Un paso en falso aquí y podría estar frito. Me convertiría en una tostada espacial.

El raíl de agarre montado en la estación está exactamente donde esperaba, cortesía de las minuciosas instrucciones que he encontrado. Esas notas han sido un regalo del cielo y, en cierto sentido, me hacen sentir que no estoy del todo solo.

Soy el único que puede hacer esto, seguro. Pero lo estoy haciendo con la ayuda del equipo de ZolaCore, que me ha dejado todo lo necesario para hacerlo.

Cuando eres la única persona que queda respirando en una estación espacial, una conexión con el pasado es importante. Me ayuda a centrarme; me recuerda que este momento también acabará formando parte del pasado, como todos los demás que he vivido.

Más aún: considerar que este momento es efímero hace que el futuro parezca más nítido en mi mente. Estoy haciendo esto con la ayuda de la gente que vino antes que yo y, una vez terminado, podré recibir ayuda de otros que vendrán a salvarme.

Y yo también los ayudaré con todas las pruebas e información que pueda reunir sobre lo que ha ocurrido aquí.

Juntos llegaremos al fondo de esto. Y, desde ese fondo, sentaremos nuestras bases para reconstruir una vida.

Pero, primero...

«De acuerdo, Ray, no esperes más. No más retrasos».

Me cojo a la barandilla de agarre y coloco con cuidado los pies en la pista inferior. Como si caminara sobre el hielo más fino del mundo, hago mi mejor imitación de bailarina para esquivarlo en dirección al tubo. En realidad, no está lejos, pero no quiero precipitarme.

Cuento todos y cada uno de mis pasos, sin otra razón real que darle a mi mente algo en lo que concentrarme. Hacer movimientos controlados es más fácil de lo que esperaba, hasta el punto de que la batalla mental por no mirar hacia abajo es la más dura que estoy librando ahora mismo.

Cuando cuento mi cuadragésimo séptimo paso, tan ligero y cuidadoso como los cuarenta y seis anteriores, estoy donde tengo que estar.

Veó la tubería suelta, dolorosamente cerca de su posición correcta. Me siento orgulloso de mí mismo por haber estado tan cerca de hacer el trabajo con el brazo robótico y, a la vez, frustrado por no haber sido capaz de cruzar la línea de meta.

Está tan cerca que «centímetro» es la palabra adecuada.

Retiro muy despacio la mano izquierda de la barra de agarre. Me aseguro de no moverme tan rápido como para perder el equilibrio y cojo el tubo.

—Con cuidado —murmuro para mis adentros.

Trago saliva y hago un poco de fuerza con el brazo. Aun pecando de extrema cautela, consciente de que empujar demasiado fuerte es la única forma de estropearlo, empujo lo suficiente para que encaje en su sitio al primer movimiento.

No oigo nada, claro, pero siento la retroalimentación de un clic de sellado. Mejor aún, el tubo no se mueve cuando lo agito con suavidad para asegurarme.

Después de tanto leer notas y afilar el hacha, ¡creo que lo he conseguido! Tan fácil como eso, de verdad creo que lo he hecho.

Me vuelvo hacia la escotilla de acceso al cuerpo principal de la estación, de donde viene mi cable. No parece estar tan lejos como lo estaba la tubería cuando he salido.

Al mirar la puerta, me gustaría haber iniciado un relé de radio con uno de los otros trajes, para poder escuchar si la alarma ha cesado o no.

Desde luego, parece y siento que he colocado la tubería de nuevo en su lugar. Pero, aun así, una confirmación sensorial decisiva mientras estoy aquí fuera habría estado bien.

Si algo sigue sin funcionar cuando entre, puedo volver a salir ahora que estoy más cómodo con los movimientos. Aunque rezo para que no llegue a eso, porque no sé qué más hacer con la tubería.

Básicamente, funciona o no funciona.

Retiro la mano del tubo para siempre y vuelvo a agarrar la barandilla.

Lo último que quiero es enredarme en la cuerda cuando empiece a retroceder por donde he venido, así que miro hacia abajo para asegurarme de que todo está despejado.

«No mires hacia abajo».

Vuelvo a levantar la cabeza de inmediato y giro hacia el otro lado. Demasiado lejos.

Ni siquiera sé si es la luz directa del sol o si se refleja en algo más cercano, pero un haz de luz en el extremo más alejado de la barandilla me ciega un momento.

Para unos ojos como los míos, sensibles en los mejores momentos, los peores son los malos.

Estoy ciego. No veo nada.

Intento decirme a mí mismo que se me pasará, pero todo pasa tan rápido... Me desoriento.

Pierdo el equilibrio.

Mi mano derecha —mi estúpida e inútil mano derecha— ya se ha llevado instintiva e irreflexivamente la mano a los ojos que no puede alcanzar a través del casco que me mantiene con vida. Sin un punto de apoyo estable y con el repentino desequilibrio de un agarre con una sola mano, mi mano izquierda no puede sujetarse.

En un instante, he pasado de sentirme en control de la situación a estar ciego y libre.

Libre en el peor de los sentidos.

«Retorno de emergencia —me imploro—. ¡Hazlo!».

Para esto es el amarre. Para eso he leído esas instrucciones.

Me doy un golpecito en la muñeca izquierda y entrecierro los ojos, desesperado, para buscar la opción de menú correcta en la interfaz.

Lástima que apenas vea nada.

Una gigantesca forma blanca llena mi visión, como un artefacto del mayor *flash* de cámara jamás visto. No durará para siempre, pero no me ayuda ahora.

Vuelvo a entrecerrar los ojos y muevo ligeramente la cabeza. Quiero que la inscripción digital proyectada en el interior de mi casco se sitúe en el extremo periférico menos afectado de mi visión.

«Ahí está», pienso, al ver las palabras correctas. Utilizo el panel de control para desplazarme hasta la opción y luego pulso.

—Se requiere confirmación —retumba una voz digital en mi casco.

Entrecierro los ojos e inclino la cabeza un poco más para asegurarme de que estoy seleccionando la marca de verificación verde en lugar de la equis roja.

La pulso.

Comienza el procedimiento de emergencia.

Pero el primer milisegundo es todo lo que necesito para saber que se ha iniciado el procedimiento de emergencia equivocado.

El cable no empieza a tirar de mí hacia la estación como yo quería.

No.

No he visto las palabras correctas.

En mi pánico, no he solicitado ni confirmado un retorno de emergencia.

El amarre se desprende de mi traje y me deja flotando lejos de la estación...

Porque he pedido una liberación de emergencia.

Todos hemos oído que, cuando te enfrentas a la muerte, toda tu vida pasa ante tus ojos.

Supongo que el viejo Ray tiene que ser diferente.

Para mí, el *flash* en mis ojos es la razón por la que me enfrento a la muerte. Es la razón por la que apenas veo el amarre —y la estación— cada vez más lejos.

No puedo culparme por haber elegido «LIBERACIÓN DE EMERGENCIA» en lugar de «RETORNO DE EMERGENCIA», porque, literalmente, no he podido leer la primera palabra completa. Ahora estoy flotando lejos de la estación, sin nada a lo que agarrarme.

Excepto los controles...

Excepto los controles de mi última esperanza, el MARE, el Módulo Autónomo de Retorno de Emergencia.

Sí. Todo está montado en el *jetpack*.

No he podido probarlo dentro, obviamente, y mi limitado entrenamiento no me enseñó nada de esto. Lo único para lo que me entrenaron fue para ponerme el traje y no quitármelo hasta estar de vuelta en una atmósfera controlada. Supongo que los instructores de ZolaCore deben impartir una clase de *jetpack* para reparadores de emergencia, pero esa clase, como es lógico, no se extendió a personas como yo.

Después de todo, la tripulación de cabina no pilota el avión.

Pero ahora mismo no hay nadie más para ayudar. No hay instructores a los que preguntar. Y mucho menos un piloto para volar. Mi vida está en mis propias manos.

El vuelo diario al estilo de un *jetpack* es algo que mi avance en el enriquecimiento con BioZol podría hacer realidad. Sin embargo, no es uno de los avances en los que haya pensado mucho, y por esa razón nunca he operado nada parecido en ningún tipo de entorno.

Me he lanzado al mar.

«O nado o me hundo».

La ironía más gorda de todo esto es que he conseguido volver a conectar la tubería a la estación, pero unos instantes después me he desacoplado.

Mi única esperanza consiste ahora en impulsarme lo bastante cerca como para agarrarme a algo, y luego esquivar con cuidado el resto del camino hasta la escotilla.

No está lejos en términos absolutos, pero la distancia aumenta por segundos. Este nivel de presión no se parece a nada que haya sentido antes, aunque los controles no sean intrínsecamente complicados.

Más que vacilación, siento temor, y solo la necesidad me empuja hacia delante. Me trago cualquier idea de pensar más de la cuenta. Es ahora o nunca.

Conecto el MARE.

En la zona de la cintura de mi traje, a la izquierda, hay una especie de empuñadura integrada que funciona como un *joystick*. No se parece a ningún método de control que haya visto antes y el mejor adjetivo que podría acompañarlo es futurista.

Como la mayoría de los desarrollos de ZolaCore, es impresionantemente intuitivo. Leo las instrucciones del interior y hago una prueba rápida para familiarizarme con los controles del mando sin activar nada.

Es muchísimo más fácil que el ratón que casi me permite evitar todo esto con un apaño a distancia, te lo aseguro. El *joystick* también es accesible con la mano izquierda, aunque de forma incómoda. Es una gran ventaja, ya que el agarre y la destreza que necesito para manejarlo están por encima de las posibilidades de mi mano derecha.

Respiro hondo. A diferencia de cuando muy conservadoramente he empujado el tubo hacia dentro con tanta suavidad como he podido, esta vez puedo errar por usar demasiada potencia.

No sé cuál es el alcance real de estas cosas ni cuándo se probaron por última vez, así que no quiero alejarme de la estación ni un milímetro más de lo necesario. No quiero parar demasiado tarde.

En cuanto aprieto la manivela para activar el MARE —bueno, digamos, *jetpack*— siento un sorprendente nivel de potencia.

Vaya.

Con un tanque de BioZol enriquecido con teocita, estas cosas serían una locura.

Uso el *joystick* para alinearme, como indicaban las notas, y vuelvo a apretar para darme otro impulso hacia delante.

Sí... Sí...

¡Funciona!

Me estoy acercando.

Aflojo el empuje, pero el impulso no me lleva tan lejos ni tan rápido como esperaba.

Si supiera la masa de mi traje, la potencia del dispositivo, la distancia a la barandilla..., todo eso, seguro que podría calcular con precisión cuánta energía necesito darle a esta cosa.

Ese es mi trabajo, después de todo.

Pero tengo que darme un respiro. No tengo esos datos para ninguna de las variables, y menos para la distancia. Aún tengo la vista destrozada por el sol, incluso ahora que el efecto disminuye poco a poco.

Me inclino para enderezarme y vuelvo a apretar para llevarme dentro.

Esta vez el empujón me hace avanzar mucho más rápido de lo que esperaba. Tal vez sea porque no hay inercia que superar o porque los motores ya estaban encendidos.

En cualquier caso, salgo disparado hacia la barandilla, tan deprisa que mis manos no pueden frenar del todo mi llegada.

El impacto es duro.

Es más una colisión que un choque en toda regla, créeme cuando digo que lo noto.

Estoy sin aliento, y lo peor de todo es que siento la espinilla derecha como si me hubieran dado un martillazo.

Grito como reacción al dolor, pero mis manos se agarran a la barandilla como el objeto salvavidas que es. La izquierda hace la mayor parte del trabajo, como siempre, pero la derecha aprieta con todas sus fuerzas y no puedo reprocharle que luche valientemente por aguantar.

El agarre con las dos manos me da suficiente estabilidad para trabajar.

Ahora no veo absolutamente nada, con los ojos cerrados como reacción de dolor al impacto. Pero, a pesar del dolor en la pierna, siento la maravillosa firmeza de la barandilla contra mis

manos y pongo toda mi determinación en aguantar.

Aguanto y aguanto hasta que el resto de mi cuerpo se siente lo bastante fuerte como para obedecer. Jadeando, avanzo por la vía paso a paso.

Incluso con los ojos abiertos de nuevo, sigo sin ver casi nada. Percibo la silueta de la escotilla exterior cuando está cerca, y mi visión periférica, relativamente intacta, me permite ver por dónde tengo que abrirla.

Consigo hacerlo y entro a trompicones.

En cuanto la escotilla se abre, mi amarre empieza a enrollarse de modo automático alrededor de su tambor como una manguera de incendios gigante. Espero a que termine, cierro la escotilla y abro la puerta interior.

El alivio me embarga cuando vuelvo al nivel inferior de Mantenimiento.

Las lecturas de mi interfaz cambian a verde, lo que confirma que vuelvo a estar rodeado por la atmósfera hospitalaria de la estación.

Solo cuando me quito el casco me doy cuenta de que no hay alarma.

No hay alarma. No se escucha nada.

Aprieto los dientes y doy unos pasos hacia la pantalla de la escotilla. Me quito los guantes y toco varias opciones hasta que veo un diagrama de la estación.

Es el mismo que he visto antes. El mismo que me mostraba la tubería roja de la muerte.

A través de mi visión, que se recupera poco a poco, compruebo que las tuberías son ahora verdes. ¡Ha funcionado!

No hay cuenta atrás. El soporte vital está de nuevo en marcha. ¡Lo he conseguido!

Me cuesta caminar o incluso respirar con normalidad debido al fuerte impacto que acabo de recibir, pero al menos sé que tendré aire para respirar más allá de las próximas horas.

Con una larga exhalación, caigo de rodillas y finalmente me tumbo.

Dolor, agotamiento, alivio..., quién sabe cuál es más fuerte, pero necesito tumbarme un minuto.

Lo he conseguido.

He salido al espacio y he arreglado la tubería. Estoy herido, tal vez más de lo que quiero aceptar en este momento. Pero, por Dios...

Lo he hecho.

Mi respiración vuelve a algo parecido a la normalidad tras unos minutos en el suelo.

De verdad que necesitaba un descanso.

Es la primera vez que lo hago desde que ha sonado la alarma. El alivio de restablecer el soporte vital completo es inmenso, aunque se vea atenuado por el dolor en la pierna derecha y la molestia en los ojos.

Mi visión ha mejorado más que la pierna, que me duele demasiado. Me alegro sobre todo de que mi esternón esté mejor después de la breve pero intensa sensación de ahogo que me ha producido chocar con la estación con más fuerza de la prevista.

Me pongo en pie y me quito el traje.

No tengo ningún moratón visible en la espinilla. Me da la sensación de que debería, pero con la protección del traje supongo que ha sido un impacto diferente al normal.

Y es mejor que haya sido mi espinilla, y no mi cabeza, la que se haya llevado la peor parte, supongo, en un intento de encontrar un resquicio de optimismo.

Sin embargo, me molestan mucho los ojos, a pesar de que el destello se ha desvanecido. Tengo que quitarme las lentillas y echarme un poco de agua.

Que yo sepa, las mías son las únicas lentillas que hay en el espacio. Solo están aquí porque obtuve una dispensa especial cuando el mismísimo Ignacio Zola en persona me contrató.

Soy médicamente incapaz de someterme a cirugía láser correctiva, otra consecuencia de las heridas que sufrí el día que murió mi hermano.

Hasta que hicieron una excepción conmigo, ZolaCore tenía estrictos requisitos de visión y audición sin ayuda.

El resto de las pruebas físicas no son ni de lejos tan extenuantes como en los viejos tiempos, cuando los lanzamientos de cohetes eran mucho más exigentes que los despegues en pista que utilizan ahora nuestras naves. En aquella época, la lista de pruebas que había que superar para ser considerado apto para el espacio era tan larga como mi brazo.

Nunca entendí por qué a Zola le molestaba tanto cualquier «deficiencia sensorial», como decían sus reglas, pero, al fin y al cabo, eran sus reglas y punto.

Aquí nadie llevaba gafas ni audífonos. A los investigadores se les permitía llegar con implantes o vista corregida con láser, pero no podían depender de nada de quita y pon, ni siquiera lentillas.

Como he dicho, hasta que llegué yo. Zola de verdad me quería aquí para el trabajo de enriquecimiento y no podía hacerlo sin mis lentes de contacto, así que reescribió las viejas reglas.

Mis lentes no son adaptativas o aumentadas como algunas que están saliendo al mercado.

Son simples lentillas correctoras. Lo más importante es que no tengo que quitármelas nunca, algo que todavía no ocurre con las normales.

No las cambiaré hasta que la tecnología se ponga al día.

Además, son carísimas. Pero, si alguna vez bajo de aquí y queda una civilización a la que volver, por fin podré comprarme unos cuantos pares de repuesto. Aunque no voy a ver un gran porcentaje de la fortuna que mi avance hará ganar a Zola y a la universidad, me llevaré un trocito de un pastel enorme.

Cojeo por el pasillo de la planta baja, de aspecto industrial, hacia una puerta en la que he visto un retrete y un lavabo al pasar en la otra dirección.

Primero abro otra puerta y cojo algunos analgésicos del armario de suministros médicos. Puedo distinguir el nombre de la marca y estoy bastante seguro de que solo debo tomar uno de estos a la vez. Son fuertes, lo cual no es malo.

Me tomo una pastilla y me apresuro a entrar en el pequeño cuarto de baño.

Con mucho cuidado, me quito las lentillas y las coloco sobre papel higiénico, junto al lavabo. No noto ninguna diferencia en los ojos cuando me las quito, pero ¡vaya si me recuerda lo mucho que las necesito!

Apenas me reconozco en el espejo que hay encima del lavabo, todo está borroso.

No sé si mis ojos se han vuelto tan dependientes de las lentillas que mi visión es peor de lo que sería si no las llevara, o si las he tenido puestas durante tanto tiempo que he olvidado el trabajo que hacen.

Intento pensar cuánto ha pasado desde que me puse estas lentes que me han cambiado la vida y que siempre llevo puestas. Lo más seguro es que fuera hace entre diecisiete y diecinueve meses. Sé que fue el año pasado, entre los cumpleaños de Joe y Eva.

La sensación de agua alivia mis ojos cansados. Tampoco he bebido lo suficiente, así que mis labios reseco agradecen las gotas que caen hacia ellos.

Al mirarme por primera vez desde que ha empezado esta pesadilla, tengo una nueva sensación de lo solo que estoy.

Exhalo bruscamente y trato de no pensar en ello.

La visión borrosa seguirá aquí mientras no me ponga las lentillas, pero tengo la sensación de que el destello se desvanece más rápido. No sé si es porque me las he quitado o porque ha pasado cierto tiempo.

Tampoco me importa. Lo que cuenta es que está ocurriendo.

Un repentino aleteo me hace saltar literalmente hacia atrás.

Mi mente se tranquiliza cuando me doy cuenta de que solo son las alas del loro. Está fuera, en el pasillo.

El loro... Lo había olvidado por completo.

—Hola —le digo.

¿Habla? Sé que ha dicho «Hola» la primera vez que he abierto la puerta del extraño laboratorio lleno de animales de Barnet, pero ¿puede entender algo?

¿Los guacamayos hablan o solo imitan? Todavía no tengo ni idea. Admito que la comunicación con los loros no es precisamente mi especialidad.

Es un pájaro grande, desde luego. Pero ahora que veo su forma de cerca, aunque me faltan detalles visuales sin las lentillas, está claro que no es tan grande como algunos que he visto en zoológicos. Supongo que es joven.

—Hola —grazna, volando a través de la puerta.

Aterrizo en el suelo y me mira. Solo un segundo después despegue de nuevo..., pero no hacia

la puerta.

—¡Eh! —Extiendo una mano inútil para tratar de mantenerlo atrás.

—Agua, agua —dice el loro, atraído por el grifo que aún fluye.

El pájaro azul y amarillo posa sus enormes patas —¿garras?— en el borde del fregadero.

Ladea la cabeza y arrastra los pies para meter el pico bajo el grifo.

Mi visión a simple vista es borrosa, pero no tanto como para no ver lo que hace el bicho cuando se acerca a saciar su sed.

Me tira las lentillas por el desagüe.

—¡Mierda de pájaro! —Meto los dedos por el desagüe con la esperanza de coger mis lentillas antes de que desaparezcan para siempre.

No lo consigo.

Me encorvo sobre el fregadero, aplastado por otro sentimiento de derrota justo después del subidón de un éxito largamente esperado.

¿Por qué?

¿Por qué tengo tan mala suerte?

Primero el experimento funciona, estoy extasiado, voy a contárselo a Justin..., y descubro que Justin está muerto, junto con todos los demás.

Ahora arreglo una tubería de aire en el exterior de una estación espacial, y los raros sentimientos positivos apenas se han asentado cuando ocurre otro desastre.

Miro al hombre borroso del espejo.

—Nada de compadecerte de ti mismo —digo. No me gusta ese rasgo en los demás y no quiero que crezca en mí.

«Pero nadie más ha estado nunca en una situación tan mala», replica la mitad autocompasiva de mi cerebro.

Hago todo lo posible para alejar esa voz.

La verdad es que no veo ningún detalle de mi cara. Miro hacia el grifo y solo veo azul y rojo. No distingo la F de «frío» ni la C de «caliente».

No estoy tan ciego como hace unos minutos, pero esto es aún peor. Mientras el *flash* me estaba causando problemas, he malinterpretado una pequeña proyección digital de la palabra «Reposición» como «Liberación». Ahora soy incapaz siquiera de distinguir una sola letra al alcance de mi mano.

«Quizá sea por esto por lo que la gente con mala vista no debería ir al espacio», pienso con un largo suspiro.

Estar solo de esta manera tiene muchas desventajas, dejando de lado las principales, como las razones por las que estoy solo y el hecho de que me siento solo de verdad y no solo físicamente aislado, algo que no había previsto es la forma en que tu cerebro habla consigo mismo.

Nunca experimento esto en tiempos normales, pero aquí estoy, con dos lados de la misma psique discutiendo y señalando los agujeros en sus pensamientos previos.

Quizá sea el científico natural que hay en mí. Tal vez sea mi cerebro, que busca lo más parecido a una revisión por pares.

Sí..., será mejor que me diga eso. Probablemente sea mejor que admitir que me estoy volviendo loco.

No puedo ver al loro ahora que se ha ido volando, asustado por mi airada reacción. No iba a hacerle daño al estúpido bicho, pero, vamos, ¿tenía que quedarme callado y encogerme de hombros después de este desastre?

Sigo parpadeando mientras miro alrededor del pequeño cuarto de baño, con la esperanza de que este nivel de embotamiento sea temporal. Puede que solo sea así por el agua que he salpicado, o como efecto secundario de la luz, o el resultado de llevar las lentillas tanto tiempo y quitármelas por fin.

Pero no puedo negar la realidad: a diferencia de la ceguera del sol, la visión borrosa no mejora.

De hecho, parece que está empeorando, pero sé que no tiene ninguna lógica. Seguro que solo lo parece por la mayor atención que presto a lo poco que puedo distinguir.

Vuelvo a tener el móvil en el bolsillo, en su sitio habitual, desde que me he quitado el traje espacial. Lo saco para echarle un vistazo, intentando calibrar la gravedad de la situación.

Y estoy jodido.

Ni siquiera veo los números en mi pantalla de bloqueo.

Miro y miro y miro, entrecerrando los ojos y parpadeando. Incluso sabiendo qué número está en cada lugar, no reconozco ninguno. Bien podrían ser círculos en blanco.

La memoria muscular me ayuda a pulsar el código de seis dígitos para acceder a mi pantalla de inicio. Cuando aparece, la foto de Eva y Joe es mi colmo.

Vale, no es su mejor foto, pero ahora mismo podrían ser cualquiera.

Las dos caras que anhelo ver en carne y hueso bien podrían pertenecer a dos desconocidos al azar. Así de mala es mi visión.

Siento que me viene un *flashback* familiar y doloroso, porque esto me toca demasiado de cerca. El día que murió mi hermano, perdí las gafas intentando salvarlo en el agua. Mi visión no era tan mala entonces, pero recuerdo que intenté despertarlo y ni siquiera estaba seguro de si tenía los ojos entreabiertos o no.

La lesión que me descartó como candidato a la cirugía correctiva ocular con láser llegó justo después, en la parte en la que no quiero pensar.

—Sigue adelante —digo con toda la firmeza que puedo, volviendo al mantra del terapeuta que me hizo superar tantas noches oscuras de adolescente, después de que todo se viniera abajo—. Es el único camino.

Inspiro hondo.

Avanzar es la única vía, y ahora mismo creo que solo hay una ruta.

Tengo que hacer algo con mis ojos.

En serio, apenas podría funcionar así durante un fin de semana tranquilo en casa, mucho menos llevar a cabo operaciones difíciles con tecnologías desconocidas en lugares en los que nunca he estado.

El dolor punzante en la espinilla sigue ahí, pero de repente pasa a un segundo plano. No es nada comparado con este enorme escollo del tamaño de una montaña que acaba de aparecer delante de mí, en medio de un camino que por fin empezaba a parecer transitable.

No hay forma de evitarlo y no hay forma de que pueda superarlo. Con este nivel de visión no puedo leer instrucciones, reconocer caras ni controlar sistemas informáticos.

Ya se me ha pasado por la cabeza que podría intentar aislar la salida de este drenaje y buscar las lentillas. También lo he descartado como idea factible. Incluso si supiera por dónde empezar con algo así en un sistema de fontanería tan poco estándar, no hay literalmente ninguna posibilidad de que pudiera hacerlo sin ser capaz de ver.

Por una vez, un feliz golpe de ironía estaría bien. Es como si cada caso fuera más cruel que el anterior, como si compitieran por darme la patada más fuerte cuando ya estoy en el suelo.

Otra ironía inoportuna es que la excepción que Zola hizo por mí me ha puesto en una situación terrible, ya que la antigua norma significa que no hay otras lentes de contacto ni gafas correctoras en ninguna parte de la estación.

Tengo que solucionarlo.

Una pierna dolorida es algo que puedo sobrellevar cojeando por los pasillos, porque puedo desplazarme sin un andar perfecto.

Pero ¿una vista que funcione? Eso no es un lujo. Ni aquí ni ahora.

Puede que una visión clara no sea tan crucial para mi supervivencia inmediata como lo era garantizar el suministro de oxígeno, pero está a ese nivel cuando se trata de tener alguna posibilidad de salir de aquí.

Por mucho que me devane los sesos buscando una alternativa, sé que solo hay una posibilidad.

Vuelvo a mirarme en el espejo.

—No hay más remedio —digo—. Vamos a tener que fabricarnos unas gafas.

«Las gafas no tienen por qué ser perfectas», le digo a mis pensamientos dubitativos mientras me dirijo a la escalera.

Joder, no van a ser perfectas. Eso está claro.

Todo lo que tengo que hacer es mejorar mi visión lo suficiente como para estar operativo. No tengo que volver a tenerla como con las lentillas. Solo tiene que ser lo bastante buena como para ver algo.

Desplazarme me lleva más tiempo de lo normal debido a la lesión en la pierna, pero al cabo de un rato noto que mi caminar es algo más parecido al normal. Las lesiones por impacto no son ninguna broma. Esta me recuerda a cuando me aplasté las dos tibias contra una barandilla metálica al deslizarme por una colina helada con un grupo de amigos del colegio igual de imbéciles.

Sin embargo, no es debilitante. Una vez que el analgésico haga efecto, no debería frenarme en absoluto, lo que es mucho más de lo que puedo decir de mi problema de visión.

Si algo se le da bien a mi cerebro es analizar con rapidez muchas opciones y reducirlas a unas pocas viables. De las ideas que se me ocurren antes de llegar a la escalera que lleva a la planta principal del Área de Mantenimiento, unas cuantas pasan el corte inicial.

Para empezar, habrá telescopios y microscopios por todas partes, así que no me faltan lentes.

¿Lentes con un nivel de aumento cercano al que necesito para remediar mi mala visión a corta distancia? Bueno, probablemente no tanto.

También hay lupas de diferentes tamaños, incluida la de una pequeña multiherramienta del tamaño de una tarjeta de crédito en mi propio laboratorio.

Incluso sostener algo así delante de un ojo podría ayudarme a leer texto cuando lo necesite. Si encuentro dos, seguro que se me ocurre algo sencillo para mantenerlas a una distancia suficiente para el trabajo. Supongo que sería algo intermedio entre las lentillas y las gafas.

Una vez más, no me engaño a mí mismo diciendo que tendré unas bonitas monturas cómodamente colocadas en el puente de mi nariz. Pero que me aspen si no puedo engancharme algo básico alrededor de las orejas y ponerle unas lentes improvisadas.

No es mucho pedir, ¿verdad?

En cuanto subo, voy a mi laboratorio.

Es un paseo más largo de lo que me gustaría, sobre todo porque aún me duele la pierna, a pesar del analgésico. Pero es necesario, porque es el único lugar donde sé lo que voy a encontrar. Y, aunque el tiempo sea tan apremiante como cuando el aire se me escapaba literalmente por segundos, tengo que ser lo más eficiente posible con mis movimientos. Todavía no sé cuál es la situación actual en la Tierra.

Las cosas podrían estar empeorando, por lo que sé. Algo de lo que he aprendido aquí arriba, o quizá algo que aún no he aprendido, podría ser la única forma de evitar que las cosas empeoren allí.

Quizá Eva y Joe estén bien por ahora, igual que yo.

Lo que quiero decir es que el tiempo no es un lujo mayor que tener una visión funcional.

Llego al laboratorio, después de unos minutos cada vez más dolorosos, y abro enseguida el cajón superior de mi escritorio. Mis ojos buscan la multiherramienta, pero se posan primero en otro objeto: las gafas de seguridad.

Hmmm.

Podrían servir de base y me ahorraría tener que hacer monturas.

Me imagino que podría recortar los frontales protectores y hacer un buen sitio para colocar las lentes que decida. No habrá ningún control de la distancia, como podría conseguir si hiciera monturas según las especificaciones, pero hacer cualquier cosa con mi nivel de visión actual es difícil, y eso sin pensar siquiera en si encontraré los materiales para empezar.

De eso se trata. No es que no quiera hacer nada elaborado, es que no puedo.

Una vez que recupere la vista y haga lo posible para enviar una señal de socorro a la Tierra, siempre podré utilizar los beneficios de mi primera solución para idear una segunda iteración mejor.

Unas gafas de seguridad como estas no son un bien escaso por aquí, así que cojo unas tijeras y me dispongo a recortarles la parte frontal.

Entrecierro los ojos como si mi vida dependiera de ello, porque ¿quién me dice lo contrario? Tengo que ser capaz de ver si voy a tener la oportunidad de contactar con alguien en la Tierra, y debo tener algo para mantener en su lugar las lentes que espero encontrar en los próximos minutos.

Y, hablando de tener algo para sujetar las cosas, tengo mucho cuidado de no cortarme ninguno de mis dedos, que veo borrosos.

Aunque estas tijeras no son nada comparadas con el cuchillo que me ha conseguido el dedo del pobre Yannick, así que no corro peligro de cortarme uno.

Tampoco tiene por qué ser el procedimiento más preciso del mundo, así que priorizo la rapidez a la precaución. Estoy pensando en que fijar lentes de trabajo en el interior de estas gafas y deshacerme de sus frontales de plástico es en realidad una forma de obtener una visión lo más clara posible.

Vidrio en la parte superior del plástico sería mucho mejor que la borrosidad que estoy enfrentando ahora, pero no permitiría el mismo nivel de claridad que solo vidrio.

Perforar las gafas y cortar dos círculos rudimentarios no lleva mucho tiempo. Y, aunque todavía no he conseguido nada tangible, es un comienzo.

Me las pongo y miro a mi alrededor. Son lo bastante cómodas y los laterales no estorban, así que podría funcionar.

Ahora, las lentes.

Mis ojos pasan por alto mis dos microscopios favoritos, porque no son el tipo de lentes que necesito. Serían demasiado potentes incluso para mi visión, que es peor que nunca. Además, son demasiado pequeñas para trabajar a la distancia que permiten las gafas.

Entonces, ¿qué necesito? ¿Qué busco?

Necesito algo con un nivel de magnificación relativamente pequeño, en términos de instrumentos o herramientas científicas. Lo ideal sería algo que ya se utilizara como pantalla de algún tipo, o tal vez...

¡Barnet!

Barnet y su extraño laboratorio de animales, ¡donde he encontrado al loro!

Mis pies se mueven antes de que la bombilla sobre mi cabeza se encienda del todo.

En esa habitación con todos los animales en animación suspendida tenía tanques de insectos y ranas venenosas con lupas deslizables en la parte delantera.

Por lo que recuerdo de su montaje, algunos de esos paneles deben tener el aumento adecuado. Estaban a la distancia apropiada y se utilizaban para observar objetos pequeños, al menos.

Desde aquí el laboratorio de Barnet no está lejos, ni siquiera con mi pierna quejándose a cada paso.

Mientras camino, intento pensar en cómo hacer una especie de visera para sujetar un gran trozo de cristal a una distancia adecuada de mi cara.

Decido que no puedo.

La idea de unas gafas con forma de gafas, a falta de un término mejor, es la mejor que se me ocurre. Admito que va a requerir el uso de alguna maquinaria de corte de vidrio bastante pesada, pero sé dónde encontrarla.

Lo que no sé es cómo utilizar esa maquinaria de forma segura con la visión tan imprecisa de la que dispongo.

Así que, sí... ¿Eso que he dicho de que no corro peligro de cortarme ningún dedo?

Eso ya se verá.

Mi trabajo habitual, por muy hábil y volátil que sea, no requiere la destreza y la estabilidad de cortar un cristal. Además, suelo ver qué demonios estoy haciendo.

Estos pensamientos se desvanecen cuando llego al laboratorio de Barnet y veo que el loro ha vuelto junto a su jaula.

Incluso con estos ojos sería capaz de ver sus plumas azules y amarillas desde el otro extremo del pasillo. De cerca, es impresionantemente vívido.

El pájaro está junto a la jaula, que he dejado abierta para que vuelva si quiere.

—Agua, agua —grazna, como si no recordara lo que ha pasado la última vez.

Miro a mi alrededor y veo una botella en el escritorio de Barnet. Está lo bastante cerca como para distinguir la forma, pero no sé si hay algo dentro hasta que la levanto y noto el peso.

Abro la botella y la dejo en el suelo. El pájaro no hace nada.

—Agua. —Señalo la botella abierta—. Para ti. —Aun así, se limita a mirar—. ¿Te ha lobotomizado o algo así?

—Hola —responde, y después suelta un graznido.

No puedo evitar sacudir la cabeza y reprimir una risita ante lo absurdo de todo esto, pero supongo que nada es culpa de este pequeñajo. No debería estar aquí, pero está, y eso lo convierte en mi responsabilidad. Me acerco a su jaula y cojo la botella de agua especial que tiene enganchada.

Cuando la levanto, noto que está vacía.

Entrecierro los ojos mientras sostengo la botella, concentrándome al máximo. La pongo boca abajo y desenroscó el gotero. Probablemente haya otra palabra para describirlo, pero usemos con esa.

En cualquier caso, lleno esta botella con el agua de Barnet y la vuelvo a colocar en la jaula.

Lo hago más por el tacto que por la vista, pero funciona.

El pájaro salta a la jaula abierta y bebe como si no hubiera probado una gota de agua en su vida.

—Salud —le digo, porque ¿por qué no?

—Salud —responde el pájaro, que hace una pausa de un segundo antes de seguir bebiendo.

Y suelta otro garrido.

Se me dibuja una sonrisa en la cara. Todavía no sé si me está imitando o si sabe lo que dice, pero, aparte del incidente de haberme destrozado la visión, no parece tan malo.

Con el loro moviéndose alegremente entre su botella de agua y algunas semillas del suelo, me vuelvo hacia el tanque de insectos que he venido a ver. Me acerco.

Hay cinco capas de paneles de aumento. Para empezar, ninguno está en su sitio. Cuando deslizo el primero hacia el centro, no cambia mucho la claridad visual.

Pruebo el segundo y siento cierto optimismo al ver que la horrible cucaracha está un poco menos borrosa.

¿Y cuando pruebo el tercer panel? Esa cucaracha fea se convierte en la cosa más bonita que he visto nunca, porque puedo verla.

Me engañaría si dijera que es perfecto, pero es mejor de lo que esperaba.

El cuarto panel resulta estar demasiado magnificado y el quinto, aún más, pero el número tres puede hacer el trabajo.

Tres de cinco, justo el punto medio.

Retiro los cinco paneles —la única forma en que puedo hacerlo— y, agradecido, extraigo mi trozo de cristal.

Todavía llevo puestas las gafas de seguridad sin cristales, donde pienso fijar los círculos que recortaré del panel, lo que significa que tengo los dos componentes que necesito, aquí mismo, en mi persona. Solo me queda unirlos.

Y la pequeña hazaña de recortar los círculos en primer lugar, reflexiono con una conciencia cada vez mayor de la realidad que se hunde en mí.

Miro al loro y decido que durante el proceso de corte tendré que romper mi norma de no dejar puertas abiertas. La del taller tiene que estar cerrada. No puedo arriesgarme a que esa cosa vuele por ahí mientras hago algo tan peligroso.

Antes de irme, compruebo también cómo está el pequeño coatí que he visto antes, cuya lenta respiración me ha confirmado que todas estas criaturas están vivas, a pesar de su aspecto a primera vista.

Por supuesto, esta vez no distingo muchos detalles, pero recuerdo en qué tanque se encuentra.

—Volveré, colega —prometo una vez más, aunque no estoy seguro de que siga respirando.

A estas alturas, podría haberme bebido diez cervezas, porque la visión es la más borrosa que he tenido nunca.

Aunque, por ahora, tengo un poco de vidrio para cortar.

Estupendo.

En el pasillo del Área de Mantenimiento, una de las puertas que he abierto de camino a la escotilla EVA parecía un taller multiusos.

La luz del techo funcionaba cuando he pulsado el interruptor, así que espero que la maquinaria también lo haga.

Tan rápido como puedo andar, me dirijo hacia allí.

Hace mucho que no corto vidrio. Incluso entonces me quedaba atrás casi siempre, observando con asombro cómo mi abuelo recortaba un gran cristal para sustituir otro que se había roto en su invernadero.

El viejo era el tipo de hombre que siempre tenía un lápiz detrás de la oreja y tres destornilladores en el cajón de los cubiertos. El tipo de persona que compraba un cristal de repuesto de tamaño estándar en lugar de uno precortado y luego llamaba a cinco amigos para encontrar la herramienta que necesitaba para cortarlo.

No creo que fuera el ahorro de diez dólares lo que le motivaba tanto como el deseo de hacer cosas.

Como siempre me decía mi abuelo: «El que corta leña se calienta dos veces». Es algo en lo que me suelo apoyar incluso hoy.

Ojalá hubiera prestado más atención a todo lo que me decía el Viejo cuando lo veía cortar aquel cristal. En mi defensa diré que no podía tener más de diez u once años.

No sé qué mes era cuando reparamos el invernadero. Solo sé que fue el invierno anterior a su muerte. Lo recuerdo porque nunca llegó a ver cuánto crecieron las tomatas el año después de que lo arregláramos.

Cualquier ingenio que tengo viene de él, sin duda. Mi padre no estaba y Steve fue más gilipollastro que padrastro, incluso antes del accidente. Muchos niños no tienen ninguna influencia masculina positiva, así que estoy agradecido de haber tenido al viejo, aunque se fuera demasiado pronto.

Los chicos que crecieron como yo suelen hacer todo lo posible por ser lo contrario de las figuras paternas con las que tuvimos que vivir. Tengo suerte de tener esos recuerdos de mi abuelo para darme también un modelo positivo. Pero, aun así, debo admitir que la mayor parte del tiempo, cuando pienso en cómo tratar algo con Joe, intento ser lo contrario de Steve.

El Viejo era una buena influencia en todos los sentidos. A diferencia de algunos de sus amigos, que solían venir para ayudar en los proyectos, él era todo seguridad: «Dedica diez segundos a comprobar que todo está bien, o te pasarás la vida deseando haberlo hecho», decía siempre.

Lo tendré en cuenta, hoy más que nunca.

Entro en el taller y enciendo la luz. Al mirar a mi alrededor, parece bastante claro que este es el taller principal del Faro, si no el único. Es enorme.

No tiene nada que ver con el garaje de mi abuelo.

Todo está reluciente y nuevo. Siempre espero orden y limpieza por aquí, ya que Zola es famoso por insistir en una nave bien administrada, pero estas cosas están tan limpias que parece que nunca se han usado.

El aire también parece más fresco. Tan pronto como me doy cuenta de eso, descubro por qué: no hay cuerpos aquí.

De hecho, no he encontrado ni una sola persona en ningún lugar de este nivel inferior.

Los sistemas en una estación espacial están diseñados para funcionar de un modo tan autosuficiente como sea posible, supongo. Estas salas no parecen lugares en los que la gente lleve a cabo trabajos rutinarios.

Recorro el perímetro del taller, observando las distintas máquinas.

Ni que decir tiene que es mucho más fácil cuando tengo el panel magnético delante de ellas. El panel también me permite leer los avisos que hay en las paredes, junto a algunas de las herramientas eléctricas.

Deben haber gastado mucha tinta amarilla y roja, es todo lo que diré. En serio: la cantidad de señales de peligro con signos de exclamación se sale de lo normal.

Supongo que Zola y la gente que puso a cargo de la seguridad por aquí tenían mucho en común con el Viejo. Puedo respetar eso, sobre todo en un ambiente controlado como este. Nunca se es demasiado cuidadoso si hay tanto en juego.

Este taller habría sido el paraíso para el Viejo, de la misma manera que mi laboratorio de diseño personalizado fue como el cielo para mí cuando entré por primera vez. Con todas estas herramientas, habría sido como un niño en una tienda de caramelos.

Y no voy a mentir: yo también estoy muy emocionado.

No he mirado bien aquí dentro la primera vez que he pasado porque pensaba que no necesitaría nada de esto. Pero ahora veo que tengo opciones y más opciones y muchas más opciones, con al menos cuatro máquinas que podría utilizar para convertir este cristal en dos piezas más manejables.

Me detengo en una herramienta en particular cuando veo la palabra «vidrio» en su señal de peligro.

El contexto es bueno: «Si corta vidrio, asegúrese de...», y luego una lista de viñetas.

—Servirá. —Doy un golpecito en la etiqueta de la sierra de cinta. Se lee: «PlatinumCut 1080B».

Al igual que en la escotilla EVA, encuentro varias hojas de papel detrás de la advertencia principal, en la bolsa transparente en la que se encuentra.

Me decepciona un poco que no haya una versión completa impresa del manual de instrucciones. En su lugar, hay un código QR que me llevaría a uno si tuviera la suerte de tener señal de Internet.

Sin embargo, los diagramas de la guía de inicio rápido parecen bastante útiles, y eso es lo que busco.

El aumento de este panel de vidrio es lo bastante bueno como para ayudarme a leer, y la información que tengo para usar la sierra es lo suficientemente buena como para seguirla.

Si lo perfecto es enemigo de lo bueno, estoy más que feliz de hacer buenas migas con lo bastante bueno.

Me tomo cinco minutos para buscar todo lo que creo que voy a necesitar. Primero, unos

guantes resistentes, que son imprescindibles.

Luego cojo un par de gafas de seguridad sin modificar, con los frontales de plástico protectores todavía en su sitio. Por último, una silla ajustable. Así podré sentarme a la altura adecuada.

La mayor parte de esta fase de recogida la hago con la mano derecha, ya que necesito la izquierda para agarrar el panel de cristal que me permite ver lo que recojo.

«No por mucho tiempo», me digo.

Con todo colocado en su sitio y comprobado dos veces, como querría el Viejo, enciendo la sierra. A estas alturas, ya sé que aquí no hay que dar nada por sentado. Por eso, ver aparecer una luz roja de encendido cuando pulso el interruptor me parece una pequeña victoria en sí misma.

Claro, en muchos contextos una luz roja significa «STOP».

Claro, en muchos contextos una luz roja significa «PELIGRO».

Si yo estuviera mirando desde lejos, le diría a alguien con visión borrosa que lo tuviera en cuenta y reconsiderara lo que va a hacer.

Pero, créeme, no estaría haciendo esto si no tuviera más remedio.

La superficie de la herramienta no me permite colocar la lupa en un ángulo útil.

Tampoco puedo sostenerlo delante de los ojos. Cortar vidrio es un trabajo a dos manos.

Tengo que empezar con la visión que tengo, lo que significa que tengo que añadir un paso más a mi plan original.

Lo primero que debo hacer es cortar el panel por la mitad. Lo segundo es cortar una de esas mitades por la mitad. Una cuarta parte del panel debería ser suficiente como para que pueda fijarlo con seguridad sobre la parte exterior de las gafas, aunque estoy seguro de que sería demasiado engorroso para una solución permanente. Lentes de imagen el doble de grandes que las monturas para las que están pensadas, fijadas toscamente al exterior.

Además, todo lo que pueda acercar el cristal a mis ojos mejorará mi visión. Quiero fijar unas lentes improvisadas a la parte interior de las gafas, no a la frontal.

Básicamente, haré un trabajo muy tosco para empezar y luego utilizaré los beneficios para ayudarme a hacer un trabajo un poco más preciso.

Recortaré dos cuadrados en bruto y los utilizaré para recortar dos círculos de mejor calidad.

¿Tiene sentido?

Me gusta pensar que el Viejo diría que sí.

Siguiendo todas las advertencias que he visto, uso las dos manos para guiar el centro de mi panel hacia la hoja dentada que gira a toda velocidad.

Me muevo lenta pero suavemente. Intento hacer lo que me indican los avisos con exactitud, asegurándome de no dejar nunca de moverme ni de aplicar presión.

Mi panel es lo bastante grande como para dejar un espacio bastante cómodo para sujetarlo por ambos lados. Mis manos no están demasiado cerca de la sierra. Aun así, me alegro de tener los guantes anticorte que he elegido de un cajón bien surtido lleno de equipo de seguridad.

No uso ninguno de los protectores auditivos que he encontrado. No hay señal de aviso acústico en este aparato, que no es muy ruidoso, y quiero escuchar cualquier señal que indique un problema. No compensa los detalles que no puedo ver, pero ahora mismo quiero toda la información sensorial posible.

Mientras entrecierro los ojos hacia la hoja con la vana esperanza de enfocarla, la ironía de la situación me cala hondo. No puedo evitar pensar que tener que ingeniármelas para fabricar unas gafas improvisadas sin una visión correcta es como si un león hambriento y desfallecido tuviera que cazar a un antílope brioso.

Cuando más lo necesitas, menos puedes hacerlo. Así es la vida, supongo.

Puede que la herramienta eléctrica que estoy utilizando esté fabricada por PlatinumCut, pero, después de unos pocos segundos, estoy dispuesto a darles una medalla de oro. Esta cosa va de

ensueño.

La cuchilla corta a través de mi panel tan bien que la expresión «cortar como si fuera mantequilla» ni siquiera lo describiría.

Como alambre que atraviesa el queso, tijeras que cortan papel..., todos son demasiado comunes.

¿Qué tal: «Como diente de león que atraviesa la yugular de un antílope»?

Sonríó. Esa metáfora servirá. Porque, al igual que un viejo león hambriento que atrapa a su presa cuando tiene todo en contra, estoy ganando.

Repito el proceso con sumo cuidado. El panel a medio cortar sigue siendo lo bastante grande como para manejarlo con seguridad, incluso con mi visión borrosa.

Este segundo corte me da las piezas del tamaño de un cuarto de panel que quería.

Estoy muy impresionado por la suavidad del corte. No impresionado por mí, quiero decir, sino por la sierra.

Supongo que he hecho bien en mantenerme firme y moverlo con suavidad, pero la sierra ha hecho el resto. Es la verdadera estrella.

Cojo un tubo de pegamento de máxima resistencia y uno los trozos cuadrados de cristal a la parte delantera de mis gafas precortadas.

Tengo tanto cuidado con el pegamento como con la sierra. Probablemente porque nunca me he cortado con una sierra potente, pero sí he utilizado un pegamento fuerte. En mi mente están grabados los dolorosos recuerdos de un reto escolar que salió mal, y para esta tarea más precisa tengo que quitarme los guantes.

El pegamento se endurece enseguida.

Me vuelvo a poner los guantes para la fase final del proceso, que conlleva algunos cortes circulares.

Las incómodas gafas cuadradas que me pongo unos segundos después tienen un aspecto de lo más ridículo. No se puede evitar, pero, en cuanto me las pongo, me sorprendo de lo bien que veo.

Para empezar, consigo leer el logotipo y el nombre del producto en la sierra de cinta. Claro que no leo bien el texto de los carteles de la pared, pero distingo algunas palabras si entrecierro los ojos.

Como prueba, me quito las gafas y las pruebo al revés. En cuanto me las pongo delante de los ojos, con el cristal exterior tan cerca como cuando termine el trabajo, mi visión alcanza un nivel mágico.

Servirá.

Con los números de página más pequeños, que podría haber leído con menos esfuerzo con mis lentillas, aún me cuesta y debo entrecerrar los ojos para distinguirlos. Pero, tal y como están las cosas, yo diría que volver al ochenta por ciento de mi visión anterior es una gran victoria.

Todo lo que tengo que hacer es cortar piezas más pequeñas que pueda pegar dentro de las gafas, para acercar las lentes improvisadas medio centímetro más a mis ojos.

Puede que no parezca mucho, pero supone una gran diferencia. Estoy seguro de que cualquiera que lleve gafas lo pasaría mal si se despertara y las patillas hubieran crecido medio centímetro, alejando las lentes de sus ojos.

Las gafas, tal como están, me dan sobre un cuarenta por ciento de claridad. Con toda la lectura y otras tareas de cerca que tengo que hacer por aquí, pasar del cuarenta al ochenta supondría un gran cambio.

Si la sierra no me pareciera tan segura, habría pensado en quedarme en el cuarenta por ciento. Pero, en serio, los chicos de PlatinumCut sabían lo que hacían cuando montaron esta cosa.

Nota mental: cuando regrese a la Tierra, los incluiré en mi lista de tarjetas de Navidad. O eso o compraré acciones. Antes de hacer más cortes, utilizo un rotulador para dibujar líneas circulares en la mitad de cristal que me queda.

Con la ayuda de mis gafas de montura cuadrada, corto el medio cristal restante en cuartos, como he hecho con la primera mitad. A continuación, hago cuatro cortes rectos en las esquinas de cada cuarto.

Miro el resultado y decido que no hace falta ir más allá. No necesito lentes perfectamente redondas. Al fin y al cabo, las propias gafas no son círculos perfectos. Todo lo que voy a hacer es cortar dos agujeros en un par sin tocar y meter mis lentes dentro. Esos agujeros pueden tener la forma que quiera ahora que las lentes son lo bastante pequeñas.

Hacer cortes redondos requeriría mucha más destreza que lo que he hecho hasta ahora, me imagino. Eso es aún más cierto ahora que el cristal es mucho más pequeño que el panel con el que he empezado. Y como no hay ninguna ventaja tangible en redondear las esquinas, las dejo así.

Servirá.

Apago la sierra de cinta en cuanto termino. Solo el repentino silencio me hace darme cuenta de lo fuerte que ha sido el ruido. Contemplo los cristales cortados con suavidad y mis dedos intactos, y sonrío más que en todo el día.

De momento, me dejo puestas las gafas cuadradas, muy contento por la ayuda que me han prestado. También me alegro de que sus propiedades de seguridad no hayan hecho falta. Los guantes tampoco han sido necesarios, pero siempre prefiero tener esa última línea de defensa a no tenerla. Mi abuelo me lo inculcó, sin duda.

El cuarenta por ciento de ganancia de visión que me ha proporcionado este primer intento rudimentario me facilita la tarea de cortar agujeros perfectamente lisos en otro par de gafas. El acabado es mucho más limpio que en mi anterior intento medio a ciegas. También me resulta mucho más fácil aplicar el pegamento de secado rápido en los lugares adecuados.

El resultado final es un nuevo par de gafas de seguridad con la mayor parte de los frontales de plástico recortados y unas lentes de cristal de aumento colocadas perfectamente en su lugar.

Me las pongo y sonrío de oreja a oreja, incluso más que hace unos minutos.

No voy a ganar ningún premio al estilo, pero estoy muy orgulloso de lo que he conseguido.

Funcionan. No son perfectas, pero se ve bastante bien. Simplemente funcionan.

Me miro en el espejo de la pared, que está debajo de un cartel que dice: «LA SEGURIDAD ES ESTILO: PREPÁRATE».

Lo primero que noto es que leo esas palabras con menos esfuerzo, lo que antes no era el caso. Lo segundo es lo incómodas que siguen pareciendo las gafas. Pero, bueno, es un pequeño precio que pagar.

Lo más irónico es lo tercero que observo. Al acercarme al espejo, veo que tengo algunas canas.

Supongo que el estrés le hace eso a uno, pero no puedo evitar pensar en el día en que mi abuelo me dijo que me saldrían canas antes de que la humanidad abandonara la Tierra en busca de nuevos mundos.

Que me salieran las primeras canas justo después de perfeccionar el proceso de enriquecimiento del combustible que podría habernos llevado a esos mundos, pero también justo después de que un cataclismo dañara tanto el nuestro...

Una vez más, no es el tipo de ironía que me gusta.

Me alejo del espejo y me deshago de esos pensamientos por ahora. Los últimos minutos han

sido un raro triunfo.

Lamentarse por lo que ya ha pasado no debería ser un obstáculo para reconocerlo.

Claro: en términos objetivos, ahora estoy peor que antes de que el loro me tirara las lentillas por el desagüe.

Pero ¿emocionalmente? ¿En términos de moral? Hay mucho que decir sobre el valor de una victoria. Y el Viejo también tenía razón en otra cosa: hay mucho que decir sobre cortar tu propia leña.

Acabo de dar un paseo por el espacio para enganchar el soporte vital de la estación mientras una alarma me recordaba el aire que me quedaba, y acabo de hacerme unas gafas de trabajo cuando apenas podía ver más allá de la punta de la nariz.

Y eso sin hablar de lo que he tenido que hacerle al pobre Yannick, otra cosa de la que nunca me habría imaginado capaz.

Desde que conocí a Justin he sentido una presión aplastante sobre mis hombros en más sentidos de los que jamás habría imaginado. Pero, a pesar de lo que dijo el viejo gruñón del señor Lindell en mi boletín de notas, aún no he flaqueado.

Sigo aquí.

Eso es un problema, por supuesto, porque no quiero estar aquí ni un segundo más. Pero también es un éxito porque, a pesar de todo lo que este lugar y quienquiera que lo haya saboteado me han lanzado, sigo en pie.

Donde hay vida, hay esperanza, y siento que por fin he traspasado algunos muros y por fin tengo algo de impulso a mi favor.

También sé lo que viene a continuación: de un modo u otro, tengo que entrar en el Centro de Control.

El mensaje de voz de Eva me ha dado mucho que pensar, y un montón de nuevas preguntas. Pero, sobre todo, me ha dado una nueva idea para mi siguiente movimiento.

La adrenalina que me ha producido cortar el cristal se está desvaneciendo y, en cuanto me pongo en pie, mi pierna me anima a echar un vistazo a la caja de analgésicos que he cogido antes. Me he tomado uno antes de leer el prospecto, y ahora que veo bien comprendo por qué no me ha hecho mucho efecto.

Veo el nombre de la marca que he creído reconocer por la combinación de colores de la caja, pero estas pastillas son una variante más suave. Una contiene solo un tercio de una dosis completa.

Supongo que eso lo explica todo.

Cojo dos más y me las trago.

Vuelvo al pasillo y me dirijo a la escalera.

Sigo sin saber qué ha pasado aquí, ni en la Tierra. Pero, cuando llegue arriba y reúna los objetos que el mensaje de Eva me ha inspirado a analizar, tengo la sensación de que empezaré a llenar muchos espacios en blanco.

El conocimiento es poder, y sé dónde puedo encontrarlo.

Al salir del taller, cojo el rotulador que he utilizado para dibujar en el cristal y una bolsa grande. Voy a necesitarlos para la primera parte de mi siguiente paso.

No va a ser un paso, así que no voy a pensar en él, pero, dado lo mucho que he aprendido de un solo mensaje de voz en mi teléfono, sería imprudente no comprobar los móviles de tantos de mis compañeros como sea posible.

Con suerte, muchos aún tendrán batería. Es una esperanza bastante realista si son más nuevos que el mío. Unos días sin usarlos no debería haberles afectado demasiado.

Siempre puedo cargarlos, pero hay una razón logística por la que quiero usarlos en cuanto los recoja.

Aunque ya llegaremos a eso.

Mi primera escala es el nivel principal de Mantenimiento, donde hay seis trabajadores muertos en sus sillas.

Odio ver a estos infelices. Odio aún más tener que acercarme para comprobar sus bolsillos. Pero no queda otro remedio, así que contengo la respiración y hago lo que hay que hacer.

Tampoco voy a entretenerme en las razones para contener la respiración. Todo lo que diré es que, tan pronto como entre en el Centro de Control, tengo que designar un área como una zona de almacenamiento en frío y moverlos allí.

Probablemente use el comedor, ya que es donde está la mayoría de la gente. Trasladar a una persona es una ardua tarea en el mejor de los casos, y mucho más con la pierna maltrecha. Minimizar el número de desplazamientos necesarios para reunir a todo el mundo es lo más inteligente.

Espero tener para entonces soluciones a problemas mayores. El principal es contactar con la Tierra para que alguien venga a llevarme a casa, a ser posible con los demás a remolque. Pero seamos realistas, eso podría llevar unos cuantos viajes.

No intento ignorar la realidad de que estoy tocando los cadáveres, porque no quiero convertirme en alguien que pueda disociarse así.

En lugar de eso, intento moverme con el mayor respeto posible, trabajando a pesar de la dificultad emocional, en lugar de intentar bloquearla.

El primer tipo al que alcanzo, cuya placa lo identifica como Bryce Nolan, lleva un teléfono en el bolsillo delantero izquierdo. Mejor aún: tiene batería.

Dos pasos de tres, listo. El tercero es desbloquearlo.

No sé la contraseña de Bryce, pero tengo su cara. Pruebo la función de reconocimiento facial.

No funciona. Lo intento de nuevo, pero no hay progreso. Tengo la corazonada de que es porque tiene los ojos cerrados.

—Voy a buscar a quien te haya hecho esto —le digo a Bryce—, y siento tener que hacer esto primero.

Coloco su móvil en el escritorio frente a él, con la pantalla y su cámara orientadas hacia arriba.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando me acerco para abrirle los ojos. Tocar la cara de un muerto es mucho peor que tocarle la mano. No sé por qué, y ojalá no lo acabara de descubrir, pero, créeme, lo es.

En cuanto le abro por detrás los párpados al pobre hombre, el teléfono se desbloquea.

Sé que el reconocimiento facial en la tecnología de consumo es más por comodidad que por seguridad real, pero no creo que ni siquiera haya visto su iris. Parece que solo quería comprobar que no estaba dormido. O, ya sabes..., muerto.

De inmediato navego por los menús para eliminar todos los ajustes de seguridad de la pantalla de bloqueo de Bryce. Uso mi rotulador para escribir su nombre en la parte posterior del teléfono, junto con el número 1.

Consigo tres teléfonos más de los otros cinco trabajadores. Dos tienen batería. Uno se desbloquea con una foto de identificación facial con los ojos cerrados y el otro necesita la misma acción que Bryce. Cargaré el tercero más tarde.

Antes de salir de la habitación, hago una foto de gran angular con mi propio teléfono. Le anoto los números que he atribuido a cada persona.

Más tarde, cuando revise los móviles, quiero saber a quién pertenecían y dónde murieron. Estoy siendo todo lo meticuloso que puedo, ya que intento anticiparme a lo que pronto podría lamentar no haber hecho si no lo hago ahora.

Decido marcar con una equis, además de con un número, los que están bloqueados y sin batería. Así será más fácil apartarlos y cargarlos lo antes posible.

Sigo con este sombrío proceso de persona a persona en el pasillo. Luego vienen los dormitorios y, por último, el muy concurrido comedor.

No consigo llegar a los bolsillos del pobre Yannick por culpa de la maldita máquina expendedora que me ha obligado antes a un proceso aún más sombrío. Pero, cuando todo está dicho y hecho, tengo docenas de nuevas potenciales pistas en mi bolsa.

También tengo una dosis adecuada de analgésicos en las venas, así que esta espinilla debería dejar de quejarse en cualquier momento.

Y he cogido un montón de cargadores a medida que los he ido encontrando, así como unas cuantas baterías.

Voy a empezar a recargar los teléfonos apagados. Mientras hacía mis rondas he estado pensando en qué tipo de cosas debería buscar, así que creo que será bastante eficiente.

Los mensajes y los registros de llamadas son los puntos de partida más obvios. A partir de ahí también comprobaré las aplicaciones de noticias por si se ha descargado algo automáticamente.

Las actualizaciones podrían haber llegado incluso después de que todos aquí murieran. Sé que la señal de datos estuvo activa durante horas después de que la en la Tierra se dieran cuenta de que algo iba mal, así que hay bastantes posibilidades de que así fuera.

Como parte de mi intento de mantenerme centrado en las cosas que me importan en un mundo en el que los medios de comunicación parecen querer llevar a todo el mundo a la locura, no suelo ver las noticias.

Sin embargo, la mayoría de la gente sí lo hace, y sé que las principales aplicaciones envían notificaciones de «Noticias de última hora» todo el tiempo. Creo que algunas incluso envían

vídeos cortos que se descargan de forma automática, lo que significa que tal vez algunos artículos sean accesibles, a pesar de que la estación esté sin Internet.

Es bastante extraño si lo pienso.

Estoy en una estación espacial repleta de algunos de los equipos de más alta tecnología que puedas imaginar. Sin embargo, aquí estoy, dispuesto a jugar a los detectives, examinando los mismos dispositivos que utilizan los niños para enviarse memes y selfis.

En realidad, mi mayor obstáculo en este momento es que las áreas de con mayor tecnología, como el Centro de Control y los otros dos laboratorios derivados, están cerradas y fuera de mi alcance.

Una pieza de nueva información almacenada en uno de estos móviles podría ser la clave vital que necesito. Y si no, al menos estoy seguro de que obtendré más contexto sobre lo que ha pasado en la Tierra.

Otros trabajadores deben haber recibido mensajes de preocupación de sus familias, igual que yo. Estoy dispuesto a apostar que al menos una persona de aquí arriba pudo enviar un mensaje en los pocos instantes que transcurrieron entre el inicio del caos y su último aliento. Ahí es donde conseguiría llenar algunos espacios en blanco.

Esta idea de recopilar información no se parece en nada a las tareas de investigación de algunas de las experiencias de *escape room* que he hecho con Eva. Le gustan más que nada en este mundo. Tengo la sensación de que su inquisitiva lógica ya habría detectado cosas que se me escapan.

Todo lo que puedo hacer es seguir adelante en mi intento de volver a casa con ella y Joe. Ellos son el futuro al que no voy a renunciar.

Con la bolsa llena de móviles, salgo del comedor y me asomo a las puertas del Invernadero. Es una zona enorme donde se cultivan muchos de nuestros alimentos, pero la distribución hace que sea fácil comprobar enseguida que no hay nadie en ninguno de los caminos. Casi nunca he visto a nadie en las veces que he estado aquí, así que no me sorprende.

Después doy unos pasos hacia el único lugar accesible en el que aún no he estado.

Digan lo que digan de Ignacio Zola, nadie puede negar que el tipo tiene buen ojo para el diseño. Sus torres comerciales de la Tierra son maravillas modernas del mundo, y las cuatro partes del Área de Ocio de la estación son increíbles a su manera.

Voy al gimnasio casi todos los días y he pasado algo de tiempo en la biblioteca. Ambas son estupendas. Solo vi el auditorio unos minutos durante mi visita de bienvenida, así que no puedo decir mucho al respecto. Pero, como todo el mundo, me encantó el pequeño teatro de estilo griego.

Compruebo las otras tres zonas antes del teatro. De nuevo, no hay cadáveres en ninguna. Me imagino que las personas que he encontrado en el pasillo debieron salir de ahí.

Me tomo unos minutos para echar un vistazo en el gimnasio en busca de algo que pueda serme útil, pero nada me llama la atención. Hay sobre todo equipamiento básico y máquinas basadas en placas, nada que pueda utilizar como un potente ariete o similar.

Por último, me dirijo al teatro.

Zola es de ascendencia española y el diseño está inspirado en los de la antigua Grecia. Teniendo en cuenta esos puntos, no sé por qué le puso un nombre italiano.

Pero así es Zola, se inspira en todo y siempre trata de tomar lo que le gusta de diversas fuentes y lo une como mejor le parece.

Casi todo el mundo ha llamado siempre al teatro «el Cine». Cuando paso por debajo de la entrada arqueada y el nombre, Teatro Lorenzini, queda sobre mi cabeza, aparece la pantalla.

Me vuelvo hacia las butacas —vacías— y luego de nuevo a la impresionante pantalla.

Puedo enviar contenidos desde los teléfonos a esa pantalla. Lo que encuentre puede ampliarse a un tamaño enorme, lo que lo hace mucho más claro. Eso ayudará mucho, dada la visión mejorada, pero aún imperfecta, con la que trabajo.

Bueno o malo, lo que encuentre me gustará más cuando lo vea en tan grande. Enciendo la pantalla y tomo asiento en la última fila de las doce que componen teatro.

Rebusco en mi bolso el primer teléfono: el de Bryce Nolan.

Una vez que lo encuentro, uso la función inalámbrica de compartir para reflejar su pantalla en la otra. Miro el teléfono mientras lo controlo, pero la pantalla grande me resultará muy útil cuando encuentre imágenes o vídeos.

Enseguida veo una serie de mensajes que llegaron al teléfono de Bryce justo en el momento en que Eva intentó llamarme.

No ha podido leer ninguno. Tiene sentido, Nolan ya habría muerto, pero la primera línea del primer mensaje es suficiente para que me incorpore.

Vaya vaya vaya. ¿Qué tenemos aquí?

«Búnker».

La palabra salta a mi vista como un oso polar en el desierto. No quiero precipitarme y vender la piel del oso antes de cazarlo, pero esa palabra, que aparece varias veces en los mensajes no leídos en el teléfono de Bryce Nolan, es un regalo para la vista.

Literalmente, mis ojos doloridos se extasían al verla.

Molly, que supongo que es la mujer de Bryce, le envió nueve mensajes después de la hora que he identificado como el momento del sabotaje. Los primeros son peticiones frenéticas para que la llame y la tranquilice, con un lenguaje similar al de Eva.

En el siguiente, las cosas empiezan a ponerse interesantes.

KEVIN HULL ACABA de preguntar en el chat del grupo si han convocado a alguien más a un búnker de emergencia en Culpeper, Virginia. No sabe si es real o si los terroristas están intentando acorralar al personal de ZolaCore y a sus familias para tener más influencia. ¿Sabes algo?

MIS OJOS se abren de par en par.

Bryce no contestó, obviamente, porque el pobre estaba muerto cuando llegó el mensaje.

A partir de ahí, Molly se pone cada vez más frenética.

ESTÁ EN LAS NOTICIAS. Hay un búnker. ¿Tú sabes algo? Contéstame rápido, por favor.

PASAN ocho minutos antes del siguiente mensaje.

SE SUPONÍA que iba a permanecer en secreto y dicen que nadie entrará sin una invitación válida y una identificación. ¿Te han enviado la invitación?

EL ÚLTIMO MENSAJE llega veinticinco minutos después.

ES DEMASIADO TARDE. Te quiero, Bryce. Hasta siempre.

VAYA... Menuda montaña rusa emocional.

Respiro hondo varias veces y levanto la vista del teléfono. Todo en este teatro se ha hecho para que parezca hormigón blanqueado por el sol, pero los asientos son tan cómodos como cualquiera que haya conocido.

Lo que me resulta menos cómodo es consolarme con los mensajes desgarradores que acabo de leer. Molly no llegó al búnker, y su despedida final suena como si supiera que eso significaba que no iba a superar lo que se avecinaba.

Duele leerlo. Por el bien de Molly solo puedo esperar que haya encontrado la paz por fin, de vuelta con Bryce al otro lado de todo este sufrimiento.

Pero ¿por mi bien?

Y, mucho más importante, ¿por el bien de Eva? ¿Por el bien de Joe?

De repente me siento más justificado al esperar que encuentren mucho más que un final pacífico.

De verdad hay un búnker, y parece que han invitado a las parejas de los investigadores. No sé si es uno del Gobierno o uno de Zola, del que todos hemos oído rumores. De cualquier modo, tengo razones para ser optimista.

Como reflexionaba antes, la reputación profesional de Eva como experta en desarrollo infantil la convierte en el tipo de persona que podría ganarse un puesto en un programa público de evacuación por méritos propios.

Y, con mi posición única como científico invitado elegido a dedo por el propio Zola, creo que mi familia tiene una oportunidad buena de verdad de estar en la lista de cualquier búnker privado que pueda existir.

No me gusta cómo suena la parte de los terroristas ni la especulación inicial de Molly Nolan de que todo podría ser una especie de trampa. Sin embargo, algo la hizo cambiar de opinión entre el primer y el último mensaje, así que no voy a seguir pensando en ello.

El nombre de Kevin Hull, que ha mencionado Molly, me hace pensar en una mujer que he encontrado con el mismo apellido en su placa. Buscaré su móvil en la bolsa.

Es muy posible que su marido sea el Kevin Hull que recibió una invitación al búnker. Si ese es el caso, hay muchas posibilidades de que se haya puesto en contacto con ella para hablarlo y de que yo descubra mucho más por los mensajes que le haya enviado.

Antes de dejar el teléfono de Bryce, repaso la lista mental que he elaborado hace unos minutos. Compruebo todas las aplicaciones de mensajería que veo, junto con su correo electrónico y lo demás. No hay nada revelador, solo un montón de mensajes de amigos preocupados cuando recibieron la noticia de que se había perdido todo contacto.

Supongo que la falta de mensajes de amigos en mi móvil es un reflejo de lo mucho que me he centrado en el trabajo durante la última década. Trabajo y familia, desde que llegó Eva. No he tenido mucho tiempo para ellos.

Me siento un poco incómodo revisando todos los mensajes de Bryce, incluso con las mejores y menos invasivas intenciones, pero hay que hacerlo.

Después busco notificaciones de otras aplicaciones. Tiene la aplicación *Your News Now* en

su pantalla de inicio, y hay un pequeño círculo rojo de notificación junto a ella.

Interesante.

Como no puedo leer bien el diminuto número del teléfono, miro la gran pantalla de cine. Está mucho más claro a ese tamaño, y el texto del círculo también es bastante prometedor: «9+».

Al menos diez noticias se han descargado en el teléfono de Bryce desde la última vez que abrió la aplicación.

Eso no garantiza que llegaran después de que todo ocurriera, pero que tenga la aplicación en su pantalla de inicio me dice que probablemente fuera un adicto a las noticias. Supongo que no habría dejado que llegaran tantas notificaciones sin echarle un vistazo en cuanto pudiera.

Abro la aplicación y miro la gran pantalla mientras toco el teléfono. De inmediato siento que mi cabeza asiente en señal de éxito.

Sin embargo, al igual que con los mensajes de Molly, la naturaleza de lo que veo me impide alegrarme demasiado.

Claro, quería ver algunas noticias de la Tierra para tener una mejor idea de lo que ha pasado aquí y allí. Tampoco soy tan tonto como para esperar que ninguna de las noticias sea buena, pero, aun así, no me esperaba esto.

La miniatura superior está en blanco, con un aviso sobre la falta de conectividad a Internet. Pero, debajo, en la sección «Listo para ver» de clips descargados automáticamente, veo algunas imágenes muy inquietantes.

Hay marcas de tiempo que me indican cuántas horas hace que se descargó cada vídeo. Todos encajan en la línea de tiempo que he creado. Deslizo el dedo hasta la más antigua, que muestra a un lector de noticias sentado en un escritorio.

Miro la pantalla gigante, respiro hondo y le doy a reproducir.

—*Nos llegan noticias inquietantes de la sede de ZolaCore en Auckland, Nueva Zelanda — empieza el presentador—. ZolaCore ha perdido el contacto de forma repentina y total con su estación espacial insignia, El Faro.*

»*Me dicen que no hemos recibido informes de ninguna erupción solar, anomalía magnética o cualquier otra interferencia identificable. Según tenemos entendido, las agencias espaciales públicas están trabajando con ZolaCore para identificar el problema y garantizar la seguridad de la numerosa tripulación de investigación que se encuentra en la estación.*

»*Les ofreceremos más información en cuanto podamos.*

Esto concuerda con todo lo que ya sé, así que paso al siguiente vídeo. También es corto. Todos lo son, de unos treinta segundos cada uno.

En los tres siguientes aparece el mismo reportero, y da noticias similares sobre la situación. En realidad, se limita a repetir que no saben lo que está pasando, aunque con un tono cada vez más sombrío en cada clip.

Es el quinto vídeo el que de verdad pone las cosas en marcha.

Unas horas después de que la estación se quedara a oscuras, llegó una noticia de última hora sobre dos enormes terremotos que habían sacudido dos continentes casi exactamente al mismo tiempo. Los siguientes vídeos muestran imágenes estremecedoras de edificios y puentes que se derrumban.

Verlo en una pantalla de cine gigantesca tiene el efecto natural de hacer que parezca una película de catástrofes. Y cómo me gustaría que así fuera. Cómo me gustaría que los gritos y el pánico de la multitud fuera de actores... Cómo me gustaría que esos edificios y puentes estuvieran hechos de píxeles CGI en lugar de hormigón y acero.

Después de los terremotos llegan las erupciones.

Encontrar aún más difícil mirar.

La cascada de desastres no tiene precedentes. Es tan sin precedentes que creo que el término «Desastres naturales» ni siquiera encaja. Claro, cosas aisladas como esta pueden suceder por sí solas. Pero cosas como estas no suceden juntas.

No por casualidad.

Ya he tenido más que suficiente fuego y azufre por un día, así que la imagen en miniatura de un reportero de televisión en la terminal de un aeropuerto parece un respiro de las imágenes aéreas de lava y olas embravecidas.

Un mar de gente se agolpa en el fondo, observando los paneles de salidas y tratando de huir del aeropuerto que sea. Supongo que se dirigen hacia el interior y lo más lejos posible de cualquier falla importante.

Pero las cosas pasan del caos al caos total cuando alguien cerca de la reportera escucha sus comentarios a la cámara:

—Espera un segundo, Kurt —dice ella, apretándose el auricular—. La dirección del aeropuerto me ha informado de que todos los vuelos comerciales han sido suspendidos por orden federal. No sabemos cuándo ...

La pobre reportera es aplastada por la multitud que entra en pánico antes de que pueda decir otra palabra. A medida que la noticia se difunde, la gente se abre paso a empujones entre el personal de las aerolíneas en las puertas de embarque, con la vana esperanza de que los aviones que abordan despeguen alguna vez.

Quito el vídeo y paso al siguiente.

Este está grabado desde un helicóptero sobre Nueva York. No hay señales inmediatas de desastre, pero las calles y los puentes están totalmente congestionados.

—Sabemos sin lugar a dudas que el Gobierno ha puesto en marcha un procedimiento de evacuación de emergencia —grita el reportero por encima del ruido de su helicóptero—. Nos han llegado informes de que ciudadanos seleccionados están siendo trasladados a al menos tres lugares seguros en todo el país, y nos llegan historias similares procedentes de Europa y Oriente Medio. El resentimiento entre los que no han sido elegidos se está manifestando de todas las formas que cabría esperar, Bob. La situación ahí abajo es terrible y solo va a empeorar.

Me quedan dos vídeos.

El siguiente, muestra al presidente Noah Williams, de pie, en un aeródromo flanqueado por varios agentes del Servicio Secreto inusualmente inquietos.

—La confirmación llegará cuando la tengamos —dice Williams a un equipo de noticias—. Por ahora, puedo decirles que no estamos tratando estos acontecimientos como algo natural. Estamos adoptando medidas de emergencia para garantizar la supervivencia de nuestra democracia.

»No hay opciones fáciles y nada de lo que pueda decirles los tranquilizará como desearía hacerlo. Estados Unidos y nuestros aliados no serán derrotados por los enemigos de la libertad. La libertad devolverá el golpe, y no fallará.

Mientras los periodistas gritan unos sobre otros con sus preguntas sobre búnkeres y terroristas y planes de contingencia, uno de los guardaespaldas del presidente se apresura a su oído.

El mensaje susurrado que recibe Williams hace que su columna vertebral se ponga tan visiblemente rígida como una vara de medir.

Antes de que pueda decir nada más a los equipos de noticias, dos agentes se lo llevan a toda prisa hacia el Marine One. El que ha entregado el mensaje se acerca a los periodistas y tira sus

cámaras al suelo.

Como político, no creo que Williams sea tan malo. Y, hasta los últimos segundos de este vídeo, probablemente estaba haciendo el mejor trabajo posible para transmitir un mensaje tranquilizador que nadie podría dar en esas circunstancias.

Sin embargo, la brusquedad del final lo tira todo por tierra, lo que elevaría aún más los niveles de pánico y haría especular a la gente sobre lo que le dijeron y por qué se lo llevaron sin miramientos.

Dejo salir el aire cuando empiezo a sentirme abrumado. Pero, mientras me relajo, sé que tengo que seguir. Queda un vídeo...

Este tiene un título especialmente siniestro: «ECOTERRORISTAS LANZAN ULTIMÁTUM A ZOLA».

Cuando comienza el vídeo, una mujer joven y telegénica está de pie frente a una superficie metálica, iluminada por un equipo de luz blanca y fría.

No soy un experto y no hay mucho que decir, pero creo que está en un búnker.

—*Esto no tiene por qué ocurrir* —dice la mujer, que tiene un leve acento sureño en la voz—. *Podemos detener la escalada en cualquier momento y aún podemos cancelar el golpe de gracia. Tu faro ha caído, Zola, pero la Tierra no tiene por qué caer con él. Sabes lo que queremos: ríndete y comprométete a detener inmediatamente toda actividad relacionada con el espacio. No más exploración, no más minería, no más compromisos. La humanidad ya ha hecho suficiente daño aquí y no permitiremos que sigas propagando su enfermedad más lejos.* —La mujer hace ademán de mirar el reloj.

»*La Tierra sobrevivirá a este reinicio si nos obligas* —continúa con una sonrisa enajenada—, *pero la humanidad no. Tú querías ser el hombre que nos llevara a las estrellas, Zola. Pero, si no das un paso al frente y haces lo que decimos, serás el hombre responsable de convertir este mundo roto en polvo. La elección es tuya.*

El vídeo termina.

No hay más clips en el teléfono de Bryce y la marca de tiempo muestra que se descargó justo antes de mi último mensaje en blanco de Eva.

Apenas puedo creer lo que he visto, e intento no sentirme egoísta por centrarme en lo único positivo que puedo sacar. Pero ¿debería sentirme así de mal por los detalles que acabo de descubrir?

Al fin y al cabo, la destrucción de la Tierra no es ninguna sorpresa: ya he visto las consecuencias con mis propios ojos, sin necesidad de noticias.

Por supuesto, he visto demasiado caos y sufrimiento de cerca para que un solo hombre pueda asimilarlo. Pero también me acabo de enterar de que hay búnkeres en funcionamiento y que Eva y Joe podrían estar en uno.

Las palabras de esa mujer sobre un golpe de gracia me hacen pensar que ni siquiera los búnkeres serían suficiente para sobrevivir a cualquiera que fuera el movimiento final de su grupo, pero no puedo pensar así.

Tengo que seguir las pistas que tengo, y eso significa averiguar qué le dijo Kevin Hull a su mujer sobre los búnkeres.

Porque cuanto más sepa sobre dónde podría haber gente viva, más posibilidades tendré de llegar hasta ellos...

El tiempo que me he tomado para registrar las posiciones de todos y numerar sus teléfonos ya está dando sus frutos. Encuentro el teléfono de Lisa Hull en menos de un minuto.

De inmediato, pulso en sus mensajes y con la misma rapidez veo los que estoy buscando: son de su marido, Kevin, y dejan claro que él y su hijo fueron de verdad invitados a un búnker en Virginia.

Kevin dice que si consiguen llegar al aeropuerto de Newark les permitirán embarcar en el vuelo de evacuación a Charlottesville, y luego los trasladarían al destino final: Culpeper. Sin embargo, las cosas dan un giro terrible en los siguientes mensajes. Kevin revela que su invitación se ha revocado porque rompió la regla fundamental de no contárselo a nadie.

SOLO LE HE PREGUNTADO a los demás del grupo de cónyuges, por si podíamos colaborar para llegar a Newark. Pensaba que podría ser un búnker de ZolaCore, pero ahora la línea de información del Gobierno dice que no nos dejarán entrar aunque consigamos llegar. Lo siento mucho.

AY. Pobre hombre.

Quiero decir, es una regla que existe por una razón..., pero entiendo por qué preguntó en su chat de grupo con los cónyuges de otros investigadores.

No sé si es una buena o mala noticia que el búnker que existe sea del Gobierno. Eva aún ha tenido posibilidades de entrar, seguro, pero parecen menores que si el búnker hubiera sido para trabajadores elegidos de ZolaCore y sus familias.

Por otro lado, al menos sé que un búnker del Gobierno no es una trampa para terroristas que odian a Zola.

Compruebo bien la fecha de los textos de Kevin Hull y los incluyo en la cronología general. Todos llegaron después de los terremotos y los volcanes, pero justo antes de que se suspendieran los vuelos comerciales.

Enseguida cojo mi propio teléfono y vuelvo a mirar los mensajes vacíos de Eva. El primero llegó casi al mismo tiempo que el último de Kevin, y el último, dos horas más tarde. Eva nunca me había enviado un mensaje en blanco. Se le da muy bien la tecnología, mucho mejor que a mí. Tampoco sé qué tipo de fallo puede hacer que una imagen se cargue toda negra en lugar de no hacerlo en absoluto.

¿Intentaba decirme algo? ¿Intentaba mostrarme algo?

¿Quizá sabía que no podía decir nada sobre una invitación, pero quería darme alguna señal de que estaba bien?

Abro el editor de imágenes de mi teléfono e intento aumentar el brillo de la primera imagen. En todos los niveles, no hay nada.

La barra de información de la parte superior me dice que es una captura de pantalla.

También me dice la hora y la ubicación.

Me incorpоро.

La ubicación.

Esta captura de pantalla vacía se tomó en nuestra casa, a las afueras de Salt Lake City.

Paso a la siguiente y compruebo sus metadatos.

Sí.

Esta, cuarenta minutos después, es del aeropuerto de SLC. Se marchaban.

Paso a los metadatos de la última imagen, sin saber qué esperar.

—Por favor, que esté en otro sitio —ruego—. Por favor, Eva... Dime que te han metido en un avión.

Colorado Springs.

Nunca pensé que esas dos palabras podrían hacerme sentir tanto, pero así es.

Eva logró subir a un avión, y no hay forma en este mundo de que lo hiciera sin Joe.

Ambos tomaron un avión a Colorado Springs.

Parece un lugar donde el Gobierno tendría un búnker: rodeado de montañas, tierra adentro, abundante personal de la Fuerza Aérea y tecnología ya en el área...

¡Tiene sentido!

Por primera vez desde que todo esto comenzó, siento que mi fe ya no es ciega.

Eva y Joe han sido evacuados.

Incluso si Zola no se entregó, e incluso si esos malvados terroristas cumplieron su promesa de arrasarlo todo el mundo, tal vez Eva y Joe hayan sobrevivido en su búnker al igual que yo he sobrevivido al ataque aquí, en mi laboratorio.

Todo el tiempo, infundada o no, he tenido esperanza. Y ahora, por fin, sé que realmente tiene un fundamento válido.

Cojo mi móvil y navego hasta las fotos de dónde he encontrado a cada uno de los otros. Busco quién estaba cerca de Lisa Hull cuando murió.

Mi pensamiento es que ella podría haber tenido un trabajo aquí arriba que hizo de su familia una alta prioridad para la evacuación, y que podría haber estado rodeada de colegas inmediatos cuyos móviles pueden decirme aún más.

Enseguida veo que estaba en el comedor, cerca de los ajedrecistas...

Pero no con ellos. Nadie en su entorno parece estar más cerca o más conectado a ella que nadie.

Bueno, valía la pena intentarlo.

No hay manual de instrucciones para todo esto y estoy siguiendo mis propios instintos para buscar...

Espera. Espera, espera, espera... Espera un momento.

Con la foto del comedor ampliada en la pantalla gigante, algo destaca como un pulpo en un garaje.

No me he dado cuenta al recoger los teléfonos, pasaban demasiadas cosas por mi cabeza y he tenido que lidiar con el indomable dolor de piernas junto a todo lo demás. Pero ¿ahora? No se me

escapa que hay algo raro en uno de los cuerpos.

Está tendido en medio del suelo, a por lo menos tres metros de cualquier otro, y de espaldas a casi todos.

Lo más inquietante —y esto es lo que me sorprende no haber visto de cerca— es que lleva guantes.

He marcado a ese tipo como el número 32, así que rebusco en mi bolsa y cojo el móvil en el que he anotado ese número. Es uno de los que tiene batería y he podido desbloquear mediante reconocimiento facial.

No lleva tarjeta de identificación. Eso no me ha alarmado antes, pero ahora aumenta mis sospechas.

De inmediato, busco sus mensajes, pero no hay ningún icono para acceder a estos. Me llama la atención que la pantalla de inicio de este tipo solo tenga un icono: un cuaderno.

Lo abro y veo cuatro vistas previas de notas en la barra lateral izquierda. Una nota está abierta a su derecha.

—Hostia puta —gimo al ver la dolorosa confirmación de lo que ya había empezado a sospechar.

Ha sido él.

Se acabó hacer suposiciones.

No más teorías.

No más pensar que sé lo que pasó aquí sin saberlo con certeza.

El Faro ha sido sabotado desde dentro, y este pedazo de mierda ha sido el responsable.

Una lista de comprobación en su teléfono, fríamente cruel en su simplicidad, expone lo que hizo.

La nota menciona unos botes en el comedor, lo que encaja con las marcas en sus paredes y las muertes relativamente lentas de los de ahí dentro. Otro paso confirma que se utilizó una toxina de acción rápida para atacar a los trabajadores del AAS, que significa Autorización de Alta Seguridad, lo que encaja con que el personal haya muerto con mayor rapidez en las salas cerradas más pequeñas, como la Cubierta de Observación y el Centro de Control.

No está claro cómo lo hizo todo este cabrón. Tampoco quién más estaba involucrado. Al menos, todavía no. Pero algunas de mis mayores preguntas acaban de ser respondidas. Esto es un gran avance.

Otro punto de su lista salta a la vista: «Confirmar IV en el cuerpo principal (ubicaciones telefónicas)».

En esta estación, un IV es un investigador visitante. Solo puedo suponer que significa que quería asegurarse de que nosotros cuatro estábamos fuera de nuestros laboratorios de protección cuando hizo su sucio trabajo. Supongo que planeaba controlarlo mediante algún modo basado en el wifi para rastrear la ubicación de nuestros teléfonos.

«Confirmar» parece una palabra fuerte si eso es todo en lo que confiaba. Mi supervivencia es prueba de ello, todo porque dejé el móvil cargando en mi dormitorio.

Así que, ¿qué otra cosa podía hacer? No podía entrar en cada uno de nuestros dormitorios para comprobar si estábamos allí con nuestros teléfonos, no sin parecer sospechoso.

Este pequeño punto me hace pensar que no trabajaba y no dependía de un rango superior. Después de todo, el acceso a las cámaras de seguridad le habría mostrado que entré en el laboratorio y no volví a salir. Los laboratorios no tienen cámaras en su interior, pero la grabación de nuestras idas y venidas es todo lo que habría necesitado.

Me quedo con el teléfono del cabrón y vuelvo al comedor para observarlo más de cerca.

Parece de mi edad, treinta y tantos o un poco más, y no tiene nada destacable.

No tiene cicatrices bajo los ojos, ni bigote, ni dientes de oro. Quiero decir que no grita «Chico malo». No puedo culparme por no verlo.

Sus brazos también están en un ángulo extraño, lejos de sus ojos, así que casi puedo perdonarme el no haberme fijado en los guantes cuando le he cogido el teléfono.

No es un ángulo tan extraño como para ser sospechoso por sí mismo, pero sí lo bastante como para que los guantes no se notaran de inmediato si mi atención estaba tan centrada en sus bolsillos.

En ese momento iba entre todos a mil por hora. Básicamente he trabajado con las gafas puestas y me he limitado a hacer las mismas tareas rígidas e incómodas una y otra vez para cada persona.

Tiene una bolsa pequeña. Esto tampoco ha levantado sospechas antes, porque mucha gente viene al comedor a por algo de picar y beber para llevar. La cojo y miro dentro. Lo único que encuentro es un pequeño frasco de pastillas.

Uno de los primeros puntos de su lista mencionaba los llamados bloqueadores de toxicidad, y una gran parte de mí espera que este idiota pensara que lo protegerían. El tipo de gente que podría planear algo así no querría dejar ningún cabo suelto, y no les habrá importado engañar a un secuaz.

Eso podría significar que no era una misión suicida, si pensaba que sobreviviría. Podría haber estado motivado por el dinero en efectivo, en lugar de preocuparse de verdad por el objetivo aparente de la célula ecoterrorista de detener toda la exploración espacial.

Ojalá supiera su nombre.

Ojalá hubiera otras notas en su teléfono.

Ojalá supiera qué puedo hacer con lo que acabo de descubrir.

Seguiré sus movimientos en la cámara de seguridad una vez que consiga entrar en el Centro de Control y acceder a esos sistemas, que es lo segundo que haré después de enviar mis llamadas de socorro a la Tierra. Por ahora, sin embargo, este descubrimiento no me está dando nada con lo que trabajar.

Pensar en las grabaciones de seguridad me hace recordar la única vez que me han hecho una foto en la estación.

Fue en la biblioteca, justo al lado del teatro y las demás secciones del Área de Ocio. Es una posibilidad remota, pero, si este tipo, como yo, alguna vez hubiera cogido prestado uno de los lectores de texto holográficos, podría ponerle nombre a esta cara, lo que me daría algo que buscar en cualquier otro sitio, y tal vez revelar a cualquier cómplice si alguna vez han hablado con él —o sobre él— en sus móviles.

Estoy cerca de la biblioteca y, de todos modos, pensaba volver al teatro, al lado, así que me alejo del canalla del suelo y me dirijo hacia allí.

En consonancia con el teatro y el auditorio, Zola quería que la biblioteca de la estación fuera grandiosa. No contiene libros físicos, pero tiene diez rincones de lectura distintos y envolventes. Todo es compacto, y la decoración de las paredes y la disposición de los asientos aprovechan el espacio de forma ingeniosa.

Uno de los rincones recuerda a una cafetería parisina de principios del siglo xx. Otro parece el interior de un bazar norteafricano. A mí me parece un poco cursi, pero los rincones siempre han sido muy populares y entiendo lo que pretendía Zola.

Los lectores de texto holográficos son las verdaderas estrellas del espectáculo, con diez *in situ* y diez disponibles para préstamo nocturno.

Todos los libros registrados en la Biblioteca del Congreso están disponibles en el sistema de almacenamiento local del Faro, ya que Zola lo consideraba una forma importante de garantizar que las almas y las mentes de sus investigadores se alimentaran junto con sus cuerpos.

Cuando me acerco al mostrador para acceder al sistema informático, encuentro a Margo, la amable bibliotecaria, muerta en el suelo.

Supongo que no he sido muy minucioso al echar un vistazo aquí antes. Su proximidad al ordenador facilita físicamente el inicio de sesión a través del escáner de huellas dactilares de su teclado, pero aun así me resulta difícil.

—Siento todo esto —le susurro a Margo—. Y gracias.

Una vez dentro, me dirijo a los registros de préstamos y me desplazo por los rostros. Nada más empezar, dudo de mí mismo.

¿Por qué pediría prestado un lector de texto y se haría una foto innecesariamente?

No lo haría, y no lo hizo. No tendría sentido.

Solo me lleva unos minutos confirmarlo. Al menos no he perdido demasiado tiempo, me imagino, y nunca me voy a regañar por buscar debajo de demasiadas piedras.

Me llevo un lector de texto antes de salir, por si necesito buscar algo más tarde. No necesito Internet, ya que todos los archivos de los libros digitales están almacenados localmente, así que esto podría ser de gran ayuda.

Lo tendré todo al alcance de la mano, desde enciclopedias hasta guías de usuario. No se sabe cuándo puede ser útil.

También cojo un puñado de pipas de girasol del dispensador de la mesa de Margo.

Unos segundos después, oigo un fuerte garrido. El loro.

Anticipando otro inquietante revoloteo de alas, me doy la vuelta y busco al pájaro. Supongo que habrá oído u olido las semillas que salen del dispensador. Pero no hay ni rastro de él.

Salgo al pasillo y oigo otro chillido.

Solo entonces lo veo, de pie en el umbral de otro lugar maravilloso al que he echado un vistazo por dentro pero no por fuera: el invernadero.

—Hola —dice el pájaro—. ¿Comida? ¿Comida? —Las palabras son muy claras.

—Sí —le tiendo la mano—, comida.

Pero, en lugar de venir hacia mí a por las semillas gratis, se da la vuelta y vuela hacia el invernadero.

—Sí, sí. Hola —repite el pájaro mientras se va. Me rasco la barbilla y respiro despacio.

Si no supiera que es una locura, pensaría que quiere que entre...

El invernadero de la estación es un huerto en funcionamiento, pero también una zona donde la gente puede sentarse y relajarse. Cuando se está tan lejos de la Tierra, la vegetación ayuda mucho.

Entiendo que al loro también le guste, ya que su instinto natural es posarse en los árboles y no en una jaula. Y en cuanto entro y veo al pájaro sentado en uno de los árboles más altos, a poca distancia, sé que he analizado demasiado la interacción que acabamos de tener. Por supuesto que no me ha llamado para ver algo útil que acaba de encontrar. Soy un iluso.

—Comida —me llama—. Comida.

Tiro algunas de mis semillas de girasol al suelo. Vuela hacia abajo con bastante elegancia, de una manera que me hace preguntarme por qué no se ha controlado tanto cuando ha entrado volando en el baño de abajo como un tornado y tirado mis lentillas por el desagüe.

«No era su intención —me recuerdo. Y supongo que puedo entender su emoción al ver agua corriente».

Aquí hay aspersores y lámparas de calor, pero tal vez solo se enciendan a determinadas horas.

Me siento en el banco que hay junto al loro y vuelvo a sacar el teléfono del asesino del bolsillo. El aire parece más fresco aquí, lo que es comprensible por dos razones: la primera es la presencia de árboles. La segunda... Bueno, para ser franco, la segunda es la ausencia de cadáveres.

Entre mis opciones, este no es un mal lugar para estar.

El Faro es increíble y es aún más evidente en el invernadero que en cualquier otro lugar. Bancos, suelo, incluso árboles... Todo está aquí, en el espacio.

Desde el momento en que llegué a la estación he estado demasiado ocupado con el trabajo para apreciar plenamente el entorno. Desde el momento en que he encontrado el cadáver de Justin, he estado demasiado frenético para apreciar nada.

Sin embargo, hay una relativa serenidad aquí. No se puede vencer a la naturaleza.

Cuando la ciencia y la naturaleza se combinan así, llevando la vida vegetal al espacio, es un recordatorio de que no tienen por qué estar en conflicto. Eso es lo que esperaba de mi trabajo de enriquecimiento: que pudiéramos utilizar la ciencia para aprovechar las propiedades naturales de la teocita y utilizar los resultados para hacer el bien.

Ahora que he identificado al asesino y recuperado su teléfono, supongo que tengo que averiguar más sobre él. Solo tiene un icono en la pantalla de inicio, pero eso no significa que no tenga otras aplicaciones.

Deslizo el dedo hacia abajo hasta que aparece la barra de búsqueda y escribo la palabra

Mensajes. Aparece un pequeño símbolo de descarga junto al icono de la aplicación, lo que me indica que no la tiene instalada. Lo mismo ocurre cuando busco las demás aplicaciones de mensajería y correo electrónico que se me ocurren.

—Hola —me dice el pájaro, que de repente se posa en el respaldo de mi banco.

Le he dado agua y también comida, así que supongo que eso nos convierte en familia.

—Hola —le digo—. Soy Ray. Ray. —Me señalo varias veces.

Justo cuando empiezo a recordarme a mí mismo que estoy intentando hacerme amigo de un loro, un miembro de la familia animal que nos da el término de cerebro de pájaro, inclina la cabeza a un lado y responde:

—¡Hola, Ray Ray!

—Ray Ray no —lo corrijo, haciendo un gesto horizontal con las manos para enfatizar el punto—. Solo Ray.

Me mira durante unos segundos.

—Ray Ray —repite.

Suelto aire por los labios. Es una batalla perdida. Estoy atrapado en una estación espacial con un amigo con plumas que insiste en llamarme Ray Ray.

Al menos, parece que le gusto.

Es difícil de decir. Nunca he tenido mascotas. A mi padrastro, Steve, no le gustaban. No le gustaban muchas cosas. Algunos de mis amigos tenían los típicos gatos, perros y conejos, pero no recuerdo que nadie tuviera ni siquiera una cacatúa o un periquito, y mucho menos un guacamayo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto—. ¿Polly? ¿Polly quiere una galleta? —No parece contenta. No..., no voy a llamarla Polly.

Estamos en el espacio, me digo. Vamos con Laika.

—Puedes ser Laika —le digo—. Como la perrita. Excepto que me aseguraré de que sigas viva. ¿Trato hecho?

Con esta idea en la cabeza, saco el lector de texto y busco libros sobre loros. El aparato es increíble. Si seleccionas la configuración holográfica, proyecta texto en el aire.

Me imagino que en algún momento tendré que darle a mi nuevo amigo algo más que pipas de girasol, y no tengo ni idea de qué debería ser ni de cuándo llegará ese momento.

El libro mejor valorado sobre el cuidado de los loros se abre al instante cuando lo selecciono en los resultados de la búsqueda. Hojeo el contenido y veo que la primera sección es sobre fisiología. Lo primero que veo es que no hay diferencias físicas fiables entre machos y hembras de guacamayo.

—Digamos que eres un hombre —le digo a Laika.

Claro, la perra del que tomo prestado el nombre era hembra, pero Eva preferiría pensar que estoy solo aquí arriba con otro tío.

Antes de llegar a la sección de alimentación, Laika baja volando y aterriza a mi lado. Está peligrosamente cerca del teléfono del asesino, así que lo cojo antes de que pueda tirarlo.

—Tranquilo —le digo—. Necesitamos esto.

—¿Ray Ray? —responde, ladeando la cabeza como si fuera una pregunta mientras sigue mirando el móvil.

Desbloqueo el teléfono, con la barra de búsqueda aún en la pantalla. Se me ocurre una idea. Vale la pena intentarlo.

Escribo mi propio nombre, solo el de Ray, arriesgándome a que haya una nota oculta en alguna parte sobre lo que el asesino sabía de mí y de mi trabajo.

¡Mueve el bate y da de lleno!

Hay una nota con mi nombre.

Miro a Laika, apenas me creo que su molesta insistencia con Ray Ray me haya dado la idea. Supongo que cada uno se fabrica su propia suerte, y yo le he dado de comer y me he presentado a pesar de lo que ha hecho en el baño. También he buscado mi nombre una vez que me ha metido la idea en la cabeza. Aun así, no descarto su parte.

Para ser un pájaro, no es tan malo.

Ha compensado lo de las lentillas, eso seguro.

Porque esta nota que contiene mi nombre también contiene algunos otros, y uno de ellos está a punto de llevarme al tercer laboratorio independiente.

El documento que acabo de encontrar es más detallado que la primera lista.

No contiene nuevos pasos de acción, pero algunos se han ampliado. El que trata de comprobar la ubicación de los investigadores visitantes a través de nuestros teléfonos me nombra a mí, a Barnet y a un tipo llamado Michael Vinner.

Solo tres.

Supongo que el cuarto laboratorio no debe haber estado ocupado. Tal vez alguien viniera en la nave que se suponía que me tenía que llevar a casa en unos días.

En cualquier caso, identificar el móvil de Vinner es pan comido gracias al sistema de marcado que he ideado.

Es una de las muchas personas que estaba durmiendo en su habitación cuando ocurrió el ataque. Esa era, seguramente, la mejor manera de hacerlo. Su teléfono estaba junto a la cama, medio cargado y fácil de desbloquear de la forma habitual.

Miro su contenido por primera vez. Nada me llama la atención. Todo lo que veo son un montón de mensajes tristes, pero ya habituales, de amigos y familiares preocupados.

No hay pistas sobre el tipo de trabajo que hacía, y creo que perdería el tiempo buscándolo si puedo entrar en su laboratorio y comprobarlo por mí mismo.

Me dirijo a su dormitorio y cojo el primer carrito que encuentro. En cuanto llego, lo subo en él y lo llevo hasta su laboratorio.

No sé lo que espero, pero me gustaría pensar que no hay límite.

El hallazgo soñado sería algo que pueda usar para perforar o incluso abrirme paso con seguridad hasta el Centro de Control, pero también podría haber alguna información o investigación que ayude, aunque sea de forma indirecta.

Joder, incluso podría haber algo que me ayude a dar la alarma a la Tierra sin necesidad de acceder a la radio.

¿Qué sería eso? No sé... ¿Algo que pueda explotar fuera de la estación? ¿Algo que pueda disparar, como una bengala de socorro?

ZolaCore lleva a cabo todo tipo de investigaciones, así que no creo que ninguna esté fuera de la mesa. Vinner podría estar trabajando, literalmente, en cualquier cosa.

El camino desde los dormitorios es una caminata. Como viaje dentro de la estación, queda casi tan lejos como es posible. Por suerte, mi pierna no se queja demasiado ahora que los analgésicos hacen efecto.

En la puerta exterior, el dedo de mi compañero funciona a la primera. Lo conduzco por la pasarela de seguridad.

En el sello interior, nos encontramos con un obstáculo. No se abre.

Intento que no me embargue el pánico y recuerdo los problemas que he tenido con el dedo de Yannick en Mantenimiento. Es más difícil recolocar repetidamente un dedo que sigue unido a todo un cuerpo, pero hago lo que puedo.

Al cuarto intento, oigo el chasquido del éxito.

Doy un paso atrás y escucho cualquier señal de movimiento, temeroso de tener otro momento inesperado a lo Laika. No se produce.

Solo hay silencio.

—Gracias, amigo —le digo a Vinner.

Con la puerta desbloqueada, lo llevo a su laboratorio para ver en qué estaba trabajando.

Vaya.

El laboratorio de Vinner tiene mucha más clase que el mío o el de Barnet. Tiene un aire académico, con una enorme pizarra a cada lado de un gran escritorio de madera.

También tiene un ambiente mucho más disperso. Sobre todo porque no hay una cámara de pruebas sellada como en el mío ni tanques de animales que llenen paredes como en el de Barnet. La falta de elementos dominantes como esos deja mucho espacio que Vinner parece haberse contentado con dejar vacío.

Las pizarras blancas están frustrantemente limpias. Eso me hace depender de los papeles de su mesa para saber qué hacía aquí.

Por suerte, Vinner no ha sido tan meticuloso a la hora de mantener todo su laboratorio libre de información como de desorden.

—Oh —digo en voz alta cuando me acerco lo suficiente para leer la primera de muchas páginas.

Soy un friki del espacio —sí, menuda sorpresa—, y estoy muy atento a los nuevos descubrimientos de exoplanetas. Leo los resúmenes mensuales, escucho los pódcast, sigo a los principales investigadores. Estoy al tanto de todo.

Pero nunca he oído hablar de Michael Vinner ni del planeta Bayzen 108b.

Tampoco sé por qué una investigación astronómica ni incontrovertida necesita un laboratorio como este, pero eso no es lo más importante por ahora.

Bayzen 108b es lo que me llama la atención.

Leo las notas y cada línea me intriga más. El planeta se encuentra aparentemente a 5,9 años luz. Eso es casi un cincuenta por ciento más lejos que Próxima Centauri b, pero, si los datos de esta página son correctos, está con seguridad entre los cinco exoplanetas habitables más cercanos.

«Habitable» es una palabra muy importante aquí. Pero según tomo nota de los números del artículo de Vinner, puede que no sea lo más importante.

Si estos números son correctos, Bayzen 108b es un gemelo a la Tierra.

Mi avance en el combustible BioZol enriquecido con teocita podría llevarnos allí, me imagino, y las pruebas de animación suspendida en las que Barnet estaba trabajando en el otro laboratorio podrían ser algo que Zola exploraba para hacer posible un viaje tripulado.

Santo cielo.

Zola escoge a sus científicos invitados y firma personalmente con cada uno de ellos. Siempre hemos trabajado con la cabeza gacha, los ojos en nuestro propio papel, pero tiene sentido que todos hayamos estado trabajando en una parte de un todo mucho más grande.

No sé si Vinner descubrió este planeta o si solo lo estaba estudiando.

Más aún, ¿cómo es que nadie más lo sabe? ¿Y por qué nunca he oído hablar de alguien que parece haber estado trabajando en la cima de un campo que me interesa tanto?

Ni que decir tiene que ahora mismo tengo muchas más preguntas que respuestas.

¿Quizá Vinner fuera pionero en un nuevo enfoque de la búsqueda de exoplanetas? Es posible que descubriera Bayzen utilizando alguna nueva técnica de exploración de la que no sé nada.

Por otro lado, puede que simplemente tuviera acceso a equipos que ofrecen una mejora incremental de los métodos existentes. Las mejoras incrementales no son tan atractivas como los enfoques novedosos, pero son responsables de la mayoría de los descubrimientos en la mayoría de los campos.

Algunos de los planetas candidatos más destacados se identificaron con pocos años de diferencia, entre 2015 y 2018. Esta avalancha de descubrimientos se debió a los avances en la espectroscopia Doppler. Ahora que lo pienso, durante unos años se ha hablado de que Zola estaba invirtiendo mucho dinero en un espectrógrafo de nueva generación.

Mis ojos revisan todo lo que aparece en los documentos de Vinner tan rápido como pueden. Las gafas adaptadas siguen funcionando a las mil maravillas, aunque mis ojos empiezan a estar un poco irritados. Supongo que se debe más a la falta de sueño que a otra cosa.

También hago fotos de la documentación para consultarla más tarde sin tener que cargar con ella. Lo ideal sería leer cada palabra del Centro de Control mientras espero a que llegue mi nave de rescate.

Uno puede soñar.

Pero, sin acceso al ordenador de Vinner, que necesita una contraseña en lugar de una huella dactilar, no puedo indagar mucho más por ahora.

Abro el cajón superior del escritorio. Dentro hay otro montón de papeles.

Es un poco decepcionante no encontrar algo más visceral o útil que información escrita, lo admito, pero saco las páginas para echarles un vistazo rápido.

Enseguida veo que estas notas tratan sobre la minería de asteroides. Desde hace mucho tiempo, ZolaCore se ha centrado sobre todo en eso. Es una de las principales formas en que Zola planea financiar la exploración lejana.

Nunca lo he conocido personalmente, pero en mis reuniones con la directiva, previas a obtener el empleo, oí que veía mi proceso de enriquecimiento de combustible como una forma de asegurar el acceso rápido a algunos asteroides que ya han identificado como colosalmente rentables. Hablamos de trillones de dólares en minerales raros y otros materiales, solo de sus objetivos principales.

Uno de los minerales raros en cuestión es la teocita.

Eso significa que alcanzar esos asteroides con una cantidad relativamente pequeña de teocita, extraída del lecho marino de la Tierra, podría dar acceso a mucha más, que es lo que necesitamos para impulsarnos aún más lejos.

Las notas de Vinner contienen cálculos muy detallados sobre la potencia de perforación necesaria para llegar a los mayores yacimientos submarinos, junto con lo que parece ser la mayor potencia de perforación que él cree que podemos alcanzar ahora mismo.

Parece que estamos cerca, al menos para algunos de los objetivos, pero aún no hemos llegado. Las cinco hojas de este fajo grapado están llenas del mismo tipo de notas.

Además de la perforación, algunos de los cálculos de Vinner se refieren a la fuerza necesaria para extraer teocita de forma segura mediante detonaciones controladas. Mis ojos se abren de par en par en la tercera página cuando veo los cálculos que muestran lo difícil que será acceder a

algunos yacimientos a profundidades en las que ni siquiera sabía que estos existían.

Si sumo los números de todas las hojas, creo que acabo de enterarme de que ZolaCore sabe que hay cincuenta veces más teocita terrestre de la que nadie haya declarado nunca públicamente.

Cincuenta veces.

Estoy asombrado.

Las notas de Vinner terminan con un recordatorio en rojo para sí mismo: «Hay que enfatizar los peligros de una excavación demasiado entusiasta. No se debe sobrevalorar la necesidad de reducir la velocidad».

Parecía un tipo inteligente. La teocita es volátil como mil demonios y él lo sabía.

Si alguien intentara llegar a esos yacimientos submarinos increíblemente ricos y profundos, ahondando a través de las cantidades accesibles más pequeñas que ya conocía, estaría jugando con fuego.

Mientras este pensamiento se asienta en mi mente, surge uno nuevo. Es uno de los más incómodos que he tenido nunca.

—Ay, mierda... —murmuro.

Sé que la estación ha sido comprometida y sabotada por esa rata con guantes del comedor, y sigo pensando que la coincidencia no es casual.

Y si él sabía en qué he estado trabajando, es muy probable que también supiera en qué trabajaba Vinner. Es muy probable que supiera el daño que podría causar la excavación incluso de los depósitos más accesibles de teocita.

Es probable que las consecuencias fueran brutales.

Joder, las consecuencias podrían ser lo que he visto al mirar a la Tierra. Los terroristas que odian a Zola y que amenazaban con un golpe de gracia que podría destruir el mundo si no se rendía podrían haber vuelto nuestra investigación contra nosotros.

Desearía no estar pensando esto, pero lo estoy haciendo. Podrían haber usado la teocita como arma.

La idea es devastadora. Sé que yo solo quería hacer el bien y no tengo motivos para pensar que Vinner no, pero nuestra investigación podría haber cargado el arma para que esos maníacos apretaran el gatillo.

Hago fotos de estas últimas páginas y rebusco más en los cajones de Vinner.

No hay nada. Pienso en volver a su dormitorio para ver si encuentro algo en sus maletas o si tiene un maletín, porque esto no parece suficiente trabajo para un laboratorio de este tamaño.

Pero, cuando me doy la vuelta para marcharme, me quedo paralizado.

Justo al lado de la puerta, veo lo último que esperaba.

He pasado de largo al entrar, totalmente concentrado en lo que podía esperarme, pero ahora no puedo perdmelo.

Primero veo el torso, perfectamente erguido. Y luego miro hacia arriba.

Y entonces veo sus ojos muy abiertos, clavados en los míos...

De acuerdo.

Sabía que Vinner y su laboratorio tenían entre manos algo más que un montón de documentos sobre exoplanetas y yacimientos mineros, pero no me esperaba esto.

No. No esperaba un robot.

Nunca había visto nada igual. Es tan... robusto.

No han perdido el tiempo intentando hacerlo parecer humano, más allá de los ojos y orejas biónicos. Me imagino que incluso esos ojos y orejas son solo para proporcionar la información sensorial necesaria, porque, en serio, no se ha prestado atención a que parezca una persona.

El cuerpo parece..., bueno, el interior de un robot.

Es como si aún no le hubieran puesto el «caparazón». Lo más llamativo son los gruesos brazos. Cuando digo gruesos, quiero decir *gruesos*: parece más un gorila que un hombre.

No hay manos, solo muñones. Al mirar la pared de detrás veo por qué.

Apoyados en soportes, como rifles que se exhiben con orgullo detrás de una barra, hay tres pares de accesorios. Un par son manos, otro son taladros y el último par son, a falta de un término mejor, auténticas bolas de demolición.

—Vaya —es todo lo que consigo decir.

Me acerco a los accesorios con forma de mano y encuentro un botón en la pared, junto a ellos. Lo pulso. En cuestión de segundos, veo con asombro cómo los soportes en forma de estante sobre los que descansan salen sobre raíles telescópicos y giran hacia mí.

Ah, ya entiendo.

Pesan demasiado para que los mueva una persona, así que se encajan en los brazos del robot desde su lugar de reposo.

Debajo de los accesorios, justo detrás de los enormes pies en forma de bloque del robot, veo un cable. Está conectado a la toma de corriente por un extremo y al robot por el otro.

Si esta cosa puede serme útil de alguna manera, que ya esté cargada es bueno.

Las noticias mejoran cuando encuentro una caja en la misma zona. No está cerrada con llave y la tapa no pesa mucho, así que la abro sin dificultad.

Lo único que veo al principio son unos guantes de aspecto extraño, hasta que los aparto y deajo a la vista un mando a distancia de aspecto bastante estándar.

Hay dos palancas tipo *joystick*, una con dos flechas que indican hacia delante y hacia atrás, y otra con un movimiento circular completo. En la cara del mando solo hay escrito «ROBEX-2».

—Robex —pienso en voz alta, mirando de nuevo a la cara del robot—. Pues la llamaremos Bex.

Ya pienso en Laika como un «él», así que tiene sentido igualar las cosas.

Bajo el mando a distancia, encuentro un último objeto en la caja: un manual de instrucciones. El premio gordo.

Es limitado, como las instrucciones de inicio rápido que tenía para mi traje EVA, pero es mejor que nada.

Una cosa que hay que tener en cuenta es que este manual es estrictamente para el mando a distancia, no para la propia Bex, así que no me dice mucho sobre lo que puede hacer.

Desconecto con cuidado el cargador y acciono el transmisor del mando antes de mover la flecha izquierda hacia adelante. En cuanto lo hago, Bex da un paso hacia mí.

—Genial. —Sonrío instintivamente.

Vale, mi situación es muy jodida. Pero estoy controlando un robot.

Esto me habría encantado de niño y no me avergüenza decir que me encanta ahora. Que Bex pueda ayudarme es lo que de verdad cuenta, pero, ahora más que nunca, tengo que intentar apreciar los momentos geniales siempre que pueda encontrar uno.

Vuelvo a mirar los accesorios. Con las bolas de demolición y los taladros, sobre todo en el contexto de la habitación en la que la he encontrado, tengo la sensación de que nuestra chica, Bex, podría estar en desarrollo para algunas aplicaciones de minería a distancia.

Sin embargo, no puedo apartar la vista de los guantes, porque tengo la corazonada de para qué podrían servir.

Utilizo el mando para girar a Bex y colocarla justo delante de los accesorios en forma de mano. No presumo cuando digo que esto es bastante fácil para mí, ya que crecí con más amigos teledirigidos que reales.

La muevo hacia sus accesorios de mano perfectamente alineados hasta que un claro doble clic confirma que están en su sitio.

En cuanto lo están, la muevo hacia atrás para alejarla de la pared.

Me agacho y me pongo los guantes.

Al instante se me dibuja una enorme sonrisa en la cara, porque mi corazonada era cierta.

Cuando abro y cierro la mano izquierda, Bex abre y cierra la suya.

Si doy un tajo en el aire con la derecha, ella imita el movimiento.

¡Son guantes de control de precisión! Mientras los lleve puestos, Bex imitará todos los movimientos de mi mano, ¡en tiempo real!

Lo primero que se me ocurre es lo útil que sería para reparar tuberías en el exterior de las estaciones espaciales, sin necesidad de complejos controles de ratón.

No me imagino de dónde sacaría yo una idea así... Pero, de verdad, esto es increíble.

No voy a jugar con el taladro, pero quiero probar algo con las bolas de demolición. Maniobro a Bex para volver a poner los accesorios de mano en su soporte. Se desenganchan en cuanto están en su sitio, evidentemente gracias a algún tipo de sensor de presión.

Pulso un botón de la pared que hay junto a las bolas de demolición para que se fijen. Controlo a Bex para que se las ponga en los brazos en no más de un minuto. Una vez colocadas, cierro los puños y me balanceo para ver si sigue las órdenes físicas.

Para mi moderada pero encantada sorpresa, lo hace.

No tiene destreza con ellos, claro, pero, cuanto más muevo cada mano, más mueve ella la bola.

No son solo sus manos. Aunque los guantes se detienen en mis muñecas, su antebrazo metálico sigue un movimiento similar al mío.

Los acelerómetros o lo que sea que haya en los guantes deben saber que mi brazo tiene que moverse para generar un cierto nivel de velocidad y potencia, supongo.

No dedico más que unos segundos a reflexionar sobre el funcionamiento interno del robot, porque el resultado está justo delante de mí. Y me encanta lo que veo.

Cuando me arqueo hacia atrás y me tambaleo hacia delante imitando a un boxeador, ella me sigue.

Me imita con fuerza.

Al instante, tengo dos ideas. La primera es una prueba y la segunda podría ser la gran solución que he estado buscando.

Bajo las manos a los lados y me quito los guantes. Esta es mi manera de asegurarme de que la bola de demolición y la mano gigante de Bex se quedan a sus lados en reposo, también.

No quiero que se agiten cuando la acompañe al comedor.

Dejo que Bex camine delante, menos por caballerosidad que por practicidad. Sobre todo, quiero asegurarme de que no se tropiece con nada y se haga daño a sí misma o a algo.

Hay otra razón, también. Llámame loco, pero, aunque no hay demasiadas películas de ciencia ficción, he visto suficientes como para sentirme incómodo dándole la espalda a un gran robot humanoide.

Estoy bromeando, creo, pero esta cosa puede hacer mucho daño. Me alegro de que el poder esté en mis manos, literalmente, y tengo muchas ganas de ver hasta dónde puedo llevarla.

Laika es un tipo bastante guay, y hablar con un loro es mejor que no hablar con nadie.

Pero ¿Bex?

No creo que haya encontrado una amiga, pero sí creo que acabo de descubrir una nueva arma secreta.

Puede que controlar las piernas de Bex con el mando a distancia no sea tan intuitivo como controlar sus manos con los guantes que reconocen los movimientos de mis dedos para que ella los imite, pero aun así resulta bastante fácil.

Solo tengo que mantener el *joystick* izquierdo hacia delante para que camine e inclinar ligeramente el derecho cuando necesito que gire. Ese aspecto es muy parecido al de algunos juguetes que tenía de niño.

Pero no te equivoques, Bex es cualquier cosa menos un juguete.

Llegamos al comedor bastante rápido. Dentro, la dirijo hacia a la máquina expendedora. Retiro una silla de una mesa cercana y vuelvo a ponerme el guante izquierdo. Muevo la mano para que la suya se pose sobre la silla, la bajo y la agarro en el aire.

Como esperaba, la agarra.

Debe haber un montón de tecnología punta dentro de este guante, desde acelerómetros hasta sensores de presión y a saber qué más. Lo único que sé es que funciona.

Ese conocimiento se refuerza cuando empujo la mano hacia delante y suelto el agarre como si lanzara un dardo. Bex lanza la silla contra la pared como si no pesara nada. Para ella, supongo que es así.

Utilizo el mando a distancia para volverla hacia la máquina expendedora. Es divertido ver cómo su mano izquierda imita la mía. Por supuesto, no tiene el mando en la mano, pero sus dedos diestros se mueven como si lo tuviera. Esta vez ella agarra el aire.

En cuanto está en la posición correcta, intento que se coja a a la abertura de la máquina expendedora.

Mi plan es empujar mi brazo hacia arriba y ver si ella es lo bastante fuerte como para levantar la máquina, lo que podría liberar el cuerpo de Yannick —una victoria en sí misma— y confirmaría que es capaz de hacer lo que quiero que haga. El problema es que no sé cómo conseguir que se agache y no puedo bajar su mano lo suficiente cuando está de pie.

Decido cambiar de estrategia. Me quito el guante izquierdo y me pongo el derecho para controlar la bola de demolición unida al brazo derecho de Bex.

He pensado que tenía sentido poner la bola de demolición en su lado derecho, ya que es la mano que no puedo controlar con tanta precisión o fuerza de agarre.

Al principio la muevo despacio, luego más deprisa.

Cuando estrello la bola contra el lateral de la máquina, mi brazo lo hace con un movimiento de puñetazo que no ha tenido mucha práctica en las últimas dos décadas. Es increíble, es más que suficiente para que haga un enorme agujero en el lateral de la máquina.

Y..., vaya.

De repente siento que tengo mucha fuerza.

Golpeo aún más fuerte, lo que lleva a Bex a casi destruir ese lado de la máquina expendedora.

En cuanto termina, vuelvo a cambiar de guantes, animado y bastante asustado por la cantidad de daño que he sido capaz de provocar tan rápido. Aprovecho para utilizar el accesorio de mano y que Bex se agarre a una pieza recién expuesta de la estructura interior de la máquina.

—Veamos lo que puedes hacer —le digo. Coloco su mano moviendo la mía, agarro con fuerza y tiro de mi brazo hacia arriba tan rápido como puedo sin soltar el puño.

Incluso a través del guante, siento que las uñas se me clavan en la palma mientras aprieto todo lo posible.

Bingo.

Dicen que ver para creer, pero maldita sea si no estoy luchando aún para creer todo esto.

Bex ha levantado la máquina expendedora como si fuera de cartón.

Antes de que tenga la oportunidad de caer de nuevo, muevo mi otro brazo delante de mí para que Bex haga lo mismo. Esto bloquea la máquina hasta que alejo a Yannick con mi otra mano enguantada. Sin hacer ningún movimiento brusco que pueda hacer que la bola de demolición se balancee violentamente, arrastro a mi pobre amigo hacia el exterior.

Luego me quito los dos guantes y dejo que la máquina caiga a tierra con un ruido sordo.

Yannick era un friki de la ciencia ficción como yo. Le habría encantado Bex. Cojo su móvil del bolsillo por si pudiera necesitarlo y, a continuación, le pido disculpas por última vez por lo que he tenido que hacerle a su dedo. Bex, mientras tanto, acaba de demostrar su valía más allá de toda duda. Hay un taladro en el laboratorio de Vinner si lo necesitamos. Pero, después de lo que acabo de ver, no creo que haga falta.

Durante más horas de las que me gustaría, he sabido dónde tenía que ir.

Y ahora creo que, por fin, por fin, por fin, tengo una manera de entrar.

Sé que no debería celebrarlo hasta que el trabajo está hecho, pero trata de decirle eso a la sonrisa de mi cara.

Con Bex a la cabeza, hago el corto trayecto hasta el Centro de Control, emocionado a cada paso.

Las ironías se han ido acumulando desde que todo ha empezado a ir mal, y ya he pasado bastante tiempo lamentándome de que no han hecho más que volverse más crueles.

Por una vez, sin embargo, me gusta la ironía.

Me gusta que dentro de la mayor de las maravillas de la ciencia —una estación espacial de última generación que alberga algunas de las tecnologías más avanzadas jamás desarrolladas— mi solución para atravesar una puerta cerrada sea un robot enorme con una bola de demolición gigantesca como puño.

Cuando llego, me planto ante la entrada del Centro de Control con mil pensamientos en la cabeza.

Esta puerta no es una esclusa de aire ni un sello contra la toxicidad, como en mi laboratorio o en la escotilla EVA. Está construida para la seguridad, no para la protección, y fue diseñada para mantener fuera a la gente, no a los robots. Con Bex en posición, me pongo el importantísimo guante y le ordeno que pulse el teclado del código de acceso. El zumbido de los componentes electrónicos al morir es bastante divertido, pero ni la mitad de armónico que el clic que sigue.

No lo puedo creer.

¿Acaba de hacerlo? ¿Me ha hecho entrar? Intento empujar la puerta, pero no se mueve.

Hmmm, supongo que habría sido demasiado fácil.

Sin embargo, eso es solo el preludio de mi intento principal, que llega cuando alineo a Bex para que le dé un estruendoso golpe a la puerta.

Mi brazo izquierdo es ligeramente más fuerte que el derecho, así que me planteo volver al laboratorio de Vinner para cambiar el accesorio de la mano izquierda de Bex por otra bola de demolición en ese lado.

«Estás pensando demasiado. Menos pensar y más golpear».

Siguiendo este consejo, doblo el brazo derecho, lo impulso hacia delante y golpeo con un ligero ángulo hacia abajo con la esperanza de que aumente las posibilidades de Bex de romper la puerta.

De nuevo, he pensado demasiado. Porque, olvídate del cartón, esa cosa se cae de sus bisagras como una ficha de dominó cuando la enorme bola de demolición hace impacto.

—¡Magnífica zorra de metal! —exclamo, quitándome el guante antes de hacer más daño por accidente.

Tardo unos segundos en aceptar lo mucho que ha cambiado todo.

Estoy dentro.

Estoy dentro de verdad.

De pie en el umbral, casi me siento como uno de esos elefantes de circo a los que han obligado a permanecer en círculo durante el tiempo suficiente para que luego se queden allí para siempre, incluso si no tienen que hacerlo.

Es como si hubiera interiorizado la idea de que el Centro de Control es un lugar al que no puedo entrar.

Pero, con un golpe decisivo, Bex acaba de cambiar todo eso.

Y, mejor aún, veo desde aquí que las luces están encendidas.

Eso en sí mismo es una pasada. ¡Hay energía!

Ya debería haberme dado cuenta cuando he roto el teclado, pero mi mente estaba demasiado concentrada en entrar.

El Centro de Control tiene energía.

Repito: el Centro de Control tiene energía.

Hay búnkeres en la Tierra; Eva y Joe fueron elegidos para la evacuación, y el Centro de Control tiene energía.

Ha sido una buena hora para un servidor después de demasiadas malas seguidas.

Y mientras la puerta aplastada me invita a entrar, tengo la sensación de que está a punto de mejorar mucho más.

La Tierra se asoma por la ventana, llamándome con esperanza y desgarrándome el corazón de nuevo.

Sin embargo, nada se puede comparar con la conmoción de ver nuestro mundo en llamas por primera vez. Cuando he conseguido entrar en la cubierta de observación, he pasado de la alegría a la desolación en un abrir y cerrar de ojos. La primera vez siempre es la más dolorosa.

Al menos, eso es lo que pienso al entrar en el Centro de Control.

Pero ahora que he visto parte de lo que ocurrió en imágenes desde tierra, la imagen me impacta de otra manera. He visto terremotos físicamente destructivos. He visto las erupciones volcánicas. He visto el caos global que han provocado esos desastres. Las expresiones de terror están grabadas en mi mente, junto con las imágenes de las catástrofes que he visionado en la gran pantalla.

Ya no es un cataclismo abstracto. Sé lo que ha pasado.

Al menos una parte.

Ahora que sé que una célula ecoterrorista había amenazado con arrasar el mundo si Zola no se rendía, puedo sumar dos más dos y suponer que no les ha dado lo que querían.

La escala de la devastación visible desde aquí es demasiado grande para que otra cosa tenga sentido.

Me siento mal pensando que mi investigación podría haber tenido algo que ver con la imposible coincidencia del momento. Por mucho que lo intento, es difícil apartar esa idea.

El saboteador sabía quiénes estaban en los laboratorios externos, lo que significa que sus compinches que odiaban la civilización en la Tierra sabían en lo que Vinner y yo estábamos trabajando.

Sabían cómo extraer la teocita.

Sabían lo volátil que es. Sabían que Zola quería aprovechar su poder para lograr la exploración espacial a larga distancia.

Al ver la Tierra de nuevo así, una pregunta golpea mi alma con toda la fuerza de la bola de demolición de Bex:

¿Todo esto es culpa mía?

«Culpa es una palabra demasiado grande», decido.

Seguramente, nadie podría echarme en cara todo esto. Pero una versión un poco más laxa de la pregunta me parece demasiado real: ¿habría ocurrido esto sin mi investigación?

¿Habría ocurrido si yo no hubiera ayudado al equipo que desarrolló la técnica de síntesis del BioZol en primer lugar, y si no hubiera teorizado que podía hacerlo un orden de magnitud más potente enriqueciéndolo con teocita ultracalentada?

Ojalá pudiera decir que no y creerlo, pero no puedo. Al cabo de unos segundos, me sorprendo a mí mismo mirando cabizbajo a la Tierra.

Me doy una fuerte bofetada en la mejilla.

«Espabila, Ray».

El camino al infierno está empedrado con buenas intenciones, pero lo hecho, hecho está.

Ver mi mundo así podría sumir a cualquiera en una espiral depresiva, así que no voy a castigarme por haber desperdiciado los últimos sesenta segundos. Pero tengo que quitármelo de encima. Tengo un trabajo que hacer.

La superficie de la Tierra puede parecer un infierno en llamas, pero, gracias a lo que he aprendido de mis investigaciones telefónicas, sé que una evacuación subterránea estaba en marcha. También sé que Eva y Joe formaban parte de ella.

Y ahora sé que, si consigo hacer una llamada de auxilio, no será un grito inútil al vacío del espacio. Hay gente ahí abajo.

Vale, cuento con que alguien mire o escuche en el lugar adecuado. Pero, por lo que sé, miles de satélites podrían seguir funcionando. La gente podría estar monitorizándolos desde los búnkeres del Gobierno con sus suministros de reserva.

De hecho, el mismo Zola podría estar escondido en Nueva Zelanda. Y, si lo está, su base tendrá contacto por radio con la estación. Nuestro comandante informaba a diario al cuartel general de ZolaCore, en Auckland, así que es posible que un canal de dos vías ya esté abierto.

Lo que sería estupendo... si consigo que funcione la radio.

Cuando por fin me alejo de la Tierra, lo primero que debo decir de mi entorno es que este Centro de Control es mucho más pequeño de lo que esperaba.

Es el centro neurálgico de la estación, situado en el extremo occidental en los mapas estándar que estoy acostumbrado a ver. Sabía que no podía ser muy grande dada su ubicación, pero la sensación casi claustrofóbica sigue siendo una sorpresa.

Supongo que estoy acostumbrado a mi anormalmente espacioso laboratorio. Todo es relativo, supongo, ya que incluso eso me parece ahora apretado comparado con el laboratorio casi vacío de Vinner, donde acabo de encontrar a mi inestimable aliada Bex.

Solo hay dos sillas aquí, ambas ocupadas.

Sé quién está en ellas antes de mirar. El comandante Harrison se sienta junto a su ayudante, Lily Paulson.

Lily me dio el *tour* de bienvenida cuando llegué. Hizo todo lo posible para que me sintiera cómodo los primeros días y, para ser alguien de tan alto rango y experiencia, insistió mucho en tutearme.

Nadie de por aquí tenía una mala palabra que decir sobre el comandante Harrison, pero era de la vieja escuela, del tipo que se habría hundido con su navío y habría sido el último en abordar una nave de evacuación si hubiera llegado alguna.

Por la forma en que están sentados, puedo decir que murieron tan rápido como la gente de la Cubierta de Observación.

Ahora sé que no fue por accidente, gracias a la perturbadora lista de comprobación que encontré en el móvil del asesino. Me pregunto qué tipo de toxina utilizó. ¿Qué pudo matarlos tan rápido pero dejar el aire totalmente respirable ahora, solo dos días después de envenenar un espacio cerrado?

Aquí no hay mucho sitio para pantallas o máquinas. Cuando me agacho para mirar bajo la superficie principal, encuentro innumerables diales y mandos en lo que debe ser el tablero de control principal.

Todo parece tener corriente aquí dentro —todos los interruptores están pulsados de la misma manera y no hay fusibles visiblemente fundidos—, pero las pantallas están en blanco.

En la placa de control, veo un botón verde que pone «REINICIO DEL SISTEMA».

Está pidiendo a gritos que lo presione.

—Esto es lo que querías, Ray —digo en voz alta para mentalizarme.

Cierro los ojos y pulso el botón.

A través de mis párpados, veo que las luces del techo se apagan.

Eso en sí mismo no es ninguna sorpresa ni motivo de preocupación.

Lo que sí me preocupa es el silencio repentino y total, que me hace echar de menos al instante el suave zumbido de la electricidad que apenas percibía antes del reinicio.

Vuelvo a abrir los ojos, presa del pánico. Solo ahora me doy cuenta de que aún aprieto el botón con el dedo.

En cuanto lo suelto, las luces y el zumbido vuelven a funcionar.

Y mejor aún, mucho mejor aún, las dos pantallas también cobran vida.

¡Por fin!

No puedo evitar preguntarme si acabo de devolver la energía a la Cubierta de Observación, pero mi principal objetivo allí era acceder a una radio, y sé que puedo hacerlo desde aquí.

A pesar de que mi corazón ha estado acelerado durante la mayor parte del día, el ritmo elevado actual es diferente de alguna manera.

Por una vez, hay más expectación que inquietud.

Por fin siento que podría estar cerca de conseguir mi gran éxito, y que ya no estoy camino por la interminable cuerda floja de la supervivencia de un desastre a otro.

La gran pantalla táctil del comandante Harrison pasa por un breve proceso de reinicio antes de establecerse en un diseño de estilo escritorio. La imagen de fondo es la propia baliza, tomada desde una nave de camino al muelle. Este trabajo debe haber sido un sueño hecho realidad para él.

La imagen de fondo de Lily me impacta más a nivel emocional cuando se carga, y la muestra con tres niños que, por nuestras conversaciones, sé que son sus sobrinos. Están en alguna playa, sonriendo como solo pueden hacerlo los que son felices de verdad.

El dolor y la rabia conviven en mi mente.

Mientras la rabia se arremolina, ni siquiera sé si puedo seguir diciéndome que los cabrones que hicieron esto van a pagar. Quiero decir, ¿siguen por aquí? Esos lunáticos creen que la humanidad es una plaga que hay que erradicar. ¿Habrán querido refugiarse del supuesto golpe de gracia que planeaban desencadenar?

Es extraño que estos pensamientos surjan ahora. Lo único que puedo hacer es intentar apartarlos y tomar la imagen de fondo de Lily como recordatorio de lo que más cuenta: no la venganza, sino la familia. Al tocar la pantalla de Harrison, aparece una ventana emergente de verificación de seguridad. Al parecer, es necesario iniciar sesión después de cualquier reinicio o período prolongado de inactividad. Cruzo los dedos para que uno de los suyos sea suficiente para desbloquear las cosas.

Al pulsar la opción de verificación biométrica, me doy cuenta de que no basta con la huella dactilar. Se necesita una combinación de eso y la identificación facial.

La cámara integrada en la pantalla táctil es más exigente que las de los demás teléfonos. Hacen falta varios incómodos y compungidos intentos, pero al final consigo mantener abiertos los párpados de Harrison sin que mis propios dedos se interpongan demasiado para que se reconozca su cara.

Sin dejar que el malestar aumente, hago lo mismo con Lily.

De verdad, no creo que las palabras puedan expresar lo contento que estaré de no volver a hacer algo así.

Puede que la venganza no sea lo que más cuenta, pero, créeme, es difícil no sentir rabia contra los culpables.

Es difícil que no me hierva la sangre cuando he visto tanta muerte tan de cerca, por no hablar de cuando la he sentido físicamente a través de la desafortunada necesidad de mover a mis compañeros y utilizar sus credenciales biológicas.

Una vez dentro, vuelvo a la pantalla táctil de Harrison y toco de inmediato el icono del teléfono. Aparece una pantalla con la que no estoy familiarizado, pero que parece autoexplicativa.

Olvida eso. Es maravillosamente autoexplicativa.

Hay una lista de llamadas recientes, que muestra que la última fue con ZolaCore.

Dos días es lo más específico que hay. Un poco impreciso, pero coherente con mi línea de tiempo.

Pulso el texto con la esperanza de que se inicie una nueva llamada, solo para encontrarme con un inoportuno mensaje sobre la falta de señal de datos.

Me regaño a mí mismo.

La señal de Internet no funciona porque depende de un repetidor de la Tierra, que no parece estar muy conectado en estos momentos.

Cuento con el contacto por radio, no por VoIP.

Cierro el menú para buscar otro icono útil. Mis ojos los recorren todos hasta que veo uno que parece una antena parabólica. Es un radiotelescopio, justo el tipo de icono que quería ver.

Lo toco y espero. Y espero.

Y suspiro.

Cuando la pantalla cambia, hay tantos campos y opciones que apenas sé lo que estoy viendo. Las opciones son innumerables.

El diseño abarrotado me hace sentir como si mirara una centralita física en un viejo centro de transmisión de radio. Es lo contrario del intuitivo menú de llamada, pero intento conscientemente no dejarme llevar demasiado por la preocupación.

—Estás aquí —digo en voz alta—. Estás dentro. —Es un buen recordatorio.

He hecho cosas que nunca me habría creído capaz de hacer y me he recuperado de golpes en el estómago que nunca me habría creído capaz de aguantar.

Esto no es una fuga de aire. Esto no es mi mejor amigo atrapado debajo de una máquina expendedora. Vaya, esto ni siquiera es una puerta cerrada sin salida. Esto es una pantalla de radiocontrol diseñada para usarse.

Y, sí, es abrumadora, pero no insalvable.

No veo nada sobre elegir un objetivo, seleccionar un canal, o cualquier otra cosa que sea útil. Doy un paso atrás y busco un manual de instrucciones.

Por desgracia, ni siquiera encuentro un lugar en el que pueda haber uno escondido, ya que no

hay ni rastro de cajones ni de nada en esta pequeña habitación.

Pero tiene que haber algo, me aseguro. Aunque solo sea una guía digital en otro lugar dentro de este sistema de acceso total que ahora tengo al alcance de la mano.

Cuando vuelvo a mirar la pantalla después de echar un vistazo a mi alrededor, el beneficio de tener los ojos frescos se paga con una rapidez inesperada: noto algo nuevo.

En la esquina inferior derecha, veo un pequeño círculo rojo con un signo de exclamación blanco dentro y líneas rojas que salen del círculo como rayos.

¿Rayos de esperanza? Rayos de esperanza. Toco el icono. Y... ¡Sí!

¡Sí!

Una nueva ventana emergente cubre la pantalla, con tres enormes palabras sobre tres opciones. La palabra «emergencia» es una palabra que he visto y en la que he confiado demasiado últimamente, sobre todo durante mi paseo espacial, pero nunca me había alegrado tanto de verla.

Las tres palabras son simples: «AYUDA DE EMERGENCIA».

Las tres opciones también son sencillas:

ESPECÍFICA

TODOS LOS CANALES

CANCELAR

En cuanto veo las opciones, pulso «TODOS LOS CANALES» con la velocidad con que la lengua de una rana dispara a una mosca que pasa.

La pantalla cambia de inmediato y muestra una versión más grande del icono de la antena parabólica, con una barra de progreso en bucle debajo. La barra es naranja. No sé qué significa. No es verde, pero tampoco es roja.

De los altavoces de la pantalla empieza a salir un sonido parecido al tono de llamada de un teléfono antiguo.

Unos segundos más tarde, debajo de la barra aparece:

«ESTADO: TRANSMITIENDO».

Asiento aliviado y exhalo lentamente.

Es otro paso exitoso en mi camino hacia el contacto, pero ahora ¿qué?

¿Es todo lo que puedo hacer?

—No iba a ser instantáneo —me digo.

Llámame loco, pero, a veces, oír palabras como estas no es lo mismo que pensarlas, aunque sea mi voz la que las diga.

Porque tengo razón: no iba a ser instantáneo.

Soy un tipo en un barco volcado que acaba de soltar su primera bengala. El navío de rescate no aparece enseguida, tienen que verte primero. Tienes que darles un minuto.

Aun así, nunca había estado tan tenso.

Una gran parte de mí siente que, si alguien capta mi señal, será pronto. Esa es la realidad.

Paso a la pantalla de Lily mientras la de Harrison sigue con el estado «TRANSMITIENDO» de mi llamada de socorro. Hay un icono de cámara al que le he echado el ojo desde que lo he visto antes, y ahora que he activado mi bengala creo que es el momento de echarle un vistazo.

Si esto me da acceso a las imágenes de la cámara de seguridad, podría revelar mucho sobre los últimos momentos de nuestro saboteador y sus interacciones anteriores con otras personas de la estación.

Y, oye, también podría hacer algo mientras espero a que cambie el estado del mensaje de socorro...

Una inoportuna pantalla de inicio de sesión me saluda cuando toco el icono de la cámara en la pantalla táctil de Lily.

Es diferente de las que he visto antes.

No hay opción para los datos biométricos, solo un nombre de usuario ya rellenado y un campo de contraseña vacío.

El nombre de usuario es el de Lily, lo que sería obvio aunque no estuviera usando su ordenador. Pero ¿la contraseña? Estoy perplejo.

Lo bastante rápido como para no lamentarme por las astronómicas probabilidades de éxito, intento escribir la letra A. No intento adivinar la contraseña, solo empiezo por el principio del alfabeto con la débil esperanza de que el resto se autocomplete una vez introducida la primera letra.

En cuanto la pulso, se rellena el campo de la contraseña. Por desgracia, no con nada tan útil como una contraseña autocompletada, pero sí con algo con lo que puedo trabajar.

Aparecen pequeñas líneas de subrayado en tres grupos de cuatro, casi como en un juego del ahorcado, con espacios que indican las divisiones entre las palabras. Estoy acostumbrado a ver este tipo de cosas para los códigos de autorización de dos factores en todo tipo de aplicaciones y sitios web, y me dice que la contraseña de Lily tiene una longitud fija de doce dígitos. No es la primera vez que tengo que resolver una contraseña o código, pero es la primera vez que he sentido que podría tener una oportunidad.

Aun así, déjame subrayar algo: no voy a intentar adivinarlo. Incluso un código de cuatro dígitos tiene diez mil combinaciones posibles, y cada dígito extra multiplica por diez el número de posibilidades.

Sin embargo, tengo una idea... Una que podría —solo «podría»— eliminar las conjeturas.

Saco el teléfono de Lily de su bolsillo y veo con gratitud que aún le queda un poco de batería. Lo desbloqueo lo más rápido que puedo, lo que requiere una aprobación biométrica más, y luego me dirijo a la configuración de su navegador para buscar las contraseñas guardadas.

La mayoría son muy largas, autogeneradas y almacenadas por el dispositivo. Pero ¿su contraseña de correo electrónico? Por supuesto: doce dígitos.

«010229050508».

Apuesto a que son cumpleaños. 0102-2905-0508.

Sí..., apuesto a que son los cumpleaños de los tres niños.

No es la mejor de las contraseñas, pero tampoco es la peor. Lo que cuenta ahora es si mi corazonada es correcta.

Introduzco los números en la pantalla táctil de Lily. No diría que espero entrar, pero no es un

tiro a ciegas en medio de la oscuridad. Solo tiene una contraseña de doce dígitos guardada en su teléfono. Si eligió su contraseña para acceder al sistema de seguridad, que sé que es de doce dígitos, hay una posibilidad razonable de que sea la misma.

Pulso *Enter*. ¡Punto, set y partido! Ya estoy dentro.

Enseguida, veo vistas en miniatura de imágenes en directo de toda la comisaría. Vaya.

No hay cámaras en los laboratorios de alta seguridad como el mío y el de Vinner, pero parece que todo el mundo está conectado. La cámara de la Cubierta de Observación es la única que no está en línea, y eso me sugiere, por desgracia, que la energía allí no era reiniciable.

Está bien ver la cantidad de imágenes en directo, pero lo que de verdad quiero es ver las grabadas. Quiero ver todo lo que hizo el cabrón cuando puso en marcha su plan, no solo las partes que conozco de su lista.

Me conecto al comedor.

El sistema me permite acercarme bastante sin perder detalle, así que observo de cerca al asesino enguantado. Una vez que la pantalla se centra en su posición, hago clic en la hora de la parte superior izquierda, con la esperanza de poder cambiarla.

Sonrío al instante. Por fin las cosas van como yo quiero, con una pequeña victoria tras otra. Puedo seleccionar una hora. Puedo repetir la grabación de ese punto de localización desde el momento que quiera.

Primero pulso el botón de rebobinado, que solo me hace retroceder diez segundos cada vez. Después retrocedo veinticuatro horas y hago lo mismo otras dos veces.

Amplío la imagen y veo el concurrido comedor justo un día antes de que todo se fuera a la mierda. Salto hacia adelante una hora cada vez, buscando cualquier cosa sospechosa.

Los sistemas de ZolaCore suelen ser de última generación en todos los aspectos, así que creo que incluso podría existir una opción para centrarse en el saboteador y seguir sus movimientos de una cámara a otra. Eso sería de gran ayuda, pero por ahora me limito a controlar las cosas y a buscar el momento en que lo activó todo.

Después de avanzar unas horas, siento que mi espalda se endereza como si alguien me hubiera tirado del pelo.

Pero no es nada en la pantalla de Lily lo que me sorprende.

No...

Mi cabeza vuelve de inmediato a la pantalla del comandante Harrison. Reacciono a un cambio muy repentino y perceptible en el tono telefónico que ha estado emitiendo.

Ya no hay pitidos. El tono es ahora constante.

Y cuando veo el cambio en la pantalla, es como si el todo el mundo a mi alrededor se detuviera. La radio ya no solo transmite.

No. Es mejor que eso.

Las dos palabras me golpean como agua fresca en un día sofocante y me producen una sensación de alivio instantáneo tras demasiado tiempo de aislamiento total.

Puede que estas gafas improvisadas no sean perfectas, pero sé lo que dice la pantalla.

«ESTADO: CONECTADO».

—¡Lo saben! —grito casi con incredulidad—. ¡Alguien sabe que estoy vivo!

Lo he conseguido. Lo he conseguido.

He sobrevivido al naufragio, he lanzado la bengala y alguien la ha visto.

Mi instinto me dice que será alguien del cuartel general de ZolaCore, en Nueva Zelanda, pero ahora mismo eso me parece un mero detalle.

«ESTADO: CONECTADO».

Miro fijamente las palabras hasta que vuelven a cambiar.

«ESTADO: ACOPLADO».

Espera, ¿acoplado es mejor que conectado?

Asiento con la cabeza varias veces, intentando librarme de dudas momentáneas.

Alguien debe estar activando la «llamada» de radio propiamente dicha, supongo. Abriendo el canal..., sean cuales sean las palabras adecuadas.

Este no es mi campo de especialización y lo único que me importa ahora mismo es que mi radio está conectada a la de otra persona y que estoy a punto de oír su voz.

Incluso puede que lo vea, si es que todavía funciona algún satélite de telecomunicaciones público o privado.

Las radios, tal y como las conocemos en la Tierra, suelen estar en el interior de los coches y retransmiten solo audio, pero, en términos de telecomunicación, las ondas de radio pueden hacer mucho más que eso.

Mientras se lleva a cabo el proceso final de conexión, el icono de la antena parabólica en el centro de la pantalla de Harrison desaparece.

En su lugar, aparece una representación tridimensional de la Tierra. Las líneas son de color azul eléctrico, que contrastan sobre un globo terráqueo negro, como algo que podría verse en un anuncio de un banco internacional de inversiones.

Y entonces aparece mi pequeña estación, invisible a esta escala, pero representada por un punto verde parpadeante a la derecha del globo de líneas azules.

«ESTADO: INICIANDO».

No me gustan mucho las palabras imprecisas que han elegido para describir los estados, pero las imágenes, cada vez más alentadoras, me dan buenas vibraciones. Cada vez tengo más confianza en que estamos a punto de establecer un enlace en directo.

Me doy cuenta de que el gráfico también mostrará otro punto en la Tierra. Mostrará un punto allí donde mi señal se haya captado.

El búnker de Colorado Springs sería un sueño, me pondría en contacto con Joe y Eva, pero me conformaría con el de Virginia o incluso el de Nueva Zelanda. Volver a la Tierra es lo que

cuenta.

Un tono agradable resuena en la pantalla, aliviando mis últimas dudas incluso antes de ver las palabras:

«ESTADO: EN LÍNEA».

—¿Hola? —digo—. ¡¿Hola?! Soy Ray Barclay, desde El Faro. ¿Me recibes?

Oigo el sonido de la estática, pero enseguida da paso a un suave silencio.

—Soy Ray Barclay —repito—. Estoy transmitiendo desde la estación espacial de ZolaCore y...

Y me congelo.

Un segundo punto verde aparece en la pantalla, mostrando la ubicación de la radio a la que me he conectado.

No está en Colorado Springs, ni en Virginia, ni en Nueva Zelanda.

La señal a la que me he conectado no procede de ninguno de esos lugares.

El segundo punto verde no aparece en el globo a la izquierda de mi emisora, porque no es de allí de donde viene la señal.

No.

Siento los pulmones vacíos. No tengo ni idea de lo que significa, la señal que he captado...

No viene de la Tierra.

El punto verde que indica mi posición está justo a la derecha de la Tierra. Estoy cerca —órbita terrestre baja— y la distancia es apenas perceptible.

Pero cuando la visualización se aleja para mostrar la ubicación de la otra radio a la que acabo de conectarme, mi distancia de la Tierra se vuelve imposible de ver. El nuevo punto verde aparece en el extremo derecho de la pantalla. La Tierra y mi punto se desplazan al extremo izquierdo.

Mi mundo también es mucho más pequeño ahora que la escala ha cambiado para mostrar el punto de origen de la señal entrante.

Mucho más pequeña.

No puedo creer lo que veo. No tiene sentido.

—¿Hola? —Una voz femenina retumba a través de los altavoces de la pantalla—. ¿Has dicho que eres Ray Barclay? ¿Me llamas desde El Faro?

Me quedo con la boca abierta.

Hasta hace diez segundos, cualquier respuesta me habría producido una euforia total. Pero la visualización en la pantalla ha desviado mis pensamientos de ese camino y ahora trato de entender algo que no tiene sentido.

El Faro ha sido la única estación de investigación tripulada, pública o privada, durante siete años. Se supone que no hay nada más ahí fuera, y menos tan lejos.

Tampoco ha habido exploraciones tripuladas desde hace más tiempo.

Estos pensamientos se agolpan en mi mente demasiado deprisa como para asimilarlos, rebotan unos contra otros como bolas de *pinball*.

Mis ojos se quedan clavados en la pantalla, estoy completamente confundido, hasta que un nuevo pensamiento se une a la refriega. En un instante deja de lado a los demás.

Quizá sea una nave de evacuación, pienso de repente.

¿Quizá Zola o los organismos públicos han estado preparando planes de contingencia mayores de lo que yo había imaginado? ¿Quizá no se han escondido bajo tierra, sino que los verdaderos VIP han despegado antes de que las cosas se torcieran más?

Sí, tal vez sea eso.

Puede que huyeran del barco de la Tierra mientras aún podían, para esperar a que pasara la tormenta.

No sé si eso serían buenas o malas noticias.

Los mensajes del teléfono de Lisa Hull decían que habían llamado a su familia a un búnker en Virginia, pero las sutiles pistas del GPS de Eva me decían que mi familia había ido a Colorado Springs.

Si tuviera que adivinar cuál de esos búnkeres podría tener una nave secreta de evacuación, sería el que estuviera más al alcance de los centros políticos y financieros del país. No sería el de Colorado.

—Soy Ray —confirmando tras unos incómodos segundos—. ¿Y tú quién eres? ¿Dónde estás?

—Me llamo Mel Lomond —responde—. Estoy intentando... Vale, ya está.

De repente, la visualización de nuestras ubicaciones se encoge en una pequeña ventana que se aleja flotando hasta la esquina inferior izquierda de la pantalla.

La imagen principal es ahora un enlace de vídeo en directo de Mel. Hay una latencia mínima cuando habla, lo que me da una idea de la posible distancia máxima entre nosotros. Todo es relativo, pero no está tan lejos como temía.

Me recoloco justo delante de la pantalla. Tengo que apartar la silla del comandante Harrison, con cuidado de no golpear su cuerpo sin vida.

—¿Tú también me ves? —pregunto.

Mis ojos captan todos los detalles posibles mientras Mel abre la boca para responder.

Está sentada en la que parece una habitación pequeña. La pared detrás de ella es muy similar a la que hay detrás de mí y también lleva un uniforme con el logotipo de ZolaCore.

Parece veinte años mayor que yo, unos cincuenta, o a punto de cumplirlos, pero podría estar pasándome. Quién sabe cuántos años se nos están echando encima a los dos con este estrés.

Una rápida inclinación de cabeza de Mel ya me ha confirmado que puede verme, pero, por alguna razón, no parece tan aliviada como yo de haber establecido contacto.

«Quizá también esté sola», pienso. Tal vez esperaba llegar a la Tierra y ahora sabe que está hablando con otro superviviente desamparado en el espacio.

Intento no darle demasiada importancia a su expresión de tristeza. Hay todo tipo de razones por las que podría parecer tan inquieta. Pero, en cuanto se inclina más cerca de la cámara, sus palabras susurradas revelan una razón para la tristeza que es mucho peor de lo que imaginaba:

—Ray, tienes que escuchar cada palabra que te diga. Tu vida corre peligro.

Trago saliva.

He sabido que mi vida corre peligro desde el momento en que he salido del laboratorio y he encontrado a todos los demás muertos a mi alrededor. Pero después de arreglar la tubería de aire y hacer contacto por radio con alguien, pensaba que la fase de peligro inmediato había terminado.

Las palabras de Mel dicen todo lo contrario.

Su expresión asegura que no estoy a salvo ni de lejos.

—Ray, no sé lo que ha pasado allí o cuánto sabes sobre lo que ha pasado en la Tierra —continúa—, pero tenemos razones para creer que hay un infiltrado a bordo del Faro. Podría estar escondido en un lugar seguro. Tienes que alertar a tus colegas cuando sepas que es seguro hacerlo, pero no intentes enfrentarte a ese hombre por tu cuenta. Su nombre es Oliver Grainger, trabaja encubierto como Dale Thorpe.

La imagen en mi pantalla cambia, la transmisión en vivo de Mel es sustituida por la imagen de un hombre que conozco muy bien. Es el asesino de la lista y los guantes del comedor, cuyo trabajo sucio estaba listo para ver en las imágenes de seguridad justo antes de hacer contacto con Mel.

—¿Lo ves, Ray?

Asiento con la cabeza. De momento, no digo nada.

—La Tierra ha sido golpeada por lo que parece la mayor serie de ataques terroristas coordinados de la historia —prosigue ella—. Te diré lo que sé: tres miembros de la organización responsable de los ataques iniciales aparecieron en público para dar un ultimátum. Los tres fueron identificados de inmediato, y los agentes de inteligencia descubrieron complejos vínculos financieros entre dos de esos individuos y Oliver Grainger. La estación en la que te encuentras ha estado desconectada e inaccesible desde antes de que lo descubrieran. Pensábamos que era demasiado tarde. Ray, ¿qué ha pasado ahí arriba?

Soplo aire entre mis labios. ¿Por dónde empiezo?

—Grainger está muerto —le digo. Sus cejas se levantan hasta la mitad de su frente—. Mel, todos están muertos. Solo quedamos yo y un loro, además de otros animales en coma inducido dentro de uno de los laboratorios. No queda nadie más. Es demasiado tarde. Grainger le hizo algo al suministro de aire mientras yo estaba en mi laboratorio estanco. Creo que pensaba que sobreviviría, pero no fue así. Puedo mostrártelo cuando averigüe cómo compartir las imágenes de las cámaras.

—¿Todos los demás? —Se lleva una mano a la boca en señal de asombro.

Giro un poco la pantalla para que la cámara muestre al comandante Harrison.

Mel cierra los ojos y traga saliva.

—Vale. —Exhala muy despacio—. Bueno, hasta hace un minuto pensábamos que todo el mundo había muerto, incluido tú, así que al menos un superviviente es mejor que ninguno. ¿Cuánto sabes?

Me encojo de hombros con las palmas de las manos hacia arriba.

—Menos que tú, parece. Cuando dices «pensábamos que todo el mundo estaba muerto»... ¿Quiénes?

—En ese momento, todos —suspira Mel—. El Faro se apagó antes de que pasara nada en la Tierra. Nadie sabía qué había pasado allí, pero era evidente que algo había ido mal. Luego todo empezó a enloquecer en la superficie y esos locos se atribuyeron el ataque, así que no pasó mucho tiempo hasta que los relacionaron con Grainger. Ahí quedó claro que te habían atacado como precursor de los ataques principales a la Tierra. Y, cuando digo que «Te habían atacado», es porque sé quién eres, Ray. Sé en qué estabas trabajando.

No sé ni por dónde empezar.

—Te pregunto, ahora, en este momento —digo, intentando descubrir más—, ¿con quién estás? ¿Con quién mantienes contacto? ¿Y dónde demonios estás?

—Ray, me llamo Mel Lomond y soy la comandante de la Estación de Observación PetraVista de ZolaCore, que no es de dominio público. Mis tres compañeros de tripulación gozan de buena salud y estamos de camino a la Tierra con la esperanza de encontrar supervivientes. Las últimas transmisiones que hemos recibido no son prometedoras.

—Hay búnkeres —suelto, porque en mi mente eso es incluso más importante mismo que la sorprendente revelación de que existe otra estación tripulada—. Hay al menos dos búnkeres en Estados Unidos. ZolaCore también debe tener uno en Nueva Zelanda, así que ya son tres para empezar.

Mel se anima visiblemente.

—¿Cómo lo sabes? ¿Estás seguro? No hemos conseguido contactar con nadie. Es posible que algunos supervivientes hayan evacuado bajo tierra, y tal vez incluso que puedan comunicarse entre búnkeres, pero no tenemos motivos para suponer nada de eso. ¿Qué has visto?

Nada sobre comunicación entre búnkeres, pienso para mis adentros, pero no es lo más importante ahora mismo.

Relato escuetamente los mensajes telefónicos que he visto de las familias de mis compañeros y de Eva. Me aseguro de ser explícito y minucioso sobre cómo he sabido de los búnkeres de Virginia y Colorado.

Una cosa lleva a la otra y, antes de darme cuenta, le estoy hablando a Mel de mi experimento, Justin, Yannick, la fuga de aire, mi primer avistamiento de la Tierra, el exitoso EVA, que al final ha salido muy caro, las gafas improvisadas que ella ha sido demasiado educada para comentar, el robot... Más o menos todo lo que me ha traído hasta aquí.

Es una oyente muy dispuesta.

Hablo durante dos o tres minutos seguidos, tal vez más. Escucharlo todo así me hace ver que ha sido un viaje infernal.

—Vaya. —Es todo lo que dice durante diez segundos—. De verdad querías sobrevivir.

—Le prometí a mi familia que estaría en casa al final de mi estancia —respondo—. Se suponía que faltaba un día y medio, así que puede que llegue un poco tarde, pero no pienso rendirme. Me voy a casa.

Mel asiente con firmeza.

—Nosotros también. Y has dicho que hay búnkeres confirmados en Virginia y Colorado,

¿correcto? ¿Sabes con seguridad que son instalaciones del Gobierno?

—Eso parece —digo—. Pero ¿no sabéis nada de un búnker de ZolaCore?

—Llevamos dos días sin contactar con nadie en tierra —reitera Mel—. No sabemos si los terroristas lanzaron un pulso electromagnético o qué, pero todas las transmisiones desde la Tierra se han detenido. Lo último que oímos fue el ultimátum a Zola, cuando esos monstruos le pidieron que se «entregara» y detuviera toda exploración espacial.

—Es lo último que escuché yo también —suspiro—. He visto algunas noticias. El presidente Williams fue trasladado a toda prisa al Marine One justo antes de que se emitiera el vídeo de los terroristas. Hablaba de medidas de emergencia para garantizar la supervivencia de nuestra democracia. Dijo que la libertad contraatacaría. Sabía que algo se avecinaba. Lo he visto hace solo unas horas. Ha sido como..., no sé cómo explicarlo. Ha sido como escuchar el eco del mundo siendo destruido, cuando ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Mel no dice nada durante unos segundos, enjugándose los ojos con una mano.

—No puedo imaginar por lo que has pasado, Ray —susurra—. Estábamos lo bastante lejos como para escapar de sus garras, aunque la infiltración en ZolaCore fuera lo bastante profunda como para que supieran de nuestra estación. También nos hemos tenido los unos a los otros para ayudarnos a procesarlo todo. Tú has estado solo ahí dentro, luchando por sobrevivir y rodeado de muerte.

—Soy yo el que ha tenido suerte. —Mi voz es baja mientras intento contener las lágrimas que se han ido acumulando durante horas—. Estaba en el laboratorio cuando mis amigos y compañeros del otro lado de mi puerta fueron masacrados a sangre fría. Y yo estaba aquí arriba cuando millones..., miles de millones... Quién sabe cuántos inocentes exhalaban su último aliento en la Tierra.

»No ha sido fácil, pero no estoy aquí sentado sintiendo lástima de mí mismo. Estoy aquí sentado, enfadado con los cabrones que han hecho esto. Estoy aquí, más decidido que nunca a volver a casa y proteger a mi familia mientras la libertad contraataca para que esos animales paguen por lo que han hecho.

Mel responde con un asentimiento, pero es mucho más débil que de antes, casi como si quisiera estar más de acuerdo conmigo de lo que está en realidad.

—Si estás en lo cierto sobre esos búnkeres y que pusieron a salvo al presidente Williams, podría haber una perspectiva de reconstrucción y de pedir cuentas a los culpables —me explica—. Pero, por lo que hemos oído sobre el grupo responsable, no parece que quisieran sobrevivir. Ray, esto no parece un atentado en el sentido tradicional, es más a un intento de destrucción absoluta ideológicamente motivado.

Bueno, al menos hemos llegado a la misma conclusión.

Cuando he pensado en todo esto por primera vez, me he quedado con la sensación de que la venganza no es mi principal motivación, ni siquiera una buena motivación.

Sin embargo, la rabia que siento es tan fuerte que no se parece a nada que haya conocido antes. No estoy orgulloso, pero tampoco creo que nadie pueda criticarlo.

Salir con vida de esta estación olvidada de la mano de Dios y volver a casa con mi familia es mi prioridad número uno. Lo siguiente es salir del búnker y reconstruir lo que sea posible. Esas motivaciones me llevarán más lejos de lo que podría hacerlo la ira.

Y luego está asegurarme de que mis hermanos y hermanas caídos tengan la despedida más digna que podamos darles.

Hay que asegurarse de que los animales de Barnet no mueran en sus tanques. Está Laika, por supuesto, y también hay un montón de datos aquí sobre los avances científicos que tal vez

podrían ayudarnos a reconstruir algunas cosas mejor de lo que nunca fueron.

Vale, estoy buscando un resquicio de esperanza con esto último.

Pero, al menos, está mi investigación sobre la teocita.

Estoy en el espacio y he estado trabajando con ZolaCore, así que me he centrado en las aplicaciones para la propulsión. Pero, en realidad, la potencia y eficacia de las reacciones que he catalizado con pequeñas cantidades de teocita ultracalentada y BioZol de fácil síntesis es enorme. Podría suponer una auténtica revolución en la generación de energía terrestre.

Y eso sin hablar de todo en lo que Vinner estaba trabajando, con el exoplaneta habitable y los asteroides increíblemente valiosos que mi avance en combustible puede poner a nuestro alcance.

Entiendo que también cuento con que haya sobrevivido algún tipo de infraestructura para que algo de esto importe, algo sobre lo que la «destrucción absoluta» y el pulso electromagnético que ha especulado Mel no me hacen sentir demasiado seguro.

Un pulso electromagnético habría acabado con todos los aparatos electrónicos dentro de su alcance, estuvieran o no conectados a la red. Lo único que hubiera sobrevivido con toda seguridad sería lo que estuviera blindado de forma deliberada y muy cara para protegerlo contra ese tipo específico de ataque.

Pero entre ZolaCore y el Gobierno, tengo que creer que los búnkeres podrían estar blindados contra todas las amenazas. Seguramente ese sería el objetivo.

Lláname optimista, pero, durante décadas, los superricos han estado comprando espacio para búnkeres en Nueva Zelanda. Lo que sabemos debe ser la punta del iceberg. Tiene que haber más cosas bajo la superficie —literalmente— de lo que puedo imaginar.

Lo mismo ocurre con las instalaciones gubernamentales.

Hay tantos grandes proyectos se que se han tachado de conspiraciones durante cincuenta y sesenta años, y después de todo ha resultado que eran reales... Es cierto que los enormes complejos de búnkeres no son baratos. Pero, comparado con la logística de la exploración espacial, e incluso con algunas de las cosas que Zola ha estado intentando hacer en el fondo del mar, son una gota en el océano.

—¿Cuánto puedes ver desde tu ubicación? —En cuanto suelto la pregunta, es como si hubiera roto un tabú—. Y has dicho que estás en una estación de observación y que está de camino a la Tierra, ¿verdad? ¿Así que estás en una nave espacial, no en una estación orbital? ¿Qué ves? ¿Las cosas en las que Vinner estaba trabajando?

—¿Sabías lo que hacía Michael Vinner? —responde Mel, claramente sorprendida.

Sacudo la cabeza.

—Lo he visto en su laboratorio, antes de encontrar el robot. Pero, en fin...

—Por supuesto —dice ella—. Lo siento. No hay tiempo para explicarlo todo ahora, Ray. No cuando tenemos cuestiones más urgentes de las que ocuparnos. Pero entiendo tus preguntas. La PetraVista es una estación de observación centrada en el seguimiento de los movimientos de asteroides distantes y otros cuerpos celestes de interés. La instrumentación de la que disponemos no nos permite obtener imágenes claras de la superficie de la Tierra: observamos objetos mucho más pequeños y lejanos. En realidad, estás en una posición mucho mejor para acceder a las imágenes de cualquier satélite que siga operativo, y sin duda podremos hablarte de eso pronto.

—Y estáis de camino de regreso a la Tierra —digo—. Lo que significa que ya has alterado tu rumbo una vez...

Por primera vez, una sonrisa se dibuja en los labios de Mel.

—No vamos a dejarte ahí, Ray. Ya vamos.

No lo llamaría tranquilidad, pero me invade una oleada de algo muy fuerte.

—¿Cuándo? —pregunto—. ¿A qué distancia estáis?

La escala de la visualización de radio que he visto antes no facilita en absoluto la estimación de la distancia. Estoy a solo unos cientos de kilómetros de la atmósfera de la Tierra, y mi punto verde era indistinguible del borde del planeta cuando el punto de Mel ha aparecido en el extremo derecho de la pantalla. No tengo ni idea de dónde están.

—Llegaremos en cuatro días —responde. Hay emoción contenida en sus palabras y las pronuncia con tanta cautela que pienso que se siente un tanto insegura de cómo reaccionaré.

Respiro despacio. Cuatro días. Cuatro días y estaré fuera.

Son tres días más de lo que esperaba cuando he rezado para que alguien en la Tierra me recibiese, pero la «destrucción absoluta» a la que se refería Mel me hace dudar de que haya demasiadas naves espaciales en funcionamiento ahí abajo.

Con eso en mente, la existencia de su estación secreta es una bendición que debo agradecer.

Sí. Considerándolo todo, podría haber sido mucho peor que cuatro días.

—Está bien.

—¿Tienes provisiones suficientes? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—Claro. Aquí hay suministros para mucha más gente que yo. El flujo de aire es bueno, el agua funciona. Todo funciona. Cada hora y cada día extra conlleva el riesgo de que algo se desconecte y no sepa cómo arreglarlo, pero al menos ahora os tengo a vosotros para ayudar. ¿Dónde están tus compañeros de tripulación, de todas formas?

Mel mira por encima del hombro antes de volver a la cámara.

—Dos no saben el alcance real de lo que ha sucedido. No les he informado del vídeo de los terroristas ni de su ultimátum a Zola. Mi subcomandante lo sabe todo. Bueno, no de ti. Lo sabe todo excepto lo que acabo de descubrir. Pero los otros dos no saben mucho.

No puedo ocultar mi sorpresa ante esto.

—¿Por qué les mientes?

—Yo no lo diría así. Por lo que yo sé, éramos los cuatro últimos humanos vivos. Me has dado esperanzas con todo lo que me has contado sobre los búnkeres. Pero, aun así, si mis compañeros de tripulación saben que la Tierra ha recibido semejante golpe, van a temer por sus familias aún más de lo que ya lo hacen. Tienes una razón directa y tangible para pensar que tu familia ha sido evacuada con éxito a un búnker. Ellos no. Y este es un ambiente peligroso para la histeria, Ray, muy muy peligroso. Controlar el flujo de información delicada durante una situación como esta es una de mis responsabilidades.

Vale, entiendo su punto de vista.

—Así que cuatro días —reflexiono—. ¿Podéis atracar aquí, o me evacuaréis por una de las esclusas de emergencia? Me he entrenado para eso.

Los ojos de Mel se entrecierran.

—Ay.

—¿Ay? —Repito instintivamente, inclinándome hacia adelante. No me gusta ese tono, ni la expresión de su cara.

Se frota la nuca con torpeza, incómoda.

—Ray, el PetraVista no puede acoplarse. Estás entrenado para lanzar tu cápsula de escape para una interceptación de emergencia, ¿verdad?

Mis hombros se desploman.

Estoy infinitamente más cerca en mi camino para volver a casa que hace veinte minutos, pero tenía que haber una trampa.

¿Quiere que me lance en la cápsula de escape para un interceptado de emergencia?

Sí... Definitivamente no estoy entrenado para eso.

—Así que, para que quede claro —digo—, ¿quieres que me meta en esa lata y la lance al espacio, con la esperanza de que me atrapéis?

Mel sacude la cabeza.

—Hay muy poca participación humana en el proceso de interceptado. Pierre, mi subcomandante, también tiene mucha experiencia en el entrenamiento de pilotos. Puede explicarte todos los aspectos del lanzamiento si no encuentras lo que necesitas en las guías. Puedes llevar cámaras y radios remotas a la cápsula y él puede guiarte por el proceso tantas veces como quieras. Los cuatro días de viaje pueden jugar a nuestro favor.

Intenta hacerme sentir mejor y, en un sentido intelectual, sus palabras tienen sentido. En mi mente sé que no es como si fuera a lanzar una pelota diminuta al aire y esperar que la atrapen con sus manos, pero intenta decirle eso a mi corazón.

No es por el lanzamiento o por que me intercepten. Solo pensar en entrar en esa claustrofóbica cápsula de escape es suficiente para que mis recuerdos vuelvan en espiral al día del terrible accidente en que perdí a mi hermano.

Cualquier tipo de situación estresante me lo trae de vuelta. Desde que todo se ha ido a la mierda aquí arriba, ha sucedido a todas horas. Son muchas las cosas que me lo han hecho recordar, y cada *flashback* se reproduce como una película en HD en una pantalla que llena mi mente.

Primero ha sido ver a Justin... El primer cadáver que he visto desde hace tantos años. Luego ha sido intentar liberar a Yannick de debajo de la máquina expendedora mientras el agua derramada me empapaba las rodillas. La claustrofobia del traje EVA, la ceguera impotente antes de hacer estas gafas, la sensación de piel fría cada vez que tengo que tocar a alguien.

Pero ¿esto? ¿La idea de manejar un vehículo que nunca he utilizado en un intento desesperado por volver con mi familia, como tuve que hacer aquel día? Es casi demasiado, literalmente. Me toma de muy cerca.

Mi respiración se acelera, y no en el sentido habitual.

—¿Estás bien? —pregunta Mel.

Ella también lo ha notado.

Pongo una mano en el suelo para estabilizarme, aunque ya estoy arrodillado frente a la pantalla, con los dos asientos del centro de control ocupados. Tengo los ojos abiertos, pero no veo nada más que ese momento... el del inminente e inevitable impacto que me hizo atravesar el parabrisas.

El informe del forense dice que el choque no mató a Jack. Se ahogó. Habría muerto antes incluso de que yo bajara del acantilado para intentar apartarlo de las rocas, decía el informe. Pero intenta decirle eso a mi padrastro, Steve.

Maté a su hijo, y eso fue todo. Nunca le caí bien, pero después de eso me odió. Tampoco era el único con el que se desquitaba, y siempre me hacía saber que era culpa mía que él fuera así.

Nunca quiso que olvidara que Jack había muerto por mi culpa.

—¡Ray! —Mel me llama mucho más alto ahora—. ¡Háblame! ¿Estás bien?

Su voz es lo bastante fuerte como para hacerme retroceder, o tal vez es que no hay ningún otro lugar al que puedan ir los recuerdos que me atormentan. Esta vez han llegado hasta el final, lo que no suele ocurrir.

—Estoy bien —digo—. Gracias.

Parece más que aliviada al oírme hablar y verme mirar la pantalla.

—Necesitas dormir —dice.

No puedo discutirlo, pero también hay un montón de otras cosas que tengo que hacer. Algo que Mel ha dicho antes me hace pensar que podría acceder a imágenes de satélite tomadas después de los atentados, lo que podría ser inestimable para ayudarnos a saber dónde aterrizar.

—Nada de lo que crees que tienes que hacer ahora es más importante que descansar —insiste. Vaya, supongo que soy así de fácil de interpretar—. Apuesto a que tampoco has comido ni bebido mucho —continúa—, con todas las crisis entre las que has estado saltando. Pero tu cerebro necesita descansar tanto como tu cuerpo. Pierre y yo te hablaremos tanto o tan poco como quieras cuando te despiertes, ¿de acuerdo? Ya has hecho cosas más difíciles que lanzar esa cápsula, Ray. No lo olvides.

Tiene razón en todos los frentes.

Hombre, de verdad que es bueno tener a alguien con quien hablar.

—Tú ganas —digo—. Dormiré.

—Todos ganamos. —Mel sonríe.

Asiento con la cabeza.

—Está bien. Pero ahora que estoy aquí y puedo controlar todos los sistemas de la estación, hay algo de lo que tengo que encargarme de inmediato...

—¿Conoces este sistema informático? —le pregunto a Mel—. ¿El mío funciona con el mismo sistema operativo que el tuyo?

—Mmm, me imagino que gran parte de la infraestructura central será la misma, pero estamos en dos estaciones muy diferentes —responde—. ¿Qué necesitas saber?

Mis ojos revolotean por la pantalla a mi derecha, que pertenecía a Lily, nuestra subcomandante. No quiero hacer nada en la pantalla del comandante Harrison, ya que podría cortar la conexión con Mel.

—Estoy seguro de que podría averiguarlo —digo—. Estoy buscando los controles atmosféricos. Necesito bajar la temperatura en ciertas zonas, tal vez incluso anularla para establecerla por debajo de lo que el sistema espera que yo desee. ¿Sabes si hay un acceso directo a una guía completa en alguna parte? ¿O una forma de compartir mi pantalla para que puedas echar un vistazo, en caso de que sea el sistema al que estás acostumbrada?

Mel no puede ocultar su confusión.

—¿Por qué quieres pasar frío?

—Hay muchos cadáveres —le digo, sin necesidad de entrar en detalles.

La naturaleza del suministro de aire de la estación ha ralentizado su descomposición lo suficiente como para evitar que la situación sea más incómoda de lo que es, pero no es una solución mágica.

Mel inclina la cabeza hacia atrás lentamente en un silencioso medio asentimiento de comprensión.

—La mayoría están en el comedor y en los dormitorios —le digo—. Si puedo convertir esas zonas en neveras, la mayor parte del trabajo estará hecho. Tendré que mover a los de los pasillos, los de aquí y los de mantenimiento, ya que son lugares a los que necesito acceder, pero la temperatura del comedor y los dormitorios tiene que bajar en serio. ¿Puedes ayudarme?

Paso a paso, Mel me explica cómo compartir mi pantalla para que ella vea exactamente lo mismo que yo.

En un momento dado, jugamos con la idea de una solución menos directa: una pequeña cámara portátil. Es Mel quien la ve en la solapa de Harrison. Como comandante, supongo que siempre tenía que compartir sus acciones con los altos mandos de la sede neozelandesa de ZolaCore.

La idea de Mel es que la conecte al ordenador de Harrison y la apunte al de Lily, para que ella pueda ver en directo lo que yo veo.

Al final, sin embargo, conseguimos compartir la pantalla y Mel ve todo lo que hay en el sistema de Lily.

—¿Eran sus hijos? —pregunta, observando la imagen de fondo. Odio el sonido de ese pasado «eran», pero estamos donde estamos.

—Su sobrina y sus sobrinos —le digo.

Mel suspira con tristeza.

—Seguro que no hay muchos padres jóvenes ahí. Los contratos en El Faro son anuales, ¿no? Excepto para invitados como tú. Aunque seguro que estos meses han sido duros. ¿Cuántos años tiene tu hijo?

Le digo que Joe tiene siete años. No hace falta añadir que técnicamente no es mi hijo, ni siquiera mi hijastro, porque yo soy todo lo que ha conocido.

No rehúyo esas etiquetas y ser una mejor figura paterna para Joe de lo que mi padrastro lo fue para mí es el objetivo más importante de mi vida, pero tampoco me desvío de mi camino para subrayarlas.

—Siete años es una buena edad —reflexiona Mel—. Los míos están crecidos, más cerca de tu edad que tú de la mía. No podría haberlos dejado cuando eran tan pequeños. Pero, volviendo a los controles de temperatura...

No tardamos en encontrar los controles por zonas. Lo averiguamos a través de la guía del sistema, que parece que va a ser un hallazgo impagable para ayudarme a hacer todo tipo de análisis en los próximos días.

Mejor aún, como he iniciado sesión como Lily, puedo anular la temperatura mínima normal y bajarla tanto como el sistema lo permita. Tomo nota mental para coger algo de comida mientras estoy en el comedor, porque va a hacer mucho frío muy pronto.

—No bajaré la temperatura hasta que haya despejado las demás zonas y esté todo el mundo dentro —digo—. Ahora que tengo al robot, creo que aseguraré algunos carritos juntos y haré que la chica los arrastre por el pasillo. Sería agotador mover a una persona cada vez cuando hay docenas de los que ocuparse.

—¿Has dicho «la chica»? —pregunta Mel con una ligera risita—. Has encontrado un robot hembra, ¿no?

No puedo evitar reírme yo también.

—El nombre del modelo es Robex-2 —explico—. Pensé en Bex para abreviar. Y el loro parecía un él, así que un poco de equilibrio no venía mal.

Los ojos de Mel se abren de par en par.

—¿Un Robex 2? Vaya, no sabía que Vinner jugaba con un Modelo 2. ¿Parecía que se centraba en la destreza o en la potencia?

—No lo sé —admito—. Hay diferentes accesorios.

—Se están perfeccionando constantemente para posibles aplicaciones mineras —explica—. Piensa en minas de diamantes, de cobalto, de oro... Y luego imagina mineros que no se cansan, que no necesitan herramientas, que ni siquiera necesitan luz ni oxígeno. De ahí surgió Robex-1, la división de investigación terrestre de ZolaCore.

»Zola compró un prototipo más pequeño a una de las empresas mineras tradicionales y lo mejoró todo para el Modelo 1. Conoces mejor que nadie su fascinación por los fondos marinos, sobre todo desde que se descubrió la teocita, y el Robex-1 es tan bueno bajo el agua como en tierra. Pero ahora miramos más allá, buscamos el potencial de la minería de asteroides. Ahí es donde entra el Modelo 2.

Una lección que no esperaba, pero que sin duda es esclarecedora. Mel sabe lo que hace y es muy franca, lo cual es estupendo para mí.

Me cuenta algunas cosas más sobre los Robex-2, como que son compatibles con los llamados

chips de autonomía de ZolaCore, que funcionan como cerebros que permiten a los robots pensar y actuar por sí mismos.

Mel afirma que es necesario realizar muchas más pruebas antes de que los cerebros de última generación se combinen con los nuevos y robustos cuerpos de los modelos Robex-2, y entiendo por qué.

Es interesante, sin duda, pero tenemos mucho que hacer.

—¿Quieres que deje algo más en la pantalla de Lily mientras me encargo de esto? —pregunto—. ¿Algo que quieras mirar por encima?

Mel niega con la cabeza.

—No puedo controlar la pantalla, así que no hay mucho que pueda hacer. Estaría viendo lo mismo durante el tiempo que estuvieras fuera. Pero quizás podrías coger la *bodycam* del comandante Harrison. Debería conectar con su sistema desde cualquier parte de la estación, además de los laboratorios independientes. También podrías llevarte sus auriculares. Así estaremos en contacto.

—Gran idea. —Le quito a Harrison los auriculares inalámbricos con toda la delicadeza que puedo.

Ahora que hemos encontrado la guía del sistema, es muy fácil conectar la cámara corporal y los auriculares para que Mel pueda ver y oír todo lo que hago.

—Será perfecto para tu entrenamiento en la cápsula de escape —me explica. Siento que mi respiración se acelera de nuevo en cuanto lo dice—. No, no, no, lo siento —salta al ver mi expresión—. Todavía no hay que pensar en eso. Respira hondo. Una cosa a la vez. —Hago caso de sus palabras y trato de concentrarme en el momento.

»Necesitas dormir —reitera—. Entiendo por qué quieres hacer esto ahora, Ray. Eres un muy buen hombre, pero, por favor, ocúpate de eso lo más rápido que puedas y luego prométeme que cerrarás los ojos al menos durante unas horas.

—Cuando por fin caiga después de todo esto, voy a estar inconsciente mucho más que unas horas —replico, manteniéndome lo más animado que puedo.

Mel sonríe.

—Me lo imagino. Y hablando de descansar... Si has encontrado el Robex-2 enchufado a una toma de corriente o a algún otro tipo de cargador, asegúrate de volver a enchufarlo en cuanto termines. Tiene sentido tenerlo preparado para cualquier cosa en la que puedas necesitar ayuda. Si no sabes dónde está el punto de carga, te aconsejo que conserves toda la carga que puedas. Sé que así será más difícil mover los cuerpos, pero puede que más adelante encuentres una tarea imposible sin el Robex.

—¿Como irrumpir en el último laboratorio sellado? —pregunto.

Mel expulsa aire de sus labios.

—Ray, has hecho lo que tenías que hacer, pero has tenido mucha suerte hasta ahora. No se sabe lo que hay en ninguno de los laboratorios estancos. El contenido podría ser extremadamente peligroso.

—O extremadamente útil —digo—. No he sacado mucho del primer laboratorio, solo a mi amiguito el loro, pero el segundo me ha dado a Bex y ella me ha traído aquí. Si me hubiera preocupado por lo que podría...

—Analizaremos los movimientos de Grainger y los de todos los demás en la estación una vez que hayas dormido —interrumpe Mel—. Ya no estás solo, Ray, y no estás luchando a ciegas. Podemos mirar las imágenes para ver quién ha entrado en ese laboratorio y, una vez que encontremos un manifiesto de la estación en el ordenador del comandante Harrison, sabrás qué

tipo de trabajo han estado haciendo. No hagas nada imprudente mientras tanto, ¿de acuerdo? No cuando estás tan cerca de salir de ahí.

Vaya.

¿Ya he dicho lo bueno que es tener a alguien con quien hablar?

Porque, en serio, qué bueno es tener a alguien con quien hablar.

Me habría conformado con cualquiera, pero alguien tan inteligente como Mel, que se relaciona con la vida en el espacio, es lo mejor que podría haber esperado. Ya puedo decir que es una gran persona con la que intercambiar ideas, y está aportando sus propias observaciones útiles.

Si juntamos nuestras cabezas y aprovechamos al máximo los cuatro días hasta que su equipo se acerque lo suficiente para interceptarme, creo que podremos descubrir mucho más sobre Grainger. También podemos trabajar juntos para asegurarnos de que no perdemos ninguno de los datos importantes que se almacenan aquí.

Mañana promete ser un gran día, con todas las imágenes de seguridad e incluso algunas imágenes por satélite que podremos estudiar en equipo, aunque supondrá, además, el comienzo de un incómodo pero necesario entrenamiento en la cápsula de emergencia. Intento no pensar en eso.

La última tarea que tengo que hacer antes de darles a mi cuerpo y a mi mente el descanso que tanto necesitan tampoco va a ser agradable. Pero, aunque no tengo muchas ganas de hacerlo, estoy deseando terminarlo.

—No haré ninguna tontería —prometo—. Me ocuparé de mis colegas y luego dormiré. Daremos los siguientes pasos cuando me despierte. Juntos. Solo tengo que hacer esto primero, ahora que por fin puedo.

Mel asiente muy despacio.

—Serás reconocido como un héroe cuando lleguemos a la Tierra y encontremos a los supervivientes —dice.

—Solo quiero volver con mi familia —respondo, con toda la verdad.

Me sostiene la mirada.

—Confía en mí, Ray: te llevaremos a casa. Solo tienes que aguantar hasta que lleguemos.

Hacer contacto con Mel es un verdadero salvavidas —literalmente—, pero tener acceso a los sistemas dentro del Centro de Control también tiene un montón de otros beneficios.

Por ejemplo, puedo ver las grabaciones de las cámaras de seguridad de toda la estación, lo que me permite asegurarme de que no se me escapa ningún cadáver en el puñado de lugares que no he pisado.

La principal zona que no he revisado es el muelle donde se encuentra mi cápsula de escape.

Un rápido vistazo a las cámaras me dice que está vacía, así que no tendré que ir allí hasta mañana, cuando espero que el subcomandante de Mel, Pierre, pueda guiarme y tranquilizarme para mi próximo lanzamiento. Por ahora, me alegro de haber aplazado mi primera visita en persona a la cápsula.

Las cámaras también me muestran el interior de cada uno de los laboratorios de la estación. La mayoría están cerrados, así que es una muy buena noticia descubrir que solo dos están ocupados.

Yannick no tenía acceso a todos y no sé quién trabajaba en cada uno, así que no he podido registrarlos en busca de información sobre lo que hacían los investigadores o de objetos que pudieran ser útiles. El acceso a la cámara es una gran oportunidad para obtener una rápida visión de conjunto, y no quiero desaprovecharlo.

—Puedo mirar más de cerca los laboratorios —ofrece Mel—. Podemos compartir la carga, Ray. Será mejor que tú hagas las cosas que puedes hacer en persona. No envidio algunas de esas tareas, pero eres el único que puede hacerlas.

Tiene razón.

—Gracias —le digo. Por ahora, me concentro solo en los dos laboratorios que están ocupados.

Los dos investigadores muertos están en las puertas, al parecer, intentaron huir, como los demás. Los que estaban trabajando en el momento del sabotaje de Grainger se desperdigaron por los pasillos en un intento desesperado por escapar. Puede que estos dos tuvieran alguna limitación física que los ralentizara, o tal vez solo una mayor susceptibilidad a la toxina.

Me acerco para observar mejor sus laboratorios y no veo nada que me llame la atención. Voy a entrar para sacarlos, de todos modos, pero la sensación de ser capaz de ver lo que está pasando en todos los rincones de la estación es difícil de describir.

Tanto tiempo tratando de averiguar cualquier cosa sobre lo que había ocurrido aquí, y ahora todo está al alcance de mi mano...

Mañana podremos investigar más a fondo qué se estudiaba en los laboratorios normales. Ya he recabado mucho de la investigación de Vinner sobre exoplanetas y minería de asteroides,

combinada con los ensayos de animación suspendida de Barnet. ¿Quién puede decir lo que aparecerá cuando comprobemos lo demás?

Eso sin pensar en el objetivo principal de rastrear los movimientos de Grainger para identificar posibles aliados, ni en mi inquebrantable deseo de mirar dentro de la última guarida real de misterio que ofrece esta estación: el cuarto laboratorio estanco.

Ver el terreno en una pantalla de ordenador también me permite planificar la ruta más eficaz para llevar a cada uno de mis compañeros a una de las recién designadas zonas frías. Estos pobres investigadores merecen una muerte digna. Haré todo lo posible por dársela.

Salgo del Centro de Control con la cámara corporal y los auriculares puestos, junto con las gafas improvisadas que no me he quitado desde que las he diseñado.

No quiero ni pensar en mi aspecto. Estas gafas de plástico no hacen más que aumentar las bolsas oscuras bajo mis ojos, junto con la barba desaliñada que me ha ido creciendo desde que me aislé en mi laboratorio para el último experimento de enriquecimiento con BioZol.

Antes de mover a nadie, reúno todos los carros que puedo encontrar. Son seis, cada uno con espacio para un cuerpo en el estante inferior y otro en el superior. Al unir los carritos, Bex podrá tirar de ellos, lo que me ahorrará mucho esfuerzo y tiempo.

A empujones podría mover a dos personas yo solo, pero incluso así el peso sería un reto. No sería demasiado duro en tiempos normales, pero después de mi falta de alimento, sueño, agua, respiro, analgésicos más fuertes... Sí, lo último que necesito es desplomarme.

Cada vez que he tenido que acercarme a mis compañeros, he sentido una horrible mezcla de culpa y rabia. La rabia permanece, más fuerte que nunca, contra la escoria que hizo esto y sus secuaces, que hicieron cosas aún peores en la Tierra.

La culpa es un sentimiento más difícil de describir. He estado cogiendo los móviles de mis colegas, moviendo sus manos y cabezas para utilizar sus datos biométricos de seguridad, y utilizando a estas personas reales con familias reales como medio para el fin de contactar con la Tierra y reunirme con los míos.

Siempre he intentado ser respetuoso, y no creo que hubiera sido capaz hacerlo si no hubiera sabido que llegar a la Tierra es la única forma que tengo de intentar asegurarme de que también vuelvan a casa.

Ahora que tengo una idea más completa de lo mal que están las cosas en la Tierra, con el término de Mel «destrucción absoluta» que todavía traquetea en mi mente, me resulta cada vez más difícil asumir que habrá alguna nave espacial capaz de despegar en breve.

E incluso si las hay, ¿pensará el Gobierno que nos quede que merece la pena enviar una misión para recuperar los cadáveres?

—¿Estás bien? —pregunta Mel cuando dejo de caminar.

«No puedo controlar lo que hacen los demás», me digo. Lo mejor que puedo hacer es reunir a todos los muertos en dos zonas frías y dejarlos en paz.

Apuesto a que cada uno de ellos creció soñando con ir al espacio, igual que yo. Supongo que El Faro no es el peor lugar de descanso final.

—Estoy bien —respondo, poniéndome en marcha de nuevo—. Es solo que resulta... difícil.

Mel ve lo que estoy mirando, pero no puede verme, igual que yo no puedo verla a ella. Nos escuchamos con los auriculares, sin embargo, que es mucho mejor que nada.

—Dice mucho de ti que estés haciendo esto, Ray —dice—. Dice mucho de la clase de hombre que eres.

—Gracias —suspiro. Las palabras no lo hacen más fácil, pero las aprecio.

Llevo mi convoy de seis carros a una de las esclusas de emergencia y empiezo a colocar a

mis compañeros para el corto trayecto hasta el comedor.

—Por Dios —murmura Mel—. No... no puedo creer lo que has tenido que hacer para llegar hasta aquí. En serio, no puedo. Ni siquiera soy capaz de mirar.

Lo peor es que me estoy acostumbrando. La rabia que me alimenta no se parece a nada que haya conocido y, si alguno de los compinches de Grainger sigue vivo en la Tierra, va a pagarlo con tantas creces como ninguna otra cosa en su vida.

Con Bex a mi lado, me pongo el guante y la coloco en posición de agarrar el carrito más adelantado.

Mel me da un consejo muy útil: puedo bloquear la posición deseada de la mano de Bex manteniendo un punto de presión en el lateral del guante durante unos segundos.

Eso me permite quitarme el guante y liberar mi mano vacía, sin afectar al sólido agarre de Bex. Así es mucho más fácil controlar sus pies con el mando a distancia.

Una vez más, los consejos de Mel me hacen estar muy agradecido por los beneficios secundarios. Lo que me habría llevado horas por mi cuenta me lleva unos cuarenta minutos con la ayuda de Bex y el consejo de Mel.

En los dormitorios, me tomo unos minutos para asegurarme de que he cubierto todas las caras con las mantas y fundas de almohada cercanas. En comparación con los demás, sigo pensando que estas personas fueron las que tuvieron más suerte: dormir y no despertar. Sus cuerpos ya parecen descansados y solo puedo esperar que sus almas también lo estén.

Uno de los momentos más duros llega cuando empiezo a trasladar a Barnet al comedor. Laika, su loro superviviente, aparece en el momento justo. Se me saltan las lágrimas al ver que el pequeño se posa en el carrito y se acurruca contra Barnet.

No sé lo listos que son los loros o si Laika tiene algo especial, pero sabe con una seguridad del cien por cien que Barnet ha muerto y está cien por cien desconsolado por ello.

Una cosa que todos sabemos es que los loros se suelen encariñar con una persona. La persona de Laika está muerta, y supongo que soy bastante afortunado de que se haya encariñado conmigo.

No estoy seguro de que el pájaro pueda ayudarme de verdad, pero seguro que podría ser un grano en el culo si quisiera. La leche, el incidente de las lentillas lo demuestra, y ni siquiera intentaba estorbar.

Una gran parte de mí piensa que Laika sabe que estoy haciendo lo que es correcto para Barnet también. En cuanto llevo el carrito hasta el comedor, baja volando y se queda delante de la puerta.

No quiere entrar.

No puedo culparlo, ya que yo tampoco quiero, pero hay que hacer lo que hay que hacer.

Cuando Barnet está dentro, me vuelvo y veo a Laika mirándome.

—Leeroy... ¿OK? —dice. La entonación suena como una pregunta.

Leeroy.

Así que eso es lo que la ele de L. Barnet significa.

—Ray Ray —dice Laika, moviendo los pies de un lado a otro—. ¿Leeroy OK? ¿Leeroy No-OK?

—Leeroy no-ok. —Imagino que es su forma de confirmar que su viejo amigo se ha ido para siempre.

Nunca había oído a Laika decir «OK», y ahora pienso que entiende muchas más palabras de las que suponía. Tal vez hable más a medida que se sienta más cómodo conmigo.

Sin embargo, lo que está sintiendo es demasiado evidente, y lo siento por él.

Me agacho y lo acaricio con suavidad.

Puede que la cara de un loro no sea tan expresiva como la de una persona, pero créeme: está enfadado.

Minuto a minuto, estoy cada vez más decidido a sacar a este pequeñajo sano y salvo de la estación cuando me vaya.

Admito que no he tenido la mejor primera impresión de Leeroy Barnet al ver las hileras de tanques de animales que llenan las paredes de su laboratorio, pero la forma en que Laika parece estar triste me hace pensar que probablemente era un tipo bastante cariñoso.

—Volveré pronto —le prometo.

Entro en el comedor, que supone un reto mucho mayor que los dormitorios en cuanto a dejar a las víctimas con toda la dignidad que pueda. Para empezar, hay mucha gente y muy poco con lo que cubrirlos, y también depende de mí dejarlos a todos en posturas más pacíficas de en las que los encontré.

Esto es muy duro. Una vez que tengo a mis compañeros alineados, siento que todo me golpea más fuerte que nunca.

Pero es mi cruz y no puedo compadecerme de mí mismo. Soy la única persona en este comedor que puede llegar a casa vivo, por un golpe de pura suerte en el que yo estaba en un laboratorio sellado cuando todo esto sucedió. Soy el afortunado.

Acabo usando un montón de fundas de almohada que he cogido de los dormitorios para tapar a todo el mundo. Al terminar, cojo algo de comida del bufé del desayuno, ya que no pienso volver a entrar aquí después de cerrar la puerta y bajar la temperatura.

También cubro la cara de Grainger. Faltarle el respeto a un cadáver solo me rebajaría a su nivel, y no pienso hacerlo.

Lo he puesto en la zona de la cocina, lejos de los demás, para que cualquier equipo de recuperación que pueda venir sepa enseguida quién es. Tampoco quiero que los familiares de los científicos tengan que pensar que el asesino yace junto a sus seres queridos.

Con un trabajo difícil por fin terminado, retrocedo hasta la puerta principal. Laika sigue allí mientras hago una breve pausa para asimilarlo todo.

—Siento que debería decir algo —le digo a Mel. Ella no responde—. ¿Mel?

—Estoy aquí —dice—. Lo siento. En serio, no podía mirar. Has hecho más de lo que nadie podría esperar, Ray. Pero, si quieres decir algo, estoy aquí contigo. Lo escucharé.

Contemplo la terrible escena que tengo ante mí.

He estado en tres funerales en toda mi vida: mi padre, mi hermano y mi madre. Era demasiado joven cuando murieron mis otros abuelos y no habría ido al de Steve ni aunque mi vida dependiera de ello. No después de cómo nos trató a los dos.

Lo que digo es que no sé cómo se supone que van estas cosas.

Todo lo que puedo hacer es dar lo mejor de mí.

—Cada uno de estos hombres y mujeres vivió su vida en pos del progreso científico en beneficio de toda la humanidad —digo—. Renunciaron a una vida cómoda en la Tierra para trabajar en esta estación. Estas personas, que representan lo mejor de la humanidad, han muerto sin sentido a manos de un maníaco estúpido que solo ve lo peor en ella. Sus vidas y sus muertes no serán olvidadas. Que descansen en paz.

—Que descansen en paz —repite Mel—. Muy conmovedor, Ray. Y tienes razón: estas muertes no se olvidarán. Esto no lo perdonaremos jamás.

Cuando por fin me dispongo a irme a la cama, Mel me recuerda que recargue a Bex.

—Hasta mañana, colega —le digo a la robot. Conecto su gran batería a la toma de corriente del laboratorio de Vinner para que esté lista para funcionar. Ha sido un primer día infernal para nuestro extraño dúo, eso seguro.

Laika me sigue desde que he dejado a Barnet en el comedor. Su presencia me recuerda que al menos algunos de los otros animales de Barnet tampoco están muertos.

No puedo hacer nada por ellos a corto plazo, pero seguiré manteniendo la esperanza de que puedan volver a la Tierra al mismo tiempo que el resto de la tripulación.

El nivel de destrucción allí abajo seguramente ha acabado con innumerables animales, además de personas. Bromeaba al decir que su laboratorio me recordaba al arca de Noé, pero la colección de Barnet podría acabar siendo un importante respaldo genético para lo que la naturaleza ha perdido.

No tengo ni idea de lo grande que son los búnkeres y lo que contienen, así que sigo rezando para que ofrezcan suficiente protección a los pocos afortunados que hayan logrado bajar.

La mención de Mel de un ataque del pulso electromagnético, que paralizaría cualquier infraestructura eléctrica que hubiera sobrevivido a los desastres anteriores, era casi lo último que quería oír. Intento no pensar demasiado en ello, y me repito que un búnker gubernamental de emergencia debería ser resistente a todas las amenazas.

Solo me queda esperar.

Pero en un sentido mucho más amplio, mis principales esperanzas se sienten mucho más justificadas que antes de que Bex me abriera paso al el Centro de Control y Mel respondiera a mi llamada de socorro.

No estoy solo.

Tengo un viaje de regreso a la Tierra.

Las cosas no van a ser fáciles, pero se mueven. Y pronto saldré de esta estación olvidada de la mano de Dios, de vuelta a la Tierra. De vuelta a los brazos de Eva y Joe para cumplir mi promesa de que volvería en cuanto finalizara mi experimento. De acuerdo, llegaré unos días más tarde de lo planeado. Estoy seguro de que me perdonarán.

Siempre que las cosas se ponen abrumadoras, me gusta recordar que no puedo controlar el mundo, pero que puedo hacer todo lo posible por cuidar de mi pequeña parte de él. Es más difícil de lo normal tenerlo presente ahora mismo, pero quizá sea más cierto que nunca.

En un mundo caótico, mi familia me necesita y yo los necesito a ellos. Dentro de cuatro días volveremos a estar juntos y eso es lo que más cuenta.

Créeme, sé lo afortunados que somos de que mi familia recibiera una invitación al búnker.

Por nada del mundo dejaré que esa suerte se desperdicie.

Con un día ajetreado por delante y, con suerte, un montón de avances relacionados con satélites y cámaras de seguridad, sé que querré ponerme manos a la obra en cuanto me despierte. Con eso presente, decido darme una ducha rápida, la primera en demasiado tiempo, e incluso me tomo unos minutos para afeitarme la cara.

Cuando me quito las gafas improvisadas en el baño, me doy cuenta de la diferencia que han supuesto. No son perfectas y a veces sigo entrecerrando los ojos para leer textos pequeños, pero digamos que afeitarse sin ayuda visual es todo un reto. Es más, es un reto que me recuerda lo difícil que sería seguir luchando si no hubiera juntado estas cosas tan feas.

En cuanto termino, recojo el resto de mis cosas de mi habitación, que se está enfriando con rapidez, y me las llevo a donde voy a dormir.

Me vuelvo a poner las gafas y la *bodycam*. La cámara corporal no es tan importante ahora que solo voy andando a la cama, pero me la vuelvo a colocar de todos modos.

Mi «cama» para esta noche —y las siguientes— va a ser en realidad la silla del comandante Harrison en el centro de control. Hay dos razones: la primera es que no puedo dormir en mi habitación. No cuando estoy convirtiendo toda esa zona en una nevera portátil. La segunda, que me empuja hacia el Centro de Control por encima de cualquier otro sitio, es que quiero estar localizable al instante.

Claro, el auricular funciona, pero quiero ser capaz de ver a Mel si llama y quiero estar justo al lado del sistema informático si me necesita para algo.

Camino a paso ligero de regreso al Centro de Control, ahora vacío, y coloco sus sillas lo más cómodamente que puedo.

—Voy a quitarme los auriculares mientras duermo —le digo a Mel—. Todavía te oiré a través de los altavoces de la pantalla si necesitas despertarme.

Ella asiente.

—De acuerdo, pero no te despertaremos a menos que sea realmente necesario. Has hecho muy bien en mantenerte al día y llegar hasta aquí, Ray. Pero, después de tanto esfuerzo sostenido, necesitas dormir todo lo que puedas.

No se equivoca.

La última vez que me quedé dormido estaba dentro de mi laboratorio, robando unas horas mientras mi última muestra de teocita se calentaba hasta su punto de enriquecimiento. Recuerdo que cerré los ojos para soñar con la diferencia que mis resultados podrían suponer para la humanidad en la Tierra e incluso más allá.

Esta vez, solo sueño con una cosa: todo lo que quiero es volver a la Tierra y reunirme con las dos personas por las que vivo.

Cuando me siento a la deriva y mis pensamientos empiezan a pasar los filtros habituales de la duda y la vacilación, ese reencuentro parece cuestión de tiempo.

Gracias a Mel y a su equipo, tengo una verdadera vía a casa. Todo lo que tengo que hacer es seguir vivo y hacer lo que me dicen.

Y he seguido vivo todo este tiempo sin ellos, pienso, alejándome por fin.

¿Hasta qué punto puede ser difícil aguantar unos días más?

Supongo que si lo divides por el número de noches que debería haber dormido y no lo he hecho, dieciséis horas no parecen tantas.

¿Verdad?

No importa. No voy contrarreloj como cuando el suministro de aire disminuía con cada respiración y, en todo caso, ahora tengo tiempo.

No demasiado, sin embargo, ya que todavía hay mucho que quiero hacer en los tres días que me quedan hasta que PetraVista, la estación-nave espacial de Mel, llegue.

Me siento como un hombre nuevo en cuanto abro los ojos. Es como estar sediento de verdad: no sabes lo que es el cansancio hasta que lo sientes, e incluso entonces solo te das cuenta cuando por fin consigues saciarlo.

Lo primero que veo es una cara nueva en la pantalla.

Cojo mis gafas improvisadas del escritorio para ver mejor. Ya está: un detalle.

Es más joven que Mel y no mucho mayor que yo. Unos cuarenta años, si tuviera que adivinar.

—¿Pierre? —pregunto, incorporándome en la silla.

Él sonríe ampliamente y mira a la cámara.

—Ahhh, ¡está vivo! Empezaba a dudar de las facultades de la comandante Lomond.

Vale, dieciséis horas es mucho tiempo. Entiendo el comentario.

Estoy lo bastante despierto como para recordar que la comandante Lomond es Mel, aunque solo me dijo su apellido una vez. Soy bastante bueno con los nombres.

—¿Mel te ha contado mucho? —le pregunto.

Pierre hace clic en un ratón o *trackpad* invisible para cerrar lo que estuviera mirando, luego se mueve en su silla para centrarse en mí.

—Ha pasado una dura prueba, señor Barclay —dice—. Y, por lo que he oído, se ha manejado usted muy bien.

—He tenido algo de ayuda. —Y no, no es falsa modestia, es que no estoy acostumbrado a recibir elogios. Y he tenido algo de ayuda, aunque haya sido principalmente de gente muerta y de un robot.

Puede que sea el último superviviente, pero, sin Yannick o Bex, ya estaría acabado.

—La individualidad no existe en un equipo, señor Barclay, pero ahora mismo no hay ninguno en El Faro. Esto lo ha hecho usted solo.

—Puedes llamarme Ray —le digo. Puedo soportar las palmadas en la espalda, al menos durante unos minutos más, pero no me gusta ese tipo de formalidad. Si fuera gilipollas, le diría que en realidad soy el doctor Barclay, pero tampoco es mi estilo—. Y Mel dijo que hay una cosa

en la que puedes ayudarme. Solías entrenar pilotos, ¿verdad?

Una sonrisa cruza su rostro.

—¡Los días más felices de mi vida! Y te alegrará saber que tu cápsula de escape prácticamente vuela sola. Aunque eso no significa que no podamos divertirnos. Me temo que tendrás que quitarte esas atractivas gafas para el viaje, porque el traje presurizado es necesario y esas cosas no caben en tu casco.

«Buenas y malas noticias», pienso con un suspiro, y las malas son mucho más malas que las buenas. La sola idea de volar a ciegas me trae de nuevo los recuerdos del accidente.

—¿Estás bien, amigo? —pregunta Pierre.

Me sacudo los pensamientos y me fuerzo a asentir.

—Sí. Estoy... Sí. Estoy bien. Entonces, ¿me lo vas a explicar todo?

—Cuando quieras —afirma—. La comandante Lomond dijo que tienes una buena cámara y auriculares para que pueda ver exactamente lo que ves.

Asiento con la cabeza.

—Claro que sí. Y ahora puedo enseñarte las imágenes de la cámara de seguridad del muelle de aterrizaje si quieres echar un vistazo a la cápsula. Supongo que nunca se ha usado, así que quizá tengamos que hacer algunas comprobaciones.

—Sin duda —me anima Pierre—. Pero las mejores vistas las tendré cuando estés cerca. Si vamos a ver alguna imagen de tu pantalla antes de eso, tengo algunas ideas mejores que las imágenes de la cámara.

Soy todo oídos, naturalmente, y escucho con atención mientras Pierre me explica cómo acceder a todas las imágenes de satélite a las que tiene acceso a El Faro.

Hay muchas complicaciones políticas en torno al acceso a los satélites meteorológicos y GPS. En mi opinión, los problemas radican en la obstinación de los dirigentes, resentidos con Zola por gastar dinero en programas espaciales cuyas miopes visiones del mundo consideran un despilfarro. Por eso no podemos acceder a ningún satélite financiado con fondos públicos.

Pero, a pesar del gran número de satélites a los que no podemos recurrir, Pierre me explica cómo acceder a las imágenes de la flota de satélites TerraVista que ZolaCore lanzó hace unos años. Su principal objetivo era explorar la superficie terrestre —y los océanos— en busca de oportunidades de explotación minera comercial.

Aunque muy poco de esto es de dominio público, sé a ciencia cierta que el lugar del Pacífico Sur donde se descubrieron los primeros yacimientos de teocita fue identificado por un satélite TerraVista. Al principio no sabían lo que habían encontrado, solo que se trataba de un yacimiento mineral muy anómalo. El resto es historia.

Lo que no sé hasta que Pierre me lo cuenta es que él mismo fue el analista que detectó la anomalía en ese lugar.

—¿Tienes la sensación de que no es casualidad que toda esta mierda ocurriera cuando ocurrió? —Suspiró lentamente—. ¿Como que tal vez los terroristas sabían en qué estabas trabajando y lo que Zola pensaba que podíamos hacer con ello?

Frunzo los labios y parpadeo para disipar el cansancio.

—Pierre, he estado pensando en eso desde que me enteré de que el objetivo de los terroristas era impedir que la humanidad abandonara la Tierra. Siento que, si no hubiera publicado mi tesis y exagerado las aplicaciones potenciales del combustible enriquecido, tal vez...

—Al menos no eres el tipo que encontró la teocita en primer lugar —me interrumpe—. No es una competición, hermano, pero, créeme, sé cómo te sientes.

Nunca he entendido la idea de que «Mal de muchos, consuelo de tontos», o incluso que un

problema compartido es un problema reducido a la mitad. Sin embargo, en este momento siento que me quito un peso de encima, no porque crea que hay alguien más a quien culpar, sino porque hay alguien más que puede entender la culpa que siento.

—Puedes decirme que no debería sentirme mal y yo puedo decirte lo mismo —prosigue—, pero no vamos a creernos el uno al otro. Resulta que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones, ¿eh?

Ayer pensé exactamente lo mismo y todavía me cuesta estar en desacuerdo.

—Pero ¿qué es lo mejor que puedes hacer cuando estás pasando por un infierno? —pregunto. Pierre asiente, casi desafiante.

—Seguir adelante.

—Bingo. Entonces, ¿qué quieres ver en las imágenes? —pregunto—. Puedo compartir cualquier cosa que me ayudes a poner en esta pantalla.

—Veamos Culpeper, Virginia y el área alrededor del aeropuerto de Colorado Springs para empezar —dice Pierre—. Ahí es donde has oído que quizá haya búnkeres, ¿no?

—No es un quizá —respondo—. Y podría acercarme a Colorado Springs desde una imagen satelital, pero ni siquiera sé dónde está Culpeper.

Pierre sacude la cabeza.

—Ya somos dos. Empezaremos con Colorado. Miraremos las imágenes de todos los intervalos de tiempo que podamos. TerraVista es una flota grande, así que tendremos mucho con lo que trabajar y puede que incluso veamos movimientos de vehículos que indiquen el camino hacia el búnker. Si vemos signos confirmados de vida después del ataque en un lugar, pero no en el otro, sabremos dónde aterrizar. Si vemos vida en ambos lugares —o en ninguno—, iremos donde el terreno cercano parezca más favorable y donde la infraestructura circundante parezca más intacta. ¿Te parece bien?

—Mi familia está en Colorado —digo a bocajarro.

—De acuerdo —dice Pierre, sosteniéndome la mirada—. Entonces ya sabemos dónde queremos ver los mejores posibles...

Pierre muestra una paciencia infinita al explicarme los mecanismos de acceso a las imágenes por satélite. Gracias a él, no tardo demasiado en pillarle el tranquillo. Algunos de los iconos y opciones de menú son poco intuitivos, así que no sé cuánto me habría llevado hacerlo solo. Para ser sincero, no sé si habría podido hacerlo.

«Otra ventaja de contar por fin con aliados humanos», reflexiono con una sonrisa.

Empezamos por una vista de Colorado Springs y recorremos varios intervalos de tiempo. Por suerte, tenemos acceso a imágenes de cada pocas horas.

Sin embargo, cuando amplío la más reciente, el deleite es lo más alejado de lo que siento. Las calles de la ciudad están sin vida. El polvo cubre el suelo y se extiende sobre los coches abandonados en todos los ángulos. Los edificios siguen en pie y la única manera de describir la escena es que parece como si una potente bomba hubiera estallado en el cielo.

—Dios —es todo lo que Pierre consigue decir—. Esto pasó hace días y aún está así. Ray, no hay nadie. No queda nadie.

—¡Hay gente viva en los búnkeres! —estallo. Estoy más enfadado por lo que veo y por los responsables que por Pierre, pero me molestan mucho sus comentarios fatalistas.

—Pero ¿dónde? —pregunta—. Ninguno de los dos lo sabemos y no es como si pudiéramos entrar en Internet y buscar rumores. Los grandes proyectos suelen filtrarse y es difícil separar los que son reales de los que no, aunque no nos sirve de nada desde aquí si ni siquiera tenemos acceso a esas murmuraciones.

Antes de que esas últimas palabras salgan de su boca, ya estoy rebuscando en mi bolsa el lector de texto.

Lo saco y tecleo sin perder un segundo.

—Se supone que estas cosas nos permiten leer cualquier libro registrado en la Biblioteca del Congreso —le explico entusiasmado—. Todos están almacenados localmente en nuestros servidores. Tiene que haber libros sobre búnkeres secretos, ¿no? Aunque sean fabulaciones. Como has dicho, ¡puede haber visos de verdad en esas teorías!

Cuando levanto la vista, Pierre sonríe como un gato de Cheshire.

—Hacemos un buen equipo, ¿eh?

Mi búsqueda de «Búnkeres secretos» arroja más libros de los que me gustaría, así que los filtro para incluir solo las entradas que contengan las palabras «Colorado Springs» en su interior.

Todavía hay más de veinte, así que elijo el primero para empezar: *Cavar para sobrevivir: La historia secreta de los refugios nucleares de Estados Unidos*.

—Refugio nuclear de Cheyenne Mountain, —Leo en voz alta en cuanto el libro se abre en la página correspondiente—. Guau... Pierre, reconozco la entrada de este lugar de las películas.

Mira.

Cojo la cámara corporal y apunto a la página para que pueda verla. El texto dice que el búnker, que una vez sirvió como cuartel general del NORAD, el Mando Norteamericano de Defensa Aeroespacial, ya no se considera seguro.

—Eso es lo que ellos dirían —sostiene Pierre—. Y el mejor lugar para construir un nuevo búnker moderno es donde ya tienes uno que dejó de ser útil en los años 60. Es plausible, ¿no?

Me gusta su forma de pensar y le veo sentido. Encuentro más nombres de búnkeres en Colorado, algunos son solo habladurías y otros, reales. Todos tienen una importancia considerablemente menor que Cheyenne Mountain.

Pierre me dice cómo enviarle por radio todas mis imágenes satelitales de alta resolución, lo que le permitirá buscar de cerca las diferencias más importantes a lo largo del tiempo, las discrepancias que podrían indicar señales de vida y tal vez incluso movimiento alrededor de los refugios que buscamos.

Repito mi proceso de investigación con Culpeper, Virginia, en lugar de Colorado Springs.

Esta vez Pierre ve los resultados tan rápido como yo, gracias a la forma en que he colocado la cámara corporal.

—No puede ser. —Se ríe—. ¿Otra vez?

Yo también sonrío. Porque, al igual que en Colorado Springs, el primer resultado de Culpeper se refiere a un complejo gubernamental que sin duda existe y del que se rumorea que se ha ampliado desde que fue desmantelado.

Esta vez se trata de Mount Pony. Al parecer, en los 60 se construyó una instalación blindada para que la Reserva Federal almacenara efectivo de emergencia por si un ataque nuclear soviético diezmaba la economía nacional.

También fue un lugar designado para asegurar la «continuidad del Gobierno» lo que me hace albergar esperanzas. Después de todo, no sé si el presidente Williams fue evacuado al búnker de Virginia cuando se lo llevaron en el Marine One. Este encaja perfectamente.

—Estoy aún más seguro de que ese es el correcto —digo—. Ninguno de nosotros ha oído hablar de Culpeper, ¿y ahora resulta que hay un búnker de la Guerra Fría que era apto para acoger al Gobierno en caso de ataque? Y está, ¿a cuánto?, ¿ochenta kilómetros de DC? Es demasiada casualidad para no ser nuestra respuesta. Tiene que serla.

Pierre sigue sonriendo.

—Consígueme algunas fotos con ese búnker en el centro, y yo haré el resto.

Mientras sigo las instrucciones de Pierre y recupero las imágenes de Culpeper, la escena sobre el terreno se parece a la de Colorado. Las calles están vacías y polvorientas, muy muy polvorientas, pero todos los edificios están intactos.

Miramos hacia el interior, lejos del peligro de tsunamis y de las principales fallas geológicas. Pierre no ha pedido ver las costas y creo que sé por qué. Ambos conocemos la situación y sabemos hacia dónde debemos apuntar.

Espero que su análisis experto revele signos innegables de vida alrededor de los dos lugares que hemos identificado.

—Esas son las imágenes que hemos recibido —confirma—. Podría pedirle a la comandante Lomond que les echara un vistazo mientras revisamos la cápsula, si quieres. O puede venir para eso también, y podríamos revisar todos juntos estas imágenes más tarde.

—Yo también preferiría que Mel estuviera aquí. —Asiento—. Tengo una... Bueno, reacciono a ciertos tipos de estrés, en circunstancias muy específicas. Sucedió anoche. No digo que no seas capaz de ayudarme con...

—No digas más, hermano —dice Pierre—. Ella tiene un efecto calmante. Además, ya casi es hora de que se despierte para su turno de mando, y estará encantada de verte tan fresco, por no hablar de lo que ya hemos encontrado.

—Gracias.

—Claro. Así que, sí... ve hacia a la cápsula ahora si quieres, siempre y cuando lleves la cámara y los auriculares. O ve a comer algo rápido. Ya sabes, lo que te apetezca. Estaremos listos en cinco minutos.

—Me parece bien. —Me levanto para estirar las piernas.

Me imagino que comeré algunas semillas mientras camino. Eso podría incluso tentar a Laika a salir de su lugar de descanso en el laboratorio de Barnet.

Algo me viene a la cabeza justo después de ponerme de pie. Vuelvo a sentarme.

—Espera, Pierre —suelto.

—¿Sí? —pregunta, confundido o preocupado por mi repentino regreso. Es difícil interpretar su expresión.

—Cuando despegue en la cápsula de escape, ¿puedo llevar a mi guacamayo? No os dará problemas.

Pierre suelta una sonora carcajada.

—Hermano, si consigues meter a un loro en un traje presurizado, tenemos espacio para uno más.

A medida que me acerco al muelle de aterrizaje, Mel hace un trabajo muy meticuloso y admirable para mantenerme calmado.

Casi me avergüenza lo mucho que se esfuerza con sus comentarios suaves, casi hipnóticos. Sin embargo, no digo nada para interrumpirla, porque sé que está haciendo todo lo posible para que me sienta cómodo.

Anoche estaba ahí cuando tuve lo más parecido a un ataque de pánico que he tenido en más de una década, así que supongo que podría pensar que los tengo a todas horas.

También está el hecho de que perdí el control de mi respiración con tan solo hablar de la cápsula de escape, mientras que ahora ella sabe que estoy a punto de meterme en ella.

La verdad es que, después de lo que Pierre y yo acabamos de aprender sobre los búnkeres, ya siento un nivel de calma bastante estable.

Todavía no ha analizado las diferencias temporales entre las imágenes de satélite, pero ambos estamos seguros al noventa y nueve por ciento de que hemos dado con la ubicación del refugio de Culpeper. También confío en él para averiguar si mi familia está en Cheyenne Mountain o en algún otro lugar cerca de Colorado Springs. Incluso hemos hablado unos segundos sobre la logística para aterrizar cerca de algunos de los posibles lugares, lo que hace que todo parezca mucho más tangible que ayer.

Creo que de ahí viene mi relativa serenidad, incluso cuando la puerta del muelle de aterrizaje está a la vista.

Lanzarme al espacio dentro de una diminuta cápsula de escape se me antoja ahora como algo más que una forma de salir de la estación. Es el primer paso en un camino trazado para regresar con Eva y Joe. Puede que no haya una gran diferencia en términos operativos, pero la diferencia psicológica es enorme.

No tengo que preocuparme por dedos, códigos ni bolas de demolición robóticas para pasar la puerta del muelle. Esa es la magia del Centro de Control y el acceso con rango de comandante a un sistema informático que me permite desactivar los cierres de seguridad donde quiera.

Casi donde quiera, al menos.

Los laboratorios independientes, al estar atendidos por invitados como yo en lugar de por empleados de ZolaCore, se diferencian de todos los demás tanto en eso como en lo demás.

Al igual que no hay cámaras de seguridad en su interior y se desconectan automáticamente de la estación si detectan explosiones u otros cambios atmosféricos peligrosos, sus sistemas de acceso no están en manos de los comandantes de la estación.

Al entrar en el muelle, el entorno no es tan impresionante como podría parecer.

Para empezar, es una sala cerrada con una gran esclusa que solo se abre cuando se inicia un

proceso de lanzamiento. Aquí no hay vistas de la Tierra como en el Centro de Control y la Cubierta de Observación, pero, en las circunstancias actuales, supongo que es más un punto a favor que un inconveniente.

Me siento casi como en el Área de Mantenimiento, y tal vez la pista debería haber estado en esa palabra: área. Las paredes son claras y limpias, tan pulcras como cabría esperar, pero aquí no tienen personalidad.

Toda esta zona parece como idea de última hora en relación con el resto de la grandeza de la estación. Cuando echo un primer vistazo a la cápsula de escape, pienso que el concepto «Idea de última hora» es muy adecuado.

En serio, es como ver la foto del «antes» de un *reality show* de reformas, cuando alguien compra un coche viejo y destartado para convertirlo en algo que merezca la pena conducir.

Y me da igual lo que haya costado, ahora mismo, me conformaría con que esta cosa sea capaz de viajar.

—Ni siquiera se ve tan bonito como en las fotos —digo.

—No —responde Mel con franqueza—. Las imágenes que habrás visto en las primeras grabaciones de la estación eran, probablemente, de la configuración original. En la parte superior había un sistema de aterrizaje con parapente, pero lo quitaron hace unos dieciocho meses. Fue entonces cuando se descartó la cápsula como nave apta para el descenso y capaz de flotar en el océano. Fue una decisión relacionada con los seguros. Como sabes, ahora solo se puede interceptar y acoplar a una nave o estación más grande, como la nuestra.

Me acerco a la cápsula y le doy un golpecito en el costado, medio esperando que se desmorone.

—¿Por qué han eliminado un elemento de seguridad tan básico? Seguro que tenía más posibilidades con el parapente que sin él.

—Las simulaciones actualizadas muestran que no tenía ninguna posibilidad —responde Mel—. Cualquiera que hubiera aterrizado en esa cosa, habría muerto, Ray. Creo que la lógica de las aseguradoras era que, sin la ilusión de una oportunidad, nadie lo intentaría y, por lo tanto, nadie moriría.

No tiene sentido discutir esto con Mel. Siento en su voz que, de todos modos, es probable que esté de acuerdo con mi punto de vista.

—Entonces, Pierre —continúo—, dime: ¿qué tengo que hacer?

—Bueno, llevarás traje y casco —contesta él—, pero por ahora puedes subir para ver a qué te enfrentarás

Sigo sus instrucciones y entro en la cápsula de escape.

Mi primer pensamiento, que incluso me sorprende a mí mismo, es que no es tan estrecha como imaginaba.

No me malinterpretes: mis rodillas están prácticamente en mi barbilla. Pero el diseño es muy eficiente. Casi me preocupa más lo delgadas que deben ser las paredes para permitir tanto espacio interior dentro de una cápsula tan pequeña, y supongo que por eso no hay ninguna posibilidad de que sobreviva a ningún tipo de aterrizaje o amerizaje.

—Tampoco podrás llevar las gafas durante el vuelo, pero, de momento, déjatelas puestas —me dice Mel.

Pensaba hacerlo, porque me cuesta distinguir algunas de las letras pequeñas de los mandos y la pantalla.

Sin mis gafas adaptadas, estaría perdido. Pero ya se nos ocurrirá algo, aunque sea un sistema de pegatinas de colores para que pueda pulsar los botones que necesito en el momento que Pierre

me diga.

—Solo tendrás que tocar alguno de los controles inferiores en caso de emergencia —continúa—. Si todo va bien, fijarás el rumbo antes de salir y luego iniciarás el lanzamiento. Después no tendrás que tocar nada.

Vaya... Este plan me gusta más de lo que esperaba.

—¿Y qué ocurre en realidad? —pregunto—. ¿Esta cosa se propulsa hasta un punto de interceptación calculado, o solo tengo que lanzarlo y dejar que el PetraVista me intercepte?

—Es un punto intermedio —explica Pierre—. Tú fijas el rumbo, pero tanto la cápsula como el PetraVista adaptarán sus posiciones si es necesario. Los dos sistemas se reconocerán mutuamente y harán todos los cálculos por nosotros. La comandante Lomond y tú podéis intervenir con pequeños ajustes si surge algún imprevisto o si algo no sale según lo planeado, pero, en realidad, hay muy poco peligro en este procedimiento. No puedes perdernos y nosotros no podemos perderte, Ray. No de ninguna manera que no pueda rectificarse enseguida.

Asiento muy despacio. La verdadera confianza en el plan está todavía muy lejos, pero también lo está la ansiedad paralizante. Mel y Pierre están ganando en sus esfuerzos por aliviar mi mente.

—Estaremos muy cerca cuando despegues —continúa él—, y te moverás muy despacio. Solo será cuestión de minutos desde el principio hasta el final, y yo creo que te sorprenderá comprobar lo tranquilamente que pasan esos minutos. Las sensaciones que soportaste durante algunas de tus sesiones de entrenamiento son mucho más intensas que cualquier cosa a la que te enfrentarás en la cápsula, hermano. Créeme.

—Gracias, chicos —digo tras una exhalación lenta—. En serio, me siento mejor. Pierre, ¿quieres que te enseñe algo de cerca como has mencionado antes? ¿Hay alguna parte que quieras revisar más que el resto?

—Pronto haremos un simulacro completo con el traje y sin tus gafas —responde—. Mientras tanto, haré una lista de comprobación. Será más fácil si tienes la cámara más allá de la longitud del brazo para algunas de las vistas que necesitaré, así que sería bueno si pudieras diseñar algún tipo de trípode. Hasta entonces, creo que vamos bien. Repasaremos las imágenes del satélite y podrás relajarte, hermano. Tal vez empezar a reunir los datos en tu laboratorio, y cualquier otra cosa que quieras traer que sea lo bastante pequeña para la cápsula.

Vaya. Pensar en que podré guardar mis cosas para el viaje hace que todo parezca tangible e inminente.

—Estupendo —les digo—. Aunque ya sé lo que voy a hacer hoy. Tengo la sensación de que falta una pieza del rompecabezas que podría unirlo todo. Ahora que tengo el robot para abrirme camino, voy a revisar el último laboratorio y...

—¡No! —interrumpe Mel. Y no solo dice que no, sino que lo grita. No digo nada. No sé qué decir—. Ray —se ve está haciendo un esfuerzo para elegir sus palabras con cuidado—, hay algo que tenemos que decirte. Será más fácil cuando tú también puedas vernos. Regresa al Centro de Control y hablaremos, ¿de acuerdo?

Me pongo en camino antes de que termine de preguntar.

Vuelvo al Centro de Control con una incómoda sensación de confusión.

En cuanto he planteado la idea de entrar en el último laboratorio estanco, Mel la ha rechazado como si hubiera sugerido prenderme fuego.

Estos tipos están de mi parte y vienen a salvarme, pero, por primera vez, pienso que aquí pasa algo más. Al fin y al cabo, trabajan directamente para ZolaCore en una estación secreta. Saben mucho más de mi trabajo que yo del suyo.

Sabían lo que estaba haciendo en mi laboratorio sin que yo tuviera que decírselo, y creo que podrían saber lo que pasaba en el otro. Tal vez haya algo que se supone que no debo ver. Algo que nadie fuera del estrecho círculo de confianza de Zola debería ver. Esa perspectiva solo aumenta mi curiosidad por averiguar qué sería ese algo.

Me siento frente a la pantalla, listo para recibir respuestas.

—Debes tener mucho cuidado, Ray —dice Mel—. Las oficinas de alto rango de ZolaCore en la Tierra tienen sistemas de seguridad que han matado gente. Lo sabes, ¿verdad?

Trago saliva. Sí que lo sé.

Una limpiadora fue asesinada por un sistema de seguridad del que no tenía noticia. Se rumorea que las consecuencias legales fueron una de las razones por las que Zola trasladó todas sus operaciones fuera de Norteamérica: hubo demasiado escrutinio.

No hablamos solo de sistemas de alarma con cerradura.

Estamos hablando de trampas explosivas.

La pobre mujer, sobre la que recuerdo haber leído, accionó un sistema de detección basado en láser y murió. No quiero recordar mucho más que eso.

—El titular aquí es que los empleados fijos de ZolaCore se ciñen rígidamente a sus áreas permitidas por una razón —prosigue Mel—. Me sorprende que hayas aguantado tanto, Ray, con todo eso de colarte por las puertas con biométricos y bolas de demolición. Casi me hace pensar que Grainger fue capaz de desactivar las medidas de seguridad más estrictas, pero no podemos darlo por hecho.

Es la primera vez que veo a Mel y Pierre juntos al mismo tiempo.

La otra pantalla muestra nuestro enlace de radio.

No es obvio que se hayan acercado desde anoche, porque la latencia de radio ya era mínima y su punto está todavía en el extremo derecho, mientras que el mío sigue tocando la Tierra en el izquierdo.

Todo lo que tengo para seguir es la escala visual, lo que me muestra que se han acercado considerablemente, porque la Tierra ocupa mucho más espacio que antes.

En algún momento se aproximarán lo suficiente como para que vuelva a aparecer un pequeño

espacio entre mi punto y la Tierra.

No sé cuánto se acercarán antes de que me den la orden de lanzarme para interceptarme, pero Pierre ha dicho que bastante.

Miro sus caras y veo preocupación. Estoy casi seguro de que son expresiones de preocupación por mí, más que sobre mí, pero no quiero fiarme de ninguna suposición.

—¿Sabes lo que hay en el último laboratorio? —escupo en los términos más claros que puedo.

—No —dice Mel—. No lo sabemos, Ray, y esa es la cuestión. Sabíamos en qué trabajabais tú y Vinner, solo algunos detalles eran secretos. Pero no sabíamos nada de los animales que mencionaste, ni de quién podría estar en el cuarto laboratorio. A veces uno está vacío para realizar trabajos de reconfiguración antes de la llegada del siguiente visitante. Por lo que sabemos, tal vez debía llegar alguien mañana en la nave que te habría llevado a casa.

Hmm... Supongo que hay algo de lógica en eso.

—Es verdad. Yo opino lo mismo, hermano —dice Pierre.

Mel asiente.

—Ray, o no había nadie en ese laboratorio, o había alguien que ni siquiera Grainger conocía. Al menos, según su lista de comprobación y el documento que mencionaste. Se trata de un tipo que se infiltró en la estación insignia de Zola y acabó con toda la tripulación, excepto contigo. Su gente debía tener acceso a todo tipo de sistemas y seguro que tenía topes en Nueva Zelanda. Si había alguien en ese laboratorio, debe haber una razón para que nadie lo supiera. Tendría que ser algo tan peligroso que Zola lo mantuviera incluso en más secreto que tu trabajo. Algo tan peligroso que, definitivamente, no quieres entrar en él.

—¿Cómo qué? —pregunto—. Mi trabajo se consideró demasiado peligroso para la Tierra, por eso estoy aquí arriba, pero algunas personas aún lo conocían. ¿Qué clase de cosa crees que sería aún más peligrosa? ¿Investigación de patógenos? ¿Armas? Ninguna tiene sentido para ZolaCore. No sé por qué asumes que el nivel de peligro es la razón por la que algo estaría más allá del alto secreto. ¿Tal vez sea investigación de inteligencia artificial o biónica del siguiente nivel? Ya sabes, el tipo de cosas con las que Zola siempre ha estado obsesionado. —Pierre se rasca la barbilla, sumido en sus pensamientos—. ¿Qué?

Respira lentamente.

—Bueno, la otra posibilidad es que Grainger supiera lo que pasaba allí. Se lo identificó como traidor porque los terroristas que salieron en televisión tenían vínculos financieros con él. Cuando los investigadores de la Tierra siguieron la pista de su pasado, descubrieron el alias que usaba. Pero esa investigación se conoció unas pocas horas antes de que todo se fuera a la mierda, hermano. No sabemos si actuaba solo. Pudo haber alguien más a quien los investigadores no identificaran a tiempo.

Siento que el corazón me late más rápido que nunca. Tiene razón. Y podría ir más allá.

—Pierre —le digo—, ¿y si hay alguien más? Los laboratorios están totalmente sellados. Podría...

—Ponte las gafas de visión térmicas ahora mismo —interrumpe Pierre—. Haz exactamente lo que decimos y resolveremos esto antes de que sea demasiado tarde. Y si vemos algo que no queremos ver, bajo ninguna circunstancia irrumpas en ese laboratorio como un superhéroe, ¿de acuerdo? Hemos perdido a todos los demás, no vamos a perderte a ti también.

Asiento con frialdad.

Si las gafas de visión térmicas que buscamos nos dicen que hay alguien vivo en el cuarto laboratorio, no hay forma de que entre.

Claro, podría ser un investigador inocente que ha sobrevivido, como yo. Pero seguro que Grainger sabía de ellos, igual que sabía de mí. Si seguimos con la lógica de superhéroe de Pierre, hay muchas más posibilidades de que un superviviente secreto sea otro tipo malo al acecho que una damisela en apuros.

Mel se echa hacia atrás y se tapa la boca con las manos, sé que experimenta los mismos sentimientos que yo.

Pierre, por su parte, se mantiene práctico y se centra en un próximo movimiento que tenga sentido.

Me explica cómo acceder a una nueva opción del menú, que, según dice, debería mostrar un diagrama de arriba abajo de toda la estación con señales de calor que marcarán a todos los que sigan vivos.

—Ha mencionado un loro —le dice Mel a Pierre, quitándose por fin las manos de la boca—. ¿Aparecerá? Para que no cunda el pánico si vemos dos señales de vida.

—Creo que sí —responde él, antes de volver a las instrucciones paso a paso.

Él ve todo lo que aparece en mi pantalla, lo que facilita mucho las cosas en comparación a si yo tuviera que transmitir lo que veo a cada paso.

Hago una pausa con el dedo sobre la opción que mostrará las señales térmicas. Todo podría cambiar en los próximos segundos.

Nunca he querido ser el último superviviente..., hasta ahora.

Si tengo todo en cuenta, no quiero descubrir que hay alguien más vivo en esta estación.

La parte racional de mi cerebro no puede imaginar una razón por la que habría otra persona. Quiero decir, ¿qué estaría esperando? ¿De qué se estaría escondiendo? Ni que decir tiene que eso no me impide contener la respiración y rezar por lo mejor mientras pulso el botón.

Cierro los ojos y espero a que Mel o Pierre reaccionen.

—¿Qué demonios? —exclama Pierre.

Mis ojos se abren al instante, reaccionando al tono menos agradable que podría haber imaginado. Pero, al mirar la pantalla, suspiro aliviado. No hay de qué preocuparse.

—Esos son los animales de Barnet. —Miro fijamente la concentración de pequeños círculos amarillos, de aspecto extraño, en uno de los laboratorios independientes—. Los otros dos círculos están aquí y en el invernadero, uno para mí y otro para Laika.

Oigo profundos suspiros de alivio de Mel y Pierre en cuanto se lo explico.

—Y esto nos demuestra que las señales de vida son detectables en los laboratorios independientes —dice Mel con un asentimiento seguro—. Así que al menos podemos estar tranquilos en ese aspecto.

Exhalo lentamente.

Vale, no hay nadie dentro. Pero la parte curiosa de mi mente siente que el que pudiera haberlo refuerza las razones para averiguar qué hay ahí.

Oigo lo que Pierre y Mel dicen acerca de los sistemas de seguridad y trampas, porque son consideraciones importantes cuando hablamos de ZolaCore.

Yo ni siquiera pensaba en nada de eso mientras buscaba desesperadamente una forma de contactar con la Tierra —o con otros supervivientes en una estación lejana, como ha resultado ser— y ningún sistema de seguridad me ha mordido el culo todavía.

Es cierto que la situación ha cambiado ahora que estoy a salvo y que podré volver a casa en unos días. Pero esa no es la única cuestión.

Un laboratorio en El Faro no es lo mismo que una oficina de alta seguridad en un edificio de ZolaCore en la Tierra.

Por su propia naturaleza, estos laboratorios albergan investigadores visitantes para estancias limitadas de tiempo. ¿Cómo podría haber sistemas de seguridad así sin que todos los investigadores lo supieran? E incluso si esos sistemas solo se utilizaran para proteger determinados tipos de investigación, ¿cómo podrían instalarse y mantenerse sin que se corriera la voz entre el personal de la estación?

Aparte de todo eso, ¿por qué habría de existir algo así? Cada uno de los laboratorios tiene dos puertas selladas, una en cada extremo de un largo pasillo cerrado. No hay forma de atravesar ninguna de las puertas sin acceso biométrico.

Vale, en cierto modo he refutado ese punto, ya que Bex ahora puede llevarme a donde quiera.

Pero la estación tiene una inherente enorme ventaja de seguridad sobre una oficina basada en la Tierra: nadie puede subir aquí sin que lo investiguen a fondo. Es cierto que Grainger burló el sistema, ya que vivió durante años bajo un alias muy bien desarrollado, pero eso no cambia el quid de la cuestión.

El noventa y nueve por ciento del trabajo para mantener la seguridad de una estación espacial se realiza en tierra, en lo que se refiere a quién tiene acceso y quién no. No va a haber láseres ni gases tóxicos listos para detener en seco a un intruso no autorizado. No tiene sentido.

—No me digas que todavía quieres entrar... —pregunta Pierre, que descifra mi expresión. —No digo nada. Él se ríe—. Tienes cojones, hermano. Lo reconozco.

—Vamos a rastrear los movimientos de Grainger —sugiere Mel, que no le ve la gracia a nada—. Pierre, ¿por qué no vuelves a tu puesto de trabajo y te centras en las imágenes de satélite alrededor de los búnkeres?

Anota algo en un papel y se lo desliza.

—Esta es la autorización que necesitaremos para aterrizar —continúa, golpeando el papel—. Busca un lugar de aterrizaje de este tamaño, lo más cerca posible de donde encuentres las señales de vida más claras. Es más pequeño de lo que permiten las directrices oficiales, mucho más pequeño, pero las directrices no se escribieron para esto. Si tenemos que aterrizar en una zona urbana, esta es la distancia mínima que estoy dispuesta a dejar. Esto es lo que creo que necesitamos, con énfasis en «necesidad». Sé que querrás más.

Pierre, que a estas alturas sé que es un piloto experto que pasó muchos años como instructor de élite, parece muy inquieto mientras mira fijamente el papel.

—¿Puedes hacerlo? —pregunta Mel.

—Puedo... —responde, seguro de su capacidad, pero inseguro sobre la conveniencia de la orden.

Mel asiente y se vuelve hacia la cámara.

—Es todo lo que necesitaba oír. Muy bien, Ray, veamos qué tramaba exactamente Grainger, ¿te parece?

Genial.

Justo cuando confirmamos que no hay nadie escondido en el cuarto laboratorio para aliviar mis temores al respecto, y justo después de empezar a sentirme casi bien con los procedimientos de la cápsula de escape, Mel introduce una preocupación sobre nuestro lugar de aterrizaje final en la Tierra.

Ella lo pasa por alto, pero veo la inquietud de Pierre.

—Esto nos mostrará si Grainger de verdad actuaba solo —continúa Mel, ahora concentrada en las imágenes—. Espero que sí, pero todavía no cantaré victoria.

Pienso en las otras personas de la estación que sabían qué tipo de trabajo estaba desarrollando. Aparte de los dos comandantes que encontré muertos en este Centro de Control,

solo puedo pensar en Yannick y Justin.

Eran mis amigos. La idea de que alguno de ellos estuviera confabulado con Grainger me da escalofríos, lo que añade otra horrible capa a todo esto.

Pero no tiene sentido, ¿verdad?

Yannick murió debajo de una máquina expendedora, así que creo que puedo descartar con seguridad la posibilidad de que supiera algo de lo que iba a pasar.

Pero ¿y Justin?

Justin estaba justo fuera de mi laboratorio.

Estaba en el pasillo, pasada la primera puerta, casi en la segunda.

Intento detener mis pensamientos desbocados. ¿Y si estaba implicado en el ataque y pensó que unas pastillas lo harían inmune, como hizo Grainger? ¿Y si estaba intentando llegar a mi laboratorio para respirar aire porque las pastillas no funcionaban?

O peor aún... ¿y si quería exponerme al aire para que no quedaran cabos sueltos?

Odio estos pensamientos y me alegro de que Mel vaya a ayudarme a revisar las grabaciones de las cámaras de seguridad para que pueda acabar con ellos, de una forma u otra.

Antes de volver a casa, a la Tierra, tengo que averiguar qué ha pasado aquí.

Y en ese frente, nuestros próximos minutos van a ser los más reveladores hasta ahora.

El sistema de cámaras de seguridad de El Faro es bueno. Increíblemente bueno.

Mel no tiene experiencia con él, pero es capaz de guiarme a través de algunos de los controles gracias a su familiaridad con la infraestructura general de los sistemas informáticos de ZolaCore.

Incluso en la estación, siempre he trabajado con el *software* de la universidad. Hay muchas diferencias entre las interfaces gráficas de usuario, así que, aunque podría haber resuelto la mayor parte por mí mismo, la ayuda de Mel me ahorra muchísimo tiempo.

Lo que nos ahorra mucho más tiempo a los dos es una característica particular del sistema de seguridad: su tecnología de seguimiento.

Supongo que no debería sorprenderme saber que un *software* de reconocimiento facial de última generación ha rastreado a todo el mundo en El Faro desde antes de que yo llegara. Al menos tenía algo de intimidad en el laboratorio, que es lo único que me impide sentirme violado en este momento.

Al identificar a las personas en tiempo real, es capaz de elaborar mapas de calor de los lugares que más han visitado y de proporcionar «información asociativa» sobre con qué habitantes de la estación han pasado más tiempo.

De inmediato, un mapa histórico de calor nos muestra que Grainger pasó la mayor parte de su tiempo en tres lugares: los dormitorios, el comedor y mantenimiento.

Mel explica que estuvo infiltrado como trabajador de mantenimiento durante varios años. Los vínculos financieros entre Grainger y los terroristas que aparecieron en televisión llevaron a analizar también sus cuentas, con depósitos de ahorros recientes que reforzaban la sospecha de que pensaba que iba a sobrevivir.

Pero ¿sobrevivir a qué? Es la pregunta que no puedo encajar, ya que la Tierra está devastada y no parece que hubiera ninguna posibilidad real de que alguien fuera a llevarlo a casa.

A menos que Grainger no tuviera ni idea de la magnitud de lo que iba a suceder.

No sabía que iba a morir, así que supongo que tiene sentido que hubiera pensado que la estación era el único objetivo del ataque planeado por el grupo.

En cualquier caso, descubrimos que las personas que más frecuentaba eran sus colegas inmediatos de mantenimiento. Pasaba prácticamente el mismo tiempo en contacto con cada uno de ellos, lo que no indica ninguna actividad sospechosa ni relaciones estrechas.

Podríamos profundizar mucho más, por supuesto, pero la velocidad a la que el sistema nos ofrece esta útil visión general es increíble.

Cuando miro la lista completa de conocidos de Grainger, me preocupa un poco ver a Yannick muy cerca de los primeros puestos. Selecciono a los dos, lo que hace que aparezcan, literalmente,

docenas de miniaturas que muestran las veces que han pasado juntos en el último mes.

Podríamos retroceder aún más en el tiempo si quisiéramos, pero esto es más que suficiente. Cambio el marco temporal a una semana, lo que hace que las miniaturas sean más grandes. Lo que veo me tranquiliza. Todas las ocasiones recientes en que los dos estuvieron juntos fue alrededor del tablero de ajedrez en el comedor.

—Menudo sociópata estaba hecho ese tío —murmuro.

¿Cómo podía Grainger estar con Yannick y el resto de los ajedrecistas como si fuera uno de ellos, sonriendo y bromeando, mientras planeaba matarlos?

Me pone enfermo.

Me siento mal por haber dudado de Yannick siquiera un segundo. Era el mejor amigo que tenía aquí y nada era demasiado problema. Sin embargo, estoy seguro de que él entendería que el estrés y la confusión hacen que el cerebro vaya a lugares insospechados, así que no puedo castigarme por tener en cuenta todas las perspectivas.

Hablando de eso...

Después de Yannick, paso a Justin. No era ajedrecista y nunca lo llamaron para visitar la Sala de Mantenimiento, así que hay pocas interacciones tranquilizadoras entre Grainger y él.

Hago clic en los dos clips más recientes y reproduzco las imágenes. Cada uno de ellos dura apenas unos segundos, y en ellos no hay más que un rápido intercambio de cumplidos cuando se cruzan.

La primera vez están en el pasillo de mantenimiento y la segunda, en el bufé del comedor.

Mientras pienso en Justin, quito por un momento a Grainger del filtro de búsqueda para ver lo que ocurrió justo antes de que Justin muriera en la puerta interior de mi pasillo.

No tardo mucho en encontrar el fragmento exacto de metraje que necesito. Los laboratorios no tienen cámaras y resulta que los pasillos son zonas muertas, pero, aun así, se ve suficiente para saber qué estaba pasando.

La grabación comienza con todo el pasillo inmerso en una escena de pánico desesperado mientras la gente intenta taparse la boca y algunos libran una batalla perdida y poco meditada contra las esclusas.

Justin se dirigía a los dormitorios cuando se produjo el ataque, pero la grabación muestra cómo cambió el rumbo hacia mi corredor en cuanto se dio cuenta de que algo iba mal.

Me siento completamente erguido, y me llevo la mano a la boca con un pensamiento incómodo.

No hay ninguna alarma en las imágenes, pero me gustaría que la hubiera. Al menos acallaría los gritos desgarradores de los moribundos.

Justin presiona con el dedo el lector y abre, haciendo uso de su plena autorización como mi supervisor asignado.

Todos sus movimientos son frenéticos, se tapa la boca con la mano izquierda mientras abre la puerta con la derecha. No tarda en perderse de vista, incluso cuando el sistema cambia las imágenes de las cámaras para mostrarnos unos segundos de él corriendo por mi pasillo.

La voz dolorida de Justin está lo bastante cerca de la cámara como para elevarse por encima de las demás.

—¡Ray! —brama.

Él sabía mejor que nadie que yo no podía oír nada con mi puerta cerrada, pero sé por experiencia personal que la mente pierde la perspectiva en momentos de caos.

—Nos han atacado. —Tose y jadea, sus pulmones luchan contra la toxina—. ¡Hay que desconectar el laboratorio! Quema algo y hazlo estallar. Tienes suministros de emergencia.

¡Sálvate, Ray! ¡Salva la investigación!

Justo cuando la mayoría de los otros gritos empiezan a desvanecerse, el de Justin también. Y, créeme, el silencio sepulcral es aún peor que el pánico infernal.

No creo que haga falta decir que ahora me siento aún peor por dudar de Justin que por dudar de Yannick.

Justin pasó sus últimos momentos intentando advertirme de lo que ocurría. Intentaba decirme que activara el procedimiento de desprendimiento de emergencia de mi laboratorio.

—Eliges bien a tus amigos —dice Mel cuando se hace el silencio. No contesto. No sé qué decir—. Todas estas imágenes están en la caja negra —continúa—. Deberías poder llevártela a la cápsula y así podremos revisar cada minuto de cada centímetro de la estación. La caja es en realidad de color naranja, como todos los registradores de vuelo, pero los nombres antiguos suelen calar hondo. Por ahora creo que deberíamos limitarnos a los movimientos finales de Grainger y luego, quizá, pensar en introducir los hallazgos de tu investigación en este sistema para no tener que meter tu ordenador en la cápsula. Ya vas a ir muy apretado.

Asiento. Tiene sentido, siempre que pueda estar absolutamente seguro de que todo se transfiere. También puedo enviar la mayor parte a mi teléfono, aparte de las cosas que solo se guardan en el *software* especializado, y hacer copias de seguridad de lo que no pueda transferir entre los sistemas.

Volvemos a Grainger y navegamos hasta justo antes de que desencadene el ataque en el comedor, pero quiero saber más, así que retrocedo hasta que algo nos llama la atención.

—Hmm. —Mel se muerde el labio con preocupación.

Estoy demasiado sorprendido e intrigado como para emitir cualquier sonido.

Porque, en una grabación de tan solo dos minutos antes de que entrara en el comedor por última vez, vemos a Grainger salir inquieto de la pasarela del cuarto laboratorio.

Sus manos están vacías. En mi opinión, no lleva equipo de protección. Ni siquiera los guantes.

—¿Qué demonios hacía ahí? —pregunta Mel—. ¿Y cómo entró?

Rebobino y veo que Grainger solo pasa dos minutos en el laboratorio. Sus manos están igual de vacías cuando llega... Al menos hasta que saca el móvil del bolsillo, hace algunos gestos táctiles en la pantalla y lo acerca al escáner de huellas dactilares.

Para mi incredulidad —y la de Mel también, a juzgar por su grito ahogado—, su móvil desbloquea la puerta.

—No puede ser la huella del dedo de alguien —reflexiona ella—. No funciona así, ¿verdad? Es táctil.

Me encojo de hombros, totalmente confundido.

—Debía tener algún tipo de *software* o tal vez una señal que interfirió con la cerradura. ¿Quizá accedió a parte de la infraestructura de seguridad de mantenimiento?

Ninguno de los dos tiene la respuesta.

No había más accesos directos a aplicaciones en el teléfono de Grainger y, lo que es peor, su cuerpo bloquea el ángulo de la cámara que podría habernos mostrado exactamente lo que hizo.

Aun así, pronto apoyaré su teléfono contra ese escáner para intentar entrar en el laboratorio, aunque sea más por la esperanza que por la expectativa. Cualquier oportunidad es mejor que ninguna.

Una rápida búsqueda de «Persona y localización» no muestra en el sistema ningún otro momento en el que Grainger haya entrado en el cuarto laboratorio. Aparte de la ocasión que acabamos de presenciar, nunca estuvo dentro del ángulo de visión de la cámara que da al pasillo.

Elimino a Grainger de la búsqueda con rapidez y dejo solo el filtro de localización. Es curioso: nadie entró antes que él en ese laboratorio durante al menos un mes.

Mi intriga crece a medida que incluyo un rango temporal más amplio. Nadie más ha entrado en el último año.

No sé ni por dónde empezar a especular sobre lo que eso significa.

—Ray, ¿qué estaba haciendo ahí? —vuelve a preguntar Mel. Creo que la repetición acentúa más su desesperada confusión que la creencia de que yo pueda tener la menor idea.

No la tengo, pero sé cuál es la única forma de averiguarlo.

—Grainger entró y salió sin problemas —digo, pensando en voz alta.

Mel inhala profundamente. Pierre aparece de nuevo a su lado, conmocionado.

El tipo de trampas que les preocupaban habrían atrapado a Grainger si existieran, me imagino. Y, por lo que a mí respecta, eso elimina el único argumento real en contra de mi deseo de llegar al fondo de esto.

—Ten cuidado —dice Mel, resignada a lo que voy a hacer.

Pierre traga saliva y asiente con la cabeza.

—Buena suerte, hermano.

Me pongo en pie e inspiro hondo.

«Bueno, Ray. Supongo que es hora de buscar debajo de la última piedra que queda en este lugar».

No hace mucho que Mel y Pierre me advertían con ahínco que no entrara en el cuarto laboratorio, pero lo que acabamos de ver ha cambiado la ecuación en más de un sentido.

Ver la entrada de última hora de Grainger en el laboratorio ha aumentado mi confianza en que es seguro entrar y mi ardiente necesidad de saber qué hay ahí dentro.

No me lo tomo a la ligera. Escuché sus argumentos y no voy a correr riesgos imprudentes cuando estoy tan cerca de volver a casa.

Esa es la gran diferencia entre ahora y todas las veces que me he lanzado a través de las puertas tan pronto como he podido. La única razón por la que antes no era imprudente entrar a ciegas era que tenía que intentar encontrar alguna forma de sobrevivir, costara lo que costara.

¿Y ahora? Ya no voy a ciegas. Sé que Grainger entró y salió de ese laboratorio sin equipo de protección.

Soy la única persona que puede averiguar qué hay ahí dentro, no solo ahora, sino quizá siempre. ¿Quién sabe lo que queda en la Tierra y si llegará pronto una nave espacial?

La falta de humanos podría hacer que toda la estación se deteriorara y acabara quemándose al caer de nuevo a la Tierra, acabando con todas las pruebas de lo que ha ocurrido aquí.

Eso es lo que más me empuja a seguir adelante. No se trata solo de curiosidad, porque nada de eso podría empujarme a correr ningún riesgo ahora que la reunión con mi familia está a la vuelta de la esquina.

No. No se trata de curiosidad, sino de responsabilidad.

Estoy aquí y puedo encontrar exactamente lo que tramaba Grainger. Y las imágenes me han dado una fuerte razón para pensar que puedo hacerlo con seguridad.

No se sabe lo que encontraré ahí dentro. No se sabe lo que podría aprender. La pieza que nos falta para entender los planes y motivaciones de los terroristas podría estar al acecho. Incluso podría haber algo que nos ayude a identificar y atrapar a los posibles supervivientes del maligno grupo, y así reducir la posibilidad de que hagan algo más en el futuro.

Mientras pienso en todos los argumentos para entrar en el laboratorio, ese me parece el más fuerte. Al ver lo que le han hecho a la Tierra, es difícil imaginar que las cosas puedan empeorar, pero los últimos días me han enseñado que esa una suposición peligrosa.

Me he sentido incómodo sobre el papel que mi trabajo podría haber jugado desde que Pierre puso en mi mente la idea de que los terroristas podrían haber apuntado a los depósitos de teocita para llevar a cabo su destrucción a gran escala. Sobre todo si tengo en cuenta los documentos de Vinner que muestran la cantidad de teocita que se ha descubierto. Sé el daño que podría causar un ataque así.

Si los terroristas todavía están por aquí, estoy más decidido que nunca a hacer lo que sea

necesario para asegurarme de que caigan. Y tanto si han atacado los depósitos de teocita como si no, me voy a asegurar de que nadie pueda hacerlo en el futuro.

En la entrada del misterioso laboratorio, acerco el móvil de Grainger al escáner. No pasa nada.

Deslizo el dedo y hago gestos en la pantalla en vano, con la esperanza de activar algo.

—Supongo que habría sido demasiado fácil —suspira Pierre.

—Tenía que intentarlo —respondo.

Pero no me desanimo. Entrar tan fácilmente habría sido una ventaja, pero lo único que cuenta es conseguirlo.

Mi mente conserva la esperanza, aunque me pesa el cuerpo mientras camino hacia el laboratorio de Vinner para buscar a Bex. Este cuarto laboratorio es el único lugar en el que aún necesito que ella me abra paso. Ya ha hecho el duro trabajo de abrir el Centro de Control, desde donde he podido desactivar los cierres de seguridad de todas las demás puertas de la estación.

—Tal vez deberías coger ese taladro —sugiere Pierre cuando llego a Bex. Llevo la cámara corporal y los auriculares para estar en contacto con ellos.

—¿En lugar de la bola de demolición? —pregunto.

—Yo iría con las dos —aclara Mel—. No vas a necesitar la destreza de una mano. Si las puertas selladas son demasiado resistentes para la bola, aún podrías atravesarlas con el taladro. Te explicaríamos cómo usarlo.

Miro el tamaño y la punta del taladro —en realidad es más bien una barrena— y lo descarto.

—Primero probaré con la bola —digo.

De ninguna manera quiero que ese taladro se balancee bajo el control inexperto de un novato como yo.

También he sentido el poder de la bola de demolición al final del fuerte brazo de Bex, así que no comparto sus dudas de que vaya a funcionar.

Agarro el mando a distancia y la guío hacia el laboratorio cerrado. Es un largo camino, primero por la pasarela de Vinner y luego para atravesar buena parte de la estación.

Cuando llegamos, Laika ha salido del invernadero para ver qué pasa.

—Hola, colega —le digo.

—¿Ray Ray? —me responde con un garrido. No sé si hay una pregunta, pero su inusual entonación hace que suene como si la hubiera.

El pájaro mira al robot, como si tratara de encontrarle sentido. Bex es un bicho raro, desde luego.

Para mí es obvio que sus creadores dedicaron mucho más tiempo a darle fuerza y destreza que aspecto humano. No hay peligro de que se produzca el efecto del valle inquietante, cuando un robot empieza a parecer lo bastante humano como para que la gente se sienta incómoda. La cara de Bex es como la de un maniquí pintado de plateado con poco esfuerzo, pero lo que cuenta es el interior.

Miro la puerta del cuarto laboratorio, en serio, lo que de verdad cuenta es lo que hay dentro.

—De perdidos al río —susurro. Coloco a Bex y me pongo el guante para controlar su bola de demolición—. Laika, quédate atrás, ¿de acuerdo? Atrás.

—Buena suerte, hermano —dice Pierre.

Mel no dice nada. En mi mente, me pregunto si desearía no tener que depender del tipo que está hablando con un loro sobre un robot después de haberles dado nombres a ambos.

Con el golpe más fuerte y rápido que consigo dar, dirijo el puño de bola de demolición de Bex al borde de la puerta.

Oigo un silbido de inmediato —buenas noticias—, pero no se abre del todo.

Golpeo tres veces más.

Al final, la puerta se dobla por la fuerza y me despeja el camino.

—Buena chica. —Sonrío.

—Tiranosaurio Bex —bromea Pierre.

Oigo a Mel gemir por el juego de palabras antes de soltar una carcajada.

Paso a controlar la mano izquierda de Bex, que es una mano, y la uso para agarrar lo que queda de la pesada puerta. La empuja hasta el fondo para dejarnos pasar.

Una vez despejado el camino, me quito el guante y uso el mando a distancia para hacerla avanzar por la pasarela.

Para mi sorpresa, Laika no solo nos sigue, sino que vuela por delante.

Veo desde aquí que la puerta interior está cerrada, así que no vuela hacia nada en particular. Tal vez lo que lo atrae sea un olor, o que solo sea la novedad de que el pobre despliegue sus alas en un sitio nuevo.

Ni siquiera sé si Laika ha visto alguna vez el cielo. Una parte de mí piensa que puede que sea mejor que no, ya que dicen que es imposible echar de menos lo que no se conoce. Lo único que sé es que no me iré de esta estación sin él y que estará a mi lado cuando por fin aterricemos en la Tierra.

—Ray Ray —me llama—. ¡Ray Ray!

—Ya vamos —digo, mi paso limitado por el de Bex. No es muy lenta, sobre todo teniendo en cuenta la potencia que tiene, pero, desde luego, no va a ganar ningún derbi de robots.

—¡Ray Ray! ¡No-OK! —insiste él. Aquí no hay inflexión de pregunta. Su tono suena mucho menos feliz que de costumbre.

¿Y No-OK?

¿Es la forma que tiene Laika de decir que algo no va bien?

De repente, empieza a aletear hacia mí, de vuelta por donde acabamos de venir.

—¡No-OK! ¡No-OK! —dice el pájaro, asustado.

En el momento en que me doy la vuelta para ver por qué, echo a correr igual de rápido.

Mierda.

Me he equivocado.

Me he equivocado al pensar que era seguro. Ellos tenían razón.

En primer lugar, tenían razón cuando me advirtieron sobre las trampas de seguridad.

Porque entre mi posición actual y la puerta exterior que Bex acaba de derribar, veo una nueva barrera metálica que se desliza silenciosamente hacia abajo desde el techo.

Estoy alrededor de la mitad de la pasarela. La barrera baja desde un hueco del techo muy cerca de la puerta rota de la estación principal.

Esprinto como nunca en mi vida, gritando mientras la lesión de la pierna vuelve a atacar en el peor momento. El esfuerzo me produce un dolor insoportable, pero sigo adelante como si mi vida dependiera de ello.

Y hasta donde sé, es así.

Esta barrera podría ser incluso más gruesa que la puerta y, sin el taladro que he decidido dejar atrás, Bex podría no ser capaz de destruirla. Confiar en eso no es un riesgo que vaya a correr.

Ni siquiera sé cuánta batería tiene o cuánto le habrán quitado de sus reservas esos cuatro enormes golpes.

Todo lo que sé es que tengo que salir de esta pasarela antes de que caiga la barrera.

Apenas está a medio metro del suelo cuando estoy a distancia de zambullida, y sigue cayendo. Me deslizo, desesperado, y el dolor llega a nuevos niveles en cuanto mi peso cae sobre la pierna herida.

Mi cuerpo logra pasar por debajo, por los pelos, pero el movimiento de deslizamiento me arranca de la mano el mando de Bex. Ella tampoco lo ha conseguido. Solo estamos yo y...

No, no, no, no, no. Laika... No está aquí.

—¡Laika! —grito.

—¿Ray Ray? —responde desde el lado equivocado de la barrera.

La barrera está ahora a pocos centímetros del suelo, con Laika indefenso varado dentro. Bex también está allí, así que no tengo ninguna posibilidad de atravesarla.

Desesperado, vuelvo a meter la mano por debajo para coger el mando a distancia, y rezo por poder usarlo para controlar a Bex y hacer que rompa la barrera desde el otro lado.

Solo así volveré a disponer de su poder y, lo que es mucho más importante, liberar a Laika.

Llego tan lejos como puedo y toco el control remoto.

—¿Ray Ray? —escucho.

¿Por qué no ha pasado por debajo? ¿La barrera lo ha asustado?

Paso la mano por el suelo y siento un poco de alivio cuando el mando se desliza hacia mi lado, justo antes de que la barrera toque el suelo. Sin embargo, aún siento pánico, ya el pobre pájaro sigue atrapado con la única compañía de Bex.

Me apresuro a tirar de mi mano.

Lo siguiente que oigo es el ruido más fuerte que he hecho nunca.

Incluso este grito parece indigno del repentino dolor que experimento, tan intenso que veo la oscuridad cuando me golpea.

Mi cuerpo ha logrado pasar por debajo de la barrera a la primera.

El mando ha salido al segundo, en cuanto he vuelto a meter la mano izquierda para agarrarlo.

Por desgracia, mi pulgar izquierdo no tiene tanta suerte.

Cuando consigo abrir los ojos, veo que mi mano izquierda está en el lado seguro de la barrera con los cinco dedos aún unidos. Eso es lo mejor que puedo decir. La verdadera historia es que mi pulgar izquierdo ha sido aplastado. Eso es todo.

Está doblado y retorcido, y parece que lo siguen aplastando. El ángulo en el que estaba mi mano ha hecho que el pulgar sea la única parte que seguía debajo de la barrera al llegar al punto crítico.

Supongo que la presencia del pulgar ha impedido que la barrera bajara del todo, lo que me ha dado el margen suficiente para soltarla por instinto antes de que una palabra como «cortada» hubiera sido más apropiada que «aplastada».

En algún momento se me han caído los auriculares, pero, cuando estoy tumbado junto a ellos, oigo las palabras:

—Háblame —grita Mel—. ¡¿Ray?!

No sé si ha estado hablando todo el rato y yo acabo de oírla. Supongo que sí.

—Estoy vivo —jadeo con agonía. Fuerzo las palabras hacia el micrófono. De todas las cosas que sé, esa es la más segura. Estoy vivo.

—Vuelve, hermano —dice Pierre—. Tenemos que hacer algo con ese pulgar.

Resoplo de dolor y me levanto para sentarme.

—Volveré pronto. —Aprieto los dientes mientras cojo el mando a distancia—. Pero no voy a dejar a Laika.

Al coger el mando, siento un latido en los oídos y en todas partes.

El dolor concentrado en todo mi cuerpo no se parece a nada que haya experimentado antes. En serio, hace que mi colisión durante el EVA parezca un suave cosquilleo.

No puedo usar el pulgar izquierdo para nada y mi mano derecha no agarra bien en el mejor de los casos. Tengo que dejar el mando en el suelo para inclinar el dedo índice y controlar el *joystick*.

Es incómodo, pero debería funcionar.

—Vamos, Bex —murmuro con los dientes apretados.

Miro fijamente la barrera metálica. Solo espero que el mando funcione a través de ella y que pueda maniobrar a Bex sin ver dónde está.

La estaba guiando hacia delante en línea recta cuando Laika ha dado la señal de alarma sobre la puerta, así que debería estar de espaldas a mí. Me centro en girar con mucho cuidado el *joystick* derecho como para girarla ciento ochenta grados, y luego uso el izquierdo con torpeza para hacerla avanzar.

Trato de calcular el tiempo que tardará y no equivocarme al guiarla demasiado. En el peor de los casos, se topará con la puerta. No importa. Todavía puedo tirar de mi brazo hacia atrás y asestar un fuerte golpe, incluso si está de pie justo contra el objetivo.

El instinto me ha hecho coger el mando con la mano izquierda. Ha sido mi mano fuerte durante dos décadas, desde que el accidente me destrozó la derecha. Incluso cuando me quitaron la escayola, la lesión nerviosa me complicó volver a usarla.

Así que aquí estoy, de rodillas en el pasillo, con dos manos izquierdas.

Si tengo que hacer algo que requiera destreza en breve, estoy jodido. Ahora mismo, la gracia salvadora es que el guante para controlar la bola de demolición de Bex va en mi mano derecha.

Es imposible que mi pulgar izquierdo entre en un guante. Ni siquiera es por el dolor. Tengo los músculos y los tendones destrozados. No cabría.

Me pongo el guante derecho y confío en la adrenalina en exclusiva para seguir adelante. En cuanto meto la mano, pulso el botón para conectarlo.

Me alegra ver que el pequeño LED parpadea en verde. Al menos está intentando conectar.

Pero esto es solo el primer paso. Lo único que me dice la luz verde es que el guante está operativo y envía una señal. No sé si está conectado a Bex. Ni siquiera sé si el control remoto principal ha sido capaz de dirigirla a su lugar.

Sé que esta tecnología se está desarrollando con fines mineros, así que me imagino que tiene que trabajar a través de paredes mucho más gruesas y en distancias mucho más largas. No puedo estar seguro, pero espero que así sea.

—Apártate, Laika —le suplico, pero sé que no me oírás desde el otro lado de la barrera metálica.

El pobrecito debe estar aterrorizado.

Espero de verdad que no esté volando contra la barrera en una confusión indefensa, justo donde Bex está a punto de balancearse. Seguro que es demasiado listo para eso.

Me pongo en pie, preparado para golpear. Trato de aprovechar el dolor y mi acuciante preocupación por Laika mientras tiro mi mano derecha hacia atrás y la lanzo hacia adelante tan fuerte como puedo.

Oigo un golpe.

Sí, Bex está en el lugar correcto y el guante funciona. Golpeo de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, y de nuevo.

La barrera se rompe por completo alrededor del cuarto o quinto impacto. En cuanto se despeja el camino, Laika pasa entre lo que queda de ella.

Pero no sale volando. Se detiene a mi lado y se tambalea hacia mis piernas, luego se para sobre mis pies y se acurruca.

De repente, parece más un pingüino bebé que un majestuoso guacamayo.

—Me tenías preocupado, colega. —Me agacho para ponerle una mano en la espalda temblorosa. Por un momento, el dolor parece secundario—. Y, oye, gracias por salvarme la vida. Si no hubieras chillado, yo tampoco habría llegado a tiempo. Apenas había escuchado la barrera cuando cayó. —Detrás veo a Bex, de pie, tan estoica como siempre—. Y se me están acabando las formas de darte las gracias —le digo.

Luché como nunca para entrar en el laboratorio de Vinner, y vaya si me han recompensado por ello. Bex ha hecho posible muchas cosas; entre ellas, entrar en el Centro de Control, donde encontré la mayor recompensa de todas: que me llevaran a casa. Un viaje a casa para mí, y un viaje a casa para Laika.

Acerco mi mano derecha al suelo, al lado del loro, y agarro mis auriculares.

—¿Estáis ahí, chicos? —pregunto.

—Joder, Ray —responde Mel—. Vuelve ya, ¿vale? Tenemos que echar un vistazo a ese pulgar. Tiene que encajar en el guante de tu traje presurizado antes del lanzamiento y no hay manera de que lo haga a menos que pueda ponerlo de nuevo en su lugar. Y, por el amor de Dios, no hagas más locuras. No deberíamos haber aprobado esto. No voy a decir que ya te lo dijimos, pero espero que ahora veas que las protecciones de seguridad en las instalaciones de ZolaCore no son una broma. Retrocede y recuerda que lo único que tienes que hacer es mantenerte con vida hasta que lleguemos. Eso es todo.

Tiene razón.

Por supuesto que tiene razón.

La curiosidad mató al gato y casi acaba con el humano y el loro también.

Desde luego, voy a tomarme en serio estas palabras.

—Debes tener más cuidado —dice Pierre—. Pero, oye, ese doble movimiento que has hecho al deslizarte bajo la puerta que bajaba y volver a meter la mano para agarrar el control remoto ha sido increíble, hermano. Indiana Barclay, directo a la victoria.

Siento que mi expresión se transforma brevemente en lo más parecido a una sonrisa que puedo esbozar a pesar del dolor. Me alegro de tenerlos a mi lado para ayudarme a lidiar con esto, porque mi formación en primeros auxilios no cubre pulgares aplastados.

Llevo a Bex conmigo al Centro de Control, más consciente que nunca de su importancia. Mantengo el mando boca abajo, para poder usar el pulgar derecho y mantenerla en movimiento.

Solo lo cambio cuando necesito cambiar su dirección. Un Laika inusualmente tranquilo y claramente conmocionado viene con nosotros. No quiere volar, lo que espero que se deba al *shock* y no a una lesión. A pesar de lo poco que sé sobre la reparación de huesos humanos, mis conocimientos sobre loros no son mejores.

Aunque no se posa en mi hombro como el compañero de un pirata; elige un lugar en la cabeza de Bex.

Nuestro extraño trío proyecta una sombra muy rara cuando la veo en el suelo del pasillo. Dejo a Bex a la entrada del Centro de Control, pero Laika me sigue.

Las caras de Mel y Pierre lo dicen todo: ambos están aliviados de verme, y la expresión de la comandante tiene un punto de consternación.

No me parece del todo justo. Porque, aunque al principio trató de disuadirme de entrar en el cuarto laboratorio con todas sus sombrías advertencias, se ha mostrado totalmente de acuerdo en cuanto hemos visto los movimientos sospechosos de Grainger y su falta de equipo de protección.

Pero eso ya es pasado, ahora tenemos que hacer algo con este pulgar.

Lo acerco a la cámara.

—Uf —dice Pierre, con una mueca.

—Vaya. Tienes que arreglarlo de inmediato, Ray —argumenta Mel, mucho más concentrada—. Probablemente tendrás que drenarlo de nuevo antes de ponerte los guantes para el lanzamiento, pero la misma herramienta puede ocuparse de las dos cosas. —Suenan maravilloso, pienso para mis adentros.

»¿Te acuerdas de dónde conseguiste los analgésicos para la pierna después de la EVA? —continúa—. En el almacén de suministros médicos de mantenimiento. Según la distribución de la estación, deberías encontrar la sala médica principal en el mismo lugar, es una puerta a la derecha. El almacén conduce a la sala. Reconocerás la herramienta correcta cuando la veas, estará en una caja de metal. No tengo una aquí para enseñártela, pero es exclusiva para lesiones en dedos de manos y pies como esta y no tiene pérdida. Mantén la cámara corporal encendida y te avisaré cuando la encuentres.

Asiento con la cabeza.

De repente, es todo lo que puedo hacer.

De repente, las palabras están totalmente fuera de mi alcance.

De repente, incluso el pensamiento significativo queda más allá de mí.

Mel mira a la cámara con una expresión cálida en su rostro, pero mis ojos acaban de abrirse a algo más.

De repente, veo un hueco en esta historia, una historia que ella acaba de abrir de par en par.

Porque, ¿cómo sabe de dónde cogí los analgésicos? Ese no es el único lugar donde puedes encontrarlos por aquí. Yo tenía algunos en mi dormitorio, por un lado, y hay paquetes en la máquina expendedora de medicamentos y suplementos en el gimnasio también. Y no le dije nada a Mel sobre que entré en el almacén de suministros médicos del piso de abajo.

De repente, una pregunta desagradable invade mi mente: ¿Cómo diablos sabe exactamente lo que hice en mantenimiento antes de que contactáramos?

—¿Ray? —pregunta Mel—. ¿Qué pasa?

«Pues que eres una cabrona mentirosa, eso es lo que pasa», quiero gritar.

No tiene sentido.

¿Me han estado vigilando desde antes de que contactáramos? Como mínimo, la conexión les ha dado acceso remoto al sistema de cámaras y han visto las imágenes previas sin decírmelo, tal vez mientras dormía.

Pero ¿y en el peor de los casos?

No quiero ni pensarlo.

—Estoy bien —digo—. Solo quiero mirar un mapa de la zona cercana a la sala médica, para asegurarme de que conozco la mejor ruta. No quiero que esto lleve más tiempo del necesario.

Lo hago todo con mi mano derecha, que no está herida pero sí limitada, y entro en el menú de control de la cámara de seguridad. Veo las imágenes en directo desde el nivel inferior de mantenimiento, pero solo como una forma de ofrecer una negación plausible para mi próximo movimiento. Mi verdadero movimiento.

Ese que llega ahora, cuando desactivo la cámara «por accidente».

—Mierda —murmuro. Es parte del plan—. Creo que me he cargado la cámara de ahí abajo. Déjame intentar recuperarla. A ver... Activar todas las cámaras...

Cuando llego al menú que me da esa opción, igual «sin querer». le pido al sistema que las desactive todas.

Lo más rápida y sutilmente posible, cierro la ventana de conexión de vídeo antes de cubrir la cámara corporal con la palma de la mano y ponerla boca abajo sobre el escritorio.

Coloco los auriculares a su lado, ignorando los gritos que me dicen que ya no pueden verme ni oírme.

Con esta desconexión temporal pienso con los pies en la tierra. Lo único que me va a conseguir es algo de tiempo para pensar en qué hacer a continuación.

Mi pulgar palpitante no me da tregua y necesito sacar esa herramienta de la sala médica cuanto antes, así que me pongo en pie y decido pensar en el trabajo.

No creo que sea exagerado sentir que todo acaba de cambiar.

Es como si una máscara se hubiera deslizado y Mel hubiera dado peso a una sospecha que he conseguido controlar durante un tiempo, desde que se opuso con tanta insistencia a la idea de que yo entrara en el cuarto laboratorio.

Claro, podría haber sido por preocupación por mi seguridad. Pero, incluso en ese momento, no estaba del todo convencido. Ahora que sé que ha observado en secreto lo que hacía antes de que contactáramos, toda la supuesta confianza se ha esfumado. Todo está hecho pedazos.

Son ZolaCore hasta la médula, y yo soy solo estoy de visita.

¿Y si sé demasiado? ¿Y si han estado revisando viejas grabaciones para ver exactamente lo que sé y determinar si es mejor venir a buscarme o dejarme morir aquí?

Tal vez estoy exagerando, pero no lo creo. Ya no.

Llego al nivel inferior de mantenimiento sin Bex, a la que no sabría bajar por la escalera aunque la necesitara. Debe haber un ascensor en alguna parte, y podría encontrarlo en el plano de la estación, pero no es una prioridad.

Como era de esperar, tengo a Laika como compañía.

Creo que voy a verlo mucho más después de lo que acaba de pasar en la pasarela de seguridad del cuarto laboratorio. No quiere estar solo y no puedo culparlo.

Estoy bastante seguro de eso, para ser sincero. Porque yo tampoco quiero estar solo.

Dentro del pequeño depósito de suministros médicos, hay otra puerta a la derecha. No me había dado cuenta la primera vez, cuando cogí los analgésicos, ya que encontré lo que buscaba en la parte principal del almacén en un momento en que no tenía un momento que perder.

No he tomado analgésicos desde la incidencia del pulgar. No porque me preocupe tomar demasiados, sino porque no están hechos para algo tan intenso. Los que podrían aliviarlo son el tipo de opiáceos que me dejarían demasiado somnoliento y letárgico como para mantener la claridad mental que necesito.

Cuento con la herramienta que Mel ha mencionado cuando aún tenía éxito en su pretensión de ser una aliada veraz.

Hay un lector de huellas dactilares junto a la puerta interior del armario, pero eso no debería ser un problema, ya que he desactivado todas las restricciones de seguridad básicas de la estación.

Entro en una enorme sala de tratamiento, con ocho camas y más equipamiento del que se pueda imaginar.

Hay tantos lugares para mirar, que creo que tendría que haber mantenido la *bodycam* y no reaccionar ante el desliz de Mel hasta después curar el pulgar.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

En ese momento, lo único que he podido hacer ha sido no gritar mis sospechas a pleno pulmón. Créeme: habría sido más fácil quedarme callado después del brutal dolor de la barrera que ha aplastado el pulgar.

Creo que he manejado la revelación bastante bien, todo sea dicho. La pelota está en mi tejado y la próxima jugada será mía cuando vuelva al escritorio. No tengo ni idea de lo que pasará después, pero al menos he superado el primer obstáculo.

Una cosa cada vez.

Si tuviera un reloj, sabría cuánto tiempo paso sin llegar a ninguna parte en mi búsqueda de la herramienta que necesito. El dolor lo distorsiona todo y hace que parezca que el tiempo pasa más despacio, así que ni siquiera puedo hacer conjeturas razonables.

Al final encuentro una gran caja metálica dentro de un armario de almacenaje muy ordenado, y dentro veo algo que parece adecuadamente doloroso para ser el dispositivo de colocación de dedos del que me habló Mel.

Hay algo más en la caja que también me llama la atención, tanto que lo cojo primero. Es una caja más pequeña, del tamaño de mi mano, con una etiqueta manuscrita: «Evaluación Psicológica».

La cojo y la abro.

Un pequeño disco duro aparece ante mis ojos. Me lo meto en el bolsillo. Podría no ser nada o

podría ser algo, y no me va a costar demasiado averiguarlo.

Lo que sí que me va a costar algo de muchísimo dolor es meter el pulgar en este aparato infernal.

¿Cómo describirlo?

La parte en la que tengo que meter el pulgar es casi como el sacapuntas de escritorio que siempre tenían mis profesores en el colegio. Hay un montón de piezas mecánicas visibles, todas tan descubiertas como la mayor parte del funcionamiento de Bex, y parece que se utilizará algún tipo de láser para analizar mi pulgar antes de que comience el procedimiento correctivo.

Procedimiento correctivo... Vaya eufemismo.

Miro mi pulgar mal doblado. Por una milésima de segundo, me planteo si no sería mejor seguir el camino de Yannick para asegurarme de que puedo meter la mano en el guante antes del despegue, dentro de unos días.

Si es que hay lanzamiento, pienso de repente. Porque si mis peores sospechas sobre Mel y Pierre son correctas, ni siquiera sé si...

—Cada cosa a su tiempo —digo en voz alta.

Así que llevo el aparato a una superficie plana y lo conecto a la toma de corriente más cercana. Le doy la vuelta y veo unos cuantos consejos de seguridad. Son bastante simples, y uno me asegura que podré desenchufarlo en cualquier momento sin tener el dedo metido ahí para siempre.

Lo peor que puede pasar es que mi pulgar empeore de alguna manera, me digo, y ya es inútil. No hay opción de seguir con el statu quo.

Me trago mis dudas, lo coloco en su sitio y me muerdo la otra manga en cuanto pulso el botón de activación.

Oigo un zumbido lento. Se hace cada vez más fuerte hasta que da paso a un único clic.

Me quedo embelesado ante la extraña visión de tantas piezas móviles, que bailan casi como teclas de piano. Se mueven mientras un láser rojo pasa por debajo de mi pulgar para evaluar los daños y decidir exactamente qué hacer para corregirlos.

A mí me parece que este tipo de procedimiento sería más adecuado para un hombro dislocado que para lo que supongo que es un pulgar roto, pero ¿quién soy yo para dudar de un equipo de alta tecnología?

ZolaCore está a la vanguardia en tantos campos que no debería sorprenderme saber que los equipos médicos son una cuerda más del arco.

Cuando el láser se detiene, empiezan los pitidos.

Los intervalos se hacen cada vez más cortos, sin dejarme ninguna duda de que se trata de una cuenta atrás. No tardan en ser tan rápidos como mis latidos, que no dejan de aumentar. Cuando superan incluso ese ritmo, sé que se acerca el momento.

Espero caerme. Espero desmayarme.

—¡Aaaaaaagh! —grito.

Las innumerables piezas móviles del dispositivo retuercen dos veces mi pulgar hasta colocarlo en su sitio, el dolor es incluso peor que cuando quedé aplastado bajo la barrera.

Es peor..., pero luego se acaba.

En dos o tres segundos, todo ha terminado.

Me miro el pulgar y veo un enrojecimiento desconcertante, pero está recto.

Está... arreglado.

No me malinterpretes, todavía me duele más que casi todo lo que había experimentado hasta hace unos días, pero el dolor insoportable del procedimiento ha durado solo unos segundos y

ahora me siento infinitamente mejor que antes de empezar.

Como es lógico, Laika se ha asustado cuando he rugido como un oso con una ampolla, pero no ha salido de la habitación. El pobre está tan conmocionado que prefiere la versión más aterradora de mí a unos minutos a solas.

—No pasa nada, colega —le digo—. Perdona si te he asustado.

Vuelvo a mirarme el pulgar y me pregunto si no estará roto después de todo. ¿Podría un aparato tan pequeño arreglarlo de verdad sin supervisión humana?

No lo sé. Y, para ser sincero, tampoco me importa. El dispositivo ha hecho su trabajo y supongo que puedo estar agradecido a Mel por sugerir que lo usara, pero ahí es donde termina mi agradecimiento.

No sé lo que voy a decir cuando vuelva al Centro de Control.

Antes de hablar de nuevo, voy a comprobar lo que me puede decir este disco duro con la etiqueta «Evaluación psicológica».

No hay razón para esperar que encuentre nada útil, pero no he sobrevivido tanto tiempo sin seguir todas las pistas posibles

Cuando vuelvo al Centro de Control, me recibe el silencio. Mel y Pierre han renunciado a desgañitarse la garganta. Espero que se hayan hecho a la idea de que he cortado accidentalmente nuestras comunicaciones al mismo tiempo que cegaba las cámaras.

Aún no he decidido qué voy a hacer, incluso ahora que tengo la cabeza mucho más despejada y lo peor de mi dolor ha quedado relegado al pasado. Antes de conectar el diminuto disco duro al puerto situado en el lateral del teclado del comandante Harrison, me aseguro tres veces de que no sigo compartiendo mi pantalla.

Sé que he desactivado las cámaras y cerrado la conexión de vídeo, pero, como no me parecía importante terminar con la pantalla compartida en ese momento, no recuerdo del todo si...

No. No lo he apagado antes de irme.

Maldición, ha estado cerca. Me alegro de haberlo comprobado antes de que fuera demasiado tarde.

Una vez solucionado el problema, introduzco el disco duro en el puerto y espero a que ocurra algo. En dos o tres segundos aparece una carpeta con docenas de subcarpetas ordenadas alfabéticamente.

Mis ojos se posan de inmediato en una de la segunda fila: «BARCLAY, RAY». Abro la carpeta al instante —cómo no— y veo varias fotografías de mí y un documento de texto.

Una de las fotos es de mi entrevista de autorización de seguridad de ZolaCore, lo cual tiene sentido. Otra es la foto de mi pasaporte, y de nuevo no hay nada de lo que sorprenderse.

Pero la tercera es una foto con mi familia un domingo por la tarde, unas semanas antes de la entrevista. Estamos junto a la parrilla, en nuestro patio trasero. Y como conozco tan bien los ángulos, sé que ha sido tomada a través del seto que hay junto a la entrada de casa.

Me estaban espiando.

Aunque me siento violado, abro el documento sin saber qué esperar.

Lo primero que noto es que es largo. L. A. R. G. O.

Diecinueve páginas. Vaya, no se andan con chiquitas.

En la parte superior de la primera, veo una designación comprensible:

—Autorización de seguridad: Visitante.

Hojeo el resto de la página y me desplazo por las demás, buscando partes que destaquen. Lo que más me llama la atención es un extracto de media página de otro informe psicológico. Es el que elaboró mi terapeuta postraumático hace más de veinte años.

Reconozco su nombre y el texto está todo en azul, no en negro como el resto, lo que facilita ver de un vistazo las secciones citadas.

Aquí no hay nada nuevo.

Habla del accidente, cuando mi hermano mayor —medio hermano, en la terminología innecesariamente precisa del terapeuta— saltó desde el borde de un acantilado y tuvo problemas por las rocas de abajo.

Yo tenía trece años. Jack, dieciséis.

Saltó para demostrarme que era seguro, para que yo pudiera hacerlo la próxima vez que mis amigos quisieran.

Yo ya no quería parecer una gallina y Jack quería ayudar. Murió por eso.

Aquel día salté tras él, por primera y última vez. Conseguí bajar, aunque perdí las gafas, e intenté por todos los medios liberarlo de las rocas.

Me dije que no estaba muerto cuando en el fondo ya lo sabía.

Me puse al volante de su coche e intenté volver a casa. Tenía trece años. No veía por dónde iba. Me estrellé contra un árbol y me hice mucho daño.

Nadie nos encontró durante casi dos horas. Yo tuve suerte de vivir para contarlo. Los forenses dijeron que Jack se ahogó, pero Steve no quiso oírlo.

Su hijo estaba muerto y yo era el hijastro que le quedaba, el que nunca le había caído bien en el mejor de los casos.

Jack era lo bastante grande como para mantener a Steve a raya y siempre me defendía, pero perdí su protección cuando más la necesitaba. La perdí cuando Steve se volvió peor que nunca.

El viejo informe dice que me empeñé en no ir a acogida de menores porque no quería dejar a mi madre sola con Steve, sin que estuviera ni siquiera yo para contener lo peor de su carácter.

Era un hombre importante en la ciudad, dueño de una cadena de gasolineras, y hacía donaciones a la gente adecuada. Mi palabra no era nada contra la suya, y no ayudaba que mi pobre madre siempre se sintiera atrapada en el medio.

El informe termina ahí, y cada palabra es cierta.

No quería dejar a mi madre con Steve, y no lo hice. Cuando enfermó y falleció unos años después, me largué de allí todo lo rápido que pude.

Me quedé en el sofá de unos amigos hasta que el padre de uno de ellos me dio un folleto de un grupo de apoyo para jóvenes de la iglesia local. No era algo religioso, solo un grupo de chicos que necesitaban un lugar al que acudir. Ninguno de nosotros tenía padre, o al menos ninguno digno de ese nombre, y había algunos mucho mayores que habían pasado por lo mismo y querían darnos algo que ellos nunca habían tenido.

Aprendí entonces que siempre hay una opción. Aprendí que puedes marcar toda la diferencia del mundo —buena o mala— y que una conexión biológica es lo de menos.

Hasta que empecé mis prácticas, seguí yendo a esas reuniones dos veces al mes. Ahora me siento al otro lado e intento ofrecer toda la ayuda posible a los chicos que la necesitan.

Siempre hago lo que puedo por Joe, pero él lo tiene fácil. Los otros chicos son mayores y suelen estar en situaciones como en la que yo estaba atrapado: la mayoría han sido peor que huérfanos de padre, atrapados en un hogar violento que aún los persigue aunque hayan salido de allí.

Tras el texto azul de mi terapeuta, hay algunos comentarios sobre mi reciente asistencia a estas reuniones.

Quienquiera que haya elaborado este informe para ZolaCore dice que es poco probable que me ofrezca voluntario para misiones más largas debido a mi enfoque en la familia y la comunidad, pero que mi ética de trabajo y mi temperamento me convertirían en un excelente candidato si se me pudiera hacer cambiar de opinión.

Para que no queden dudas: no lo habrían conseguido.

Estos dos meses han sido los más duros de mi vida, incluso antes de que todo se fuera al infierno. Cualquier tipo de misión la habría descartado de inmediato.

Hojeo las páginas restantes con creciente rapidez y no encuentro mucho más que me llame la atención. Puedo mirar con más calma más tarde.

Salgo de la carpeta y vuelvo a la lista de nombres, que reviso en busca de alguno que parezca interesante. Hay cientos y cientos, muchos más que la población de la estación. Creo que debe de ser una base de datos de todo ZolaCore, o algo así.

Veo a Yannick, veo a Justin... y, vaya, en la parte inferior, veo a Ignacio Zola. Esto tengo que verlo.

Hago clic en el nombre de Zola aún más rápido que en el mío.

En la carpeta solo aparece una foto: su retrato familiar. Como es un tipo tan solitario, que pasa casi todo el tiempo en el cuartel general de alta seguridad de ZolaCore, en Nueva Zelanda, hay muy pocas fotos más recientes que esta, que parece ser de hace cuatro o cinco años.

Zola es un hombre apuesto. Ahora tendrá unos cincuenta y nueve años, el vello facial bien recortado y la piel tan suave como el dinero puede comprar. Sus ojos marrones te penetran incluso a través de una pantalla de ordenador. Todos los que han pasado tiempo con él hablan siempre de su mirada cautivadora y de su magnetismo.

Abro el documento de notas. Me sorprende: es mucho más corto que el mío, pero aún es bastante largo, ocho páginas.

Las notas de Zola se abren, por supuesto, con una designación diferente: «Autorización de seguridad: Máxima».

También noto enseguida que hay un nombre en la parte superior derecha. Reconozco que pertenece al hombre que coescribió la biografía oficial de Zola hace casi una década: Logan Conlan.

Los dos aparecieron juntos en algunos eventos mediáticos de gran repercusión. Esto atrajo una gran atención en su momento, dado que Zola suele rehuirlos.

Conlan es psicólogo clínico de profesión y había escrito con éxito algunos libros divulgativos de ciencia antes de que Zola se pusiera en contacto con él para que trabajase en la biografía.

No sabía que había hecho trabajos como este para ZolaCore, y mucho menos sobre el propio Zola. Conozco la mayor parte de la historia de Zola por esa biografía, como todo el mundo. Otras eran tan dramáticas que casi parecían ficción. Pero ahora, con Conlan ciñéndose a la narración incluso en este documento interno, me doy cuenta de que no lo es.

No... Todo es verdad.

Ignacio Zola fue realmente uno de los dos cuatrillizos que sobrevivieron a un parto difícil que también le costó la vida a su madre.

No pudo caminar hasta que se le practicó una intervención médica de vanguardia, a los catorce años.

Dedicó su vida a la ciencia por lo mucho que esta hizo por él.

Sus primeros impulsos en el campo de la biónica y la investigación con células madre estuvieron muy motivados por sus propias circunstancias, mientras que el interés por el espacio vino de otra perspectiva.

Conlan señala aquí, como ya hizo en el libro, que Zola ve la Tierra como «Un útero superpoblado que cercena el potencial de sus habitantes más fuertes y viables. Del mismo modo,

ve la filosofía igualitaria como una restricción intolerable para el desarrollo humano, por lo que la ciencia impulsada por el potencial es la única vía para el progreso».

Una cosa que veo, y que definitivamente no estaba en el libro, es una nota sobre el odio total de Zola hacia la religión organizada y la moral absolutista. Conlan afirma su creencia de que esto proviene de la negativa de los padres de Zola «A tomar las medidas necesarias para proteger a los fuertes frente a los peligros que plantean los débiles».

Es una forma bastante retorcida de hablar de sus propios hermanos no nacidos, pero ya sabía que Zola es muy diferente del hombre promedio.

Para él, la exploración espacial es la única forma de liberar a la humanidad de sus limitaciones y abrir una puerta a nuevos mundos con un potencial infinito.

Estoy de acuerdo en parte —por razones muy diferentes, obviamente—, pero es imposible no sentirse incómodo ahora que me doy cuenta de que un tipo como este ha estado en la vanguardia del campo durante tanto tiempo.

Hojeo el resto del documento y me detengo cuando veo la palabra «Hermano».

Ya sabía que el único hermano superviviente de Zola, llamado aquí Valerio, tenía una discapacidad del desarrollo que era significativamente más limitante que la propia incapacidad de Zola para caminar de niño.

Conlan dice que nunca consiguió obtener muchos detalles. También dice que solo hubo una cosa de la que Zola se negó en redondo a hablar, incluso en la más estricta confidencialidad: la muerte casi simultánea de Valerio y su padre.

Ocurrió cuando tenía dieciséis años, y Conlan especula con la posibilidad de que se tratara de un trágico caso de asesinato-suicidio, en el que el padre fue incapaz de hacer frente a las crecientes exigencias de controlar a un hijo dependiente que se hacía mayor y más fuerte. El marco temporal coincidió con la marcha de Zola del hogar familiar, poco después de que un procedimiento no probado le devolviera la capacidad de andar y de que una solicitada beca de estudios le abriera puertas con las que nunca había soñado.

Conlan afirma que, en su opinión, Zola sigue cargado de culpa por haberse marchado, que cree que Valerio —la única persona a la que ha amado de verdad— habría seguido vivo si él no lo hubiera abandonado en busca de una vida mejor.

«Vaya». Me recuesto en la silla.

Lo último que esperaba era sentirme emocionalmente afectado por algo que iba a aprender sobre Zola, de entre todas las personas.

No hay ninguna razón para pensar que Conlan no haya dado en el clavo, dado el acceso sin precedentes que Zola le concedió durante tanto tiempo. La verdad es que todo esto da un nuevo giro a las razones por las que llegó a tener las opiniones que tiene.

O las opiniones que tenía, si no ha sobrevivido a los ataques a la Tierra.

Todavía no tengo ni idea de qué ha pasado después de que los terroristas le dieran el ultimátum para que se entregara. Tampoco sé dónde encaja Mel. Lo que sé es que Ignacio Zola fue un hombre que se hizo a sí mismo y que superó demasiadas adversidades con muy poca ayuda. Las partes de su historia que conocí de niño me sirvieron de inspiración, porque ya tenía mucho éxito cuando yo terminé el instituto.

Me pareció un raro ejemplo de un tipo que había superado grandes retos físicos y problemas familiares para triunfar a un alto nivel. Y, claro, eso resonó en mí después del accidente. Se necesitaría mucho para detener a Zola y me gustaría pensar que Eva y Joe tienen una visión similar de mí.

Me gustaría pensar que no están llorando por mí todavía.

Sí, las cosas acaban de tomar un mal giro cuando la máscara de Mel se ha caído.

Sí, me siento como si estuviera en una situación peor que antes de hacer contacto.

Y, sí..., ya no creo que solo tenga que sobrevivir hasta que lleguen. No puedo ocultar el hecho de que, en algún momento, tendré que actuar en esta nueva realidad.

Pero ¿qué implicará eso? ¿Irme antes de que lleguen? ¿Irme en qué...? ¿A dónde?

La idea de lanzar la cápsula de escape para interceptarla era bastante difícil de aceptar, pero era posible. Hasta donde mi mente desesperada puede decir, ningún otro viaje lo es.

Así que, si no puedo irme, entonces ¿qué?

¿Espero a que lleguen, que la historia de Mel sobre no poder atracar sea otra mentira, y lanzo algún tipo de contraataque guerrillero cuando irruman aquí para matarme?

Sí, lo sé. Yo también me escucho, sé que estoy volviéndome loco.

Estoy dispuesto a admitir que la última idea es un signo de cómo mi mente está buscando una respuesta desesperadamente.

Tengo tantas preguntas que resolver... ¿Quién es Mel, en realidad? ¿Cuál es su historia?

Salgo de la carpeta de Zola y me quedo mirando la pantalla.

Tardo unos segundos en asimilar mi realidad actual y me pregunto qué demonios voy a hacer a continuación. No puedo mantener esta falta de contacto durante mucho tiempo sin que Mel se dé cuenta de que la he descubierto.

¿Cuánto tiempo más puedo seguir fingiendo que no pasa nada mientras se me ocurre un plan de acción?

Mis ojos se abren de par en par cuando se me ocurre una idea.

La historia de Mel.

Es un buen punto de partida.

Veré qué cuentan las notas sobre Mel. Eso me dirá algo.

Puede que no sea nada que quiera saber, pero tengo que averiguar con quién estoy tratando...

Navego hasta ele de Lomond, pero no veo a Mel por ninguna parte.

Toco la barra de búsqueda y escribo Mel. Ninguno de los dos resultados es ella. Abro las dos carpetas por si me he acordado mal de su apellido, pero las mujeres que veo son personas distintas.

Me quedo pensativo durante unos segundos antes de que se me ocurra filtrar la carpeta principal para mostrar todas las imágenes que contiene y, a continuación, cribarlas a un tamaño manejable. Incluso con varios cientos, solo me llevará unos minutos desplazarme por ellas y ver si la reconozco.

El rápido proceso hace que aparezcan innumerables rostros, muchos de los cuales ya he visto en la estación. No tardo en encontrar la que busco: Mel.

Solo que no es Mel en absoluto. No.

Cuando hago clic para abrir la carpeta que contiene la imagen, veo que la cara pertenece a una tal Jayne Steele, a la que a partir de este momento solo me referiré como Steele.

«Autorización de seguridad: Máxima».

Su informe solo tiene dos páginas. Por lo que sé, esa podría ser una extensión mucho más típica que la mía o la de Zola. En cualquier caso, presto aún más atención que a los otros.

Enseguida me entero de que Steele ha trabajado en las fuerzas del orden como negociadora de rehenes, y que lleva más de diez años en ZolaCore. El informe es elogioso: «Las habilidades de Steele y su lealtad a ZolaCore son inigualables, lo que la convierte en una elección fácil para cualquier escenario delicado y de alto riesgo o desafío inesperado».

Al parecer, ahora trabaja en Evaluación de Riesgos y asesora a la Junta en relaciones con los medios. Ya sabes, lo más alejado de comandar una estación espacial móvil que se me ocurre.

Steele me ha estado dando mierda de altísima calidad desde el principio. Ya no sé lo que es verdad, pero sé lo que no lo es.

Cierro la carpeta y retiro el disco duro.

Soy un jugador de póquer bastante bueno, pero no hay forma de que pueda ocultar mis sentimientos al respecto. Creo que tengo que contarles lo que acabo de descubrir.

Mi único movimiento es jugar tranquilo y decir que estoy dispuesto a olvidarlo si podemos estar en la misma onda de aquí en adelante. El problema es que no creo que lo acepten. Recuerdo las palabras de su informe: creo que soy un reto inesperado y que Mel ha sido la elección fácil de tratar conmigo.

Mi supervivencia en la estación, y mi urgencia por ver lo que sea que haya dentro del cuarto laboratorio, es un escenario de alto riesgo y una situación delicada.

Trago saliva.

Llegar a casa no parece tan seguro como hace una hora, y eso me corroe por dentro. Pero cualquier ruta que todavía pueda tener solo puede ir a través de Steele, así que tengo que reanudar el contacto.

No quiero, pero tengo que hacerlo.

Selecciono el menú para volver a conectar las cámaras, mientras pienso en cómo voy a explicar lo que he hecho antes de leer los informes psicológicos.

Lo que veo en el sistema es una sorpresa enorme y desagradable:

Las cámaras ya están en línea.

Reinicio el enlace de vídeo tan rápido como puedo y veo a Mel y Pierre de inmediato.

Perdón: Steele y cualquiera que sea el nombre real de Pierre. Ni siquiera he llegado a él.

—Tu familia está viva en Colorado Springs —dice Steele, con voz áspera y mirada asesina—. Si quieres que siga así, te sentarás de una puta vez y escucharás cada palabra que te diga, ¿comprendes?

—Suéltalo. —Lucho por morderme la lengua.

Quiero gritarle que le arrancaré el corazón a la primera oportunidad que tenga por amenazar así a mi familia, porque más le vale creer que eso es lo que estoy pensando.

Ella sonríe, como una serpiente.

—Muy bien, señor H eroe de Acción. Abre bien las orejas y escucha.

Estoy dispuesto a no creermelo nada de lo que Steele me diga, pero tengo que oírlo.

No sé qué demonios voy a ser capaz de hacer ahora que mi única ruta para salir de aquí acaba de resultar ser el peor tipo de callejón sin salida. Lo único que sé es que tengo que escucharlo.

—Eres un superviviente, Ray —empieza—. Eso te lo concedo.

«Y yo te concederé la puta muerte, mentirosa de mierda», quiero responder. Pero sé que no es así. Por ahora, al menos, me muerdo la lengua.

—Como una cucaracha —dice Pierre.

No puedo creer que me gustara ese tipo. No puedo creer que me lo haya creído todo. Suelo juzgar bien a las personas, pero ¿estos dos? No podía estar más equivocado.

Debería ser más indulgente conmigo mismo, ya que tuve dudas incluso cuando vinieron a mí como ángeles de la guarda y mi fuero interno buscaba alguna esperanza a la que aferrarme.

Y los informes psicológicos decían que Steele era una negociadora de rehenes premiada por su habilidad para manejar escenarios delicados, así que quizá cualquiera habría caído en la trampa.

Quizá cualquiera habría caído en su red de mentiras y en su trampa.

Me siento erguido.

Su trampa.

«La pasarela».

—Has sido tú. —Termino en voz alta el pensamiento—. ¡Tú has bajado la barrera para atraparme! No querías que viera lo que había dentro, así que intentaste disuadirme, pero, cuando me he decidido a entrar, me has seguido la corriente e intentado atraparme. No era una trampa automática. Has sido tú.

Menos mal que me estaba mordiendo la lengua.

Con una risita sarcástica, Steele me da un lento aplauso.

En lugar de decir nada más, acciona un botón fuera del alcance de la cámara. En cuestión de segundos, siento que sale aire frío de la rejilla de ventilación que tengo a los pies.

Y cuando digo aire frío, quiero decir frío.

—Incluso las cucarachas desaparecen si se las golpea con las herramientas adecuadas —dice Steele con una sonrisa enajenada—. No tenías por qué morir, Ray. Podríamos haber utilizado a un hombre de tus habilidades para la siguiente etapa. Pero has elegido. Y ya que tenemos los datos de tu investigación y no... dejas... de... meterte... en... medio...

Inclina la cabeza de un lado a otro con cada una de las últimas palabras, burlándose de mí incluso cuando se dispone a convertir mi entorno en un congelador como hice con el comedor y los dormitorios.

Me doy cuenta de que han tenido siempre el control.

La conexión por radio no significó nada para ellos. Ella me vigilaba mucho antes

Sabiendo esto, es más difícil que nunca darle sentido a todo lo que ha pasado. ¿La fuga de aire inicial fue un accidente? ¿Tal vez uno que no pudieron resolver a distancia?

En cualquier caso, podrían haber silenciado la alarma para que yo no me enterara, y también podrían haber bloqueado mi camino hacia la escotilla para mi paseo espacial. En cualquier momento de estos días, Steele podría haberme matado.

Debe haber algo de cierto en su comentario acerca de que un hombre con mis habilidades les sería muy útil en cualquier locura de «siguiente etapa» de la que está hablando. Si no, ya estaría muerto.

La única otra posibilidad que se me ocurre es que Steele haya tenido acceso de observación a los sistemas de la estación todo este tiempo, pero que solo obtuviera el control cuando yo reinicié el sistema. Estoy pensando a cien por hora aquí, y hasta ahora esta es la respuesta más lógica que he encontrado.

Si no tenía el control total antes, Steele definitivamente lo tiene ahora. Aunque estoy casi seguro de que también lo tenía cuando todo empezó.

La misión de sabotaje de Grainger no fue un trabajo de un solo hombre y creo que estoy viendo a alguien que jugó un papel importante.

—Mataste a los comandantes, ¿verdad? —espeto—. Envenenaste el aire de aquí y de la Cubierta de Observación, mientras Grainger se encargaba de las zonas abiertas. Estabas con él. Estás con ellos. ¿Qué demonios es esto? ¿Un golpe de Estado? ¿Mataste a Zola?

Ella se encoge de hombros.

—No tienes que preocuparte por él, Ray. Pronto no tendrás que preocuparte por nada.

Comienza a hacer un frío molesto.

Mi único as bajo la manga es que Bex derribó la puerta del Centro de Control en lugar de solo desbloquearla, lo que ha impedido que Steele me encierre aquí. Desde que ha tenido el control de la temperatura de la estación, también habrá tenido el control del sistema de seguridad, eso por descartado.

Ah, y el suministro de aire, supongo. La alarma no está sonando para decirme que nos falta oxígeno y no me estoy ahogando con ninguna toxina, pero temo que no sea así pronto. Si Steele quiere matarme, la composición del aire es una forma tan buena como cualquier otra.

Es casi como si jugara conmigo al bajar primero la temperatura.

Supongo que se les habrán gastado las toxinas. Después de todo, tendrían que almacenarse físicamente en la estación. Ella no puede hacer magia y sacar cosas de la nada. No veo por qué el sistema sería construido con una puerta trasera para permitir a cualquiera cambiar la composición atmosférica del aire, tampoco.

Con eso en mente, congelarme quizá sea su opción más rápida.

Apenas puedo crearme a lo que me enfrento.

He sobrevivido por mi cuenta a tantos desafíos, deseando llegar a alguien más.

Era el último superviviente, buscaba un aliado dondequiera que pudiera encontrarlo, y aquí estoy, dándome cuenta amargamente de que estaba mejor solo.

Entonces no tenía un camino a casa, como tampoco lo tengo ahora, pero al menos tenía garantizado el suministro de aire y controlaba la temperatura.

De acuerdo, resulta que solo tenía la ilusión de control, pero de verdad parece que Steele estaba dispuesta a dejarme vivir y que ayudara con su siguiente etapa si me hubiera quedado en mi lugar.

«No se ha acabado, Ray», me digo a mí mismo.

Parecía que se había acabado cuando se estaba acabando el aire. Parecía que se había acabado cuando el traje EVA se separó de la estación. Parecía que se había acabado cuando la barrera ha caído dentro de ese maldito pasillo. Pero no.

No ha terminado. Nunca se acaba.

Donde hay vida, hay esperanza, y estos cabronazos aún no me han matado.

No veo manera de salir de esta estación —no hay un segundo paso—, pero tiene que haber al menos un primero que me saque de este aprieto.

Necesito acabar con el control de Steele. Tengo que cortar cualquier conexión que les esté dando un enlace a la estación desde donde demonios estén realmente, ya sea una nave espacial de camino a por mí o un búnker de ZolaCore en Nueva Zelanda, como comienzo a sospechar.

Falsificar la ubicación de su señal sería trivial cuando tienen el control total del sistema, y nada en el informe psicológico de Steele me hace pensar que tenga nada que hacer en una estación espacial.

Mi última esperanza es que, si acabo con su control del Faro, tal vez sobreviva el tiempo suficiente para idear un plan sobre a dónde ir a partir de ahí.

Me vuelvo hacia la segunda pantalla, la que pertenecía a mi amiga Lily, la subcomandante a la que los cretinos secuaces de Steele han matado a sangre fría.

Nunca he conocido una rabia como esta, tan fuerte que soy plenamente consciente de ella incluso en estos momentos de verdadera vida o muerte.

Toco algunos menús, pero no busco una opción para desactivar el enlace. Eso no serviría de nada. Al fin y al cabo, no parecía haber ninguna conexión hasta que respondieron a mi llamada de radio, y ahora sé que esa creencia estaba a un millón de kilómetros de ser exacta.

Su método de control no tiene nada que ver con el sistema de radio de los comandantes, y tengo que llegar al fondo del asunto.

Tengo que encontrar la parte central del sistema que permite cualquier tipo de contacto desde la estación y desde cualquier otro lugar. Por encontrar, me refiero a encontrar físicamente.

Por eso estoy haciendo esto ahora. Por eso busco tan rápido como puedo en la sección de SOLUCIÓN DE PROBLEMAS del sistema de radio del ordenador, todo lo que puede ir mal en la conexión.

Las sugerencias de reiniciar y recalibrar son todas insignificantes para mí, pero, cuando llego a la sugerencia final, siento que al menos me da algo para continuar.

Me indica una zona en el nivel inferior de Mantenimiento, donde se encuentran los interruptores eléctricos y todo lo demás. No sé lo que debería sobre electrónica, no es mi campo, pero algo sé.

Cojo el móvil, saco unas fotos de la pantalla y salgo corriendo de la habitación.

—¡Eh! —La voz enfadada de Steele suena por los altavoces—. ¿Qué parte de siéntate si quieres volver a ver a tu familia no has entendido?

Sigo adelante sin mirar atrás. No pienso morder el anzuelo: nunca me dejará volver a pisar la Tierra si ella tiene algo que decir al respecto, y mucho menos volver a ver a mi familia.

Por ahora, lo único que puedo hacer es confiar la seguridad de mi familia al personal gubernamental y militar que va a estar a su lado en el búnker.

No creo haber metido la pata al trabajar con Pierre para encontrar la ubicación exacta de los búnkeres, porque creo que cualquiera capaz de hacerlo habría estado rastreando los movimientos de aire y tierra, de todos modos.

Tengo tantas preguntas sobre por qué han mentido...

¿Con quién estaban trabajando, y por qué parecían estar ayudándome?

¿Ha sido para que no hiciera las preguntas adecuadas?

¿Estaban lanzándome algunas migajas de verdad y algunas ideas semiútiles para evitar que me acercara demasiado a lo importante?

Tal vez.

Una persona en cuyas palabras estoy desesperado por confiar es el presidente Williams. Rezo para que no estuviera mintiendo cuando juró que la libertad devolverá el golpe. Lo mejor que puedo hacer ahora mismo es intentar mantenerme con vida con la esperanza de que, de algún modo, podré ayudar en esa búsqueda con todos los conocimientos que he adquirido aquí arriba.

Corro lo más rápido que puedo, contento de que mi pierna ya se haya recuperado, aunque todavía me restringe un poco el movimiento. También me alegra ver a Laika volando delante de mí. No está herido, al menos no de gravedad, y creo que me conoce lo suficiente como para saber que algo no va bien.

Es un pequeñín perspicaz y supongo que habrá sentido el aire frío. El pasillo aún no está tan mal, lo que podría deberse a que Steele solo ha bajado la temperatura en el Centro de Control o a que tardará más en hacer efecto en este espacio mucho más grande.

La Sala de Mantenimiento está más fría cuando entro, pero estoy tan aliviado por haber dejado la puerta atrancada que no me preocupa. Steele puede bloquear puertas con su pase de acceso total a los controles de la estación, pero no puede cerrarlas si están físicamente atascadas.

Corro hacia el lugar donde el ordenador me ha dicho que encontraría el sistema eléctrico y no tardo nada en arrancar las cubiertas metálicas.

Están hechas para quitarse así, por lo que no es difícil.

Saco el móvil y vuelvo a mirar las fotos. Las luces se apagan justo en ese momento.

Me ha pillado.

Steele sabía que iba a hacer algo, pero ahora me ha visto en las cámaras y sabe exactamente qué es.

Activo la linterna de mi teléfono y apunto con ella al sistema mientras miro las imágenes de las instrucciones en la pantalla.

—Detente ahora mismo —retumba la voz de Steele por los altavoces de emergencia.

El sonido es tan bienvenido como la alarma que hacían sonar antes de que arreglara la tubería exterior, pero no va a detenerme.

Mis fotos de las notas de solución de problemas de comunicación me llevan a una conexión física en particular.

Sé lo que tengo que hacer. No sé si funcionará, pero sé lo que tengo que hacer.

Cojo un guante de control de robot de mi bolsillo y me lo pongo. Utilizo la mano derecha, que es la más débil, porque el pulgar izquierdo sigue demasiado sensible.

Bex no está aquí y solo llevo el guante para evitar tocar los cables con las manos desnudas. Aunque los cables estarán aislados, nunca se es demasiado cuidadoso.

Agarro el cable con toda la fuerza que me permite mi mano derecha dañada.

—Sé dónde están, Ray —reitera Steele—. Si se te ocurre...

Tiro del cable y le corto la voz a Steele en un instante.

De repente, solo oigo mi respiración.

—¿Ray Ray? —dice Laika—. ¿Ray Ray, OK?

Me giro hacia él.

—No lo sé, colega. Puede que me haya cargado la estación entera.

Con la luz ya apagada, es difícil saber si he conseguido desactivar todos los contactos y controles remotos o si he hecho algo mucho más grande que podría acarrear nuevos problemas.

Busco el interruptor de la luz más cercano y contengo la respiración.

—Que se haga la luz —me digo, más a mí mismo que a Laika. Y se hace la luz—. ¡Sí! —grito—. ¡Vale! Vamos, colega.

Regreso corriendo de inmediato al Centro de Control, tan rápido como me permiten mis piernas.

Las pantallas siguen encendidas, pero Steele y Pierre ya no están.

El aire frío sigue saliendo. Ya ha enfriado la habitación hasta un punto inhumano en los pocos minutos que llevo fuera.

Por suerte, puedo arreglar las cosas con un par de toques en la pantalla.

Vuelvo a tener el control, al menos de los sistemas de la estación, aunque todavía no de mi destino.

Eso viene ahora.

Vuelvo a sentarme en el asiento del comandante Harrison y me dirijo a Laika, que ahora está en el de Lily, como un leal segundo al mando.

—Creo que los hemos perdido —le digo.

Se limita a mirarme. Si pudiera hablar como un humano, creo que sé lo que diría: «Y ahora ¿qué?».

Después de lo que ha pasado la última vez que hemos intentado entrar en el cuarto laboratorio, no creo que le gustara la respuesta.

Pero acabo de saber, sin lugar a dudas, que Steele y Pierre son mis enemigos.

Y cuando hay algo que tu enemigo no quiere que veas desesperadamente, como lo que demonios haya dentro de ese puñetero laboratorio, me imagino que te harías un favor a ti mismo si averiguaras lo que es.

Parece que el río de mierda me llega hasta el cuello.

Ese laboratorio es el único camino que puedo seguir.

Seguir los rápidos podría llevarme a un precipicio aún más mortal que el literal que mató a mi hermano, pero tal vez, solo tal vez, algo allí pueda ayudarme a encontrar una salida.

Mi familia está viva en el búnker de Colorado. Así que, cuando una arriesgada apuesta es todo lo que tengo para tener alguna oportunidad de verlos de nuevo, tienes toda la razón: voy a ir a por ello.

—No tienes que venir —le digo a Laika, poniendo una mano con delicadeza en su ala superior—. Pero Bex y yo vamos a volver a entrar.

Tengo que ver lo que hay en el cuarto laboratorio. Es mi única posibilidad.

Existen todo tipo de razones para intentarlo de nuevo. Una de las principales es que mis enemigos han tratado de mantenerme fuera. Otra es que esos mismos enemigos ya no pueden interponerse en mi camino.

Pero, sobre todo, es porque no tengo otra opción.

Podría seguir enviando señales a la Tierra y esperar que alguien las capte, claro, pero resulta demasiado pasivo.

Por otro lado, creo que es posible que Steele estuviera bloqueando mi radio para que no funcionara. Podría tener más posibilidades de contactar con la Tierra ahora que ella y sus compinches no tienen acceso a mis sistemas.

También sé a dónde apuntar ahora, desde que he reducido las localizaciones probables de los búnkeres al monte Pony, en Virginia, y la montaña Cheyenne, en Colorado.

Así que, sí..., ahora que lo pienso, volveré a intentarlo. Aunque no voy a poner todos los huevos en la misma cesta. Mientras, voy a asegurarme de que Bex se recargue hasta su plena capacidad por si no consigo contactar con los refugios.

No esperaré mucho tiempo. Si nadie se conecta o responde a mis transmisiones en una hora, lo tomaré como una señal de que no reciben nada.

Guío a Bex de vuelta al laboratorio de Vinner y vuelvo a enchufarla a la toma de corriente. Más que nunca, tengo cuidado de abrir todas las puertas que no estén destruidas.

Algún tipo de indicador de batería sería muy útil en este momento, porque tengo la corazonada de que Bex podría funcionar durante días y que estoy perdiendo el tiempo con estas frecuentes recargas.

Pero, con lo importante que ha demostrado ser su fuerza, es mejor prevenir que curar.

Mientras se está recargando, me pongo a trabajar en un mensaje de difusión a través de la radio.

—Soy Ray Barclay, desde la estación espacial El Faro. —Grabo mis palabras en el ordenador del comandante Harrison, a través de los auriculares—. Soy el único superviviente de un ataque de sabotaje perpetrado por Oliver Grainger, alias Dale Thorpe. Tengo numerosas pruebas que implican a otros miembros del personal de ZolaCore, incluida Jayne Steele, en estos recientes acontecimientos. No tengo medios para volver a la Tierra. Por favor, responda lo antes posible, aunque las noticias sean malas.

Con la ayuda de la guía de usuario del ordenador, solo tardo unos minutos en hacer que el mensaje se emita en una frecuencia abierta. Al mismo tiempo, también ordeno al sistema de radio que busque cualquier señal que retransmita desde de las localizaciones que he dado.

Creo que no tengo mucho que perder. Al fin y al cabo, los malos ya saben dónde estoy y lo que sé. No veo nada malo en difundir esto por todas partes.

Una olla vigilada nunca hierve.

Un teléfono vigilado nunca suena.

Y, créeme, enseguida me doy cuenta de que una radio vigilada nunca capta nada.

Bastan cinco o seis minutos para que pierda la paciencia. Es demasiado pronto para rendirse, claro, pero es suficiente para empezar a hacer preparativos de contingencia.

Bex ya está cargando, es lo primero en lo que pensé.

Ahora debo hacer algo para protegerme contra más barreras que caen del techo, en caso de que Steele no la activara manualmente. Cabe la posibilidad de que supiera qué ocurriría y me animara a entrar en la pasarela, confiando en que el sistema de seguridad automatizado detectaría mi presencia y haría el resto.

Me devano los sesos durante unos minutos. Al final se me ocurre reunir todos los carritos que utilicé ayer, cuando llevé a los muertos a las zonas frías.

La barrera descendente de la pasarela me aplastó el pulgar sin cortármelo, así que creo que un objeto metálico mucho más grande supondrá un obstáculo suficiente para asegurarme de que puedo escapar de nuevo si llega el caso.

Aunque no hará falta. Estoy casi seguro. De nuevo, en una batalla entre lo seguro y lo lamentable, cuando hay tanto en juego, sé qué caballo quiero montar.

—Qué más... —musito, y pienso detenidamente en los potenciales peligros que podría encontrarme.

Grainger no llevaba ningún equipo de protección al entrar y salir de la pasarela. Pero, al pensarlo un poco más, me doy cuenta de que eso no significa que no llevara ninguno dentro.

Por lo que sé, podría haber una protección de seguridad automatizada en el aire del laboratorio. Si alguien entra sin autorización, una toxina podría eliminarlo antes de que se dé cuenta.

Incluso después de lo que he visto con la barrera, sé que estoy llegando a algunas de esas amenazas hipotéticas más fantásticas. Solo quiero estar lo más preparado posible para lo que pueda surgir. Y, llámame loco, pero prefiero una evaluación de riesgos a una autopsia.

Se me pasa por la cabeza la idea de llevar un traje EVA, o incluso uno de los delgados trajes presurizados que iba a ponerme cuando la cápsula de escape parecía mi desvencijado billete para salir de aquí.

Pensarlo ahora me da escalofríos. ¿Iba a lanzarme a ninguna parte?

¿Iba a lanzarme al espacio pensando que Steele y su tripulación estaban allí para recogerme, cuando en realidad estaban falsificando la señal de la Tierra y me habría lanzado sin razón al océano del espacio?

Me estremezco ante la perspectiva.

No puedo creer lo fácil y convincentemente que me mintió.

Supongo que por eso la eligieron para el trabajo. Los antecedentes condecorados de negociación de rehenes como ese son más bien escasos.

Exactamente quiénes son «ellos» y hasta dónde puede llegar son preguntas a las que ni siquiera puedo empezar a enfrentarme ahora mismo. El optimista que hay en mí no descarta encontrar alguna pista en el cada vez más tentador cuarto laboratorio.

Primero hay que entrar sano y salvo, me digo. Luego hay que sobrevivir.

Volviendo a mi idea de llevar el traje, veo dos problemas: en primer lugar, no podría llevar mis gafas. En segundo, solo podría llevar los guantes de control de Bex o los del traje, que son

necesarios para sellarlo de la atmósfera exterior.

En pocas palabras, son Bex y las gafas o somos solo yo y el traje.

Hmm.

Lo pienso durante unos segundos antes de decidirme por conectar una máscara con filtro a una pequeña botella de oxígeno tipo mochila. He visto algunas en el área de mantenimiento, en el nivel inferior.

Claro, no me protegerá de ningún problema atmosférico grave en el laboratorio. Pero es mucho mejor que nada y no me estorbará ni con los guantes ni con las gafas. En cualquier caso, merece la pena llevarlo. No tengo ningún reparo. Laika me acompaña mientras vuelvo a bajar las escaleras. Siento que ya podría hacer este viaje con los ojos cerrados.

Me pregunto si él también habrá perdido la cuenta.

No tengo una máscara lo bastante pequeña para Laika, pero la idea de que la lleve, junto a una pequeña mochila de oxígeno, al menos me hace sonreír por un segundo.

Si no establezco contacto por radio y acabo entrando en el laboratorio, no estoy seguro de que Laika venga conmigo.

Supongo que descubriré qué es más fuerte después de la experiencia cercana a la muerte del pobre chico en la pasarela: su aversión a volver allí, o su aversión a quedarse solo. Yo apuesto por que se quedará atrás. El pobre estaba conmocionado por lo que ha pasado.

En cuanto volvemos arriba, compruebo en el ordenador si el sistema ha captado alguna señal de radio desde que me he ido.

No lo ha hecho.

Es una gran decepción, pero también parece un punto de inflexión. Aunque solo sea por eso, mi mente se centra en la inevitable marcha hacia el cuarto laboratorio.

Incluso si mi corazón no ha perdido la esperanza de un cambio inminente en el estado de la radio, mi instinto sabe lo que está pasando.

Ya se ha asentado en la realidad: voy a entrar.

—Los carritos —le explico a Laika, pensando en voz alta.

Recogerlos sería algo más rápido si los enlazo y hago que Bex vuelva a tirar de ellos. Pero no lo haré, porque no serviría de nada conservar su batería para la tarea principal de llevarnos al laboratorio.

Además, hoy puedo moverlos con más rapidez que la última vez, cuando cada uno de iba cargado con el peso de dos cuerpos.

Me pongo manos a la obra, con la sensación de estar haciendo todo lo que un solo hombre podría hacer con tres cosas funcionando a la vez: mientras muevo los carritos, Bex sigue cargando y la radio sigue buscando contacto con la Tierra.

Laika se monta en los carros y yo los conduzco hacia la pasarela del laboratorio cerrado. Está mucho menos hablador que antes del incidente de la barrera, lo que para mí es una señal segura de que está conmocionado.

—¿Quieres comer algo? —pregunto cuando el último carrito se topa con los demás al final del pasillo—. ¿Comida? ¿Comida no?

Ni siquiera responde.

Ayer le dejé un montón de pipas de girasol y mucha agua cerca de la jaula abierta en el laboratorio de Barnet. No es que Laika no haya tenido acceso a sustento. No es normal que no se excite con solo mencionarlo.

Supongo que podría decirse que fue el gusto compartido por las pipas de girasol lo que nos unió en primer lugar. Eso fue en el invernadero; él aún era tímido conmigo y yo aún lo veía como la molestia no deseada que me había costado las lentillas.

En cuanto haya entrado en el laboratorio —con o sin Laika—, miraré más cosas en el libro sobre el cuidado de los loros que encontré en mi lector de textos. Quiero ver si hay algo que pueda hacer para ayudarlo o, al menos, aprender las señales de lo que podría estar mal. Me preocupa que no parezca él mismo.

Tras reunir todos los carritos, empiezo a colocarlos en el pasillo, por la entrada exterior, donde la puerta ya está volada, y los alinee sin dejar huecos hasta donde puedo.

Laika decide por venir conmigo, aunque con algunos garridos de inquietud. Supongo que eso me dice que su miedo a quedarse solo es mayor que su miedo a volver aquí, después de todo.

Ahora sí que parece confiar en mí, y no me lo voy a tomar a la ligera.

Cuando llego a cuatro o cinco carros de profundidad, noto algo diferente en la puerta que hay al final del pasillo, más allá de la barrera que Bex ha aplastado para liberar a Laika.

Parece más cerca, de algún modo. Y entonces me doy cuenta de que está más cerca, porque no es la puerta interior en absoluto. Es otra barrera que debe haber caído al mismo tiempo, para

atraparnos entre ella y la que rompimos.

Al menos no hay más, pienso. Bex ya ha aplastado la puerta exterior y la primera barrera, así que dos obstáculos más no deberían ser demasiado.

Mi extensa colección de carritos se adentra bastante en el pasillo sin acercarse a la segunda barrera.

Aun así, es mucho mejor que nada.

También voy a no alejarme demasiado de Bex. No creo que Laika se aleje demasiado de nosotros tampoco.

Estamos mucho más preparados que la última vez y mucho más en guardia.

Ahora pienso más en voluntades que en deseos en lo que respecta a nuestra entrada en el laboratorio. Cada vez parece más que la radio no nos va a entregar nada.

De todos modos, es difícil resistirse a la atracción de lo que podría haber dentro del laboratorio, dada la posibilidad de que ofrezca un próximo paso tangible para salir de aquí.

Y no puedo quedarme esperando junto a la radio para siempre.

Tal vez haya algo en el laboratorio que pueda ayudar a los supervivientes de la Tierra, aunque ellos no puedan ayudarme a mí, algo que pueda incluir en mi próximo mensaje de radio.

No quiero quedarme en esta estación ni un minuto más, pero tengo lo que necesito para sobrevivir aquí durante meses si es necesario, tiempo suficiente para que alguien capte mis señales cuando el polvo o las cenizas se asienten, cuando los supervivientes empiecen a salir de sus búnkeres para evaluar los daños y reconstruir lo que puedan.

Eso es lo que me digo a mí mismo y, en el fondo, lo creo de verdad.

No es un esfuerzo a la desesperada. Puede que esté nadando contracorriente, pero no estoy dando vueltas por el desagüe.

Contengo la respiración mientras vuelvo al ordenador para comprobar por última vez el estado de la radio.

Nada ha cambiado.

A estas alturas, ni siquiera me siento demasiado decepcionado.

Estoy pensando en otras formas de llamar la atención de los supervivientes de la Tierra. Una opción descabellada es hacer estallar mi propio laboratorio para que se separe de la estación, sin peligro para mí ni para Laika, y crear así un espectáculo imperdible en el cielo de la Tierra.

Si alguien está mirando allá abajo, le llamarían la atención y, con suerte, se fijaría lo suficiente en la estación para captar mis señales.

Por suerte, mi siguiente paso es mucho más claro y racional que ese hipotético acto de desesperación. Así que, con la máscara en su sitio y los carritos alineados, cojo a Bex de su punto de carga y la dirijo a la pasarela.

—Habla ahora o calla para siempre —le digo a la robot, intentando divertirme lo bastante como para aliviar el estrés crónico que siento en mis entrañas—. Si crees que no debemos hacerlo, es el momento de decírmelo.

Laika me mira como si estuviera loco. Tal vez no se equivoque.

Aseguro la máscara de oxígeno sobre mi boca y echo a caminar, un paso detrás de Bex todo el camino. Laika se pega sabiamente a nosotros, en pie sobre la cabeza del robot.

Mi respiración se acelera cuando pasamos el último de los carros. Al llegar a la nueva barrera, coloco a Bex en posición y me pongo uno de los guantes de control.

Ahuyento a Laika con suavidad, lo suficiente para que se ponga a salvo detrás de mí mientras Bex y yo trabajamos.

Solo hacen falta tres golpes para derribar la barrera por completo, y me alivia ver que la

siguiente es también la última: la puerta completamente sellada.

Un obstáculo más.

Creo que Laika se ha dado cuenta de lo que hacemos cuando nos encontramos con una puerta cerrada, porque se queda atrás sin necesidad de que yo se lo diga.

Una vez que tengo a Bex de nuevo en su sitio, tiro de mi brazo hacia atrás y golpeo el aire delante de mí tan fuerte como puedo. Le doy un puñetazo en ángulo para que el robot descargue toda su fuerza contra el borde de la puerta.

Contengo la respiración, medio esperando oír un silbido de gas tóxico o ver alguna otra trampa mortal saltar hacia nosotros.

Pero no ocurre nada.

Me doy la vuelta para asegurarme de que no se derrumba ninguna barrera. Todo despejado también por ese lado.

Los carritos no han hecho falta. Todo ha salido según lo previsto.

—¿Listo? —pregunto, dirigiéndome a Laika con una leve sonrisa—. Laika, ¿OK?

No sé si mi tono de alivio ha cambiado algo o si no puede evitar las ganas de explorar. En cualquier caso, el pequeño entra volando como si estuviera seguro de que no hay nada de qué preocuparse. Paso el umbral justo detrás de él, con Bex conmigo y poniendo todas mis esperanzas en que tenga razón.

Steele no quería que viera lo que hay aquí, y estoy a punto de averiguar por qué.

Un paso.

Un solo paso en el interior es cuanto se necesita para ver que este laboratorio no es como los otros.

No se parece en nada a ningún otro lugar de la estación.

Demonios, no se parece a ninguna habitación en la que haya estado...

En cualquier lugar.

No solo veo las diferencias con este primer paso. Las siento físicamente.

Siento la alfombra de felpa bajo mis pies, que me da un rebote acolchado que no había sentido desde que salí de la Tierra hace dos meses. Al mirar hacia delante, descubro paredes de mármol cubiertas de cuadros con marcos exquisitos.

A mi izquierda hay un piano de cola que encaja con la suave música que oigo por unos altavoces invisibles. Cuando miro hacia arriba para ver dónde se esconden, el techo me depara otra sorpresa. El elaborado trabajo de pintura azul y blanca ha sido diseñado para crear un efecto tridimensional del cielo nublado de la Tierra y, sin duda, da en el clavo.

Vuelvo la vista al suelo y veo un *jacuzzi* frente al piano.

Sí. Un *jacuzzi*. En el espacio.

Me acerco y oigo el suave zumbido de la electricidad.

Me doy cuenta de que el agua se mantiene caliente.

¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué estaba Grainger aquí? Es más, ¿por qué hay nada de esto aquí?

No hay ni rastro de metal, a diferencia de lo que ocurría en mi laboratorio donde siempre estaba completamente rodeado de él, de diseño funcional y sin decoración.

Desde el *jacuzzi*, me vuelvo hacia la pared que hay junto a la puerta. Veo una imponente cama de cuatro postes, pulcramente hecha y vacía.

En un desenlace totalmente opuesto al que esperaba, lo único que tengo son nuevas preguntas.

Laika suelta un suave chillido desde más adelante.

—No toques nada —suplico en silencio, al darme cuenta de que lo he perdido de vista.

Echo un vistazo en la dirección de la llamada y veo que se ha posado en el suelo delante de unas cortinas burdeos de aspecto muy pesado que van desde el suelo hasta el techo. Son nada menos que seis metros de altura. Este lugar es más que lujoso, decido. Es exquisito.

Las cortinas bloquean en diagonal la esquina izquierda del laboratorio, que es por donde camino a continuación.

—Bueno —digo cuando llego—, no hemos llegado hasta aquí para no seguir adelante.

Tiro de las pesadas cortinas hacia la derecha y revelo lo que hay detrás de ellas.

He visto algunas cosas en los últimos días que me han dejado sin aliento.

He visto algunas cosas en los últimos días que me han dejado helado.

Pero ahora mismo, al ver lo que acabamos de encontrar, siento que el tiempo se ha detenido.

Que no existe nada más.

No tiene sentido.

De todas las cosas que no han tenido sentido, esto está en su propia liga.

El objeto a la altura del pecho delante de nosotros está a medio camino entre un ataúd y una cabina de bronceado, cerrado herméticamente con una tapa transparente.

Es la tapa transparente la que me permite ver el increíble espectáculo que hay dentro de la cápsula.

Me inclino hacia ella.

Respira con lentitud, igual que los animales de Barnet en el otro laboratorio, así que este hombre está vivo.

No sé si la pantalla de rastreo de la firma de vida que he visto antes en la estación fue falsificada por Steele y sus camaradas o si el sello intacto del laboratorio lo hizo imposible de rastrear, pero, en cualquier caso, está vivo.

Y no solo está vivo, está aquí, frente a mí. No estoy solo en esta estación y nunca lo he estado. Somos él y yo.

Solo él y yo...

Ignacio Zola.

Al igual que los animales de Barnet, no hay cables conectados a Zola.

Viste una camiseta blanca lisa y pantalones cortos blancos, sin calcetines.

Lo único que lleva encima es un famoso anillo que nunca se quita. Se rumorea que está valorado en miles de millones de dólares debido a su contenido en metales raros y a su valor histórico. Los distintos diamantes que machacó para crear el efecto moteado alrededor de la banda pertenecían, supuestamente, a familias reales de todo el mundo.

Su expresión es tranquila. Calma.

La cápsula emite un zumbido eléctrico tan fuerte como el de la bañera de hidromasaje.

Miro debajo para ver a qué está conectada. No hay cables en ninguna de las paredes, así que me imagino que debe de tener una toma de corriente en el suelo. Pero no es eso lo que me llama la atención.

En la parte delantera de la base, a la altura de la cintura, hay una cuenta atrás numérica azul. Descuenta un segundo cada vez y expirará en noventa y cuatro horas.

Algo menos de cuatro días.

Cuatro días ¿hasta qué? ¿Qué demonios está pasando?

¿Por qué está Zola aquí?

De toda la gente que hay en todos los sitios, ¿por qué demonios encuentro a Ignacio Zola en una cápsula de animación suspendida en uno de los laboratorios independientes de El Faro?

La única respuesta que se me ocurre es muy desagradable. También requiere un salto a una teoría que no quiero creer.

No puedo estar seguro —de esto, ni de casi nada en este momento—, pero creo que Zola podría haberse aislado aquí para sobrevivir a lo que sabía que se avecinaba en la Tierra.

Este es el lugar más seguro posible.

Toda la estación está aislada, pero cada laboratorio independiente también está protegido de lo que ocurre en el otro extremo de la pasarela. El hecho de que aún respire es la prueba.

Si algo hubiera dañado la integridad de la estación, este laboratorio se habría desprendido a la primera señal de problemas al igual que lo habría hecho el mío.

Claro, el protocolo automatizado de desprendimiento de emergencia fue diseñado para proteger el cuerpo principal de algo que va mal en una de las ramas, pero funciona en ambos sentidos.

Ninguna de mis viejas suposiciones tiene ya ni pies ni cabeza.

Ahora que veo a Zola frente a mí y que sé que algunos de sus empleados trabajan en mi contra, tengo nuevas ideas sobre por qué ciertas cosas podrían haber sido diseñadas de determinadas maneras.

Incluso empiezo a preguntarme si la forma de la cápsula de escape se diseñó a propósito. Empiezo a pensar que quitaron el sistema de aterrizaje de parapente para que nadie pudiera evacuar a la Tierra.

Es difícil creer que esperaran que alguien sobreviviera como yo lo he hecho, con la combinación de suerte y todo lo que he necesitado para quedarme aquí. Sin embargo, no creo que sean el tipo de gente que se arriesga. Y, además, me están obligando a creer cosas mucho más inverosímiles que esa.

Miro más de cerca a Zola. Su vello facial, normalmente inmaculado, ha crecido mucho. Aún está muy limpio, pero está claro que no se lo ha afeitado en varios días. Por otra parte, no tengo ni idea de qué efecto tiene la tecnología de animación suspendida en cosas así. ¿Quién puede decir que no ha estado aquí durante meses? No había rastro de él en ninguna de las grabaciones de las cámaras de seguridad, pero eso parece otra cosa en la que ya no puedo confiar. Al fin y al cabo, Steele tenía acceso a todo el sistema, así que habría editado cualquier cosa que no quisiera que encontrara.

Parece que su juego era mantenerme distraído hasta que pudieran llegar aquí para ocuparse de mí, si es que venían. Si no, quizá querían entretenerme hasta que Zola despertara.

¿Es a eso a lo que conduce la cuenta atrás, al despertar de Zola?

Parece obvio en cuanto lo pienso.

Me alejo de la cápsula para echar un vistazo a la habitación en busca de alguna pista. Ya he mirado debajo. Cuando me pongo de puntillas para mirar en la parte trasera, veo un ordenador portátil abierto sobre una estantería.

Eso es interesante...

Creo que está aquí para cuando Zola se despierte, porque no veo una forma fácil de rodear la cápsula sin arriesgarme a entrar en contacto con alguna conexión invisible.

Me agacho en el suelo y me arrastro hasta que consigo alcanzarlo con un brazo extendido. Tengo mucho cuidado de no golpearme contra nada. Me alegra ver que Laika se queda quieto mientras lo hago, porque no se sabe lo que podría pasar si alguno de los dos toca algo equivocado.

Desconecto el portátil del cargador y lo acerco con cuidado.

Enseguida veo que está abierto en más de un sentido. Para empezar, la pantalla está levantada en lugar de plegada y cerrada. Pero lo más importante es que, al tocar por primera vez el *trackpad*, este hace que la pantalla cobre vida sin señal alguna de bloqueo de seguridad.

Supongo que la puerta sellada le pareció suficiente. Bueno, eso y la suposición de que todos los demás ya estarían muertos.

La pantalla muestra una hoja de cálculo. Solo tres celdas contienen datos.

La primera es una fecha y la segunda una hora. Hago un cálculo rápido.

Sí... Es el momento de hace unos días, a la hora exacta en que Grainger salió de este laboratorio para hacer su trabajo sucio en el comedor.

La tercera celda contiene las letras OG, que deben significar Oliver Grainger.

Debajo de estas celdas hay una advertencia en rojo: «NO NAVEGUE FUERA DE ESTA PESTAÑA».

De acuerdo. Esto me dice que Grainger estuvo aquí después de que Zola entrara en la cápsula. Eso es algo.

Creo que Grainger dejó este mensaje minimalista para Zola, que básicamente fichaba, escribía la hora y sus iniciales para confirmar que cumplía su parte del plan.

El plan.

El plan de Zola.

Ahora está demasiado claro. Este hijo de puta estaba trabajando con la rata que ha matado a todos los demás en El Faro. Zola es el responsable.

Y sé lo que eso significa: no solo es responsable de las muertes aquí arriba.

Dejo el portátil en el suelo y vuelvo a mirarlo.

Tengo ganas de romper la cápsula y matarlo ahora mismo. Al diablo con las consecuencias de la seguridad antimanipulación que pueda tener, no se merece otra cosa.

Coloco la palma de la mano sobre la cápsula, justo encima de su cara. Nunca he hecho daño a nadie deliberadamente, salvo en defensa propia, pero quiero arrancarle la garganta ahora mismo. Quiero...

Laika me llama con un chillido.

Cuando me vuelvo hacia él, la música del piano se detiene.

Levanto la mano de la cápsula, pero es demasiado tarde.

El sistema de altavoces zumba durante un segundo. Lo siguiente que oigo es un carraspeo que me produce un escalofrío cuando la pared que tengo delante se abre y deja ver una enorme pantalla de televisión.

El rostro de Ignacio Zola me mira fijamente.

Reconozco el fondo detrás de Zola en la grabación. Es este laboratorio.

Debió de grabarlo justo antes de entrar en la cápsula.

Se me eriza todo el vello del cuerpo.

—*No deberíais estar aquí* —dice Zola, con esa famosa voz resonante y muy impostada que le es tan propia—. *Desde luego, no deberías interferir en mi cápsula.*

Sí, tal y como me temía, he provocado esto —y puede que algo peor— al tocarla.

Me estoy dando patadas mentales por eso. En ese momento me he sentido que me controlaba por haber tenido la templanza de poner solo la palma de la mano encima en lugar de aporrear el cristal con dos puños.

—*Puede que me veas indefenso* —continúa la grabación—, *pero ten en cuenta que seguir manipulando la cápsula será el último error que cometas. Apártate y deja que el progreso siga su curso por el camino que le he trazado, ¿por qué no? Si has sobrevivido a tu papel en el plan, te felicito. Por favor, ahora, retírate y espera pacientemente a que comience la siguiente etapa.*

Hmmm.

Esta mención de un «papel en el plan» de repente me hace pensar que el vídeo podría ser para Grainger, si de hecho hubiera sobrevivido y hubiera hecho algún contacto físico con la cápsula.

—*Pero si has sobrevivido a pesar del plan, te felicito aún más* —continúa Zola con una sonrisa irónica.

Ah, así que está cubriendo todas las posibilidades. Estos comentarios son para alguien que haya sobrevivido a pesar de su diabólico plan. ¿Te suena?

Ya escuchaba con total atención, pero ahora que sé que Zola se dirige explícitamente a alguien como yo, me concentro en cada sílaba.

—*El futuro de la humanidad empieza ahora y, como es evidente, has demostrado ser un superviviente nato. Ahora te enfrentas a una elección: puedes retirarte y esperar a la siguiente etapa, en la que tu deseo de sobrevivir podría ganarte un puesto en nuestro nuevo mundo, o puedes quedarte donde estás y morir en esta nueva frontera. La elección es tuya.*

La grabación termina con tanta brusquedad como empezó, la pared se vuelve a cerrar en cuanto la pantalla se oscurece.

Me giro hacia la cápsula.

—Cabrón hijo de puta —maldigo en voz baja.

La destrucción de la Tierra no ha sido obra de unos ecoterroristas cantando el *Cumbayá*.

Aún no puedo estar seguro de si fueron chivos expiatorios o actores como Steele, pero lo que sí sé es que no estaban en la cima de la cadena.

Ha sido él. Todo ha sido cosa suya.

Mil nuevas preguntas flotan en mi mente, pero, tan pronto como acepto esta terrible verdad, otras cosas de repente cobran un tipo de sentido muy perturbador.

Al arreglar la fuga de aire, puede que sin querer también salvara a Zola. Después de todo, a este laboratorio sellado solo le quedan veinticuatro horas de su soporte vital de emergencia, lo que no es suficiente para mantener el aire aquí respirable hasta que la cuenta atrás de Zola llegue a su fin.

Ahora me pregunto si Steele me mantuvo con vida por si surgían otros problemas.

Estoy seguro de que no quería que entrara en este laboratorio, pero ha tenido mano izquierda en sus esfuerzos por mantenerme fuera. Con Pierre a su lado, me dijo que era peligroso, y todo el tiempo intentaron hacerme creer que eran aliados al ayudarme con cosas como las imágenes del satélite.

Me estaban distraendo, dejándome descubrir cosas que nunca iban a ayudarme de forma tangible. Intentaron convencerme de que eran mis amigos para que no me acercara demasiado a la verdad. Y, maldita sea..., casi funciona.

En retrospectiva, veo lo retorcidos que son.

Pierre sabía que yo tenía el lector de texto cuando me dijo que no podía buscar en Internet para investigar conspiraciones en el búnker. Me estaba animando a tener esa idea, no solo distrayéndome del cuarto laboratorio, sino también dándome más razones para pensar que mi familia ha sobrevivido y, por tanto, más incentivos para evitar riesgos innecesarios.

Nunca iba a salir de esta estación. Solo querían asegurarse de que nunca viera lo que había en este laboratorio antes de que la cuenta atrás llegara a cero.

¿Cómo me habría tratado Zola entonces? ¿Me habría matado? ¿Me habría felicitado por sobrevivir, tejiendo una red de mentiras sobre su propia inocencia y ofreciéndome un lugar en el «nuevo mundo» del que habla en su maníaca grabación?

¿O habría llegado Steele antes de que la cuenta atrás llegara a cero? ¿Habrían atracado después de todo para ocuparse de mí y llevarse a Zola para lo que en realidad suponga «la siguiente fase» de su plan?

No sabía nada de la estación de PetraVista hasta que me puse en contacto con Steele, y ahora dudo de todo lo que me contó sobre ella. Ni siquiera sé si existe. Ya he considerado que el punto de origen de la señal podría haber sido falseado, pero ¿y si es peor que eso? ¿Y si Steele de verdad está en el espacio, pero en una estación mucho más grande o nave espacial en la que todos los compinches de Zola han sido evacuados?

Con lo que le han hecho a la Tierra, no descartaría algo así.

Todo lo que tengo son preguntas, pero las que más me preocupan son las de qué pasará después.

Ahora que sé demasiado, no hace falta decir que estoy en el punto de mira de su malvado equipo. Así que, vengan de donde vengan, tengo que pensar que alguien viene.

Y no a salvarme, sino a por mí.

Una vez que entré en contacto con los demás, mi objetivo principal pasó a ser sobrevivir hasta que llegaran.

Me he olvidado de esa idea tan pronto como Mel se ha delatado y me ha hecho saber que había estado observando todo el tiempo, pero todo se ha vuelto mucho más nítido.

Sigue sin haber forma de salir de esta maldita estación, igual que cuando he pensado por primera vez en tener que irme antes de que llegaran.

Supongo que ahora tengo la opción de intentar mantener a Zola como rehén, pero ¿con qué

fin? No sé a dónde iría con eso. Aunque una opción poco clara es mejor que ninguna.

Tal vez se me ocurra algo. Todo en este laboratorio de locos es una prueba de que sigo encontrando nuevas pistas, así que no pierdo la esperanza de que...

De repente, un sonido agudo rompe mi concentración y, por supuesto, pilla a Laika por sorpresa al mismo tiempo. Su graznido asustadizo es fuerte y casi instantáneo, pero no es lo primero que oigo.

No... Ese honor corresponde a la ensordecedora alarma que suena en lo alto.

Una luz roja parpadea debajo de la cápsula, donde veo que ha aparecido una nueva cuenta atrás junto a la de noventa y cuatro horas.

También sigue ahí, con sus números azules marcando la cuenta segundo a segundo. Pero ahora se le ha unido otra mucho más inquietante.

La nueva cuenta atrás roja avanza un segundo cada vez.

Por desgracia, ya solo quedan cincuenta y cuatro.

Cincuenta y tres. Cincuenta y dos. Ay, mierda...

Tengo que largarme de aquí. Diría que «Tenemos que correr», pero Laika, en su sabiduría, ya está en la puerta.

Pero no ha ido más lejos. Está de pie, en el umbral, chillando tan fuerte como puede. No me cabe duda de que me está advirtiéndome de que me dé prisa. Me está suplicando que lo acompañe en el camino de vuelta a lo que solo podemos esperar que sea la seguridad del resto de la estación.

No sé qué significa que hayamos destruido la barrera sellada entre este laboratorio y el resto. ¿Algún lugar estará a salvo de lo que sea que esté a punto de ocurrir?

No puedo permitirme pensar demasiado. Lo único que sé ahora mismo es que este lugar no es seguro y que tengo muy poco tiempo para alejarme cuanto pueda.

Saco el móvil del bolsillo y hago las fotos más nítidas que puedo de Zola.

Sigo con la *bodycam* encima. Está conectada al ordenador y, con suerte, ha enviado el discurso de Zola al Centro de Control y al *software* de grabación que he configurado antes de salir. Sin embargo, la *bodycam* tiene una línea de visión demasiado baja como para obtener imágenes claras de Zola en la cápsula. Vale la pena perder unos segundos para usar mi móvil,

Porque de verdad necesito estas fotos.

Si de alguna manera salgo de aquí o hago contacto con la Tierra, no hay ninguna posibilidad de que alguien crea en mi palabra sin pruebas.

En cuanto consigo algunas tomas claras, vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo y me agacho apresuradamente para coger el portátil. Corro hacia Laika sin perder ni un segundo más.

La alarma se detiene en cuanto cruzo el umbral hacia el pasillo.

Ah..., así que hay algún tipo de sensor.

Podría ser un sensor de presión en el suelo, o tal vez alguna tecnología de detección de movimiento en el techo. De cualquier manera, la alarma se para de inmediato cuando salgo del laboratorio.

Necesito saber si es seguro volver a entrar ahí. Para averiguarlo, vuelvo a poner despacio un solo pie sobre la alfombra de felpa.

La alarma se reinicia al instante. También veo que los números rojos reanudan su cuenta atrás en la base de la cápsula, más allá de la cortina abierta. Tampoco empieza desde el principio, continúa donde lo ha dejado.

Todo se detiene igual de rápido cuando vuelvo a sacar el pie.

Es muy frustrante que no pueda volver a entrar para buscar más información o cualquier otra cosa que pueda ayudarme.

Sin embargo, me alegro de tener al menos el ordenador. Y, lo que es más importante, al

menos la cuenta atrás se ha detenido. Eso no era un hecho.

—¡Ray Ray! —grita Laika desde el suelo a mi lado—. ¿Ves? ¿Ray Ray? ¿Ves? ¡No-OK!

No sé lo que Laika ve o lo que cree que está mal. Pero, para cuando miro hacia él, me preocupa más el problema que él está causando que el problema que él tenga.

Vuelve al laboratorio.

La alarma salta en cuanto cruza la puerta y me dice que, después de todo, se trata de un sensor de movimiento y no de un sensor de suelo.

¿En qué demonios está pensando? Tengo que sacarlo.

—¡Ray Ray! ¿Ves? —garrita, y aterriza justo delante de la cápsula.

Solo cuando llego veo que ha aterrizado junto a mi móvil, que se me ha debido de caer del bolsillo al agacharme para coger el portátil.

Intenta cogerlo, pero no lo logra.

Agarro el teléfono y corro de nuevo hacia la puerta, esta vez sujetándolo con fuerza. Cuando vuelvo a salir, veo que nos quedan pocos segundos.

Laika, que vuela rápido si quiere, ya me está esperando.

La alarma se detiene y la cuenta atrás termina en el número nueve.

Sin aliento, me agacho de nuevo y pongo una mano sobre el ala de Laika.

Han pasado tantas cosas desde que lo he encontrado, que nunca me había parado a pensar por qué estaba despierto en el laboratorio de Barnet.

Pero, después de algunas de las cosas que ha hecho, y sobre todo lo que acaba de hacer, empiezo a preguntarme exactamente qué tipo de trabajo hacía Barnet con él.

Sigo sin saber casi nada de loros, pero seguro que no todos son ser tan listos como Laika. No solo reconoce que un estímulo artificial como la alarma puede señalar una amenaza, sino que también parece entender cosas abstractas como mi necesidad de tener mi móvil lleno de pruebas.

No creo que le esté dando más importancia a su acción de la que debería. Sabía que era peligroso estar allí, pero, de alguna manera —y con razón—, ha decidido que valía la pena entrar para alertarme de que se me había caído el teléfono.

—Eres un tío muy listo —le digo.

Sin embargo, tengo que asegurarme de que no vuelva a entrar para nada más, ya que estoy casi seguro de que este loro no sabe leer números o el poco tiempo que nos queda.

Volver a entrar desencadenaría algo que necesitamos evitar a toda costa. Para mantenerlo fuera, creo que colgaré algún tipo de barrera del techo en la entrada de la pasarela.

Por ahora, sin embargo, hay algo que necesito ver.

Me pongo el portátil bajo un brazo y guío a Bex de vuelta con nosotros. De repente, me alegro mucho de no haberla traído dentro. No sé si los sensores de seguridad habrían sido activados por un gran robot. ¿Y si lo hubieran hecho? Bueno, su falta de velocidad habría supuesto un gran problema.

Cuando volvemos al Centro de Control, me complace ver que las imágenes de mi *bodycam* siguen grabándose en el ordenador. Esto significa que tengo una prueba de vídeo irrefutable de la implicación de Zola, además de mis fotos de cerca.

Pongo el portátil de la escoria en el escritorio frente a la pantalla del comandante Harrison.

«NO NAVEGUE FUERA DE ESTA PESTAÑA».

—Vete a la mierda —digo en voz alta, con un clic en la segunda de las dos pestañas de la hoja de cálculo.

Cuando he visto a Ignacio Zola en la cápsula, me ha hervido la sangre. Pero, al ver el contenido de la segunda pestaña, se me parte el corazón.

Se pone peor cuanto más tiempo miro, pero veo lo suficiente de un vistazo para hacerme una idea.

Zola ha sido responsable de todo. Y aún no ha terminado.

Esta pestaña tiene quince filas llenas, con una lista de acontecimientos en una columna a la izquierda y una lista de fechas y horas correspondientes a la derecha.

Palabras como «Evacuación» y «Detonación» saltan a la vista, como puñales que se clavan en mi corazón. Pero lo que de verdad me impresiona es la lista completa y ordenada de los acontecimientos.

Cada vez es peor.

El primer suceso, que parece burlarse de mí, lleva la etiqueta «MÉTODO BARCLAY VALIDADO».

Miro la fecha y la hora en la columna de la derecha.

Solo tardo un segundo en reconocer que fue el momento en que concluyó mi penúltimo experimento y tuve la certeza, en un noventa y nueve por ciento, de que podía demostrar la utilidad y replicabilidad de mi proceso de enriquecimiento. No era mi experimento final, pero fue suficiente para convencer a Zola.

Ver referirse al proceso como el método Barclay me revuelve el estómago.

Aunque tenía las mejores intenciones con mi investigación, cada vez tengo más la sensación de haber allanado el camino de la humanidad hacia el infierno.

Me lamenté de esto con Pierre, que ahora sé que era un actor de mierda intentando ganarse mi confianza, igual que «Mel», pero ahora me duele mucho más que antes.

El siguiente evento se llama «ENCAPSULAMIENTO», que debe ser cuando Zola subió a la cápsula. La marca de tiempo es de solo cinco horas después. Esto significa que él ya estaba en la estación mientras yo preparaba mis experimentos, evidentemente, a la espera de saber que mi método funcionaría. Luego viene «REGISTRO DE GRAINGER».

Es la misma hora que Grainger introdujo en la otra pestaña, para el momento en que entró en este laboratorio antes de asesinar a todos mis compañeros.

Cuando hago clic con cuidado en esta celda de la hoja de cálculo para confirmar una sospecha, veo que efectivamente se trata de una fórmula vinculada a la anterior. Grainger introdujo la hora allí, en la única pestaña que se le ordenó mirar, y se rellenó aquí de forma automática.

La «GUERRA DE HUMO» llega exactamente una hora después del registro de Grainger.

Como Zola ya estaba en la cápsula, no me sorprende que esta celda no tenga una entrada de tiempo propia y que consista en una simple fórmula: la hora de la celda anterior más una.

Solo sé a qué se refiere «GUERRA DE HUMO» en el contexto de lo que he visto. Ese contexto más amplio me dice que está relacionado con la campaña de desinformación que mostró a Zola como una víctima atacada por una cábala ecoterrorista, en lugar del cerebro detrás de todo este puñetero asunto.

Cada una de las marcas de tiempo restantes son el resultado de una fórmula, siempre la hora de entrada de Grainger más una duración específica. Me imagino que la de inicio también debe haber sido transmitida a los compinches de Zola en la Tierra.

El resto de la hoja de cálculo es una lista de lo que estaba previsto que ocurriera más que un registro definitivo *a posteriori* de lo que ha sucedido. Algunos de los tiempos anotados están en el futuro, por un lado, pero incluso los que han pasado se basaron en el momento en que Grainger entró.

La «EVACUACIÓN DE LA SUPERFICIE» llega a las tres horas, no mucho después de que la estación fuera aniquilada. Esta tiene que referirse a unos pocos elegidos que son llevados a la seguridad de uno o más búnkeres ZolaCore.

El siguiente es el de «CORTE DE COMUNICACIONES», a más veintitrés horas.

Con solo leer un poco entre líneas, concluyo que los secuaces de Zola de verdad utilizaron algún tipo de pulso electromagnético para desactivar los equipos de comunicación en la superficie de la Tierra. Sin duda, se produjo cuando cayó Internet y todos los teléfonos de la estación dejaron de recibir actualizaciones.

Todavía no sé qué pasó después del apagón, pero estoy a punto de averiguarlo.

«DETONACIÓN PRELIMINAR», a más veinticuatro horas. Estas palabras están subrayadas, como un hipervínculo. Lo comprobaré en un segundo.

La palabra «preliminar» me produce escalofríos.

Es menos obvio a qué se refiere la «EXCAVACIÓN PRELIMINAR» en la siguiente celda, pero el contexto ayuda una vez más. Sucede a más cuarenta y ocho horas. Vale, es exactamente dos días después de que Grainger hiciera su trabajo y un día después de la detonación preliminar. Significa que ya ha sucedido, o al menos ya ha comenzado.

Las cosas que aprendí en el laboratorio de Vinner me hacen pensar en que la gente de Zola empezó a excavar teocita, tal vez de algunos de los depósitos profundos que expusieron con una detonación colosal.

Miro mi reloj. Ahora mismo, estoy en el lapso entre la excavación preliminar y el evento de nombre desgarrador que viene a continuación: «EVACUACIÓN PLANETARIA». Está cronometrado en más seis días y medio, lo que significa que aún faltan poco más de tres.

El «DESPERTAR», que se explica por sí mismo, viene a continuación, a más seis días y veintitrés horas. Faltan poco menos de cuatro días, exactamente lo que le quedará a la cuenta atrás de la cápsula de Zola.

Trato de controlar mi respiración mientras todo se hunde.

Hasta ahora, la gente de Zola ha abandonado la superficie de la Tierra y ha volado todo por los aires. Ahora están listos para evacuar todo el planeta, y el próximo acontecimiento me dice por qué.

Programado para exactamente siete días después de que Grainger pusiera las cosas en marcha, lo que será justo una hora después de que Zola se despierte y dentro de cuatro días, se avecina algo que suena mucho peor que la ya apocalíptica detonación preliminar.

Las palabras me desgarran como espinas: «DETONACIÓN NODRIZA».

Me siento entumecido.

Estoy tan aturdido que apenas percibo los dos acontecimientos siguientes.

Primero viene «REUNIÓN», en más ocho días. Tiene que ser el momento en que Zola abandone la estación, con ayuda de Steele o de quienquiera que esté trabajando con él en este atroz plan.

Después viene la «EXCAVACIÓN DE MADRE NODRIZA», cuando su equipo empezará a trabajar para acceder a las inimaginablemente vastas reservas de teocita abiertas por su segunda detonación.

Esto está previsto para doce días después del registro de Grainger, lo que me dice que el lecho marino va a ser una zona prohibida durante cuatro días, incluso para el enorme equipo minero de última generación de ZolaCore.

Hay un evento más, fijado para dentro de veintiún días —tres semanas desde el ataque de sabotaje de Grainger— y se describe con una sola palabra. La palabra es un nombre propio, tan único que solo puede significar una cosa.

«BAYZEN».

Hasta ahora solo había visto esa palabra en el laboratorio de Vinner.

Bayzen 108b es el nombre del planeta supuestamente habitable que él investigaba. El escalofriante contexto que he visto aquí ahora me dice que es el destino al que el demente de Ignacio Zola planea llevar a sus elegidos para comenzar su nuevo mundo.

Siempre quiso abandonar la Tierra.

Siempre ha querido dejar atrás a los que considera débiles e inútiles para que los «fuertes y dignos» puedan alcanzar su potencial.

Su perturbada psicología siempre se ha basado en su visión de la Tierra como un útero superpoblado, lo que explica por qué ha actuado de forma tan maníaca y perversa, y creo que también sé por qué ha actuado con tanta urgencia.

Ahora que mi proceso de enriquecimiento le ha dado la última pieza del rompecabezas, no es solo la ocasión que siempre ha esperado de abandonar la Tierra. En su cerebro Zola, es la única oportunidad que tendrá.

Si los poderosos gobiernos que lo desprecian hubieran descubierto alguna vez cuánta teocita había bajo el lecho marino y cómo podía aprovecharse para tantas aplicaciones, no hubiera habido forma de que hubiera conservado ningún monopolio.

El público no lo habría tolerado, no con toda la pobreza y tantos conflictos en el planeta.

Como mínimo, habría habido una moratoria temporal sobre la excavación privada. Como mucho, sus equipos y plataformas mineras habrían sido requisados y nacionalizados. Incluso sin estos enormes avances en la minería y el enriquecimiento, algunos grupos de presión política ya han hecho llamamientos en ese sentido. Todo eso se habría generalizado, e incluso los gobiernos amigos de Zola se habrían visto presionados para cooperar con las naciones a las que ha cabreado tantas veces.

A Zola nunca le ha importado el dinero. Le importaba a dónde podía llevarlo la teocita. Pero incluso con todas las cosas increíbles que he tenido que aceptar, como la dura realidad, no me cabe en la cabeza la idea de que Zola tenga una nave capaz de viajar casi seis años luz.

No me importa lo enriquecido que esté el BioZol y lo fácilmente que sus pasajeros puedan viajar en cápsulas como en la que está él. ¿Cómo es posible que exista una nave de ese tamaño sin que el mundo lo sepa?

Otra cosa que salta a la vista aquí es que Zola tiene previsto despertarse una hora antes de la destrucción final. Es como si quisiera verla en directo, lo que solo añade otra capa de enfermedad.

Sé demasiado bien lo clara que es la vista desde la Cubierta de Observación y el Centro de

Control, y todo lo que vi fueron las secuelas de una detonación preliminar.

También me pregunto si las personas que Zola ha elegido para su nuevo mundo saben siquiera que está involucrado en todo esto. Lo dudo. Quizá por eso todo empezó con desastres supuestamente naturales y por eso los llamados ecoterroristas se atribuyeron la responsabilidad: la idea de la guerra de humo.

La tapadera podría ser que, como Zola estaba aquí arriba, sobreviviendo al sabotaje, no podía entregarse desinteresadamente como pedían los terroristas. Estoy haciendo algunas suposiciones sobre cosas sin importancia, pero la idea general tiene sentido.

Mientras recorría la línea temporal de la hoja de cálculo, me he dado cuenta de que parece que cada uno de los eventos de detonación es un hipervínculo a otro documento o pestaña oculta.

Hago clic en «DETONACIÓN PRELIMINAR». Aparece la imagen de un mapa delante de la hoja de cálculo.

Una gran equis negra en el Pacífico Norte indica el lugar de la primera explosión. Aquí es donde se abrió el más accesible de los grandes depósitos de teocita de la Tierra. La imagen muestra toda la masa terrestre y los océanos de la Tierra sombreados en uno de tres colores: amarillo, naranja y rojo.

Todas las zonas cercanas al epicentro son rojas.

Una anotación en la esquina inferior derecha explica lo que significa el rojo: «Inseguro».

Genial.

Naranja significa «Superficie inviable». Para mi horror, se aplica a todos los Estados Unidos y la mayor parte del noreste de Asia.

La zona afectada se extiende hacia el exterior en círculos concéntricos, del rojo en el centro al naranja y luego al amarillo. Todos los lugares del planeta están al menos en amarillo, lo que significa «Supervivencia poco probable».

Esto es desgarrador a muchos niveles. Me dice que hay pocas posibilidades de que alguien sobreviviera fuera de un búnker protegido, y que incluso un refugio no habría ayudado en las áreas sombreadas en rojo, que incluyen Alaska entre otros muchos lugares.

Y eso fue solo la explosión preliminar.

Cuando cierro el mapa y vuelvo a la hoja de cálculo, casi me da miedo hacer clic en el segundo enlace.

Sé que mi familia no está en un búnker de ZolaCore.

Es imposible. Eva ha sido llamada a Colorado por la misma razón por la que la familia de uno de mis colegas fue llamada a Virginia: porque puede aportar algo que los planificadores de emergencias de nuestro gobierno han decidido que necesitaremos en caso de reconstruir la sociedad.

Una reconstrucción de la sociedad.

Eso es con lo que he estado contando todo este tiempo: la idea de que la humanidad pueda reconstruirse de las cenizas de este caos.

Pero ¿ahora? Trago saliva.

Apenas me atrevo a hacer clic en el enlace.

Por lo que he visto, aún pienso que hay muchas posibilidades de que el búnker de Colorado Springs haya mantenido con vida a mi familia. Pero ahora que sé que se avecina una segunda explosión más fuerte... Cierro los ojos y hago clic.

En cuanto aparece el nuevo mapa, ya no solo me siento mal.

Basta con echar un vistazo a lo que se avecina. Una ojeada y ya estoy enfermo. Lo único de lo que puedo alegrarme es de tener el culo bien colocado en mi silla.

La imagen me golpea como un tren de mercancías.

Cuando la detonación madre de Zola estalle dentro de cuatro días, frente a la costa atlántica, el mundo entero se teñirá de rojo.

Sin supervivientes.

Superficie, búnker, no importa. Los pocos elegidos de Zola habrán evacuado para entonces, porque la segunda explosión será categóricamente insuperable.

He visto los daños causados por la primera, que solo tiñó de rojo una pequeña parte de la Tierra. Lo que está en camino es un orden de magnitud peor. Es difícil de comprender.

Desastre no es una palabra lo bastante fuerte para lo que viene, incluso en el otro lado del mundo.

Tectónico, geológico... Dios, ni siquiera sé si hay una palabra para la escala del daño que se avecina.

Es un apocalipsis, en el sentido más estricto de la palabra. No solo el fin de la civilización o el fin de nuestro mundo humano, sino el fin de la Tierra como planeta habitable.

Las lágrimas mojan mis gafas improvisadas mientras miro el mapa.

Cuando el monstruoso plan de Zola alcance su *crescendo* dentro de cuatro días, no habrá supervivientes en la superficie de la Tierra ni en ningún refugio. Quienquiera que los compinches de Zola dejen atrás, morirá.

Todos... Incluida mi familia.

Nadie capta mi contacto por radio, sin duda gracias al aniquilamiento de las comunicaciones por culpa del pulso electromagnético que se produjo antes.

No tengo forma de contactar con la Tierra y no tengo forma de volver a casa.

No sé qué hacer. Mis ojos se cierran en señal de derrota. Lo he intentado.

Lo he intentado con todas mis fuerzas, pero no ha sido suficiente. He sobrevivido a todo. He hecho tanto...

¿Y para qué?

Para nada.

Me giro a mi derecha, Laika me mira con ojos que me dicen que entiende al menos parte de mis emociones.

—Lo siento, colega. —Intento contener más lágrimas antes de que se me llenen las gafas—. Se acabó.

Me echo hacia atrás y miro al techo, quitándome las gafas para limpiarme las lágrimas.

Se ha acabado de verdad. En serio, ¿qué puedo hacer?

Lo único que se me ocurre es esconderme en algún sitio e intentar tomar a Zola como rehén cuando se despierte una hora antes de la detonación, y luego decir que lo mataré si no lo suspenden.

Pero ¿qué sentido tiene? No puedo retenerlo para siempre.

Y, aunque pudiera, todos los que quedaran en la Tierra, bajo tierra o no, serían blancos fáciles para cuando apretaran el gatillo.

Zola les diría a sus matones que, de todos modos, continuaran el plan sin él. A pesar de todas sus locuras, nunca he tenido la impresión de que sea un tipo egoísta, solo es un sociópata.

Su objetivo de liberar el potencial humano de sus limitaciones terrenales es mucho mayor que él mismo. Y, lo que es peor, ya han destruido el mundo tal y como lo conocemos con la detonación preliminar.

El único camino que les queda es Bayzen 108b, aunque parezca una locura. Su única ruta va directamente a través de la veta madre de la teocita, que necesitarán para enriquecer grandes cantidades de BioZol, para lo que usarán lo que el propio Zola llama el método Barclay, reflexiono. Vaya forma de echar sal en la herida.

Este es el caso definitivo e insuperable de «Ten cuidado con lo que desees».

Nunca he sido un maniaco impulsado por un objetivo como Zola, pero tengo que admitir que siempre me ha gustado la idea de que mi trabajo pudiera permitir algún día a la humanidad ampliar su alcance más allá de la Tierra.

No podía ser un astronauta de verdad con mis problemas de visión, o el daño nervioso en la muñeca, o los problemas psicológicos con los que he luchado en determinadas circunstancias. Probablemente por más razones.

Pensé que al menos podría ayudar con el combustible.

Y aquí estoy, consiguiendo lo que quería de la peor manera posible.

La pata de mono ha hecho su trabajo y los malos van a destruir de plano la vida en la Tierra solo para dejarla atrás. Para rematar, lo único que quiero ahora es lo más imposible: volver a la Tierra y detener su demencial misión.

Los pocos elegidos de Zola abandonarán pronto la Tierra en su evacuación planetaria. La mayoría nunca volverán, obviamente, pero me imagino que algunos s podrían tener que hacerlo. Después de todo, la teocita que necesitan para el viaje a Bayzen 108b no se va a excavar sola. La detonación de la veta madre, asesina de civilizaciones, que abrirá esas reservas sin explotar, borrará todo lo que hay en la Tierra. Con eso en mente, solo puedo suponer que ZolaCore

también evacuará a sus equipos mineros y el equipo de excavación masiva que necesitarán después de la explosión.

Por lo que sé, ese equipo podría estar ya en el espacio. Lo único seguro es que todo lo que necesiten para excavar la teocita tendrá que estar fuera de su alcance.

Es enfermizo.

Tanta tecnología, tanta planificación, tanta gente inteligente..., todo dirigido hacia la acción más atroz y despiadada imaginable.

Me siento mucho más engañado por la Mentirosa, antes conocida como Mel. Probablemente está en la Tierra, como sospechaba. Todo el caos y el daño de la primera explosión no ha sido nada comparado con lo que viene, por lo que ella se habrá ido antes de que golpee.

Zola y sus compinches debían tener plena confianza en que su refugio neozelandés protegería a sus habitantes de la primera explosión. Si no, se habrían saltado ese paso y habrían ido a la evacuación planetaria que se avecina antes de la segunda explosión, mucho más fuerte.

Esto me hace preguntarme de nuevo por qué Zola está aquí arriba.

No tiene sentido pensar que haya considerado el búnker lo suficientemente seguro para el personal de bajo rango, pero no para él. Porque si ellos no lo lograban, no habría futuro de todos modos.

La verdad es que no lo sé.

Lo mejor que se me ocurre es que él quiere que la mayoría de sus evacuados —quitando el círculo íntimo real, como Steele y los otros— crean que está muerto. Se me ha pasado por la cabeza antes y ahora vuelvo a pensarlo con más certeza. Justificaría el por qué no se presentó para negociar con los ecoterroristas que supuestamente fueron responsables de los desastres en la Tierra.

Sí. Creo que esa es la explicación oficial que se le contará a la mayoría de sus evacuados.

Sé que los humanos tienen un fuerte instinto de supervivencia, pero no puedo creer que miles de personas sigan voluntariamente a un asesino en masa a un nuevo mundo si saben que es responsable de destruir el antiguo.

Lucho contra un impulso más fuerte que cualquier otro que haya sentido jamás; es todo lo que puedo hacer para contenerme y no volver a entrar en el laboratorio y hacer pedazos su maldita cápsula. Siento que tengo con la rabia suficiente como para matarlo con mis propias manos en los nueve segundos que faltan para que el sistema de seguridad me mate a mí también.

—¿Ray Ray? —Laika me llama desde la puerta, captando mi atención. Su voz suena diferente, como si no pronunciara bien.

No me había dado cuenta de que se había ido mientras yo miraba impotente al techo, derrotado. Gracias a Dios que no ha vuelto al laboratorio de Zola... Es lo último que necesitamos.

Vuelve volando a su asiento, junto al mío, y vacía su pico de semillas de girasol.

—Ray Ray, comida. —Inhalo muy despacio. Menudo pajarraco—. Comida no. Ray Ray no-OK —dice, contrayendo «no» y OK a su idiosincrásica manera—. Comida. Ray Ray OK.

Este dulce pequeñín.

Sabe que no estoy bien y es lo único que se le ocurre para ayudarme. Lo acaricio.

—Gracias, amigo. —No tengo ganas de comer, pero ahora más que nunca es la intención lo que cuenta.

Laika es tan bueno... Tan inocente... Igual que Eva y Joe.

Sentado frente al ordenador del comandante Harrison, lo único que se me ocurre hacer es enviarles un mensaje.

Nadie ha recibido todavía mis señales de radio y no hay razón para pensar que lo harán. Pero, si alguna vez alguien lo hace, quiero que sepan que se avecina y que Eva y Joe sepan que mi esperanza de volver a verlos es lo único que me ha mantenido vivo.

Sobre todo, en las primeras horas, cuando tuve que hacer lo que le hice a Yannick y tuve que forzarme a salir al espacio para un EVA de emergencia: la idea de volver a casa a toda costa fue a lo único a lo que me aferré.

Este loro a mi lado también hace que sea difícil rendirse, pero no siempre ha sido tan bienvenido. Es curioso cómo cambian las cosas.

Detengo la grabación de la cámara corporal, que ahora me doy cuenta de que sigue en marcha. Con el *software* de captura de vídeo libre, empiezo a grabarme a mí mismo desde la cámara principal sobre la pantalla del comandante Harrison.

—Soy Ray Barclay, desde la estación espacial El Faro. —Ahogo las palabras con más emoción de la que puedo gestionar.

No avanzo más.

Me detengo y me quito las gafas para frotarme los ojos con ambas manos, diciéndole a las lágrimas que se queden atrás y haciendo todo lo que puedo para mentalizarme.

Toma dos.

—Soy Ray Barclay —digo con la voz mucho más fuerte—, último superviviente de un ataque de sabotaje a la estación espacial El Faro.

No vuelvo a ponerme las gafas, porque no necesito ver ningún detalle de mi exhausta cara. Y esto parece que será lo último que Eva y Joe vean de mí, si es que alguien capta la señal a tiempo, así que no quiero que esos trastos estorben.

Les cuento lo más brevemente posible lo que acabo de descubrir.

Una vez que he transmitido la urgencia de la principal amenaza, acerco el portátil a la cámara para que se vean la hoja de cálculo y los mapas. Una imagen vale más que mil palabras, y mostrar la lista de sucesos y horas me evita tener que explicar cada detalle sin atragantarme.

Le explico que Zola está vivo en una cápsula blindada y que, en última instancia, es el responsable de todo. También explico que no puedo tocar la cápsula sin inmolarme y, tal vez, poner en marcha algo aún peor.

También muestro las fotos de Zola en primer plano de mi móvil, y vuelvo a dar las gracias a Laika por avisarme de que se me había caído del bolsillo.

Voy a enviar este mensaje en una frecuencia abierta mientras sigo buscando conexiones en la Tierra, pero la destrucción de las comunicaciones con algo similar a un pulso electromagnético ha reducido mis esperanzas.

Aun así, tengo que intentarlo.

Tengo que intentarlo.

Cuando he hecho todo lo por exponer los hechos más destacados, me vuelvo más personal y le hablo directamente a mi familia.

—Joe, Eva... He hecho todo lo que he podido para volver con vosotros y quiero que sepáis que me habéis dado la fuerza necesaria para estar aquí ahora. Si este mensaje llega a la Tierra a tiempo, es gracias a vosotros. Siento haber venido. Pensaba que estaba ayudando al mundo y que, con el dinero que me darían, os podría ofrecer la vida que siempre hemos soñado. Nunca me perdonaré no haber estado ahí con vosotros, pero si alguna vez veis esto... Solo quiero que oigáis que os quiero a los dos y que lo siento más de lo que jamás pensé que un hombre pudiera sentir. —Me muerdo el interior de las mejillas en un esfuerzo por contener las lágrimas y mantener una farsa de control emocional. Es una dura batalla.

»Tengo pruebas de todo y las estoy retransmitiendo en lugares específicos donde podría haber refugios. Esta advertencia general sobre la segunda explosión sale en una frecuencia abierta. Espero que recibáis ambas. Si hubiera alguna forma de llegar a la Tierra con estas noticias, ya estaría en camino. Pero han arrancado toda la estructura del sistema de aterrizaje del parapente de la cápsula de escape. No hay manera de que pueda aterrizar o amerizar sin morir en el impacto. Si hubiera alguna posibilidad de que pudiera bajar con vida, ya habría...

Dejo de hablar. Tan de repente que Laika garrita.

—¿Ray Ray OK? —pregunta.

Pero nada me corta, nada excepto un pensamiento repentino que es tan loco que sé al instante que nunca me lo voy a quitar de la cabeza.

Sé al instante que nunca voy a volver a mi mentalidad de hace diez segundos.

Después de todo, no puedes razonar para salir de algo en lo que no has razonado.

Mi objetivo ya no es la supervivencia. Esto es más grande que eso.

La evidencia que tengo es lo único que puede salvar al mundo. Pero, para que tenga alguna oportunidad, necesito ponerla al alcance de alguien capaz de hacer algo al respecto.

Por eso, tan pronto como la loca idea invade mi mente, sé que voy a hacerlo.

Sin hacerme ilusiones de que alguna vez saldré de ella, necesito meterme en esa cápsula de escape y apuntar a un búnker.

El impacto será mayor de lo que ningún ser humano pueda soportar, pero no importa.

No importa porque mis frágiles huesos humanos no...

No necesitan sobrevivir al impacto.

La caja negra del Centro de Control es lo único que necesita sobrevivir.

No tengo que bajar vivo. Solo tengo que bajar.

Los objetivos de seguridad han cambiado.

No tengo que sobrevivir para marcar la diferencia. Esa idea ha desaparecido.

No tengo que volver a ver a mi familia para salvarla. Eso también ha desaparecido.

Lo que cuenta ahora es que he sobrevivido lo suficiente para darme una oportunidad entre un millón de salvar a todos los demás...

Y eso basta para mí.

—Voy a bajar. —Decido mi destino en voz alta, de una vez por todas—. No contéis con encontrarme vivo, pero mantened los ojos abiertos por si una cápsula de escape se precipita a la Tierra.

Es demencial. Lo sé. Pero a veces lo que está en juego es tan importante, que el nivel de riesgo no entra en juego. No hacer nada mientras tu familia necesita ayuda es más duro que hacer cualquier cosa, créeme.

El día del accidente, salté de ese acantilado por primera y única vez en mi vida. Ni siquiera pensé en lo peligroso que era. Cuando miré hacia abajo y vi a Jack flotando boca abajo junto a las rocas, no pensé en la posibilidad de que yo acabara igual. Su única oportunidad de sobrevivir dependía de que yo saltara tras él, así que eso hice.

Vale, no tuve éxito. No pude salvarlo.

Pero esto es diferente. Ni siquiera tengo que sobrevivir al aterrizaje.

Esta vez, solo tengo que saltar.

Al terminar mi mensaje de radio, vocalizo parte de la lógica que acabo de repasar en mi cabeza, en la medida en que pueda llamarse así. Ignoro mis pensamientos sobre el accidente y me comprometo a hacer todo lo posible para que las pruebas lleguen a buen puerto.

No creo que nadie oiga mis comunicaciones desde aquí arriba.

Pero ¿una cápsula que cae del cielo? El ojo humano podría registrar eso. Alguien podría verme. Alguien podría encontrar las pruebas que voy a llevar para advertir de la siguiente detonación.

Mi familia está en Colorado Springs, pero debo apuntar al búnker de Virginia.

Sé que ese está en Mount Pony, mientras que solo creo que el búnker de Colorado está en Cheyenne.

Además, no me engaño pensando que veré a alguien tras aterrizar.

Subiré a la cápsula de escape y no espero salir de ella.

Sin embargo, cuento con algo más. Cuento con la creencia de que, si apunto a un refugio repleto de personal gubernamental y militar, alguien mirará lo bastante de cerca como para ver una nave espacial caer en picado desde el cielo.

No puedo diseñar la cápsula para que aterrice con seguridad. Eso lo tengo claro.

Pero, si consigo que aterrice sin explotar con la potencia suficiente para destruir una caja negra de avión diseñada para resistir fuerzas masivas, el mundo podría tener una oportunidad.

No va a ser fácil, pero no es imposible.

Tampoco me sobra ni un minuto. Cuatro días es casi nada de tiempo para frustrar un plan como este, incluso si captan mi aviso por radio.

Claro, tiene sentido agotar todas las ideas posibles para dar a la caja negra una oportunidad justa de bajar de una pieza. Pero tengo que estar fuera de aquí en cuestión de horas.

Hay una idea rondando mi mente que podría funcionar.

Por fin, es una que tiene una ironía a mi favor. Le debo mi única oportunidad al éxito que he tenido al enriquecer BioZol con teocita ultracalentada, haciendo pequeñas cantidades de una fuente de combustible mucho más poderosa que cualquier otra cosa estable y utilizable.

ZolaCore ha estudiado todo tipo de aplicaciones para el combustible enriquecido. Además de permitir la exploración a distancia, una de las principales está relacionada con el aterrizaje de precisión de naves espaciales no tripuladas en asteroides llenos de minerales.

La idea es que cantidades minúsculas de combustible enriquecido, acopladas en la dirección del objetivo, puedan proporcionar un efecto de empuje inverso para una deceleración rápida pero controlada. Si puedo manipular la cápsula de escape para alimentar los motores con un poco de mi combustible enriquecido en el momento adecuado...

Bueno, nunca se sabe.

No se ha probado en el mundo real, pero podría funcionar. Todo lo que tengo que hacer es controlar el aterrizaje lo suficiente para que las pruebas que he descubierto lleguen intactas.

De una manera extraña, me siento menos estresado que en mucho tiempo. Desechar cualquier idea de que pueda sobrevivir está liberando mi mente para trabajar en el problema de entregar una caja negra intacta a la Tierra.

Programo mi último mensaje grabado para que se emita en una frecuencia abierta. Una vez hecho, me sumerjo en la guía del usuario del sistema. Busco información sobre el mantenimiento o la resolución de problemas del módulo de escape.

Encuentro lo que busco con bastante rapidez. Tan pronto como profundizo en los detalles, empiezo a pensar que podría ser factible. Hay un suministro de combustible de reserva. No necesito ese combustible extra, pero seguro que puedo usar su depósito. Una vez que lo drene, puedo reemplazar el combustible regular con mi propia mezcla enriquecida.

La guía también me dice todo lo que necesito saber sobre la cápsula, como su masa en vacío.

Ya conozco los datos sobre la potencia del BioZol no enriquecido. También sé todo lo que hay que saber sobre la teocita que preparé en el laboratorio. Si lo combino todo, puedo calcular lo que necesito hacer.

Cojo un bolígrafo y hago algunas operaciones rápidas. Es evidente que la reserva de BioZol de la cápsula estará casi totalmente agotada cuando llegue a la atmósfera terrestre. No es de extrañar, porque no está hecho para viajes largos. Pero dará igual. Solo deberé tener cuidado de no llevar demasiada carga extra.

Cuando llegue a la atmósfera y deje de usar el combustible normal, entraré en caída libre hasta que contrarreste el descenso con algunas ráfagas concentradas de desaceleración, cortesía del combustible enriquecido que estoy a punto de cargar en el tanque de reserva.

Mis últimos momentos no van a ser bonitos ni divertidos. Pero, con la ayuda de la investigación y los cálculos que he hecho aquí, soy optimista y creo que podré avisar a la Tierra antes de que la ayuda que le he dado a Zola sin querer condene a todos a la destrucción.

No hay nada en la guía sobre el aterrizaje, obviamente, y sé que voy a tener problemas para ver cualquier lectura detallada o los controles sin mis gafas.

Sin embargo, estos pocos minutos me hacen sentir mucho mejor y salgo corriendo como un resorte hacia mi laboratorio.

Esto es un signo inequívoco de lo desesperada que es la situación y de lo desolado que estaba hace unos minutos. Tener la mitad de las posibilidades de morir con éxito ahora parece algo

positivo.

Todo es relativo, como suele decirse.

Cierro mi laboratorio antes de que Laika me siga. Solo tardaré un minuto y mantenerlo fuera es la única medida que tiene sentido.

Acceder al combustible enriquecido desde el interior de mi cámara de reacción es una tarea que estoy acostumbrado a hacer con seguridad, pero eso no significa que no sea intrínsecamente peligrosa. Introducir un loro curioso en la ecuación no sería inteligente.

Todo va como la seda.

Enseguida tengo el combustible enriquecido con teocita en su recipiente adecuado. Es poco —hablamos de unas cuantas tazas de café, no más que eso—, pero es POTENTE con mayúsculas.

Lo llevo con cuidado a la cápsula de escape.

Laika me sigue, como siempre, sin guardarme rencor por haberse quedado fuera.

Cuando vuelvo, sigo las instrucciones del ordenador. Les he sacado unas cuantas fotos con mi teléfono para poder consultarlas fácilmente, y eso me viene muy bien.

En cinco o diez minutos consigo sustituir toda la reserva de BioZol por una cantidad mucho menor de mi propio brebaje especial.

Todo es relativo, porque trabajar en esta diminuta y desvencijada cápsula no me hace sentir tan aterrorizado como debería.

Eso es lo que la aceptación de la muerte le hace a un hombre, supongo. No es el más agradable de los pensamientos, pero me permite seguir adelante con la tarea que tengo entre manos.

Mi vida ya no es lo que cuenta.

Esto es más grande que yo, y no tengo tiempo que perder.

He resuelto la mayoría de los problemas, pero todavía tengo que hacer algunos cálculos sobre cuándo empezar a liberar el combustible enriquecido.

Lo principal por ahora es que sé que puedo alimentar el suministro de reserva de la cápsula a voluntad. Estoy agradecido por ello.

La configuración de dos depósitos me favorece muchísimo, porque podría haber tardado días en averiguar cómo introducir un sistema de inyección manual. Ni qué decir tiene que los días no son una medida de tiempo en la que pueda permitirme pensar, y mucho menos un calendario con el que trabajar.

Mientras me meto en un buen flujo de trabajo en la cápsula, creo que tiene sentido seguir con ello.

Más tarde retiraré la caja negra del Centro de Control, junto con la recopilación de todo lo demás que pueda ayudar a los supervivientes en la Tierra a ver lo que ha pasado aquí.

Mi siguiente tarea es algo menos tecnológica que la anterior, pero hay que hacerla.

Mi necesidad de llevar un traje presurizado me impide usar mis gafas, lo que supone un reto natural. Y, si voy a pilotar esta cosa a ciegas, voy a necesitar algo que me haga saber qué botón es cuál.

Pierre también hablaba de ello; el hijo de puta, que amigable era.

¿Cómo podía mirarme a los ojos y llamarme «Hermano» tantas veces, como si fuéramos amigos, cuando mentía todo el tiempo? Es como cuando Grainger jugó tantas veces al ajedrez con Yannick y los demás, a pesar de que sabía lo que les iba a hacer.

Son auténticos monstruos.

Me sacudo el pensamiento a un lado. Vuelvo a centrarme en lo que importa ahora y, para facilitar la consulta, decido codificar por colores los botones y diales que necesitaré. Cortar las pegatinas de colores en diferentes formas hará que todo sea más intuitivo.

Una flecha verde, un círculo rojo... Ese tipo de cosas. «Adelante», la flecha verde, en este caso, lanzará y propulsará la nave de la manera habitual. Lo que estoy marcando como *Stop* será, en realidad, el botón para activar la fuente de combustible de reserva que acabo de sustituir por mi mezcla enriquecida con teocita.

Lo llamo *Stop* porque giraré la cápsula ciento ochenta grados antes de introducir combustible con este botón. De este modo, el empuje inverso de mi combustible enriquecido funcionará como una especie de freno muy rudimentario, contrarrestando el descenso justo antes de que llegue al suelo y así mitigar la fuerza del impacto.

Si mis cálculos iniciales son correctos, solo se necesitarán pequeñas descargas de combustible enriquecido en el momento adecuado para conseguir una deceleración efectiva.

He hecho los cálculos suponiendo que la potencia del combustible enriquecido es tanta en el mundo real como lo fue en mi laboratorio, y me estoy volviendo cautelosamente optimista a medida que los resultados aparecen en el papel. Todo apunta en la dirección correcta.

Lo que parecía una posibilidad entre un millón de obtener la caja negra intacta, ahora parece más bien una posibilidad entre cinco. Y si la potencia se mantiene como espero, ahora incluso creo que podría haber una posibilidad entre un millón de, y no quiero decirlo muy alto, que yo llegue intacto.

Cuento con mi propio avance. Apuesto por mí mismo.

Desearía tener más combustible enriquecido, o más días para conseguirlo, pero estoy donde estoy. Tengo una oportunidad, por remota que sea, y eso es mucho más que nada.

Otra cosa que todavía quiero hacer es encontrar la forma más segura de llevar mis gafas en la cápsula conmigo. De ese modo puedo sostenerlas a la distancia de un brazo y espero que aún me permitan ver cualquier detalle ser necesario de leer. Miro dentro y veo que podré guardarlas debajo del asiento, como el equipaje de mano en un avión normal. No quiero que los cristales sueltos se muevan, así que me aseguraré de que estén bien empaquetados.

No sé si podré utilizarlos, pero vale la pena intentarlo.

Hago una foto de los controles internos antes de volver al ordenador, donde tomo nota de todo lo que necesitaré.

Trabajo más rápido que nunca. Mantener el foco me resulta más fácil ahora que tengo una tarea paso a paso que implica algunas cosas en las que soy muy bueno —combustible, ingeniería, evaluación de riesgos— en lugar del incesante aluvión de problemas ajenos a mi especialidad que he tenido que manejar en los últimos días.

El principal cuello de botella acaba siendo el paso aparentemente más sencillo: encontrar maldito papel de colores para mis anotaciones.

Al final tengo que ir a mi laboratorio y coger las dos tarjetas del Día del Padre que Eva y Joe me escribieron con antelación para que pudiera abrirlas aquí.

La de Joe tenía un cohete rojo en el anverso y la de Eva, un campo de hierba verde, así que al menos tengo algo con lo que trabajar.

No me gusta tener que cortar las tarjetas, pero es por una buena causa. Así reduzco la posibilidad de cometer un grave error cuando no consiga ver los controles con claridad, y aumentará las posibilidades de que mi familia viva más allá de los próximos cuatro días. Para cuando he terminado de adjuntar las anotaciones, el interior de la cápsula parece un proyecto escolar. No puedo evitar reírme de lo incongruente que es: una fuente de combustible de última generación y algunas señales de colores recortadas.

Lo siguiente es la caja negra, que es lo principal que tengo que llevar a la Tierra. Lo contiene todo, mucho más que mi móvil y las otras pocas pruebas que voy a empaquetar de la forma más cuidadosa y protegida que pueda.

Cierro la puerta de la cápsula y me giro para volver al Centro de Control y acceder a la caja negra. Laika me mira desde el suelo.

—¿Va? —dice su voz, clara como el agua—. ¿Ray Ray va? ¿Laika va?

Lo miro fijamente y me agacho a su altura. Ya he dejado de dudar de si sabe lo que dice y me doy cuenta de que este pequeñajo no es un pájaro cualquiera.

Otra cosa que me dijo Pierre el mentiroso, creo que en broma, fue que podía llevarme a Laika conmigo durante la evacuación si conseguía meterlo en un traje presurizado.

Pero esto no es cosa de risa.

No sé qué es lo más amable que se puede hacer aquí. No vamos a ser interceptados por una

tripulación en el espacio. Vamos a estrellarnos contra la implacable superficie de un planeta en ruinas.

Podría sedar a Laika y llevarlo conmigo. Tengo acceso al libro de cuidados del loro, junto con todo lo que se ha escrito, y tengo todo tipo de suministros médicos abajo. Pero voy a hacer este viaje a sabiendas de que es casi seguro que una misión suicida.

La posibilidad de tomar tierra con suficiente suavidad como para sobrevivir sin tren de aterrizaje es demasiado baja como para tenerla en cuenta en mis cálculos.

Lo que ahora trato de evaluar es la probabilidad de que Laika muera de todos modos si lo dejo aquí.

¿Puedo contar con que Zola sea misericordioso con un pájaro cuando despierte? Ni por un segundo.

—Tú decides, amigo. —Me pongo en pie y me rasco la cabeza con inquietud—. ¿Quieres quedarte aquí? ¿Quieres venir conmigo? Tengo sitio para uno más. ¿Va Laika?

Me mira durante unos segundos. Por primera vez, bate las alas y vuela hasta posarse en mi hombro.

—Va Ray Ray. Laika va.

Bueno, no hay nada más claro que eso. Estará sedado, me digo. No sufrirá. Es cierto en ambos casos.

Y lo supe cuando llevé a Bex de vuelta al laboratorio de Zola. Aunque le aterrorizaba ese lugar después de lo ocurrido con la pasarela, Laika quería volver a entrar antes que quedarse solo.

—Estamos juntos en esto —afirmo, de regreso al Centro de Control con la inusual pero no desagradable sensación de tener un guacamayo sobre mi hombro—. Hasta el final.

De vuelta en el Centro de Control, sigo las instrucciones de la guía en pantalla para localizar la caja negra.

Se supone que solo se puede extraer para reparaciones urgentes, como es lógico.

Por suerte, el proceso en sí no es demasiado difícil una vez que reúno las herramientas adecuadas. Mi fiel caja de herramientas no basta en esta ocasión. El panel de acceso a la unidad principal requiere una cabeza de destornillador no estándar, y la propia caja negra requiere otra completamente diferente. El hecho de que me frustre un poco por algo así es una buena señal. Si hubiera habido peores sorpresas durante mis intentos de conseguir la caja, no habría habido lugar en mis pensamientos para el por qué necesita el mundo tantas cabezas de destornillador diferentes.

No lo sé.

Laika viene conmigo en cada uno de mis viajes de ida y vuelta al Área de Mantenimiento. No siempre se posa en mi hombro, pero nunca se aleja de mi lado.

La caja negra de la estación tiene una forma distinta a la de los aviones, pero su función principal es la misma. Todo lo que ha sucedido aquí se registra, hasta la última pulsación de cada teclado y el último píxel de cada pantalla.

Incluso si Steele y Pierre eliminaron imágenes u otros datos de los sistemas informáticos antes de que los encontrara, todo debería estar aquí. De eso se trata.

Esta cosa está construida para sobrevivir tanto como cualquier cosa real pueda, y solo puedo esperar que las unidades de almacenamiento de su estén debidamente protegidas. Llevar el armazón exterior a casa de una pieza no servirá de nada si el interior está dañado.

Y lo que de verdad importa es lo que hay dentro. Nada de lo que hizo Steele habrá quedado sin registrar. Incluso debería haber registros de sus redacciones. Los registros de todos mis mensajes y del funcionamiento general del sistema también corroborarán todo lo que podría ser imposible de creer sin ellos, sin peros.

Desconecto la caja negra de todo lo demás y descubro que pesa mucho más de lo que esperaba. El color naranja que desafía el nombre es menos sorprendente. Steele lo mencionó cuando fingía estar de mi parte, y sé que las llamadas cajas negras de los aviones son de color naranja para que sean más fáciles de encontrar después de un accidente.

No es difícil sacarla del panel de acceso abierto del escritorio. Pero no quiero cargar con ella hasta el pequeño módulo de atraque que alberga la cápsula de escape.

Por suerte, tengo a alguien que puede ayudarme.

No voy a fingir que no estoy feliz de que Bex me ayude por última vez. Hemos hecho mucho juntos en poco tiempo.

Nuestro historial me da cierta tranquilidad, teniendo en cuenta que cada una de nuestras tareas anteriores ha acabado en éxito, aunque las cosas que he deducido de esos éxitos a veces me hayan dejado peor que cuando empezamos.

Durante los pocos minutos que transcurren para llevar a Bex de vuelta al laboratorio de Vinner y cambiar su accesorio de bola de demolición por una segunda mano funcional, me siento extrañamente zen.

De verdad, creo que es la naturaleza paso a paso de esta tarea. Me siento mucho más cómodo con esto que con los desastres entre los que he ido dando tumbos, como en los que pensaba hace unos minutos.

No estoy hecho para los espacios en blanco de una agenda ni para los proyectos abiertos. Me gusta la estructura.

Lo que estoy a punto de hacer es objetivamente más peligroso y desafiante que todo lo anterior. Pero no lo parece, porque conozco los pasos que tengo que dar. Al científico que hay en mí le gusta eso, aunque no me engaño a mí mismo pensando que mantendré la calma cuando suba para lanzar la cápsula.

Coloco a Bex en su sitio para agarrar las asas de la caja. Como antes, uso los guantes para que copie mis movimientos.

Una vez que la sujeta con los brazos extendidos, pulso el botón de bloqueo de los guantes. Ese fue uno de los mejores consejos que me dio Steele, cuando me ayudaba lo justo para evitar sospechas, ya que me permite quitarme los guantes y controlar los pies de Bex con el mando a distancia, sin que ella siga copiando los gestos de mis manos de forma que se le caiga la caja negra.

De repente me doy cuenta de cuántas aplicaciones más tendría un robot como Bex si además de guantes tuviera un casco. Un casco que pudiera leer mis ondas cerebrales para emitir controles básicos como «Camina hacia delante» o «Gira a la derecha». Facilitaría mucho las cosas.

Estoy seguro de que existen herramientas así para otros usos. Y aún estoy más seguro de que combinarlas con algo como Bex cambiaría mucho las reglas del juego.

Incluso unos accesorios para los zapatos, más parecidos a los guantes, podrían hacer un trabajo sólido e intuitivo a la hora de controlar sus movimientos básicos al caminar.

Creo que debería escribirlo.

Del casco y los zapatos, mi mente pasa a soñar despierta con un traje mecánico completo, como los que solían aparecer en los cómics.

Me encantaba leer en los cómics. No sé lo lejos de la realidad que puede estar algo así.

¿Ya hemos llegado a eso? ¿Alguna vez estuvo algo así en los planes de Zola?

Mientras dirijo a Bex hacia la cápsula de escape, me sorprende pensando en todo esto y me detengo. ¿Me pregunto si es un delirio cercano a la muerte? ¿Es el sentimiento de aceptación?

¿Por qué pienso en cabezas de destornillador y trajes mecánicos cuando me espera una prueba tan dura?

¿Se me ha adormecido la mente con tantos golpes emocionales? ¿Las revelaciones finales de la hoja de cálculo de Zola me han llevado al límite?

Sea lo que sea, me alegro de no ser pura gelatina. Prepararme para el peor, y probablemente el último, viaje de mi vida ya es bastante duro.

A medida que nos acercamos al final de nuestro camino hacia el muelle, veo el reflejo de nuestro trío.

Me acabo de imaginar a alguien en la Tierra, rezando por un héroe que lo salve, y luego tengo una visión de esto. Somos un espectáculo para la vista: un tipo con el cerebro frito, que

sujeta un mando a distancia; un robot a medio terminar, que agarra una caja, y un simpático loro que da saltitos por el camino.

Supongo que queremos demostrar que no hay que fiarse de las apariencias ...

Reactivo los guantes de control de Bex en cuanto llegamos al módulo de escape.

Me alegro de que la cápsula esté en el mismo nivel que el Centro de Control y no al final de una escalera, como el pasillo de servicios de Mantenimiento. Si así fuera, no sé cómo habría bajado a Bex, ya que aún no he encontrado ningún ascensor.

Un carrito tampoco habría funcionado por la misma razón. Y con mi pulgar izquierdo dañado y mi débil mano derecha, no me hubiera gustado llevar la pesada caja negra. Una cosa más por la que estar agradecido.

Le ordeno a Bex que baje la caja al suelo de la cápsula, que es el único lugar donde estoy seguro de que puede ir. Tiene que ir debajo de mi asiento, donde antes pensaba guardar las gafas.

Hay espacio detrás, pero la logística es difícil. Los brazos de Bex no pueden llegar lo bastante lejos como para ponerlo allí, y pesa demasiado para que yo lo levante.

Si tuviera que llevarla allí, seguro que encontraría la manera, pero no creo que deba hacerlo. Dejarla fuera del alcance de quien abra la cápsula no me parece una decisión inteligente.

Más aún, no quiero esconderla fuera de su vista. Esa sería la peor ironía de todas: bajarla intacto y que nadie encontrase las pruebas a tiempo.

La naturaleza de mi plan implica que tengo que asegurarlo todo con mucha diligencia. Con la cápsula girando sin control en la etapa final, es un hecho.

Ya he recogido algunas cuerdas elásticas multiusos de la Sala de Mantenimiento. Las he dejado en el Centro de Control con otros suministros, pero las recogeré antes de mi último paseo previo al lanzamiento.

Ese paseo se acerca, y mi ritmo cardíaco lo sabe.

En cuanto la caja negra está en su sitio, me quito los guantes. Y en cuanto Bex vuelve a estar inmóvil, Laika revolotea hasta posarse en su cabeza.

Es terreno elevado, así que supongo que es algo instintivo.

He hecho una lista con otras cosas que quiero cargar. Incluye algunos de los teléfonos que más me han ayudado en los últimos días, además de notas escritas a mano que explican los puntos principales que he aprendido.

También llevaré mi investigación.

Voy a meter el ordenador de Zola y el mío en la parte de atrás, a pesar de la mentira de Steele de que el mío no cabría. Hay suficiente espacio y el peso limitado que estoy añadiendo no es una amenaza para el suministro principal de combustible BioZol. No me quedará mucho cuando llegue a la atmósfera de la Tierra, pero lo lograré.

Lo lograremos.

Incluso si no fuera por la caja negra, tendría muchas pruebas de casi todo lo que he visto

aquí. La clave es que es muy resistente. Está endurecida. Por diseño, debería aguantar más que ninguna otra cosa.

No hace falta decir que la durabilidad es un punto a favor en una misión como esta.

La caja negra funciona con un sistema operativo perteneciente a ZolaCore y no tiene puertos de cable de conectividad industrial. Podría volverme loco preocupándome de que nadie pueda acceder a los datos, pero no lo haré. Para empezar, no tiene sentido, ya que no puedo hacer nada al respecto.

Pero, más allá de eso, no creo que un búnker lleno de altos cargos gubernamentales y militares tenga demasiados problemas. Hoy en día, la tecnología es tan importante para las agencias, que sé que tendrán a la gente adecuada para abrirla en las listas de evacuación.

Si todavía tienen energía allí abajo, que es la única manera de que algo pueda resolverse a nuestro favor, estoy convencido de que podrán acceder a todo muy rápido.

Empaquetaré las pruebas adicionales al mismo tiempo que traigo las cuerdas elásticas, pero antes tengo que hacer otra cosa.

—Tienes que dormir un rato —le digo a Laika—. Y luego nos vamos de viaje. ¿Te parece bien? ¿Laika quiere ir a dormir? ¿Laika dormir?

Se baja con un aleteo de la cabeza de Bex y se tumba de lado.

Este pequeño nunca deja de sorprenderme.

Al oírlo, adopta la pose de un león marino. También hace el mejor intento de ronquido que su limitada capacidad vocal le permite.

—Laika duerme. Buen chico. —Es casi como si rellenara esa parte en que Barnet habría reforzado el comportamiento aprendido.

También ha empezado a pensar en sí mismo como Laika, lo que considero otra señal de que hay algo especial en su cerebro de pájaro. No es un guacamayo corriente, eso está claro.

—Buen chico —le repito.

Ah, y supongo que esto significa que es un loro macho, después de todo. Nunca lo había llamado «Buen chico», así que está claro que lo aprendió de Barnet.

Laika se pone de pie después de unos segundos. Ahora que ha recibido los elogios a los que está acostumbrado, parece satisfecho de una manera casi dependiente.

Espero que siga así de tranquilo cuando saque la jeringuilla.

Tendré que ponerle un traje de presión, probablemente sujeto de la misma manera que la caja negra. Tendré que asegurar el traje y su posición dentro de él, para que no salga despedido cuando gire la cápsula y desacelere.

Esta parece la parte más difícil de mi preparación, porque me estoy alejando de todo lo que se parece a la ciencia tal y como la conozco para volver al reino de los retos inesperados a los que nunca me he enfrentado.

Vamos, Ray. No es ingeniería aeroespacial.

Quiero decir, supongo que algo de esto lo es, pero no la parte de meter a un loro en un traje. Creo que es más probable encontrar algo así en una canción infantil surrealista que en un libro de física.

Hablando de libros... Necesito usar mi lector de textos para averiguar cómo sedar y transportar a un loro. Puede que me muestre cómo envolver sus alas en gasa o sujetar su delicado cuello o cualquier otra cosa que no se me ocurra por mi cuenta.

Cuando volvemos al Centro de Control, decido llevar a Bex al laboratorio de Vinner, donde la encontré por primera vez.

No la conecto a la toma de corriente, pero devuelvo los accesorios de mano a sus soportes.

Guardo los guantes para llevármelos conmigo.

Esto es tecnología punta de ZolaCore y quiero que nuestros dirigentes en la Tierra lo vean. Llevaría a Bex sin pensarlo si tuviera el espacio y el combustible para transportarla, pero es lo que hay. Ella no me echará de menos como lo habría hecho Laika, y su trabajo aquí ha terminado.

Mientras estoy en el laboratorio de Vinner, cojo sus papeles manuscritos sobre Bayzen 108b y los asteroides que ha estado estudiando. No ocupará espacio y creo que no hay nada malo en llevar más pruebas no digitales a la Tierra.

No sobrevivirá a ningún impacto que provoque un incendio, claro, pero tampoco se verá afectado por ninguna radiación.

Admito que no tengo ni idea de lo que me voy a encontrar. Es otra de esas cosas que podría preocuparme, pero no tiene sentido estresarse por cosas que no puedo controlar.

Además, no es que la tarea sobre la que sí tengo control no sea bastante estresante.

—Encantado de conocerte —le digo a Bex.

Sé que es un robot, pero la echaré de menos.

—Adiós —se despide Laika. Vuela sobre su cabeza una última vez antes de seguirme fuera del laboratorio.

Nuestra última parada después del Centro de Control será la Sala Médica, en el nivel inferior, donde sedaré a Laika justo antes de salir.

Nada más entrar, me estremezco al recordar el dispositivo de recolocación de dedos. Sin embargo, mi visita anterior no fue del todo mala, ya que me curó el pulgar y, en última instancia, me llevó a las evaluaciones psicológicas que desenmascararon a Steele como un fraude. No podía saber que el disco duro de la pistola humeante se había dejado en la misma caja metálica que el dispositivo, así que dudo que se esté echando la culpa por eso. Su gran desliz ha llegado unos minutos antes, cuando se ha referido al lugar donde encontré los analgésicos fuertes antes de hacer contacto.

Steele, definitivamente, no puede ver nada de lo que hago ahora, desde que he eliminado cualquier posibilidad de acceso remoto al sistema. Con un deseo bastante infantil, pienso que ojalá pudiera verme ahora.

Quiero que sepa que no me he rendido. Quiero que sepa que tengo un último gran golpe para asegurarme de que su horrible plan no llegue a buen puerto.

Se van a llevar un buen susto en cuanto descubran que la cápsula está de camino a la Tierra, y no me importaría ver la cara de idiota que se le quedará.

No me ha ganado.

No hay habitación en esta maldita estación en la que no me haya colado, de una forma u otra, a pesar de sus mejores esfuerzos y sus peores engaños.

Tenía un objetivo cuando empezó todo este espectáculo de mierda: salir de esta caja de muerte que es la estación.

Hay un objetivo mucho más importante ligado a eso ahora, pero, en cuestión de minutos, tacharé ese resultado original de la lista.

No me han matado y no me han hundido. Pase lo que pase, nunca podrán jactarse de eso. Puede que no llegue a casa con vida..., pero lo haré, sí.

Llegaré a casa como sea.

Por fin, vuelvo al Centro de Control con Laika. Pongo todo lo que necesito en una bolsa. Son las cuerdas, los móviles extra y un montón de notas escritas e impresas que he considerado que merece la pena llevar con nosotros.

Antes de salir, arranco mi lector de texto y abro el libro sobre el cuidado de los loros. Por suerte, tiene una breve sección sobre lesiones y otra sobre el transporte seguro de aves.

Reúno los dos para elaborar un plan sencillo. Necesitaré gasas, como esperaba, y también algún embalaje protector para amortiguar su cuerpo todo lo posible.

Va a ser duro y siento un gran conflicto al respecto, pero ¿cuál es la alternativa?

No voy a exponer a Laika a ninguna situación a la que no me ponga yo y, para ser sincero, no me importaría tomarme mi propio sedante antes de despegar.

Sobre este punto, necesito buscar otro libro. Necesito algo más centrado en la medicina veterinaria. Ahí es donde encontraré información sobre el tipo y la cantidad que necesitaré.

Sé que mis opciones se limitarán a lo que haya en la sala médica y en el armario de suministros, pero no está de más tener algunas ideas antes de bajar.

Laika está muy a gusto aquí y no sé si ocurrirá lo mismo allí, así que investigo antes de partir. Cuando he encontrado lo que creo que necesitamos, uso mi móvil para hacer algunas fotos de las partes principales. Echo un último vistazo al Centro de Control antes de recoger mi maleta y salir por última vez.

Resulta surrealista recordar lo mucho que luché por entrar aquí, pero la euforia de contactar con la nave pronto se evaporó al darme cuenta de que Steele me estaba tomando por tonto.

Desde la puerta no puedo evitar echar un vistazo a las dos sillas vacías que una vez pertenecieron al comandante Harrison y a mi buena amiga Lily.

Lily nunca dejaba de hablar de su familia y de lo mucho que significaban para ella.

Steele, Zola, quienquiera que esté trabajando con ellos..., se lo han llevado todo.

La frase del presidente Williams sobre que la libertad devolverá el golpe me da algo a lo que aferrarme. Espero desesperadamente entregar la información que él y los otros supervivientes van a necesitar para contraatacar antes de que sea demasiado tarde.

Tienen que bloquear la detonación programada para dentro de cuatro días. Y para que tengan alguna posibilidad de descubrir que los compinches de Zola están planeando esto, tengo que llevar mis pruebas a la superficie.

Entrar en el pasillo principal también me trae todo tipo de recuerdos, ahora que estoy en el estado de ánimo reflexivo que viene con una partida inminente.

No hace mucho tiempo había cadáveres por el suelo, otra vez de la mano de Zola. Ahora están en los dormitorios y en el comedor, donde he hecho todo lo que he podido por ellos.

Los vivos tienen que ser mi foco ahora. No tengo ni idea de cuánta gente queda en los búnkeres o en algunas zonas aisladas lejos del lugar de la detonación preliminar. Lo único que sé es que su futuro está en mis manos.

Laika me sigue tan de cerca como siempre mientras me apresuro hacia la cápsula de escape a dejar mi bolsa. Es un viaje más de lo que esperaba, pero acabo de darme cuenta de que mis dos manos llevarán una carga muy valiosa cuando acabe en la sala médica.

Nos dirigimos allí a continuación, a través del Área de Mantenimiento y su escalera.

Por primera vez, me siento absolutamente seguro de que Laika no sabe lo que está pasando. Si lo supiera, no estaría tan tranquilo.

El proceso de sedación me inquieta cada vez más a medida que se acerca, porque hace mucho tiempo que no le pongo una inyección a nadie.

¿Y a un loro? Contén tu sorpresa, pero nunca le he clavado una aguja a uno de esos.

Sé dónde apuntar, al menos, gracias al libro de texto de veterinaria. Espero que Laika nos lo ponga lo más fácil posible a los dos. Creo que ya confía en mí. Aunque no entienda lo que hago, espero que sepa que es lo mejor.

Cuando entro en la sala de curas, me veo en el familiar espejo de la última vez.

No debería sorprenderme que tenga algunas canas más, si tengo en cuenta por todo lo que he pasado, pero, seré sincero, y diré que me había olvidado de ellas.

La ironía es aún más fuerte ahora, al recordar los comentarios de mi abuelo, que crearon la expectativa de que mi pelo sería tan gris como el suyo antes de que la humanidad pusiera rumbo a otros mundos.

He pasado años trabajando en fuentes de combustible como mi contribución a perseguir el sueño de la exploración espacial.

Pero ¿y ahora?

Ahora solo quiero llevar a tiempo a la Tierra una advertencia para que los supervivientes puedan detener la apocalíptica detonación de la veta madre de Zola, de la que sus pocos elegidos están dispuestos a escapar con una evacuación a Bayzen 108b.

En cualquier otra circunstancia, la idea de que la humanidad descubriera un planeta viable y dispusiera de medios para llegar a él habría sido la mejor noticia que habría podido imaginar. La idea de que mi trabajo hubiera desempeñado un papel importante habría sido la guinda del pastel.

Pero, en estas circunstancias, me importa un bledo cualquier noción abstracta de expansión humana y cualquier papel que haya desempeñado no es más que sal en las heridas.

La Tierra es el único lugar donde quiero estar.

—¿Ray Ray OK? —pregunta Laika.

Qué listo es.

Exhalo mientras camino hacia una camilla.

—Vamos, colega —le digo, dándole unos golpecitos.

Como el soldado que es, y casi haciéndome dudar de mi confianza en que no lo entiende, vuela a la cama y se queda perfectamente quieto.

—Buen chico —le digo.

No se mueve en los minutos que tardo en encontrar un sedante adecuado y un montón de jeringuillas. Esta etapa transcurre con la mayor facilidad posible, así que empezamos con buen pie.

—¿Laika quiere dormir? —pregunto, esperando que se tumbe de lado—. ¿Laika dormir?

Sí. Me acerco y le pongo con suavidad la mano derecha encima. Después de unos segundos, aplico un poco más de presión.

No se resiste en absoluto, lo que tomo como una invitación a terminar el trabajo.

Agarro la jeringuilla llena con la mano izquierda y hago lo que me dice el libro.

Y así, sin apenas chillar ni retorcerse, el sedante está dentro.

—Voy a hacer todo lo posible para que bajes de una pieza —prometo—. Buen chico.

—Buen chico —repito con orgullo.

Con optimismo, intento decirme a mí mismo que el acolchado y las ataduras de Laika podrían darle más posibilidades que a mí.

En cualquier caso, estamos juntos en esto hasta el final.

—¿Ray Ray? —dice, su voz ya se debilita—. Laika... No-OK.

Mantengo la mano derecha en su sitio, pero aflojo la poca presión que estaba ejerciendo.

—Tú OK —le aseguro.

Me mira a los ojos.

—Adiós... Ray... Ray.

—No —le digo, con más firmeza de la que pretendo—. No es adiós, colega. Es hasta luego.

En unos segundos, está dormido.

Utilizo algunas de las gasas que ya he recogido para envolverlo con suavidad. Luego lo levanto con cuidado y lo llevo a nuestra cápsula de escape.

—Laika OK —susurro, hablándome a mí mismo más que al pájaro inconsciente—. Laika OK.

Voy a darle a Laika la mejor oportunidad.

Eso significa utilizar los materiales de acolchado que he recogido de varios lugares y hacer todo lo posible para asegurarlo en la parte superior del traje presurizado más grande que pueda encontrar.

Podría estar haciendo algo muy mal que cualquier persona con un cerebro no agotado me gritaría que no hiciera, pero solo soy un hombre y hago lo posible.

He modificado el traje con pilares improvisados en el interior, para mantenerlo suelto a su alrededor. Esa es la única manera en que puedo describir la configuración. Lo juro, es más elegante de lo que parece. Y entre esto y las cuerdas elásticas que he dispuesto estratégicamente para asegurar el traje en su sitio, no creo que haya nada más que pueda hacer.

—Lo he intentado, Laika —le digo—. Créeme, lo he intentado.

Con eso, llega el momento de ponerme mi propio traje presurizado.

Pero, antes de cogerlo, un pensamiento repentino me detiene en seco.

Hablando de hacer las cosas mal, o de lo que cualquier otro podría avisarme si viera esto... ¿hago lo correcto al dejar a Zola donde está?

No puedo ir y matarlo sin arriesgarme a morir yo mismo. Ese no es un riesgo que pueda contemplar en esta situación, no cuando un curso de acción alternativo puede ayudar a la humanidad a evitar un cataclismo planetario a nivel de extinción.

Pero ¿no podría preparar un explosivo de mecha lenta para destruir la estación justo después de irme?

Esa no es realmente la cuestión. Soy un especialista en combustible para aviones, por supuesto que podría preparar un explosivo útil. Entonces... ¿debería?

Si esto fuera una película, ¿dejar vivo al villano cuando hay una oportunidad fácil de matarlo no sería lo más irresponsable que podría hacer el bueno?

En general, sí. Pero hay casi infinitas incógnitas en juego aquí.

Tal vez, si mato a Zola y ya no tiene que ser recibido por los evacuados de su complejo secreto en la Tierra, toda la línea de tiempo se acelere.

Quizás esté conectado a un interruptor de hombre muerto que causaría una destrucción masiva en el instante en que deje de respirar.

Tal vez, tal vez, tal vez.

La cuestión es que hay riesgos inmediatos de matarlo que podrían interponerse en el camino de la única oportunidad que tengo de frustrarlo.

Mi mente está decidida. No puedo arriesgarme.

Ojalá pudiera matar a ese hijo de puta con mis propias manos, algo que nunca pensé que diría

de nadie. Tampoco me gusta pensarlo ahora mismo, pero es a lo que me ha llevado.

Tal y como están las cosas, va a estar en esa extraña cápsula casi cuatro días más. Si consigo llevar las pruebas intactas a la Tierra, la estación podría ser un blanco fácil para cualquier potencia de fuego militar que haya sobrevivido.

Ese riesgo no es para mí. No son las cartas que me toca jugar.

Mi papel en este momento es dar la alarma de la única manera posible, es todo lo que debo hacer.

Seguro de mi decisión, me preparo para vestirme.

Me quito las gafas y las coloco en el estrecho hueco que he dejado bajo el asiento. Es increíble la diferencia que han supuesto y, una vez más, lo aprecio en cuanto me las quito.

A continuación, me pongo el traje. Me siento igual que cuando tuve que ponerme el traje para la EVA, pero esta vez hay mucha más presión. Entonces intentaba reforzar mi propio suministro de aire, con la esperanza abstracta de averiguar qué había pasado en la Tierra.

¿Y ahora? Bueno, ahora no se trata de mí. Esto es mucho más importante que yo. Ahora quiero asegurarme de que la Tierra tenga un futuro, y me voy a esforzar para detener el terrible evento que está programado para suceder en tan solo cuatro días.

Es una sensación diferente.

Mi pulgar izquierdo protesta al ponerme el guante. Sin embargo, el dolor no es insoportable, algo que me habría parecido imposible antes de encontrar la herramienta en la sala médica. A fin de cuentas, puedo apretar los dientes y seguir adelante.

Veó las formas y los colores de la tarjeta que he dejado en los controles, tal y como estaba previsto, pero es difícil distinguir otros detalles. Me agacho para coger las gafas, que apenas están accesibles.

Tiro con fuerza, pero las cojo.

Las sostengo delante del casco. Me sorprende ver que siguen marcando una ligera diferencia. No tanta como cuando están más cerca de mis ojos, pero mejor que nada.

Me había planteado traer aquí un panel sin cortar del cristal del laboratorio de Barnett. Se me ocurrió que tal vez podría encontrar la manera de colocarlo justo encima de la pantalla de lectura, igual que lo encontré justo delante de los insectos en el laboratorio.

En mi defensa, solo tardé unos segundos en darme cuenta de lo estúpida que era la idea. Es decir, ¿dejar un cristal expuesto en una cápsula que va a girar como una bola de discoteca y a aterrizar como una pelota de golf? No es la decisión más inteligente.

Al menos no hizo falta que un espectador gritara para salvarme de ese potencial error.

Una vez que las gafas vuelven a estar seguras bajo mi asiento, al menos por ahora, cierro la puerta y sello la cápsula.

Tal y como esperaba, el rostro de mi difunto hermano Jack irrumpe en mi mente.

Estoy en un vehículo desconocido.

Estoy medio ciego, sin mis gafas.

Me enfrento a un reto más estresante que cualquier otro que haya vivido.

Vuelvo corriendo a casa para intentar salvar a un chico —y esta vez también a una mujer— que me importa más que nadie en el mundo...

Y sé que me voy a estrellar.

Los paralelismos son demasiado grandes y numerosos para ignorarlos. Pero, a pesar de las similitudes con aquel horrible día, no aparece ningún *flashback*.

Nada.

No aparece.

Al contrario que en tantas otras ocasiones desde que salí de mi laboratorio y encontré el cadáver de Justin en el suelo, no aparece ningún recuerdo.

¿Quizás la intensa anticipación de la muerte no deja espacio para un recuerdo más antiguo que antes lo consumía todo?

¿O tal vez, incluso en esta situación tan desafiante, mi mente bien ejercitada ha entrado en modo científico? Porque, igual que antes, sé lo que tengo que hacer. Conozco los pasos.

He calculado nuestra masa y la potencia de nuestras dos fuentes de combustible y, tras algunas operaciones secundarias, he calculado cuándo tengo que empezar a intervenir.

Este plan tiene muchas partes flexibles que significan que no es la ciencia exacta que me gustaría que fuera, pero, al final, estoy poniendo toda mi confianza en los números y el combustible.

He ensayado mentalmente la secuencia de controles que tengo que ejecutar y tengo mis marcadores en su lugar. Hay pasos que seguir y estoy listo para empezar con el primero.

Sin dudarlo, pulso el botón con un cuadrado blanco. Esto activa la cápsula y hace que un montón de luces del muelle se enciendan por primera vez. Vuelvo a pulsar el botón, tal y como he ensayado, y observo con asombro cómo la pared que tengo delante se abre para dejar al descubierto una esclusa de aire.

Automáticamente, una plataforma móvil situada debajo de la cápsula me transporta a la esclusa.

La pared vuelve a cerrarse detrás de mí, dejando el interior del Faro fuera de mi alcance.

Ya no hay vuelta atrás.

La segunda y última escotilla se abre, dejando a la vista la inmensidad del espacio y la curvatura de mi trágicamente oscurecido mundo natal.

Mientras miro hacia fuera con la boca abierta, algo más fuerte que el asombro me golpea: propósito.

Siento una repentina y singular concentración, una como nunca había sentido, impulsada por la absoluta necesidad de salvar a los demás supervivientes inocentes y al mundo que todos llamamos hogar.

Solo yo puedo evitar que la humanidad se extinga de la Tierra en cuestión de días, y el impulso de lograrlo es más fuerte que cualquier miedo.

Coloco el dedo sobre el círculo blanco, consciente de que una pulsación más me lanzará del Faro y comenzará un viaje preestablecido hacia Culpeper, Virginia.

Nuestro rumbo está fijado.

Con la inhalación más larga de mi vida, cierro los ojos y me preparo para despegar.

—Bueno —murmuro dentro de mi casco—. Supongo que es una prueba de fuego para el método Barclay.

Pulso el botón.

Nos ponemos en marcha.

Pellízcame.

Estamos de camino a la Tierra.

La pantalla combinada de navegación e información de la cápsula de escape ha cobrado vida, con las coordenadas fijadas para el búnker de Culpeper.

El sistema de navegación está conectado a los satélites que estaban a salvo del pulso electromagnético en la Tierra, al igual que el módulo de escape, y estoy más que contento de dejar que haga la mayor parte del trabajo para llevarnos a donde tenemos que ir.

Yo me encargaré, llegado el momento, de inyectar combustible enriquecido. El proceso consistirá en poner la cápsula boca abajo y disparar la cantidad mínima al principio para comprobar la eficacia con la que se ralentizará nuestra caída libre final hacia la Tierra.

Sin el sistema de aterrizaje de emergencia con parapente con el que se diseñó en principio, esta cápsula apenas tiene una resistencia al aire significativa.

La única función para la que ha sido diseñada es para evacuaciones de emergencia en el espacio, y ser interceptada por una nave de rescate.

Hoy en día no hay botes salvavidas en el océano espacial, y hay buenas razones para que yo tampoco apunte al terrestre: podría parecer que un amerizaje le daría a la caja negra más posibilidades de bajar de una sola pieza, y no puedo argumentar en contra de ese hecho de forma aislada.

La lógica no existe aislada, sin embargo, y alguien tiene que encontrar la caja negra muy rápido. De eso se trata.

Si tratara de darme la mejor oportunidad de sobrevivir al impacto de un aterrizaje forzoso que solo puedo mitigar con una fuente de combustible muy volátil cuyas propiedades ni siquiera han sido revisadas por pares, entonces sí. En ese caso, apuntaría al océano.

Pero ahora mismo no hay botes salvavidas en los océanos de mi planeta, igual que no los hay en el espacio.

Estoy poniendo mis esperanzas en conseguir dejar la advertencia de la detonación nivel extinción de Zola lo más cerca posible de los supervivientes de la Tierra. Eso significa hacerlo tierra adentro.

Mi descenso va a ser un espectáculo infernal y no veo forma de que se lo pierdan. Ya han pasado varios días desde la detonación preliminar, así que ya deben estar explorando o al menos analizando la superficie.

¿Seguro?

Me siento bastante optimista sobre muchas cosas ahora que la cápsula está en camino.

El viaje en sí es mucho más suave de lo que imaginaba, lo que sin duda ayuda a mejorar mi

estado de ánimo.

Esperaba agarrarme a la pantalla como a la barra de seguridad de una montaña rusa. Pero supongo que Pierre decía la verdad por una vez cuando dijo que las fuerzas aquí no son tan fuertes como a las que me enfrenté en mis simulaciones de entrenamiento en la Tierra.

Solo ahora me doy cuenta de que hoy es el día en que se suponía que debía volver a casa. Mis prácticas han terminado.

Después de todo lo que ha pasado, ni siquiera voy a retrasarme.

Cuando me puse en contacto con «Mel» y «Pierre», y me creí la mentira de que vendrían a buscarme en cuatro días, recuerdo que me reí para mis adentros al pensar que volvería a casa un poco más tarde de lo que había prometido a mi familia, y que esperaba que me perdonasen, dadas las circunstancias.

¿Y ahora? Llegaré a casa a tiempo.

Si usamos «casa» para referirnos a la Tierra.

Hoy no voy a regresar a su lado y tendría que estar loco de verdad para suponer que volveré a verlos.

Esta misión consiste en salvarlos dando la alarma mientras haya tiempo para que alguien pueda hacer algo al respecto. Por el bien de mi propia cordura, no dejo de recordarme a mí mismo esa única prioridad. Hay muchas más posibilidades de conseguirlo que de salvarme a mí y a Laika.

Todavía está fuera de combate, a mi lado, con suficiente sedante fluyendo por sus venas para durar unas horas más de lo que necesitará. Lo mejor que podía hacer era asegurarme de que no sintiera nada.

Con cada minuto que pasa, todo fluye.

Podré leer la pantalla de información bastante bien sujetando las gafas delante del casco si lo necesito, e incluso el casco no es tan opresivo como esperaba a pesar de ser más pequeño que el del traje EVA.

El principal punto negativo es que la Tierra tiene un estado lamentable y está demasiado oscura. Y la falta de sorpresa en ese frente no puede atenuar el golpe emocional que supone verla cada vez más cerca.

Al menos, lo peor de las columnas de humo se ha disipado, pero sé que no estoy descendiendo sobre las zonas más afectadas. He programado mi lanzamiento para que se produjera cuando la estación estuviera sobre la zona adecuada, sin esperar demasiado a que llegara el momento perfecto.

Algunas áreas de aspecto estéril que veo eran amarillas en el mapa de lluvia radiactiva de la detonación preliminar, ni siquiera naranjas, y mucho menos rojas.

Saber que esas zonas de aspecto inerte han salido relativamente bien paradas es un pensamiento muy instructivo. Otros lugares ya están mucho peor que este y, si mi misión no tiene éxito, pronto todo estará total y completamente desolado.

Aparte de las vistas, todo va bastante bien.

La gran pantalla me indica cuándo me acerco al umbral de la atmósfera terrestre.

Puedo saberlo sin las gafas porque la imagen es muy simple y la pantalla muy grande. Sin embargo, las cojo para ver más detalles.

Siempre he pensado que las usaría, solo que no quería tener ningún cristal a la vista hasta estar seguro.

No espero que cambien mucho las cosas cuando lleguemos a la atmósfera. El suministro principal de combustible está prácticamente agotado, pero sabía que sería así. Está a un nivel que

se ajusta casi a la perfección a mis cálculos previos al vuelo, y no habría ningún «casi» que matizara mi exactitud si hubiera tenido tiempo de pesar todo lo que he cargado aquí para el viaje en lugar de estimarlo con cuidado.

«Este viaje sería una experiencia infernal en tiempos mejores», pienso para mis adentros.

Solo los últimos rayos de sol del día iluminan el este de Estados Unidos, pero las luces de nuestras grandes ciudades no se ven por ninguna parte.

Si hay alguna posibilidad de que esas luces regresen alguna vez, todo tiene que seguir yendo bien.

No tengo una lista mental de cosas que podrían salir mal. Si soy sincero, no sabría ni por dónde empezar. Probablemente escribiría «Todo» en cada línea hasta llenar la página.

Inspiro hondo, consciente que la parte más intensa de este lanzamiento en la oscuridad está a punto de comenzar.

Vamos a entrar en la atmósfera terrestre. Estoy a punto de cortar el combustible.

Estamos a punto de empezar la caída libre.

Presto mucha atención a la pantalla, esperando a que se completen las lecturas atmosféricas.

A juzgar por la representación visual de nuestra posición, no va a tardar mucho. Una forma de verlo es que la distancia está a punto de convertirse en altitud.

Y ahí vamos.

¡Aquí estamos!

Bien, estamos dentro.

Corto el suministro principal de combustible, como estaba previsto. Queda tanto de este BioZol regular como esperaba, que es muy poco, pero ya no podemos darle uso. Me alegro de que haya durado.

—Hasta aquí todo bien —murmuro para mis adentros—. Todavía. —En serio: pellízcame. Esto funciona de verdad.

Mis ojos se posan en una pantalla llena de lecturas atmosféricas que empiezan a aparecer.

Mi corazón se para justo detrás de ellas.

—No... —gimo.

¿Hasta aquí todo bien? Para nada.

Lo hemos intentado, pero ya está.

La pantalla me dice un montón de cosas, pero bien podría ser una máquina arcade parpadeando dos palabras en texto rojo gigante: *Game over*.

Estoy destrozado.

Mis esperanzas, mis emociones, mis posibilidades..., se han hecho añicos con los datos de la pantalla.

Mis cálculos no estaban equivocados, pero las suposiciones que los alimentaban sí.

Las lecturas no son lo que esperaba. La atmósfera de la Tierra no es lo que esperaba.

Alguna combinación de la detonación submarina y los desastres volcánicos la ha afectado lo suficiente como para lanzar un enorme e insuperable obstáculo en mi camino.

Mi combustible enriquecido con teocita no se va a comportar como esperaba.

Es un combustible como ningún otro, de ahí las profundidades a las que Zola se está sumergiendo para asegurarse un suministro para su evacuación planetaria antes de que se corra la voz de mi investigación y el mundo entero quiera un trozo. Y en estas condiciones atmosféricas, funcionará demasiado bien.

Los cambios relacionados con el desastre en la presión atmosférica, la temperatura e incluso la composición del aire, por relativamente pequeños que puedan parecer, aumentan masivamente la ya formidable potencia de mi combustible enriquecido.

Quería girar la cápsula e inyectar un poco para ralentizar mi descenso, pero ese plan está descartado.

Ahora, en esta atmósfera postapocalíptica, incluso la mínima inyección posible me lanzaría tan rápido y tan atrás en el cielo que acabaría aterrizando con casi tanta fuerza catastrófica como si no hubiera hecho nada.

Intento hacer números, pero el único resultado que me sale es cero.

Cero posibilidades de supervivencia personal, obviamente, pero, ahora, también, cero posibilidades de que nada quede de una pieza.

Ni siquiera veo cómo lo logrará la caja negra. Resistente e indestructible no son sinónimos.

—No tenía forma de saberlo —digo, esta vez dirigiéndome al traje presurizado en el que Laika está sedado y bien sujeto—. Lo siento, colega.

Oigo los latidos de mi corazón, pero me parecen más inusualmente fuertes que rápidos.

Las horribles sensaciones que me recorren no se parecen en nada al estrés de alto octanaje que sentí durante mi EVA o incluso cuando corrí a mantenimiento para cortar el acceso de Steele a los sistemas de la estación.

Eso es porque esto no es miedo. Es abatimiento.

No es una búsqueda de autoconservación de lucha o huida, sino la impotencia de darme cuenta de que ni siquiera podré advertir a los supervivientes de la Tierra de lo que Zola va a hacerles dentro de unos días.

Miro las formas verdes y rojas que he pegado en los controles de la cápsula, recortadas de las tarjetas del Día del Padre de Eva y Joe.

He subido a esta claustrofóbica nave en un intento desesperado por darles alguna oportunidad de luchar. Pero, con cada segundo que pasa sin ninguna nueva idea de cómo salvar mi misión, estoy cada vez más seguro de que la lucha ha terminado.

Mi combustible enriquecido es demasiado potente. En la peor ironía de todas, mi mayor éxito es mi mayor fracaso.

Si volviera a tener tiempo y lo hubiera visto venir, diluiría el combustible. Pero eso no me sirve de nada ahora. Tampoco sirve el deseo de que hubiera habido una manera de modificar la cápsula para permitirme gotear cantidades minúsculas a la vez.

Ambas cosas me habrían llevado tiempo del que no disponía en la estación, incluso si hubiera tenido alguna razón para pensar que serían necesarias, y me gustaría poder dejar de lamentarme por variables que no puedo controlar.

Espera, espera, espera, espera.

Espera, espera, espera, espera, espera.

Las variables.

La potencia de mi combustible enriquecido: esa es la variable número uno.

La inyección mínima que puedo introducir en el motor: esa es la número dos.

Pero hay una más.

Hay una variable número tres: la velocidad de nuestro descenso.

He estado pensando en lo que puedo hacer para contrarrestar nuestra caída libre, pero ¿qué pasaría si no estuviéramos en caída libre?

Ahora mi corazón late deprisa.

Cuando la pasividad casi garantiza el fracaso total, no hacer nada no es una opción.

¿Y si alguien estuviera tan loco como para luchar contra todos los instintos humanos... y decidiera usar lo que le queda de su suministro regular de combustible para acelerar hacia el suelo y darle a su inyección de combustible enriquecida con teocita una fuerza más formidable que contrarrestar?

Bueno, estamos a punto de averiguarlo.

No tengo otra opción.

No queda suficiente BioZol de menor potencia en mi suministro regular de combustible para contrarrestar nuestra caída libre. Mientras tanto, incluso la inyección mínima de combustible enriquecido con teocita ahora oscila hacia el otro lado y es demasiado para controlar nuestro descenso.

Si eso no demuestra lo mucho que ha avanzado mi investigación, no sé qué podría hacerlo.

Mi única esperanza es utilizar el suministro restante de BioZol para lanzarnos más rápido hacia el suelo. Entonces volveré al plan original de rotar la cápsula en el último segundo e introducir una mínima ráfaga de teocita para contrarrestar nuestra caída.

Lo que cambia ahora es que nuestra caída se convertirá en un descenso propulsado. Y, creedme, no lo haría si tuviera otra opción.

No hay una fórmula establecida. Si estoy trabajando con alguna lógica, es la lógica de que voy a fracasar si no hago nada.

Con eso en mente, también podría arriesgarme a fracasar más haciendo algo que podría, solo podría, dar a la cápsula una oportunidad de aterrizar de una manera que no destruya todo el asunto.

Ese no es el mayor objetivo, ¿verdad? No pido sobrevivir.

Ahora estoy lo bastante cerca del suelo como para reconocer el paisaje cargado de cenizas. Lo he visto antes en las imágenes de satélite, en la pantalla del ordenador del comandante Harrison.

Voy a dar a los diseñadores de satélites de ZolaCore lo que se merecen: el sistema de guía de la cápsula ha hecho un trabajo estelar para traerme hasta aquí.

Hasta ahora, no he tenido que anular nada. Me imagino que eso no durará. Cuando ya se avecine el impacto mortal, tendré que confirmar mi deseo de acelerar hacia el suelo.

Si tengo en cuenta este posible paso adicional, me doy unos segundos más.

Los minutos ya han pasado. Ahora sí que estamos en el reino de los segundos.

Vuelvo a colocar las gafas delante del casco para comprobar cada uno de los controles que voy a accionar. Tengo que asegurarme de que recuerdo correctamente la forma básica y el sistema de códigos de colores que me he inventado. He interiorizado la disposición cuando he colocado los marcadores, pero no puedo arriesgarme. No con tanto en juego.

Todo está donde esperaba. Estoy preparado.

Contengo lo que parece ser uno de mis últimos alientos y conecto el suministro regular de BioZol de la cápsula.

Una advertencia aparece en la pantalla. Lo veía venir y podré anularla con un toque más. Es

más fácil de lo que esperaba, pero me alegra haberlo previsto. De verdad, no hay tiempo que perder.

Mi principal preocupación ahora es que la pequeña cantidad de BioZol normal no nos acelere lo suficiente como para que la teocita contrarreste. Debido a eso, quiero esperar lo máximo posible antes de hacer mi próximo movimiento.

Girar la cápsula debería llevar nueve segundos, según la guía del sistema. Lo he tenido en cuenta a la hora de decidir cuándo actuar. Pero sin ninguna forma de hacer los cálculos en tiempo real, me guío más por la intuición que por otra cosa.

Cuando distingo la forma de una carretera sinuosa, sé que ha llegado el momento. No puedo permitirme acercarme más.

Con un trago y una plegaria, vuelvo a pulsar para activar el suministro de combustible BioZol normal. Esta vez, gracias a mi anulación del aviso, se enciende.

Mi mano derecha agarra la pantalla mientras la cápsula empieza a temblar como sin control. La inyección de combustible solo dura unos segundos, pero la pantalla y sus enormes advertencias rojas dejan claro lo mucho que he acelerado nuestro impacto.

Como si eso fuera a cambiar algo, uso mi mano izquierda, más fiable, para girar la cápsula.

De repente, rezo por no haber llegado demasiado tarde.

Intento no volver a mirar por la ventana mientras cuento los segundos. Es imposible no hacerlo.

La sensación de desorientación que produce una rotación repentina como esta hace que sea difícil saber a qué distancia estamos del suelo, lo que probablemente sea bueno.

Cuento diez segundos —nada mal teniendo en cuenta la estimación de nueve—, y ahora miramos hacia arriba, como cohetes listos para despegar.

El combustible enriquecido que tanto me ha costado hacer lo más potente posible es ahora la única esperanza de la humanidad.

Ahora que, irónicamente, es demasiado potente, rezo por haber aumentado nuestra velocidad lo bastante para que la próxima inyección solo nos impulse a una altitud que haga que una caída libre nos permita sobrevivir, al menos a la cápsula y la caja negra.

—Allá vamos. —Pongo un dedo sobre el control que inyectará una dosis de mi supercombustible recién elaborado.

Pulso el botón.

La fuerza es increíble.

Echo un vistazo al exterior cuando entra en acción y de inmediato veo lo cerca del suelo que nos he dejado llegar.

No exagero cuando digo que apenas podríamos haber estado más cerca.

De verdad, he hecho todo lo posible.

Me agarro a la pantalla para salvar mi vida mientras la pequeña inyección empuja contra la caída y nos impulsa hacia el cielo.

No espero haber hecho lo suficiente para salvarme. La desesperación que me consume por bajar la caja negra de una pieza no deja lugar a consideraciones secundarias, ni siquiera a mi propia supervivencia.

Intento contar cuántos segundos nos da la pequeña inyección de combustible, pero mi cerebro es un caos.

En cuanto la cápsula alcanza su punto más alto, el brevísimo instante antes de que empecemos a caer en picado parece correr y correr.

Tengo la sensación de que mi estómago me sube por la garganta incluso cuando empezamos

a caer hacia el otro lado, y al mirar hacia fuera siento una anticipación infernal del impacto que vendrá a continuación.

Sin embargo, mi último pensamiento no es el peor, porque en realidad no estamos tan alto como temía.

Acelerar hacia el suelo todo lo que he podido ha supuesto una gran diferencia.

¡Realmente creo que la caja negra va a lograrlo!

Creo que he acelerado lo b, lo bastante tarde y durante el tiempo necesario para conseguir un aterrizaje comparable al que habríamos experimentado si la sorpresa atmosférica no hubiera provocado el caos.

Nunca olvidaré el boletín de notas que me motivó a demostrar que mi profesor de Física estaba equivocado y labrarme una sólida carrera investigadora, cuando el señor Lindell no se anduvo con rodeos: «Ray Barclay tiende a flaquear bajo presión».

Todo lo que puedo decir ahora es que espero que el viejo esté en un búnker en algún lugar y siga viviendo gracias a la maniobra de último minuto que acabo de realizar.

Pero, infinitamente más importante, sé que Joe y Eva están vivos en un refugio en Colorado.

Cada vez más seguro, y puede que incluso orgulloso, de que la caja negra del Faro sobrevivirá al impacto intenso pero mitigado que está a punto de producirse, paso mis últimos segundos antes del choque rezando para que alguien aquí en Virginia se dé cuenta de que caigo del cielo.

—Miradme —susurro en una de mis últimas respiraciones—. Por favor..., tenéis que verme.

Siempre dicen que toda tu vida pasa ante tus ojos.

Para mí, esta vez es una sola imagen.

Es Joe, que sonrío junto a la pancarta de «Bienvenido a casa» que me hizo hace unos días.

—Lo he conseguido, Joe —me oigo decir mientras nos precipitamos hacia el suelo—. Si este es mi hogar, lo he conseguido.

Lo siguiente que aparece en mi mente no es ninguna imagen. No veo nada.

Solo hay oscuridad.

Nos doblamos.

Esa es la única palabra. El impacto es contundente, no agudo. Tampoco es instantáneo. Persiste.

Noto cómo la zona de deformación cede ante la fuerza y siento una vibración de martillo neumático en mi columna vertebral como nunca había sentido ni podría describir.

Pero incluso cuando mis ojos se llenan de oscuridad y mis pulmones luchan por respirar, no me importa lo fuerte que sea el dolor. No me importa la gravedad de las heridas.

Porque incluso en un estado de estupor, sé que el dolor significa una cosa: vida.

Si estoy vivo, con todos mis huesos y órganos y cualquier otra parte que pueda romperse aún dentro de mí, aunque no todos se sientan intactos, la caja negra debe haberlo conseguido. Es mil veces más resistente que yo.

Apenas puedo respirar, y ahora mismo ni siquiera sé si tengo los ojos cerrados o no puedo ver.

El único sonido que oigo procede de alguna parte del interior de la cápsula, pero es música para mis agradecidos oídos.

Vuelvo a ver en cuanto abro los ojos a la fuerza, como si la repentina explosión de sonido me hubiera devuelto el control de todos mis sentidos.

Intento girarme hacia un lado, pero siento un dolor punzante en las costillas. Esto es diferente de la espinilla, diferente del pulgar, diferente de todo lo demás. Aquellos eran dolores agudos... Esto es más profundo.

Algo no va bien ahí dentro y eso es probablemente lo que me dificulta la respiración.

Pero aquí estoy.

Estoy aquí. No solo en la atmósfera de la Tierra, sino en la Tierra. Lo he logrado. Lo he logrado de verdad.

Tal vez las lecturas atmosféricas que me han desconcertado hayan sido una bendición disfrazada, considera mi mente vertiginosa.

Las probabilidades de que sobreviviera al plan original eran casi nulas, y nunca se me habría ocurrido algo tan temerario como la idea de la aceleración tardía a menos que me hubiera visto obligado a pensar de forma tan creativa.

La caja negra que acabo de traer a salvo desde la estación contiene todo lo que había en los ordenadores del Centro de Control, pero mi mente también está llena.

La fase final de mi plan ya ni siquiera depende de que el Gobierno o los militares descifren la caja negra, aunque estoy seguro de que lo harán.

Estoy vivo. Puedo contarles lo que ha pasado. Incluso puedo mostrarles en mi móvil lo

sucedido si también ha llegado intacto.

La integridad física de la cápsula está bajo mínimos, de ahí la alarma, pero no hay incendios. Apenas puedo creerlo... incluso el papeleo que he traído está bien.

Contra todo pronóstico parece que todo lo que...

—¡Laika! —suelto un grito.

Uso las pocas fuerzas que tengo para desprecintar y quitarme el casco. Aquí no hace falta, la concentración de oxígeno tras la catástrofe es buena. Ese no es el problema.

Me giro a la derecha, con una mueca de dolor a cada centímetro de rotación del cuello, y veo que el traje presurizado del pequeño sigue en su sitio, bien sujeto por las cuerdas elásticas.

Sin embargo, no hemos salido despedidos, así que no es eso lo que me preocupa. Me preocupa si el impacto del plegamiento ha sido demasiado para él.

Lo he amortiguado y apuntalado todo lo que he podido.

Cuando consigo acercarme lo suficiente para echarle un vistazo, el sedante hace que sea difícil saber si está bien. No puedo mantenerme quieto como para ver su respiración, sobre todo porque aún no he alcanzado mis gafas, y es obvio que no se mueve.

Mi cuerpo está de una pieza, lo que es un resultado mucho mejor de lo que contaba, pero ahora mismo me siento como la pata de una mesa de metal con algunos tornillos sueltos dentro. Si me sacuden, o incluso si me inclinan hacia un lado, estoy seguro de que oirán sonidos siniestros.

No estoy seguro de si hemos aterrizado sobre hormigón, hierba o cualquier otra cosa; el grosor de la ceniza hacía difícil saberlo antes del impacto. Apostaría por hierba.

Si debo mi vida a solo dos cosas, son al nivel de desesperación que me ha llevado a lanzarme hacia el suelo y el equipo que diseñó la zona de deformación de esta cápsula.

Dejadme decir que los coches de carreras no tienen nada que envidiar a esto.

Al igual que Bex y el dispositivo de ajuste del pulgar que encontré en el laboratorio médico, esta cosa es una maravilla de la creación humana. Es una lástima que sean propiedad de una corporación cuyo líder dictatorial está listo para destruir el mundo en unos pocos días.

Eso ya lo veremos, Zola.

Sé que no contaba con esto. Sé que no contaba conmigo.

Me obligo a inclinarme hacia delante, mi respiración se ralentiza. El dolor generalizado puede estar aumentando, o puede que solo se esté haciendo más evidente a medida que una avalancha de adrenalina sin precedentes retrocede muy despacio. En cualquier caso, lo noto.

Vuelvo a coger las gafas y me las pongo.

Como siempre, qué diferencia. El suelo está cubierto de ceniza. Es un espectáculo inquietante.

Enseguida encuentro la forma de silenciar la alarma a través de la pantalla, y en su lugar solo hay un silencio absoluto.

Un silencio espeluznante.

Ni un pájaro, ni un avión, ni el zumbido lejano de una autopista.

Sabía que no oiría nada de eso, pero no estás preparado para el verdadero silencio hasta que estás en medio de él.

Me incorporo, me acerco a Laika y cojo el casco que sella su traje. Se lo quito y lo levanto con cuidado de la abrazadera que he construido. Estoy encantado de tener que hacerlo, porque estoy encantado de que la abrazadera haya aguantado.

Miro fijamente a mi leal amigo emplumado, deseando verlo respirar una sola vez.

—Vamos, chico —le ruego—. Soy Ray Ray. Ya hemos llegado. No me abandones ahora.

Laika OK. Laika OK.

Y entonces lo veo. Es leve, pero está ahí. ¡Una inspiración! Está vivo. Laika está vivo.

Mi cabeza cae hacia delante bajo el peso de un alivio que es casi demasiado para soportar.

No se trata solo de Laika, por mucho que su supervivencia sea la catástrofe que me ha llevado al límite. Se trata de todo.

Estamos aquí. Las pruebas están aquí. La esperanza está aquí.

El éxito de este largo intento solo me llevará a uno aún más largo. Ya lo sé. Pero al menos los pocos afortunados que sobrevivimos a la detonación preliminar de Zola tenemos ahora alguna posibilidad de evitar su detonación madre a nivel de extinción.

Me duele todo, pero me obligo a desabrocharme el cinturón de seguridad y a acercarme lentamente a la puerta. Su estructura se ha doblado, lo que significa que la manilla no se abre del todo y tengo que hacer un poco más de fuerza para forzarla.

Gimo. Otra vez las malditas costillas.

De todas las cosas que podrían haberse dañado, supongo que hay muchas peores que mis costillas. El hecho de que mi cuello, mi columna vertebral y mi cráneo hayan evitado daños mayores no detiene el dolor, pero el dolor no me detiene a mí.

Estoy herido, pero estoy aquí.

Por fin he vuelto a pisar tierra firme. Ahora, veamos lo que queda...

Salgo despacio y miro a mi alrededor lo que queda de Culpeper, Virginia.

En consonancia con las imágenes de satélite, no es una vista bonita.

Desde fuera, la cápsula parece un huevo duro que ha caído al suelo desde la altura de la cabeza. No ha salpicado, como tal, solo está agrietado en el extremo que ha hecho contacto.

Un ligero rebote bajo mis pies me indica que, después de todo, estamos sobre hierba. Patear la capa superior de ceniza confirma mi corazonada.

—¡¿Hola?! —grito en el silencio de la noche—. ¿Puede alguien...?

Antes de que me dé cuenta de lo que está pasando, tengo la cara en la hierba.

Me arden las costillas.

Mis gafas se desprenden y caen fuera de mi vista.

Un cuerpo poderoso me aprieta contra el suelo, me dice que cierre la boca y no mueva ni un músculo.

Me han placado.

En cuanto he gritado, alguien ha saltado por detrás y se ha abalanzado sobre mí.

Me han cogido.

Cuando consigo girar la cara hacia un lado y levantar la vista, veo a dos hombres vestidos de negro.

El primero me sujeta contra el suelo. El segundo me apunta a la cabeza con una pistola.

—Levántate y cállate —ladra. Con un gesto del arma que me indica que no bromea—. Te vienes con nosotros.

Es más fácil decirlo que hacerlo, pero me obligo a no ponerme nervioso.

Acabo de caer del cielo en una cápsula blasonada de ZolaCore y todavía llevo puesto la mayor parte de mi traje presurizado con la misma marca.

Si la inteligencia gubernamental y militar sospecha de alguna implicación de Zola en todo esto, y si no han captado mis transmisiones, voy a quedar como el malo de la película.

Estos tipos no pueden ser de ZolaCore.

Si lo fueran, todo estaría acabado y nada de lo que yo pudiera hacer desde aquí cambiaría las cosas. Pero no lo son. No pueden serlo.

Tienen un aspecto esculpido —servicio secreto o fuerzas especiales, supongo— y sus voces me dicen que ambos son estadounidenses.

Tienen que ser del búnker y con gusto iré con ellos. Todas las pruebas que tengo demostrarán que soy inocente, aunque mientras tanto pase dolorido unos minutos.

—Iré. —Levanto muy despacio las manos—. Me llamo Ray Barclay y fui el único superviviente de un...

—¿Qué parte de cállate no ha quedado clara? —pregunta el tipo armado.

Asiento más despacio aún.

Su compañero me sujeta las manos a la espalda y me las ata con una brida.

—Por favor, vaciad la cápsula y traed las pruebas con nosotros —susurro. Sé que lo que quieren es que guarde silencio, pero tengo que transmitir este mensaje y supongo que mostrar cierto esfuerzo por seguir sus órdenes no les vendrá mal—. También hay un loro vivo. Sedado. Es importante.

—¿Pruebas de qué? —pregunta mi inmovilizador, lo bastante alto como para que su compañero se acerque.

Trago saliva. Ya no tiene sentido susurrar.

—Pruebas de que Zola ha hecho todo esto y está a punto de hacer algo aún peor si no lo detenemos —suelto—. Soy el único superviviente de un ataque de sabotaje en la estación espacial El Faro. Sé que no vas a decirme nada, pero, por favor, al menos escúchame. Solo tenemos unos días para evitar otra detonación que acabe con todos. Quienquiera que esté al mando en el búnker tiene que ver esto. Trae también mis gafas, y por favor, sé amable con el pájaro.

Los hombres se miran entre sí, hablándose con la mirada. El de la pistola se vuelve hacia la cápsula y se dirige a la puerta, pero el otro me cubre la cara con una capucha de tela antes de que pueda ver lo que viene a continuación.

Me conduce hasta un vehículo. Tiene un escalón lo bastante alto como para parecer un 4x4

blindado.

Como el coche funciona, o bien no hubo pulso electromagnético o el vehículo estaba en el búnker. Cualquiera de las dos es una buena noticia, aunque la primera es obviamente mejor.

Por ahora, las buenas noticias terminan ahí.

Me duele, estoy inmovilizado y me ciega una capucha.

—Llévatelo y vuelve enseguida —grita el tipo armado desde la cápsula.

—Voy a sacar esto. Tardaré un minuto.

Oigo que se cierra la puerta del conductor. No tengo a Laika ni mis gafas. Claro, tampoco tengo manos ni ojos, pero hago todo lo posible por mantener la calma.

Lo único positivo a lo que puedo aferrarme es que el otro tipo ha dicho que tardaría un minuto, pero aun así quería que su amigo me llevara dentro.

«Dentro» tiene que significar dentro del refugio, y «un minuto», que estoy tan cerca como pensaba.

De verdad es Mount Pony, una instalación gubernamental con raíces históricas.

No estoy en una buena posición en este momento, pero estoy en el lugar correcto.

Para mi sorpresa, oigo cómo se vuelve a abrir la puerta del conductor y luego el sonido del tipo que sale.

Lo siguiente que percibo es que abre la puerta y me clava una aguja en el brazo al mismo tiempo.

—¿Qué demonios estás...?

Ni siquiera puedo formular la pregunta. Me desvanezco enseguida.

Me desvanezco... Me voy...

Cuando recupero la consciencia, estoy en lo que parece una celda de detención.

No tengo capucha, pero la habitación está a oscuras. Demasiado oscura para ver nada más allá de los barrotes.

¿De verdad, barrotes?

En serio... ¿esto es lo que me toca? He oído que ninguna buena acción queda sin castigo, pero esto es ridículo.

Lo primero que hago es llevarme la mano a las costillas. Las noto diferentes de alguna manera. Mi abdomen está envuelto en vendas. Ah. No me extraña que las sienta diferentes.

Así que no son monstruos, reflexiono. Lo de la sedación sorpresa me preocupó por un segundo, pero podría haber sido el protocolo de seguridad.

Claro, intenté explicarme, pero ¿no habría hecho lo mismo un tío de ZolaCore?

Supongo que solo hacían su trabajo. Su trabajo para el Servicio Secreto, tal vez. O fuerzas especiales... o lo que sea mejor que pueda esperar.

Todavía visto la ropa que llevaba debajo del traje. Tenía el teléfono en el bolsillo, así que lo cojo con optimismo.

Pero no. El anillo de compromiso que llevaba ahí desde antes de empezar mi empleo en El Faro tampoco está.

—Ray Barclay. —Una voz retumba en la oscuridad. Y reconocería esa voz en cualquier parte.

Lo siguiente es una luz que se enciende y lo deja a la vista.

Arrugado, pálido y claramente agotado, parece como si no hubiera dormido en un año y acabara de salir de un huracán.

Flanqueado por los dos hombres que me han traído, se encuentra el presidente Noah Williams.

Hace una semana este hombre era casi universalmente reconocido como el líder del mundo libre. Ahora, parece que está a cargo de quien sea y lo que sea que quede aquí abajo.

—Siento cómo lo han tratado —se disculpa Williams, y pasa la mirada de inmediato entre los hombres que tiene a cada lado.

—Han sido bastante razonables —digo. Lo han sido, supongo, comparado con cómo podrían haber actuado. Además, no le va a hacer ningún bien a nadie darle vueltas a un pequeño malentendido cuando todos tenemos el mismo enemigo común al que enfrentarnos—. Pero ¿cuánto tiempo he estado inconsciente? ¿Y dónde está mi anillo?

Williams mira su reloj.

—Seis horas. Más o menos. Sus pertenencias también están a salvo. Y esas gafas son lo más

parecido que hemos podido encontrar a las que se fabricó.

Me alegra oír que el anillo está a salvo y, efectivamente, veo un par de gafas a mi izquierda.

Sin embargo, respiro aliviado ante la parte más importante de su contestación. Son seis horas más de lo que me habría gustado, pero esa respuesta es mucho mejor de lo que podría haber sido.

—¿Y mi loro? —pregunto.

Williams me sostiene la mirada.

—Vivo. Un poco maltrecho, pero vivo. Como usted.

El presidente se adelanta, abre la celda y hace una señal a sus matones para que se vayan.

—Lo siento —murmura el tipo que sostenía el arma.

—Yo también —añade su colega.

Les digo que no se preocupen y los veo marcharse.

Williams entra por la puerta abierta y se sienta a mi lado.

—Hemos visto muchas de las pruebas que traje —me cuenta—. Hay muchas más que revisar, pero lo único que importa para empezar es detener esa segunda detonación. ¿Está de acuerdo?

—Eso es lo más urgente —le digo—. Pero mi familia está en un búnker en Colorado Springs. ¿Qué puede decirme al respecto? ¿Cuánta gente hay allí? ¿Cuánta hay aquí? ¿Qué posibilidades tenemos de detener esto antes de que sea demasiado tarde?

—Tenemos un poco más de ocho mil personas aquí. Estamos bien abastecidos. Pero ¿tanto como para reaccionar ante lo que ha descubierto que se nos viene encima? Eso espero. Tenemos una cadena de mando que funciona y algunas de las mejores mentes de todas las áreas vitales. Tenemos una oportunidad, es lo que intento decirle. Gracias a usted, al menos tenemos eso.

—¿Y Colorado? —insisto.

Williams hace una pausa para pensar y se levanta.

—Venga conmigo, señor Barclay.

No me muevo.

—Colorado.

—Aunque la lluvia radiactiva allí es peor que aquí, hemos recibido algunas comunicaciones —responde, aunque de forma mucho más inquietante y poco comprometida de lo que me gustaría—. Se enterará de mucho más arriba. —Siento que mi rostro palidece bajo la tensión de esta incertidumbre—. Ignacio Zola pagará por lo que ha hecho —promete Williams, escupiendo las palabras—. Pongo a Dios por testigo de que me encargará de ello. Pero, por favor, acompáñeme.

El presidente Williams me conduce hacia varios tramos de escaleras, explicándome que estamos doce pisos más abajo.

—¿Doce? —Mi voz resuena en el espacio.

Joder, esta es una instalación seria.

Williams explica concisamente que se trata de lo que él denomina el búnker nuevo dentro del viejo, que lleva décadas sometiéndose a un enorme proyecto de ampliación.

El refugio está oculto a plena vista y se ha elegido un lugar bien conocido de la época de la Guerra Fría porque es más fácil ocultar algo que mantenerlo en secreto.

Eso tiene sentido y es más o menos lo que yo pensaba cuando leí por primera vez sobre el Monte Pony en mi lector de texto.

Debe ser casi imposible construir un enorme complejo de búnkeres en estos tiempos sin que se filtre la noticia, así que confiar en el secretismo no es una opción viable. Las renovaciones y ampliaciones son mucho más fáciles de mantener bajo el radar.

A pesar de mis repetidas preguntas, Williams se niega a darme muchos detalles sobre Colorado, diciéndome que no es el más indicado para hablar de ello. Solo reitera que se ha establecido contacto, lo que no puede decirse de otros refugios cuyo blindaje anti pulso electromagnético aparentemente no funcionó tan bien como se pretendía.

Así que hubo un pulso electromagnético.

Williams no está desolado, pero está claro que pesa en su mente. Da la sensación de que intenta convencerse a sí mismo más que a mí en algunos momentos, como cuando dice que la tecnología de radio en la superficie podría haberse frito en otros lugares sin que ningún sistema electrónico dentro de los búnkeres haya sido alcanzado.

—Los evacuados a nuestros otros refugios podrían estar sobreviviendo sin problemas —dice —, pero sin forma de contactar con nadie más. Hemos estado trabajando en planes de reconocimiento físico y algunos drones estarán listos en unas horas. Estamos muy bien abastecidos, señor Barclay. Muy bien abastecidos.

Su repetido énfasis en «muy» me da un poco de esperanza, ya que a estas alturas no se gana nada con prometer más de la cuenta.

Subimos varios tramos de escaleras.

Tiene que haber ascensores, al menos para los objetos pesados, pero mi cuerpo no se queja del esfuerzo tanto como habría esperado. Me habrán inyectado analgésicos. Al fin y al cabo, alguien me ha remendado las costillas y los tipos de fuera no han sido tímidos con otro tipo de agujas.

Aprovecho la oportunidad para preguntarle a Williams qué pensaba de todo antes de que yo

trajera la noticia de la implicación de Zola.

Su respuesta comienza con un lento suspiro.

—Bueno, teníamos nuestras sospechas. Las explosiones en el Pacífico Norte se concentraron en torno a una instalación minera submarina de ZolaCore. La equis en el mapa que encontraste..., ese es el lugar. En ese momento no sabíamos si se trataba de un ataque terrorista externo o si solo era una tapadera de ZolaCore para despistar a todo el mundo.

—Pero ¿por qué sospechaban que era un trabajo interno de ZolaCore? —pregunto—. Yo estaba trabajando en su estación del tipo, con el mismo material del que trata todo esto, y no lo vi venir hasta que encontré la prueba.

—Es comprensible —Williams se encoge de hombros—, pero debe entender que vemos cosas que usted no ve, señor Barclay. Antiguos altos cargos de ZolaCore han hablado de un Zola cada vez más solitario y errático. Nuestros informes de inteligencia han insistido en ello durante más de un año. Es casi como cuando los generales militares se preocupan por su líder justo antes de que se extralimite. Me gustaría creer que el número de personas que sabían lo que estaba poniendo en marcha era minúsculo. La gente de su búnker, la gente que planea evacuar antes de la segunda detonación, según lo que encontró usted, no creo que sepan que él es el responsable del caos del que huyen, y mucho menos deliberadamente responsable.

Vaya. Hay mucho que asimilar aquí.

Estoy de acuerdo con la última parte, en la que ya he pensado. Las preocupaciones a largo plazo sobre su comportamiento errático y la reclusión de Zola encajan con la realidad de que ha estado escondido en una cápsula de suspensión en el espacio mientras sus secuaces se dedicaban a destruir el mundo siguiendo sus órdenes.

—Entonces, ¿cuál es nuestro plan? —pregunto, a bocajarro.

Williams se lo piensa unos segundos.

—Detendremos la segunda detonación por cualquier medio necesario. Me han informado de las medidas que se están tomando para sacar a algunas personas de la Tierra en caso de que no se pueda, pero mi objetivo es asegurarme de que así sea. No voy a ninguna parte. Solo veo un plan A.

Me gusta el sonido de la concentración y me gusta cómo suena cualquier medio necesario. También entiendo por qué es necesario un plan de respaldo y, desde luego, tengo curiosidad por saber qué implica. Por ahora, sin embargo, mi enfoque imperecedero es el mismo que el del presidente Williams.

Otras personas pueden trabajar en las contingencias, pero no podemos darnos el lujo de empezar a pensar en posibilidades. La explosión tiene que detenerse, sin peros.

—Así que, cuando dice cualquier medio necesario... —indago.

—Ya estamos planeando una misión de reconocimiento submarino al lugar clave —responde Williams—. El epicentro del segundo mapa que descubrió es otra zona minera bien documentada de Zola, igual que el lugar de la primera explosión. Si detectamos actividad por parte del personal de ZolaCore, trataremos de eliminarlos. Si nos topamos con un callejón sin salida, puede que tengamos que enfrentarnos a los posibles evacuados en el búnker neozelandés de la compañía.

—Y cuando dice comprometerse...

Williams se vuelve y me observa con la dura mirada de un hombre que tiene el peso del mundo sobre sus hombros.

—No hemos descartado nada —contesta, y eso es todo.

Me fuerzo a asentir en señal de que lo he comprendido.

No se sabe qué clase de gente hay en el búnker de Zola, cuánto saben realmente ni qué tipo de acuerdo buscará Williams con ellos si llega el caso.

De lo único que puedo estar seguro es de que odio a Ignacio Zola como nunca he odiado a nadie.

Lo odio como nunca pensé que fuera posible odiar a alguien.

Se me debe estar notando en la cara, porque Williams me lo aclara.

—Zola pagará por esto —promete por segunda vez—. Pero tengo que preguntarle una cosa. ¿Por qué no lo mató?

—Había un sistema de seguridad muy extraño y me preocupaba que hubiera un interruptor de hombre muerto —respondo sin dudar. Es una pregunta razonable para alguien y no es como si no me hubiera rondado en la cabeza durante unas horas allí arriba, pero no me gusta la forma en que el tono de Williams hace que suene, como si hubiera hecho algo malo.

—¿Cree que existe un mecanismo para destruir la estación si Zola deja de respirar?

—Es bastante probable. —Asiento—. Si le hubiera hecho algo a su cápsula, ¿quién sabe lo que podría haber pasado? Claro, si literalmente no hubiera tenido forma de hacer llegar este aviso a la Tierra, lo habría hecho. Pero, cuando tuve la oportunidad de traer las pruebas hasta aquí, no podía matarlo por despecho y arriesgarme a morir con él. No pedí nada de esto, pero era nuestra única oportunidad.

Ahora es Williams quien asiente.

—Eliminar a Zola habría sido inútil, en cualquier caso —responde con rotundidad—. Su plan está en marcha, con o sin él vivo para verlo materializarse. Tampoco hay botón para rebobinar, así que sus hombres sobre el terreno no habrían tenido más remedio que seguir adelante. Podría haber sido un golpe a su moral, seguro. Pero también podría haber fortalecido la determinación de sus ayudantes. En la posición en que se encontraban, creo que hizo usted lo correcto.

Me alegra oírlo. No porque tuviera ninguna duda moral ni porque necesite esta dosis de absolución presidencial, sino porque significa que es más probable que Williams me mantenga en el redil a la hora de planificar nuestra respuesta urgente.

Si me hubiera visto como alguien que se había saltado una oportunidad de abordar nuestro problema de una vez por todas, en lugar de como alguien que reprimía un impulso primario de matar a un asesino en masa por un bien mayor, no habría podido aspirar a un asiento en la mesa.

Tras unos cuantos tramos de escaleras y un breve paseo por un estrecho pasillo de hormigón, durante el cual hablamos un poco más sobre Zola y lo que leí en su expediente de análisis psicológico, Williams se detiene ante una puerta bastante anodina.

—Tengo entendido que ha encontrado un guacamayo y un robot en El Faro —dice.

Entrecierro los ojos.

—Sí...

—Nuestros expertos en robótica tienen algunas cosas que creo que le van a interesar mucho. De hecho, ya han solicitado algo de su tiempo. Quieren su ayuda con algo importante que se relaciona con nuestros próximos pasos.

—¿De qué se trata? —pregunto.

Me interesa ver todo lo que tiene el equipo de robots, sobre todo cuando es algo en lo que puedo ayudar. ¿Quizá les impresionó alguna grabación de la caja negra de lo que hice con Bex?

—Aún no conozco los detalles —responde Williams. Él inclina la cabeza hacia la puerta junto a nosotros—. Pero su pájaro está aquí dentro.

Sin querer ser grosero y sin siquiera pensarlo, paso junto a él y empujo la puerta para abrirla.

Veo a Laika en una jaula grande. Es muy grande, probablemente más bien una celda, y dos

personas están sentadas junto a una mesa delante de él. Un hombre y una mujer... Veterinarios, supongo.

—¡Ray Ray! —dice mi amiguito—. ¡Ray Ray OK!

Siento que mi sonrisa se agranda y se ensancha.

—Laika OK. —Sonrío, soltando el aire lentamente—. ¡Lo has conseguido! Me alegro de verte.

—Laika OK. Ray Ray OK —responde, echando la cabeza hacia atrás. No vuela, lo que concuerda con lo que me ha dicho Williams de que está un poco «maltrecho» por el aterrizaje.

—Señor Barclay —dice la mujer de la mesa. Se levanta y me tiende la mano, que estrecho con gusto—. Estamos muy en deuda con usted por todo lo que ha hecho. Pero sobre este guacamayo..., Laika, como usted lo llama...

—¿Sí?

—¿Cuánto sabe de él? Porque puedo decirle, y tengo décadas de experiencia, que no es un pájaro corriente. No solo conductualmente, tampoco desde el punto de vista neurológico.

¿Neurológico?

Esto es nuevo para mí, incluso si no es tan sorprendente. Con cada hora que pasábamos juntos en la estación, me hacía más y más consciente de lo inteligente que era el pequeño.

—No sé dónde está mi móvil, pero saqué muchas fotos del laboratorio donde lo encontré —le respondo—. No encontré ninguna nota sobre Laika, y estaba en una jaula en la parte principal del laboratorio, como si fuera una mascota. Pero debería poder echar un vistazo a la evaluación psicológica del investigador. He traído ese disco duro y los datos también estarán en la caja negra, porque los miré desde los ordenadores del Centro de Control. Se llamaba Leeroy Barnet. Podría encontrar pistas de lo que estudiaba, además de la animación suspendida.

La mujer asiente.

—Excelente, gracias. Sé que tenemos prioridades más urgentes de las que ocuparnos, pero Laika podría ser una criatura muy importante. Tengo que insistir en que este pájaro es mucho más especial de lo que se ve a simple vista.

Lo miro a través de los barrotes.

—¿Y definitivamente está bien después del choque?

—En general, sí, si tenemos en cuenta las circunstancias. Cuando se le pase por completo el efecto del sedante quizá pueda volar casi enseguida. No pasará mucho tiempo hasta que esté perfecto.

Ahora hay buenas noticias.

—Volveré pronto, Laika —le digo—. Hasta luego, ¿vale?

—Hasta luego, hasta luego —parlotea.

Estoy más que aliviado de ver que Laika está bien y a salvo.

Pero, sobre todo, espero que este no sea mi último reencuentro feliz.

Después de despedirme de la entusiasta cuidadora de Laika, vuelvo a ver a Williams en la puerta.

—No sabía nada de eso —dice.

Me encojo de hombros.

—Como ha dicho, hay cosas más urgentes de las que ocuparse.

—Las hay. —Williams suspira—. Y sobre eso, señor Barclay...

—Solo Ray. Por favor —le pido.

Baja la mirada hacia su reloj, como si leyera un mensaje, y luego sonrío de forma afectuosa.

—Bueno, iba a llevarlo al mando central para presentarle a algunos de nuestros líderes, pero acabo de enterarme de que se ha restablecido el contacto directo con Colorado. Estamos intentando localizar a su familia, Ray. Si están allí, no debería tardar mucho.

—¿Si están allí? —presiono. ¿Lo ha presentado como una buena noticia y luego termina así?

—Mire, Ray... Si está seguro, estoy seguro. Solo quiero decir que, si pueden ser localizados rápidamente, los localizaremos. No intentaba insinuar nada más.

—¿Cuánta gente hay en su búnker? —pregunto, por lo que parece la décima vez—. Si no me va a llevar con los demás, al menos, dígamelo.

Suspira, más inquieto que impaciente, pero también percibo un elemento de frustración.

—Creo que Colorado está en torno a los cuatro mil. Hemos poblado con éxito catorce refugios principales, Ray, y nuestros fiables aliados internacionales tienen al menos tres veces ese número entre todos. No sé el número exacto de habitantes de cada uno. No todos alcanzaron su capacidad total. No todos llegaron a los puntos de recogida.

Vaya.

Los números son desgarradoramente pequeños en relación con la población antes de que todo esto sucediera, pero catorce grandes búnkeres solo en este país es más de lo que esperaba.

—Tan pronto como sea posible conectarle con su familia, lo haremos —reitera Williams—. En realidad, no debería tardar mucho más. Pero, de momento, hay miles de personas en este búnker que han pasado las últimas horas maravilladas por lo que ha luchado y afligidas por lo que ha descubierto. ¿Le importaría decirles unas palabras?

—¿A todos? —pregunto.

Niega con la cabeza.

—El salón de actos está abarrotado, pero no están todos. Antes he hablado con la multitud. En cuanto nuestro personal empezó a examinar sus pruebas y a darse cuenta de lo que había encontrado, supe que tenía que ponerme al día antes de que el ambiente decayera demasiado. Nuestra gente recibirá una inyección de moral mucho mayor si lo ve en persona que con cualquier otra cosa que yo pueda ofrecer. Ray, es usted la encarnación del triunfo del espíritu

humano contra probabilidades casi imposibles. En el aprieto en el que estamos, eso es exactamente en lo que tenemos que centrarnos.

No soy un orador, pero quiero saber algo de mi familia lo antes posible.

—Necesito saber que mi familia está a salvo —le digo.

Veo cómo Williams enfatiza la urgencia de este punto en un pequeño micrófono auricular.

—Nuestro equipo está en ello —me asegura unos segundos después—, y sabemos a quién buscamos. Pero esta gente, Ray... Por supuesto, están agradecidos de que llegara para dar las noticias que dio, pero esas noticias los han golpeado como un camión. Cualquier cosa que pueda decir será mejor que nada. Y significará más que cualquier cosa que yo pueda decir. Al menos, salga conmigo, ¿quiere? Por favor.

Un «Por favor» del presidente de los Estados Unidos —o al menos de lo que queda de él— no es algo que esperara que me llegara nunca. Pero Williams es sincero y su petición es justa, así que acepto seguirlo por la puerta que tenemos enfrente.

Espero salir a algún tipo de escenario, pero en realidad salimos a una plataforma alta que me recuerda más a un trampolín que a otra cosa.

Miro a la multitud y veo todo tipo de gente.

Muchos aplauden al verme por primera vez. El recibimiento se extiende rápidamente a medida que los demás se dan cuenta de quién soy.

Los aplausos son calurosos, pero bastante apagados. No voy a llamarme héroe, pero comprendo que algunos lo hagan. Por eso parecen tan amables.

Pero también soy un mensajero que trae noticias terribles, horribles..., y por eso están tristes.

La sala que Williams llama Salón de Actos recuerda a algo entre un hangar de aviones y el interior de un gran estadio cuando se utiliza como centro de evacuación de huracanes.

Me fijo más en algunos de los rostros de la multitud. Los hay de todo tipo: jóvenes, mayores, juntos, solos.

Lo único que todos tienen en común es una mirada conmocionada que puedo entender. Hasta que he llegado aquí, probablemente se sentían muy afortunados por haber sobrevivido al acontecimiento más destructivo de la historia de la humanidad.

Gracias a mí, ahora saben que no ha sido más que un preludio de lo que Zola aún les tiene reservado. Ahora saben que tenemos poco más de tres días para detenerlo, o nuestras posibilidades de supervivencia serán nulas.

Sé cómo se van a sentir tras el mazazo de escuchar la noticia.

Yo mismo he pasado por eso más de una vez para saber cómo se sienten las malas noticias.

Una y otra vez he sido el tipo que sobrevive y sigue adelante hacia un nuevo descubrimiento, solo para ser recompensado con noticias aún peores. La verdad, soy lo opuesto a un orador público, pero puedo intentarlo.

Puedo decir algo.

Cuando Williams me dice que el equipo de comunicación está trabajando horas extras para conectar con Colorado, y con Joe y Eva en particular, le creo.

También le creo cuando me dice que mis palabras pueden marcar la diferencia aquí en Virginia, así que daré lo mejor de mí.

Me da un pequeño micrófono de pinza y me indica que me ponga delante de él.

En cuanto doy ese paso, todo el mundo se da cuenta de que voy a hablar. Sus murmullos dan paso a un silencio total. Todos los oídos y todas las miradas están puestos en mí.

—A Zola y a sus mafiosos no les importa a cuánta gente tengan que matar para conseguir lo que quieren —empiezo.

El presidente Williams se vuelve hacia mí con expresión incómoda, conteniendo a duras penas sus repentinas dudas sobre si animarme a dirigirme a la multitud era una buena idea después de todo.

—Pero dejarme decir esto —continúo—. Nuestra voluntad de sobrevivir es más fuerte que su voluntad de destruir.

En medio de la multitud, veo una cara familiar.

Es el señor Lindell, el viejo profesor de Física que dijo que yo no soportaba la presión. ¿Cuáles son las probabilidades?

«No era demasiado destacable», me digo a mí mismo. Sabía que tenía algunas publicaciones en su haber y que quería volver a la academia. Supongo así que lo consiguió e hizo algo lo bastante importante como para entrar en la lista de evacuados local.

Asiente con la cabeza cuando nos miramos y sonrío ampliamente. También se acuerda de mí.

La sonrisa de Lindell parece pura, no forzada ni avergonzada ni nada por el estilo. Por primera vez, me pregunto si sus duras palabras no fueron más que su forma de intentar sacar lo mejor de un alumno prometedor que quizá no siempre se aplicaba al máximo.

Le devuelvo la sonrisa y miro a mi alrededor.

Veo asentir estoicamente a algunas de las personas que están cerca de la palestra. Unos pocos aplauden, pero no se contagia. El resto sabe que no he terminado.

—Ayer estaba en una situación mucho peor que esta —digo—. ¿Y hoy? Hoy conocemos su próximo movimiento. ¿Pueden decir lo mismo de nosotros? —Hago una pausa y sacudo la cabeza—. No. No tienen ni idea de lo que vamos a hacer y no tienen ni idea de lo que somos capaces de hacer. Porque somos muchos y somos adaptables. Juntos, somos fuertes. —Me giro hacia Williams y lo veo asentir con aprobación.

»Juntos, prevaleceremos. —Mi voz resuena en el búnker. El tono deja claro que ya he terminado.

Corto y contundente, espero, aunque no del todo dulce.

Un fuerte y entusiasta aplauso recibe mis últimas palabras.

—Ray Barclay, señoras y señores —dice Williams, tendiéndome la mano—. Este hombre ha hecho más de lo que cualquiera podría esperar, y todos tenemos una tremenda deuda de gratitud con él. Con la ayuda de la información que nos ha proporcionado, prevaleceremos. Nuestros enemigos caerán, no nosotros, y la libertad devolverá el golpe.

Se oyen vítores y gritos. Algunos parecen más optimistas de lo que personalmente creo que exige la situación, pero prefiero ver eso que abatimiento.

Soy la prueba viviente de hasta dónde puede llevar a un hombre una esperanza obstinada y resistente, así que no se sabe hasta dónde puede llevarnos nuestra determinación colectiva alimentada por la esperanza y nuestros esfuerzos combinados en la lucha para frustrar el plan de Zola.

Desde el fondo de la multitud, una mano me llama la atención.

—¿Estás seguro? —pregunta Williams a mi lado en voz baja, pero de pronto hablando por el auricular de nuevo—. De acuerdo. Sí, lo enviaré.

Siento que los latidos de mi corazón se aceleran de esperanza cuando Williams se vuelve hacia mí.

Hacía mucho tiempo que no me latía con esperanza.

—Síguelo —me dice, señalando al hombre que saluda.

Mis pies me llevan por el amplio suelo hasta el hombre y la puerta hacia la que señala.

Cuando cruzo el umbral, me tiemblan literalmente las rodillas. Me agarro al borde de un

enorme escritorio para sostenerme.

La emoción me embarga.

Porque delante, en una pantalla enorme como las que solo he visto en las salas de guerra de las películas de Hollywood, veo las dos caras que más he deseado ver: las de Joe y Eva.

—Lo has conseguido —solloza Eva.

Joe está a su lado, con la sonrisa más amplia que he visto nunca.

Están frente a un muro de hormigón liso, probablemente tan bajo tierra como yo, pero lo único que importa en este momento es que están vivos.

Lucho una batalla perdida contra mis propias lágrimas yuerzo una sonrisa con renovada determinación para afrontar la verdadera guerra que nos espera.

—Quedaos donde estáis —digo—. He llegado hasta aquí y aún no he terminado.

NOTA DEL AUTOR

Gracias por leer *El último superviviente*.

Me complace anunciar que la aventura de Ray continúa en *Entre cenizas*, una secuela directa con más drama y más en juego que nunca. Puedes leer la sinopsis en la página siguiente.

He tardado mucho en escribir este libro y me he divertido mucho dándole vida. Espero que hayas disfrutado leyéndolo tanto como yo escribiéndolo.

Si te ha gustado este libro y puedes dedicar unos minutos a dejar una reseña en Amazon, sería de gran ayuda, ya que son una forma estupenda de que los lectores encuentren libros que puedan interesarles, y todas las palabras amables son de gran ayuda. Muchas gracias.

Para estar al día de las novedades sobre mis futuros libros, así como de promociones y otras noticias, visita mi sitio web:

www.craigafalconer.com

Craig A. Falconer

Escocia, octubre 2022.

Entre cenizas
(CRÓNICA DEL CATACLISMO, LIBRO 2)

Sobrevivir en el espacio fue la parte fácil...

Ya no estoy solo.

He conseguido bajar de la soledad de la estación hasta un increíble complejo de búnkeres subterráneos.

Miles de las mejores mentes de la humanidad están a mi lado.

Estoy rodeado de tecnologías secretas de vanguardia que casi desafían a la creencia.

Lástima que nada de eso esté a la altura de lo que me espera ahora, porque, en solo tres días, la fase final del demente plan de Ignacio Zola para llegar a un nuevo mundo eliminará toda la vida en la Tierra, a menos que suceda un milagro.

Lo que está en juego no podría ser más importantes. Las adversidades no podrían ser mayores.

Soy el hombre que descubrió el plan de Zola. Y, ahora, soy el único hombre que puede detenerlo.

Esta batalla comenzó en el espacio y me ha llevado muy por debajo de la superficie de la Tierra.

Pero eso no es nada comparado con lo que tendremos que enfrentarnos...



Para información de compra: www.craigafalconer.com